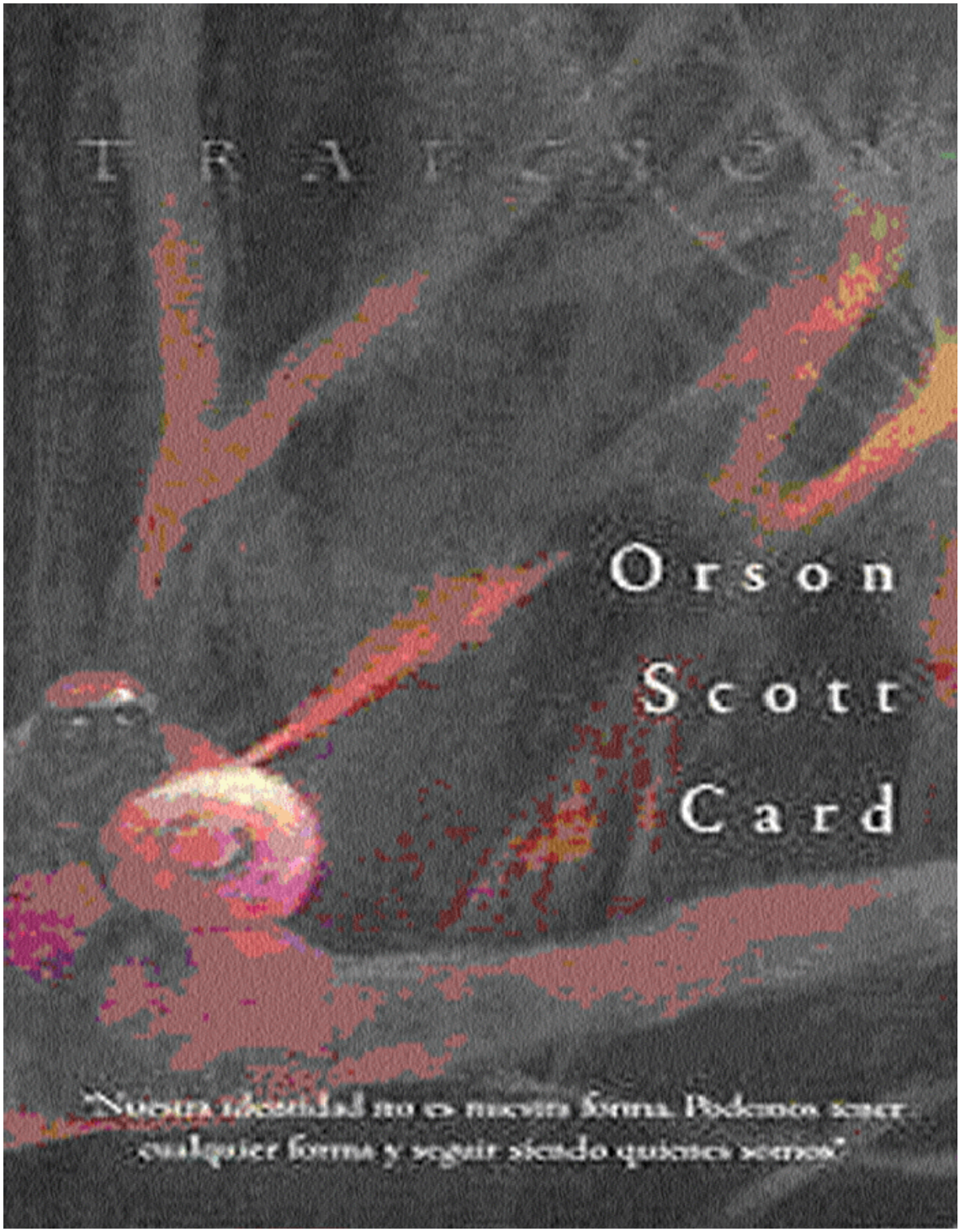
TRAICION
Orson Scott Card



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Mueller

Había soportado tener cuatro brazos, una nariz extra, y dos corazones latiendo sin cesar antes de que el cirujano me pasara bajo su bisturí para eliminar los excesos. Pero aún podía pretender que eran simplemente cosas de la adolescencia, tan sólo los extraños desórdenes químicos que podían hacer pensar a un Mueller normal en configuraciones regenerativas. Esta pretensión terminó cuando empecé a desarrollar un par de senos más bien voluptuosos.

-No son simplemente senos-dijo Homarnoch, el cirujano de la Familia-. Lo siento, Lanik. Son ovarios. De por vida.

-Quítamelos-dije.

-Es que volverían a crecer-dijo él-. Enfréntate a ello. Eres un regenerativo radical.

Pero yo no deseaba enfrentarme a ello. Nos habíamos seleccionado genéticamente para regeneración controlada... Para nosotros no era nada el perder una mano o un pie, o que nos arrancaran los ojos o nos extirparan la lengua. Volverían a crecer; y a medida que nos seleccionábamos nos volvíamos más efectivos, crecían de nuevo más aprisa.

Lo que nos aterraba era cuando la manipulación genética daba como resultado la regeneración radical. Partes del cuerpo crecían antes de que fueran necesarias. Y la prueba final de un regenerativo radical era el crecimiento transexual. En mi caso, los ovarios.

-Decirme eso, Hormanoch-le dije-, es como decirme que estoy muerto.

-Vamos, Lanik. Esto no es el fin del mundo-utilizó su tono de voz de 'ánimo muchacho', y me palmeó la espalda El impacto hizo que mis senos bailotearan dolorosamente. Era un dolor que no solía experimentar, y lancé un gruñido

-Lanik, quizá debieras...

Y empezó a sugerirme la adquisición de una cierta prenda interior. Imagino que mi rostro habrá reflejado, mientras él hablaba, lo que yo sentía al respecto, pues se detuvo.

-Lo siento-dijo simplemente-. Pero debo informar inmediatamente a tu padre.

Y se fue.

Me miré en el amplio espejo de la pared, donde mis ropas colgaban de una percha. Mis hombros seguían siendo amplios tras horas y días y semanas de ejercicio con la espada, la maza, la lanza y el arco; y más recientemente con el fuelle de la forja. Mis caderas seguían siendo estrechas gracias a las carreras y la equitación. Los músculos abultaban en mi estómago, duros y sólidos y viriles. Y allí, ridículamente blandos e incitantes, mis senos...

No los míos. Colocados sobre mí como una burla cruel, pero indudablemente sin que me pertenecieran. Tan extraños, de hecho, que mientras contemplaba mi torso desnudo inicié una erección, como cuando Saranna venía a mí por la noche.

Tomé mi cuchillo del cinturón que colgaba en la pared y apreté su afilada hoja contra mi pecho. El dolor fue demasiado... Corté apenas un par de centímetros de profundidad y me detuve. Hubo un ruido en la puerta. Me volví.

Una pequeña Cramer negra bajó la cabeza para evitar verme. Recordé que había sido capturada en la última guerra (que había ganado mi padre), y que por ello nos pertenecía de por vida; le hablé cariñosamente, pues era una esclava.

-Todo está bien, no te preocupes -le dije, pero ella no se relajó.

-Mi señor Ensel desea ver a su hijo Lanik. Dice inmediatamente.

-¡Maldito sea!-dije, y ella se arrodilló para recibir mi cólera. Sin embargo no la golpeé, solamente toqué su cabeza mientras me dirigía hacia mis ropas para vestirme. No pude evitar de ver mi reflejo al salir... Mi pecho bamboleándose arriba y abajo al ritmo de mis pasos.

La pequeña Cramer murmuró su agradecimiento cuando me iba.

Empecé a correr escaleras abajo hacia las habitaciones de Padre. A los tres escalones tuve que detenerme y apoyarme en la baranda hasta que el dolor se calmó. Luego seguí bajando más lentamente. Vi a mi hermano Dinte al pie de las escaleras. Sonreía afectadamente, el más hermoso espécimen de botarate culomierda que hubiera producido nunca la Familia.

-Veo que has oído las noticias-dije, bajando cuidadosamente las escaleras.

-¿Puedo sugerirte que compres un corsé?-ofreció suavemente-. Te prestaría uno de Mannoah, pero te vendría demasiado pequeño.

Apoyé mi mano en mi cuchillo, y retrocedió unos pocos pasos.

-No debes hacer esto nunca más, Lanik-dijo Dinte, sonriendo aún afectadamente-. Ahora voy a ser el heredero; y muy pronto el cabeza de la familia, y lo recordaré.

Pasé junto a él hacia la habitación de Padre. Al pasar por su lado murmuró algo con voz sorda, como cuando uno llama a las prostitutas de la calle Hiwel. Sin embargo, no lo maté.

-Hola, hijo mío -dijo mi Padre cuando entré en su habitación.

-Podrías advertir a tu segundo hijo -respondí-, que aún sé cómo matar.

-Estoy seguro de que querías decir hola. Saluda a tu madre.

Levanté la vista hacia donde miraba él y vi a la Boñiga como los hijos de la primera esposa de Papá llamábamos con todo nuestro afecto a la Número Dos, que había ascendido a la posición de mi madre cuando ella murió de un extraño y repentino ataque al corazón. Padre no creyó que fuera extraño y repentino, pero yo sí. El nombre oficial de la Boñiga era Ruva; era una Schmidt, y había formado parte de un convenio que incluía una alianza, dos fuertes, y aproximadamente tres millones de acres. Nos veíamos obligados por la costumbre, la ley y la cólera de Padre a llamarla madre.

-Hola, Madre-dije fríamente. Ella se limitó a exhibir su dulce, gentil, asesina sonrisa, y revolvió el pelo a un feo muchacho de rizada cabeza que de algún modo le había hecho mi padre.

-Bien, Lanik, hijo mío-dijo Padre-. Homarnoch me ha dicho que eres un regenerativo radical.

-Mataré a cualquiera que intente ponerme en los corrales -dije-. Incluso a ti.

-Algún día me tomaré en serio tus traicioneras afirmaciones, muchacho, y te haré estrangular. Pero puedes alejar de ti ese miedo, al menos. Nunca pondré a ninguno de mis propios hijos en los corrales, aunque sea un rad.

-Se ha hecho antes -observé-. He estudiado un poco la historia de la Familia

-Entonces sabrás lo que va a pasar ahora. Ven aquí, Dinte -dijo Padre, y me volví para ver entrar a mi hermano menor en la habitación Fue entonces cuando perdí el control por primera vez

Grité:

-¡Vas a dejar que ese estúpido medio asno arruine Mueller, especie de bastardo, cuando sabes condenadamente bien que yo soy el único del que se puede esperar que mantenga unido este endeble imperio cuando tengas la cortesía de morirte! ¡Espero que vivas lo suficiente como para verlo desmoronarse por completo!

Padre saltó en pie y rodeó la mesa hasta donde yo estaba. Esperé un golpe, me puse en tensión Pero en vez de eso puso sus manos en mi garganta, y sentí momentáneamente un miedo enfermizo de que finalmente cumpliera con su amenaza de estrangularme. Pero en vez de eso rasgó mi túnica, abriéndola, puso sus manos sobre mis senos, y los apretó brutalmente uno al otro. Jadeé de dolor y me aparté.

-¡Eres débil ahora, Lanik!-gritó-. ¡Eres blando y femenino, y ningún hombre de Mueller querrá seguirte a ningún lugar!

-Excepto a la cama-añadió Dinte lascivamente. Padre se volvió y lo abofeteó en el oído.

Cuando se volvió nuevamente hacia mí cubrí mi pecho con mis brazos como una virgen y pivoté sobre mis talones hasta encontrarme cara a cara con la Boniga y su criatura de pelo rizado. Aún estaba sonriendo.

Y vi que sus ojos se desviaron de mi rostro a mis senos...

¡No mis senos!, grité en silencio. No míos, no una parte de mí..., y sentí un irresistible deseo de retraerme, se salir completamente de mi cuerpo, de dejarlo allí mientras yo me iba a otra parte, todavía un hombre, todavía un heredero con algo más que una esperanza de supremo poder, todavía un hombre, todavía yo mismo.

-Ponte una capa-ordenó Padre.

-Sí, mi señor Ensel-murmuré, y en vez de retirarme de mi cuerpo lo cubrí, y sentí la aspereza de la textura de la capa, dura contra mis tiernos pezones. Me quedé ahí y observé a

Padre, que declaraba ritualmente mi condición de bastardo y proclamaba heredero a mi hermano Dinte, de aspecto alto y fuerte y rubio y hábil, aunque yo sabía mejor que nadie que su habilidad era simplemente una tendencia a ser astuto; su fuerza no iba acompañada por ninguna rapidez o destreza. Terminada la ceremonia, Dinte se sentó con toda naturalidad en la silla que durante años había sido mía.

Luego me inmovilicé de pie ante ellos, y Padre me ordenó que prestara juramento de fidelidad a mi hermano menor.

-Antes preferiría morir-dije.

-Esa es la elección-dijo Padre, y Dinte sonrió.

Juré lealtad eterna a Dinte Mueller, heredero de las posesiones de la Familia Mueller, que incluían la heredad Mueller y los territorios que mi padre había conquistado: Cramer, Helper, Wizer y las islas Huntington. Hice el juramento porque evidentemente Dinte deseaba que me negara y muriera. Así, conmigo vivo, permanecería constantemente inquieto Me pregunté inútilmente cuántos guardias apostaría alrededor de mi cama esa noche.

Pero yo sabía que no intentaría matarlo. Deshacerme de Dinte no me pondría en su lugar; tan sólo significaría que la larva de cabeza rizada de la Boñiga terminaría heredando. Un rad como yo no podía esperar gobernar nunca en Mueller. Además, los rads raramente pasaban de los treinta y cinco años, y era ilegal para nosotros cruzarse con los humanos superiores. Sentí una aguda punzada al pensar en lo que sería de la pobre Saranna. Ahora le quitarían el niño y lo destruirían. Y ella se vería convertida en la concubina de un paria, en vez de ser la potencial primera esposa del padre de la Familia.

-¿Veo dagas en tus ojos, Lanik?-preguntó Padre.

-Nunca, Padre.

-Veneno entonces. O aguas profundas. Creo que mi heredero no estará seguro contigo en Mueller.

Lo miré airadamente.

-El peor enemigo de Dinte es él mismo. No necesita mi ayuda para terminar en desastre.

-Yo también he leído la historia de la Familia -dijo Padre-, y te enviaré en embajada a fin de tener una esperanza razonable de que Dinte habrá de mantenerse vivo.

-No tengo miedo de él -dijo Dinte despectivamente.

-Entonces eres un estúpido-dijo Padre secamente-. Con tetas o sin tetas, Lanik es demasiado rival para ti, muchacho, y no voy a confiarte mi imperio hasta que demuestres que eres como mínimo la mitad de inteligente que tu hermano.

Dinte guardó silencio, pero supe que mi padre había escrito mi sentencia de muerte en la mente de su heredero. ¿Deliberadamente? Pensé que no.

-¿Qué embajada?-pregunté.

-Nkumai-respondió .

-Un reino de salvajes negros que viven en los árboles, allá a lo lejos, al este-dije-. ¿Por qué debemos enviar embajadas a animales?

-No son animales-dijo Padre-. Utilizan espadas de metal en la batalla. Conquistaron Drew hace dos años. Mientras estamos hablando, Allison cae fácilmente...

Sentí que mi cólera aumentaba ante el pensamiento de que aquellos negros moradores de árboles sometían a los orgullosos talladores de piedra de Drew o a los salvajes jinetes de Allison.

-¿Por qué enviamos embajadas en vez de ejércitos?-pregunté con irritación.

-¿Soy un estúpido? -preguntó Padre como respuesta.

-No-respondí-. Si poseen metal duro, significa que han encontrado algo que el Mundo Exterior comprará. No sabemos cuánto metal tienen, no sabemos qué están vendiendo. Por lo tanto mi embajada no consiste en firmar un tratado, sino más bien en averiguar qué es lo que tienen para vender y cuánto es lo que el Embajador está pagando por ello.

-Muy bien-dijo Padre-. Dinte, puedes irte.

-Si se trata de asuntos del reino-dijo Dinte-, ¿no debería quedarme aquí para oírlos?

Padre no respondió. Dinte se puso en pie y se fue. Y luego Padre agitó una mano en dirección a la Boñiga y su crío, los que también abandonaron la habitación.

-Lanik-dijo Padre cuando quedamos solos-, Lanik, le pediría a Dios que hubiera algo que yo pudiera hacer...

Y entonces vi que sus ojos se llenaron de lágrimas, y me di cuenta con cierta sorpresa de que Padre estaba lo suficientemente preocupado como para sentir pena por mí. Aunque no por mí, después de todo. Por su precioso imperio, que Dinte no podría mantener unido.

-Lanik, nunca en los tres mil años de Mueller ha habido una mente como la tuya en un cuerpo como el tuyo, un hombre realmente apto para conducir a otros hombres. Y ahora el cuerpo está arruinado. ¿Podrá la mente seguir sirviéndome? ¿Podrá el hombre seguir amando a su padre?

-¿El hombre? Si me encontraras en la calle desearías llevarme a tu cama.

-¡Lanik!-gritó-. ¿No puedes creer en mi aflicción?-y sacó su daga dorada, la levantó muy alto y luego se atravesó con ella su mano izquierda, clavándola sobre la mesa. Cuando extrajo el arma la sangre surgió a borbotones de la herida, y se pasó la mano por su frente, cubriendo su rostro con sangre. Luego se echó a llorar, mientras la hemorragia se detenía y el tejido cicatrizante se formaba sobre la herida.

Me senté a observar el rito de su aflicción. Permanecimos en silencio excepto por su pesada respiración hasta que su mano quedó curada. Entonces me miró con ojos apesadumbrados.

-Aunque esto no hubiera ocurrido-dijo-, te habría enviado a Nkumai. Durante cuarenta años hemos sido los únicos poseedores de metales duros en nuestro planeta. Nkumai es ahora nuestro único rival, y no sabemos nada acerca de esa Familia. Ve en secreto; si saben que eres de Mueller te matarán. No te dejarán vivo para asegurarse de que no has visto nada de importancia.

Me eché a reír.

-Eso era lo que ya había planeado.

Me devolvió una sonrisa. Luego sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y me pregunté si, después de todo, su amor no sería para mí.

La entrevista había terminado y me fui.

Supervisé los preparativos; hice que los caballerizos herraran y dispusieran mis caballos para el viaje, que las cocineras me prepararan provisiones, que los eruditos me trazaran un mapa. Cuando todo el trabajo estaba en marcha, abandoné el castillo propiamente tal y eché a andar por los corredores subterráneos que conducían a los laboratorios de Genética.

Las noticias se habían difundido rápidamente... Todos los oficiales de alto rango me evitaban, solamente los estudiantes estaban ahí para abrir las puertas y conducirme al lugar que deseaba ver.

Los corrales eran mantenido bajo profusa iluminación veintisiete horas al día. Miré a través de la alta ventana de observación a los cuerpos esparcidos por la suave hierba. Aquí y allá los cuerpos que se revolcaban levantaban nubes de polvo. Los estuve mirando hasta que la comida del mediodía fue distribuida en los comederos; todos iban desnudos. Algunos de ellos se parecían a los demás hombres. Otros tenían pequeñas excrecencias en varias partes de sus cuerpos, o defectos escasamente apreciables desde aquella distancia... Tres tetas, o dos narices, o dedos de más en manos y pies.

Y luego estaban aquellos listos para la recolección. Observé a una criatura que avanzaba pesadamente hacia el comedero. Sus cinco piernas no se movían a un tiempo, y agitaba torpemente sus cuatro brazos para mantener el equilibrio. Una cabeza extra colgaba inútilmente de su espalda, y una segunda columna vertebral surgía de su cuerpo curvándose como una serpiente chupadora que estuviera rígidamente aferrada a su víctima.

-¿Por qué habéis dejado a ese tanto tiempo sin recolectar? -pregunté al estudiante que estaba a mi lado.

-Debido a la cabeza-dijo-. Las cabezas completas son muy raras, y no nos hemos atrevido a interferir con la regeneración hasta que estuviera completa.

-¿Obtenemos un buen precio por las cabezas?-pregunté.

-Yo no estoy en comercial-respondió, lo cual significaba que el precio era realmente muy elevado.

Miré al desmañado monstruo mientras forcejeaba para llevarse la comida a su boca con unos brazos que no le respondían adecuadamente. Me estremecí.

-¿Tenéis frío? -preguntó el estudiante, exageradamente solícito.

-Mucho -respondí-. Mi curiosidad ya está satisfecha. Me voy.

Y me pregunté por qué no estaba siquiera un poco agradecido de que al menos no tuviera que ir a los corrales. Quizá porque, si se me destinara a proporcionar partes extra al Mundo Exterior, me mataría. Pero tal como iban las cosas, y aunque no había forma de sustraerme al terrible conocimiento de mi pérdida, seguía hallándome de este lado del suicidio.

Saranna vino a mi encuentro en la sala de espera de los laboratorios de Genética. No pude evitarla.

-Sabía que te hallaría aquí-dijo-, por tu morbidez.

-Y estabas en lo cierto-dije, siguiendo mi camino.

Ella me sujetó por el brazo, se me colgaba, no me dejaba ir.

-¿Crees que esto representa alguna diferencia para mí? -gritó.

-Estás siendo indecorosa-siseé; algunas personas miraban embarazosamente al suelo, y los sirvientes empezaban a arrodillarse-. Haces que nos avergoncemos.

-Ven conmigo, entonces-dijo, y para evitar que causáramos más incomodidad a los demás en la habitación, la seguí. Mientras nos marchábamos podía oír las varas que azotaban las espaldas de los sirvientes por haber visto al alto linaje actuando de manera vulgar. Sentí los golpes como si cayeran sobre mí.

-¿Cómo has podido hacer esto? -le pregunté.

-¿Y cómo has podido tú permanecer ocho días alejado de mí?

-No ha sido tanto.

-¡Lo ha sido! Lanik, he oído las noticias, y ya sospechaba algo de ello. ¿Crees que me preocupa? ¿Crees que esto lo termina todo?

-Lo termina todo -dije.

- ¡Entonces córtalos!-dijo.-¡Soy un Mueller! -grité-. ¡Crecerían de nuevo en un semana!-¡Lanik! -dijo ella, y luego me rodeó con sus brazos y apretó su cabeza contra mi pecho. Al sentir que su cabeza hacía presión contra unos suaves senos en lugar de la dura musculatura, la apartó por un momento y luego volvió a abrazarme más fuertemente aún.

Su cabeza en mi pecho me hizo sentir una emoción casi maternal. Deseé vomitar. La rechacé y corrí. Me detuve en un recodo del corredor y miré hacia atrás. Ella estaba traspasándose las muñecas y gritando, y la sangre goteaba sobre el suelo de piedra. Los cortes eran salvajes..., la pérdida de sangre la enfermaría durante días, con tal cantidad de laceraciones. Me fui. Regresé rápidamente a mi habitación.

Me tendí en mi cama, a mirar las delicadas incrustaciones de oro en el techo. Montada en el centro del oro había una sola perla de hierro, negra y amenazadora y hermosa. Por el

hierro, dije silenciosamente. Por el hierro nos hemos transformado en monstruos; los Muellers 'normales' capaces de curamos de cualquier herida, y los rads que serían como animales domésticos para vender sus partes extra al Mundo Exterior a cambio de más hierro. El hierro representa poder en un mundo sin metales duros. Con nuestros brazos y piernas y corazones y entrañas comprábamos aquel poder.

Pon un brazo en el Embajador, y en media hora aparece una libra de hierro en la oscilante y resplandeciente rejilla. Pon genitales vivos congelados en la rejilla, y serán reemplazados por cinco libras de hierro. ¿Una cabeza entera? Quien sabe qué precio .

Y con esa cotización, ¿cuántos brazos y piernas y ojos e hígados deberíamos entregar antes de tener suficiente hierro como para construir una nave estelar?

Las paredes se apretaban contra mí, y me sentía atrapado en Traición, nuestro planeta cuyas altas paredes de pobreza nos ataban dentro, nos mantenían separados del Mundo Exterior, nos hacían prisioneros con tanta seguridad como las criaturas de los corrales. Y como ellas, vivíamos bajo unos ojos que nos vigilaban. Las Familias competían locamente entre ellas a fin de producir algo (¡cualquier cosa!) que el Mundo Exterior pudiera comprar, pagando en metales preciosos como el hierro, el aluminio, el bronce.

Nosotros los Mueller habíamos sido los primeros. Los Nkumai eran los segundos, quizá. Una batalla por la supremacía, tarde o temprano. Y fuera de quien fuese la victoria, el pírrico premio sería unas pocas toneladas de hierro. ¿Sería posible edificar una tecnología sobre eso?

Me dormí como un prisionero, atado a mi cama por las inmensas esposas de gravedad de nuestro pobre planeta-prisión; empujado a la desesperación por dos protuberantes y atractivos senos que subían y bajaban regularmente. Me dormí.

Me desperté en la oscuridad de la habitación, con el raspante sonido de una penosa respiración. La respiración era la mía, y con un pánico repentino noté que tenía líquido en mis pulmones, y empecé a toser violentamente. Me lancé hacia el borde de la cama, esputando un oscuro líquido; cada esputo era una dolorosa agonía en mi garganta. Y cuando jadeé en el intento de recobrar la respiración me di cuenta de que el aire penetraba frío por mi garganta, no a través de mi boca.

Palpé mi cuello. Una enorme y profunda herida cruzaba mi garganta. Mi laringe había sido extirpada, podía sentir cómo las venas y las arterias empezaban a cubrirse de tejido cicatrizante en su intento por recobrarse, enviando a toda costa sangre a mi cerebro. La herida iba de oreja a oreja. Pero finalmente mis pulmones se vieron despejados de líquido, que entonces supe que era sangre, y permanecí tendido en la cama. Trataba de ignorar el dolor mientras mi organismo reparaba rápidamente la cuchillada.

De pronto me di cuenta que no lo hacía demasiado rápido. Quienquiera que hubiera intentado matarme (tan torpemente) volvería para asegurarse del resultado de su trabajo, y él (o ella... ¿Ruva?) no iba a ser tan descuidado la siguiente vez. Me levanté con la respiración silbando aún por la abierta herida de mi garganta. Al menos la hemorragia se había detenido; si me movía con cuidado, el tejido cicatrizante se desarrollaría gradualmente desde los bordes de la herida hasta cerrarla.

Salí al corredor. Nadie; pero los paquetes que había ordenado estaban apilados fuera de mi habitación, aguardando mi inspección. Los arrastré dentro. El esfuerzo causó una pequeña hemorragia, por lo que descansé un instante para que los vasos sanguíneos curaran

de nuevo. Luego hice una elección del contenido de los paquetes y reuní los artículos más esenciales en un fardo. Mi arco y las flechas con punta de vidrio fueron las únicas cosas que tomé de mi habitación; llevando aquel único equipaje descendí precavidamente los corredores y escaleras hasta las caballerizas.

Cuando crucé el puesto de centinelas me sentí aliviado al ver que no había nadie para darme el alto. Unos pocos pasos más adelante comprendí lo que aquello significaba y me di vuelta, al tiempo que extraía mi daga.

Pero no era un enemigo quien estaba allí. Saranna jadeó al ver la herida de mi garganta.

-¿Qué te ha ocurrido? -gritó .

Intenté responder, pero mi organismo aún no había regenerado la laringe perdida, de modo que todo lo que pude hacer fue sacudir mi cabeza lentamente y apoyar un dedo sobre sus labios para que guardara silencio.

.-¿Adónde vas?-preguntó, al ver mi fardo-. Sabía que te irías, Lanik. Llévame contigo.

Le di la espalda y me dirigí hacia mis caballos, atados a la barra del madherrero. Sus herraduras de madera golpeaban suavemente contra el suelo de piedra cuando se movían. Coloqué el fardo en el lomo de Hirmler y ensillé al garañón Hitler para montarlo.

-Llévame contigo-suplicó Saranna. Me volví hacia ella... Aunque hubiera podido hablar, ¿qué podía decirle? De modo que no dije nada, solamente la besé y luego, puesto que debía irme en silencio y no podía esperar persuadirla de que me dejara ir solo, la golpeé secamente con el mango de mi daga en la nuca, y ella se derrumbó blandamente sobre el heno y la paja del establo.

Los caballos permanecieron tranquilos mientras los sacaba de las caballerizas, y no hubo ningún otro incidente mientras me dirigía hacia la puerta. El alto cuello de mi capa ocultó la herida de mi garganta cuando crucé las guardias. Esperaba a medias que me dieran el alto, pero no lo hicieron. Y me pregunté si realmente representaría mucha diferencia para Dinte el que yo estuviera muerto o abandonara Mueller. En cualquier caso yo no estaría ahí para conspirar contra él; y sabía que si alguna vez intentaba regresar, una legión de asesinos a sueldo me estarían aguardando a la vuelta de cada esquina.

Mientras montaba a Hitler y tiraba de Hirmler a la débil luz de Disidencia, la luna rápida, casi me eché a reír. Solamente Dinte podía haber cometido la torpeza de fracasar tan estrepitosamente en su intento de asesinarme. Pero a la luz de la luna olvidé pronto a Dinte, y recordé tan sólo a Saranna, blanca en su pérdida de sangre por su aflicción por mí, yaciendo en el suelo del establo. Dejé las riendas flojas y metí mis manos bajo mi túnica para tocar mis senos y recordar así los suyos. Casi podía convencerme de que no me pertenecían.

Luego la luna lenta, Libertad, surgió por el este derramando una brillante luz sobre la llanura. Tomé de nuevo las riendas e hice que los caballos apuraran su marcha para que la luz del día me hallara lejos del castillo.

Nkumai. ¿Qué iba a encontrar allá?

¿Y a quién infiernos le importaba?

Pero yo era el obediente hijo de Ensel Mueller. Iría, observaría, descubriría lo que Mueller, con suerte, pudiera conquistar.

Tras de mí vi que en el castillo se encendían luces; las antorchas corrieron a lo largo de los muros. Habían descubierto que yo había partido. No podía contar con que Dinte fuera lo suficientemente brillante como para darse cuenta de que matarme sería inútil. Clavé las espuelas en los costados de Hitler. Emprendió el galope, y me sujeté a las riendas con una mano mientras con la otra intentaba mitigar el dolor que me producían las violentas pisadas del caballo al sacudir mi pecho, hasta que me di cuenta de que no sentía el dolor en él. Como tampoco en la herida de mi garganta. El dolor estaba mucho más profundo en mi pecho, y en lo más hondo de mi garganta, y lloré mientras me apresuraba hacia el este... No iba hacia el camino principal, como ellos seguramente supondrían, en conocimiento de mi misión; tampoco hacia los enemigos de los alrededores, que se sentirían felices de ofrecer refugio a un posible instrumento que les ayudara en su lucha contra el imperialismo de Mueller.

Fui hacia el este, hacia el bosque de Ku Kuei, en el que ningún hombre solía adentrarse, y donde ningún hombre pensaría en buscarme.

2

ALLISON

La llanura cultivada se interrumpió para dejar el paso a pequeños cañones y hermosas altiplanicies, y las ovejas empezaron a ser más comunes que la gente. Libertad estaba ya baja en el oeste, y el sol comenzaba a ascender en el cielo. Hacía calor.

Yo me encontraba en una trampa. Aunque no podía divisar a nadie que viniese siguiendo mis pasos, sabía donde se hallarían los perseguidores, si había alguno (y debía suponer que los había): al sur y al este de mí, vigilando las fronteras con Wong, y al norte de mi, patrullando la larga y hostil frontera con Epson. Sólo al este no habría guardias, porque los guardias no eran necesarios allí.

Las altiplanicies estaban dando paso a riscos y picos, y seguí cuidadosamente las huellas que conducían hacia el este. Las pisadas de cien mil ovejas habían dejado aquel rastro, y era muy fácil seguirlo. Pero a veces el rastro se estrechaba entre un risco que se elevaba a la izquierda y un farallón que se hundía a la derecha. En esas ocasiones desmontaba y llevaba a Hitler de las riendas, con Hirmler siguiéndole dócilmente.

Y al mediodía llegué a una casa.

En la puerta había una mujer con una lanza de punta de piedra. Era de mediana edad, de senos colgantes pero aún llenos, caderas anchas, vientre protuberante. Había fuego en sus ojos.

-¡Baja del caballo y vete de mi casa, condenado intruso! -gritó.

Desmonté, considerando poco amenazadora su ridícula arma. Esperaba convencerla de que me dejara descansar allí. Mis piernas y mi espalda me dolían enormemente con la cabalgata.

-Dulce dama-dije con mi voz más melosa y gentil-, no tienes nada que temer de mí.

Mantuvo su arma apuntada hacia mi pecho.

-La mitad de la gente de esas Altas Colinas ha sido robada últimamente, y de pronto todas las tropas se han encaminado al norte o al sur para perseguir al hijo del rey. ¿Cómo puedo saber que no llevas un arma y planeas robarme?

Dejé caer mi capa y abrí los brazos. Por aquel entonces la cicatriz de mi cuello no debía ser más que una línea blanca, que desaparecería pasado el mediodía. Cuando abrí los brazos mi pecho se irguió bajo mi túnica. Sus ojos se abrieron mucho.

-Tengo todo lo que necesito-dije-, excepto una cama para descansar y ropas limpias. ¿Me ayudarás?

Ella levantó la punta de la lanza y se acercó arrastrando los pies. De pronto, su mano se adelantó y apretó uno de mis senos. Lancé un grito de sorpresa y dolor.

Ella se echó a reír.

-¿Por qué vienes a la casa de la gente honesta con esas ropas engañosas? Entra, muchacha. Tengo un jergón para ti, si lo quieres.

Lo quería. Pero aunque engañando a aquella mujer había conseguido una cama, me sentí hoscamente avergonzado por mi transformación. Detestaba ser tomado por una mujer, por mucho provecho que sacara de ello.

La casa era interiormente más amplia de lo que parecía desde fuera. Luego me di cuenta de que había sido edificada en una cueva. Toqué la pared de piedra.

-Sí, muchacha, la cueva mantiene el frescor todo el verano, y en invierno detiene bastante bien el viento.

-Lo imagino-admití, dejando deliberadamente que mi voz se hiciera más alta y suave-. ¿Por qué persiguen al hijo del rey?

-Ah, niña, supongo que el hijo del rey debe de haber hecho algo terriblemente malo. La noticia ha llegado como el viento a primera hora de esta mañana, todas las tropas debían ser transferidas inmediatamente de este lugar.

-¿Y no temen que el forajido venga justamente por aquí?

Ella me dirigió una penetrante mirada. Por un momento pensé que sospechaba quién era yo, pero luego dijo:

-Por un instante pensé que estabas bromeando. ¿No sabes que a tres kilómetros de aquí empieza el bosque de Ku Kuei?

Tan cerca... Simulé ignorancia.

-¿Y eso qué significa?

Sacudió la cabeza.

-Dicen que ningún hombre o mujer que penetra en ese bosque sale vivo de él.

-¿...y cómo podrían salir muertos?

-Simplemente no salen, muchacha. Toma un poco de sopa; huele como estiércol de oveja, pero es auténtico cordero, maté uno la semana pasada y ha estado cociéndose hasta ahora.

Era buena y fuerte, y olía efectivamente a estiércol de oveja. Tras unas cuantas cucharadas me sentí tan bien como para ir a dormir; me levanté de la mesa y me fui al jergón que ella me señaló en un rincón.

Me desperté en la oscuridad. Un débil fuego crepitaba en el hogar, y vi la silueta de la mujer moverse de arriba abajo por la habitación. Canturreaba en voz baja una melodía tan monótona y hermosa como el mar.

-¿Tiene palabras?-pregunté. No me oyó, y volví a dormirme. Cuando desperté de nuevo había una vela junto a mi rostro, y la vieja mujer me miraba intensamente. Abrí mucho los ojos y ella se echó hacia atrás, un poco confundida. El frío aire de la noche me hizo dar cuenta de que mi túnica estaba abierta, mi pecho desnudo, y me cubrí.

-Lo siento, muchacha-dijo la mujer-. Pero vino un soldado que buscaba a un hombre joven de dieciséis años, llamado Lanik. Le dije que no había visto a nadie, y que aquí solamente estábamos yo y mi hija. Y puesto que tu pelo está tan corto tuve que probarle que eras una chica, ¿no? Así que abrí tu túnica.

Asentí lentamente.

-Pensé que tal vez no desearas ser reconocida por el soldado, muchacha. Y otra cosa. Tuve que dejar sueltos tus caballos.

Me senté rápidamente.

-¿Mis caballos? ¿Dónde están?

-El soldado los encontró camino adelante, muy lejos, sin nada encima. He ocultado tus cosas bajo mi propia cama...

-¿Por qué, mujer? ¿Cómo podré viajar ahora?-me sentía traicionado, pese a que sospechaba que la mujer me había salvado la vida.

-¿No tienes pies? Y creo que no desearás ir ahora tan lejos como pensabas ir con los caballos.

-¿Y dónde crees que estoy yendo?

Sonrió.

-Oh, tienes un rostro encantador, muchacha. Tan hermoso como para ser chico o chica, y de tez blanca, como el hijo de un rey. Feliz la mujer que te tenga como hija, o el hombre que te tenga como hijo.

No dije nada.

-Creo que ahora no hay ningún lugar al que puedas ir -continuó-, excepto el bosque de Ku Kuei.

Me eché a reír.

-¿Así es que podría entrar y no salir nunca?

-Esto -dijo con una sonrisa-es lo que contamos a los tontos de fuera de aquí. Pero nosotros sabemos bien que un hombre puede atravesar las pocas leguas que lo forman y alimentarse de raíces y bayas y otros frutos y salir sano y salvo. Claro que allí ocurren cosas extrañas, pero un hombre juicioso sabe evitarlas.

Por aquel entonces estaba ya completamente despierto.

-¿Cómo me has conocido?

-Hay realeza en cada uno de tus movimientos, en cada palabra que dices, muchacho. O muchacha. ¿Qué eres? Me importa poco. Solo sé que aprecio poco a esos hombres de la llanura que se creen dioses y que piensan que gobiernan sobre toda la gente de Mueller. Si tú estás huyendo del rey, tienes mi bendición y toda mi ayuda.

Nunca habría sospechado realmente que los ciudadanos de Mueller pudieran pensar de aquel modo con respecto a mi padre. Pero ahora resultaba beneficioso, aunque me pregunté cómo me habría sentido ante su actitud si aún fuese el heredero.

-Te he preparado un fardo no muy pesado de llevar, con comida y bebida-dijo-. Y espero que te guste el cordero.

Me gustaba más que morirme de hambre.

-No comas las bayas blancas en el bosque, te matarían en menos de un minuto. Y los frutos con protuberancias rugosas no los toques siquiera, y ve con cuidado en no detenerte sobre un hongo, o te infectará durante años.

-Sigo sin saber si iré hacia el bosque...

-¿Y adónde, pues, sino allí?

Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta. Disidencia estaba alta y poco brillante, con nubes que cruzaban su rostro. Libertad aún no se había asomado.

-¿Cuándo debería partir?

-Tan pronto como salga Libertad-dijo-. Entonces te conduciré hasta el borde del bosque, y te quedarás allí hasta justo antes de la salida del sol. Luego, adentro. Irás directamente hacia el este, pero un tercio hacia el sur cuando alcances un lago. Luego, dicen que el auténtico camino a la seguridad es recto hacia el sur, hacia Jones. No sigas los senderos. No sigas ninguna figura de hombre ni de mujer que puedas ver. Y no prestes atención al día ni a la noche.

Luego, sacó ropas de mujer de un baúl y me las tendió. Estaban bastante usadas y eran viejas, pero recatadas y virginales.

-Son mías-dijo-, pero dudo que ya nunca vuelva a colocarlas sobre mi viejo cuerpo, que se ha hinchado con tanta grasa en este último año -suspiró mientras las ponía en mi fardo.

Salió Libertad y la mujer me condujo fuera de la casa por un largo camino que se dirigía al este y no era muy transitado No dejaba de charlar mientras andábamos.

-Me pregunto para qué necesitaremos las tropas... Blanden un trozo de metal duro, lo clavan en la sangre de otro, ¿y luego qué? ¿Cambia el mundo por ello? ¿Pueden los hombres volar fuera de este mundo? ¿Nos hemos visto liberados los de Traición gracias a toda esta sangre derramada? Pienso que somos como perros que luchan y se matan por un hueso, ¿y qué es lo que gana el vencedor? Tan sólo un hueso. Y ninguna esperanza de algo más tras eso. Apenas el único hueso.

Y entonces una flecha surgió de la oscuridad silbando y se clavó en su garganta. Se derrumbó muerta frente a mí.

Dos soldados aparecieron en el claro de luna, los arcos preparados. Me lancé al suelo en el preciso momento en que era lanzada la segunda flecha. Erró. La tercera me alcanzó en el hombro.

Por aquel entonces mi fardo estaba en el suelo. Había cosas que nunca habían sido enseñadas a las tropas y que mi padre había enseñado a sus hijos. Entre ellas, luchar desarmado. Así fueron ambos derribados y luego liquidados con la punta de mi daga.

Cuando ambos estuvieron inmóviles corté sus cabezas para que no pudieran regenerarse y contar lo que sabían. Tomé el mejor de sus dos arcos y todas las flechas con punta de vidrio, luego regresé adonde yacía la mujer. Arranqué la flecha de su garganta, pero vi que no se estaba regenerando. Era pues una de las más viejas ramas de la familia, demasiado pobre como para integrarse en la cadena de adelantos genéticos que habían dado como resultado obras maestras de autopreservación como la familia real, como las tropas reales.

Y monstruos genéticos como la gente de los corrales. Como yo... Hice don de mi aflicción sobre sus despojos, dejando que la sangre de mi mano manara sobre su rostro. Luego puse en su mano la flecha que había golpeado contra mi hombro, para darle poder en el otro mundo, aunque personalmente no estaba muy seguro de que tal otro mundo existiera.

Las correas de mi fardo rozaban la herida de mi hombro, y el dolor era intenso. Pero había sido entrenado para soportar el dolor, y sabía que pronto iba a curar, como la herida de mi mano. Eché andar hacia el este, siguiendo el camino, y pronto llegué bajo las sombras de los negros árboles de Ku Kuei.

El bosque apareció tan repentinamente como una tormenta, de la brillante luz de Libertad hasta las más absolutas tinieblas. Los árboles parecían eternos desde su mismo linde, como si quinientos años antes (o cinco mil, eran lo suficientemente anchos) algún gran jardinero hubiera plantado un huerto precisamente así, con los bordes claros y definidos a lo largo de una línea bien delimitada.

Y quizás haya sido así hace tres mil años más o menos, cuando las naves de la República (la maldita y asquerosa dictadura de las clases trabajadoras, como decía en los libros de texto) tomaron a los conspiradores y a sus familias y los abandonaron en el inútil planeta llamado Traición, donde quedarían exiliados hasta que dispusieran de las suficientes naves como para regresar. Naves, vaya ironía..., en un planeta cuyo metal menos maleable era la plata.

Lo único que podíamos hacer con el metal era comprarlo, para lo cual teníamos que vender algo que ellos desearan. Siglo tras siglo cada Familia iba poniendo cosas en las rejillas del Embajador; siglo tras siglo el Embajador las tomaba..., y las devolvía. Hasta que nosotros encontramos una forma de utilizar la agonía de los regenerativos radicales.

Pero algunas de las Familias no habían tomado parte en la carrera comercial con nuestros captores. Los Schwartz permanecían secretamente en su desierto, donde nadie se aventuraba; los Ku Kuei vivían en algún lugar de las entrañas de su oscuro bosque, sin abandonarlo nunca y sin ser molestados jamás por los que venían de fuera, que temían los misterios del más impenetrable bosque del mundo. La frontera oriental de Mueller siempre había sido lindante con el bosque; y sólo en aquella dirección ni mi Padre ni su Padre habían intentado nunca extender sus conquistas.

Era frío y silencioso. Ni un pájaro. Ni un insecto. Y luego el sol se levantó, y yo hice lo mismo y penetré en las profundidades de la arboleda, en dirección hacia el este pero un tercio hacia el sur.

Al principio había una ligera brisa, que luego murió; las hojas colgaban absolutamente inmóviles. Los pájaros eran raros, sólo vi uno que dormía en las ramas más altas, sin moverse. Los pequeños animales no se movían entre mis pies, y me pregunté si aquel seria el secreto de Ku Kuei..., que nada, excepto las plantas, vivía ahí.

No podía ver el sol, y así señalé mi rumbo (este y un tercio al sur, me decía una y otra vez, intentando no oírlo en la voz de la mujer... ¿Por qué debería apenarme por ella, si no la conocía?) observando el alineamiento de los árboles, y corrigiendo aquí y allá.

Anduve durante horas y horas, y siempre parecía que fuera la primera hora de la mañana según la vaga dirección de la luz más brillante, allá donde suponía que debía hallarse el sol. Los senderos corrían a izquierda y derecha, pero de nuevo seguí la voz de la vieja mujer en mi memoria, cuando dijo "no sigas los senderos". Empecé a sentir hambre. Mordisqueé un poco de cordero. Encontré bayas y las comí (pero no las blancas).

Por entonces mis piernas estaban tan cansadas que ya no podía poner una delante de la otra, y sin embargo seguía siendo de día. No podía comprender mi cansancio. En mi entrenamiento a menudo me había visto obligado a andar enérgicamente desde la salida hasta la puesta del sol, lo cual podía hacer sin excesivo cansancio. ¿Habría allí algún elemento, alguna droga en el aire del bosque, que me debilitara?

Dejé mi fardo junto a un árbol y me quedé dormido como un tronco, larga y profundamente. Tanto que cuando desperté era nuevamente de día, y me levanté y proseguí mi camino.

Un nuevo día de marcha, luego del agotamiento cuando el sol aún brillaba alto. Esta vez me obligué a continuar, más y más, hasta que mis piernas ya no pudieron seguir avanzando. Y apenas había pasado el mediodía, si mi suposición con respecto a la posición del sol era correcta.

Y entonces llegué al lago.

No era tan ancho como para que no pudiera divisar la otra orilla, pero era lo suficientemente largo como para que no viera su final, ni al norte ni al sur. El sol se reflejaba en la brillante agua. Y en efecto, no serían más de las dos de la tarde.

Me tendí junto al agua y me dormí, y desperté al día siguiente a una hora que parecía ser la misma a la que me había dormido. ¿Ese iba a ser el ritmo de todo mi viaje? ¿Unas pocas horas de marcha, el agotamiento, y luego veintisiete horas de sueño?

Las piernas me dolían cuando eché a andar de nuevo, como si me hubiera esforzado mucho más allá de lo que me permitía mi entrenamiento, lo cual sabía bien que no era cierto.

En el extremo sur del lago recordé que era allí donde la mujer me dijo que debía girar hacia el sur. ¿Pero qué podía esperar conseguir en Jones, donde nadie querría seguir a un monstruo como yo a la batalla? Mi mejor esperanza era ir a Nkumai, completar la misión que me había encomendado Padre, y quizá, probando mi lealtad, ganarme el derecho de volver a casa.

Giré hacia el este, hacia Nkumai. El viaje no cambió en absoluto. Hasta que finalmente alcancé !os esbeltos árboles ragwit de corteza gris, que me dijeron que quedaban cerca de "los árboles blancos de Allison, con alba y luz entre las hojas". Por la tarde el sol brotó entre las hojas de los árboles y por unos breves instantes me encegueció. Después fui capaz de andar hasta que se hizo oscuro.

Por la mañana, un camino. Regresé entre los árboles y me cambié; me puse las ropas de chica que me había dado la mujer de las Altas Colinas. Conté mi fortuna: veintidós anillos de oro, ocho anillos de platino y, para casos de emergencia, dos anillos de hierro. Y la daga en el fardo.

Estaba inseguro acerca de qué hacer a continuación. Las últimas noticias que había oído en Mueller eran de que Nkumai estaba atacando Allison. ¿Habrían ganado? ¿O aún proseguiría la guerra?

Alcancé el camino y eché a andar hacia el este.

-Hey, pequeña dama-dijo una voz suave pero penetrante detrás de mí. Me volví y vi a dos hombres, un poco más fornidos que yo, que aún no llegaba a mi peso de adulto..., aunque había alcanzado la altura correspondiente desde los quince años. Parecían incultos, pero sus ropas tenían aspecto de ser vestigios de un uniforme.

-Soldados de Allison, por lo que veo-respondí, intentando sonar contento de verles.

El que llevaba la cabeza cubierta con un vendaje respondió con una sonrisa triste:

-Ay, si es que existe aún un Allison, con esos negros sueltos para dictar la ley.

Así que Nkumai había vencido, o estaba venciendo...

El más bajo, que no podía apartar los ojos de mi pecho, terció con una voz que sonaba oxidada, como por falta de uso:

-¿Quieres viajar con dos viejos soldados?

Sonreí. Un error. Me habían medio desvestido antes de darse cuenta de que sabía utilizar mi daga y no estaba jugando . El bajito salió huyendo, pero por la forma como sangraba su pierna no iría muy lejos. El alto estaba tendido de espaldas en el camino con los ojos en blanco, como diciendo: "Y después de todo lo que he pasado en la vida, he tenido que

morir así". Cerré sus ojos. Pero me habían proporcionado el medio de entrar en la primera ciudad.

-Por las ligas de la madre de Andy Apwit, muchacha, pareces medio muerta.

-Oh, no -dije al hombre de la posada-. Medio violada, quizá.

Mientras me echaba una manta por encima de los hombros y me conducía escaleras arriba, me dijo con una risita:

-Uno puede estar medio muerto, pero en asuntos de violación es todo o nada, muchacha.

-Díselo a mis magulladuras-respondí.

La habitación que me mostró era pequeña y pobre, pero dudaba de poder encontrar algo mucho mejor en la ciudad. Lavó mis pies antes de irse; una costumbre poco habitual. Lo hizo tan suavemente que me produjo unas insoportables cosquillas, pero me sentí mucho mejor cuando hubo terminado. Una costumbre que deberíamos animar a practicar a las clases más bajas de Mueller, pensé en aquel momento. Luego imaginé a Ruva lavándole los pies a alguien, y me eché a reír.

-¿Qué es lo divertido?-preguntó él, mirándome irritado.

-Nada. Vengo de lejos, y allá no tenemos esta encantadora costumbre de lavar los pies a los viajeros.

-Que me condene si hago esto con todo el mundo. ¿De dónde eres, muchacha?

Sonreí.

-No creo que sea este un procedimiento diplomático adecuado. Digamos que soy una mujer de un lugar donde no se acostumbra atacar a las mujeres por los caminos... Pero donde tampoco es costumbre este tipo de atenciones con un extraño.

Bajó humildemente los ojos.

-Como dice el Libro: "A los pobres dales confort y limpieza, y cuídalos mejor que a los ricos". No hago más que cumplir con mi deber, muchacha.

-Pero no soy pobre-dije. Se puso bruscamente en pie, y me apresuré a tranquilizarle-. Vivo en una casa con dos habitaciones.

Sonrió, condescendiente.

-Ay, puede que una mujer de un país como el tuyo llame a eso confort.

Cuando se fue me sentí aliviado de que hubiera una barra en la puerta.

Por la mañana me correspondió una ración del desayuno para indigentes, o sea una porción más abundante que las de la familia... El posadero, su mujer y sus dos hijos, ambos mucho más jóvenes que yo, me recomendaron que no viajara 'sola'.

-Llévate a uno de mis chicos contigo. No quisiera que te perdieras por el camino.

-¿Es difícil, desde aquí, hallar la capital?

El posadero me miró ceñudamente.

-¿Te estás burlando de nosotros?

Me alcé de hombros, intentando aparentar inocencia.

-¿Cómo puede ser una burla una pregunta así?

La mujer apaciguó a su marido.

-Es una extranjera, y evidentemente no le han enseñado el Camino.

-Aquí nosotros no vamos a la capital-me informó uno de los muchachos, intentando ayudar-. Eso es abandonar a Dios, lo es, y permanecemos apartados de tales cosas ostentosas.

-Entonces yo también lo haré -dije.

-Además-agregó el padre irasciblemente-, seguro que la capital está llena de morenos.

Yo no conocía la palabra. Le pregunté.

-Los hijos negros de Andy Apwit-respondió-. De Nigumai.

Debió querer decir Nkumai. Entonces los negros habían vencido. Oh, bien.

Me fui después del desayuno, con mis ropas muy cuidadosamente repasadas por la mujer del posadero. El mayor de los dos chicos me acompañó. Su nombre era Sin-Miedo. Durante el primer kilómetro o así le pregunté acerca de su religión. Había leído algo acerca de aquel asunto, pero nunca me había encontrado con alguien que realmente creyera en ello, aparte de los ritos funerarios para la próxima vida. Me sorprendí ante las cosas que sus padres le habían enseñado como verdaderas... Pero él parecía dispuesto a ser obediente, y pensé que quizás existiera un lugar para tales cosas entre las clases inferiores. Finalmente llegamos a una bifurcación en el camino. Había una señal.

-Bueno-dije-, aqui te devuelvo a tu padre.

-No irás a la capital, ¿verdad?-preguntó temerosamente.

-Por supuesto que no-mentí. Luego tomé un anillo de oro de mi fardo-. ¿Creías que la bondad de tu padre iba a quedar sin recompensa?-puse el anillo en su dedo. Sus ojos se abrieron mucho. Al parecer, era suficiente como pago.

-Pero..., ¿no eras pobre?-preguntó.

-Lo era cuando llegué-dije, intentando sonar muy místico-. Pero tras los dones que me ha prodigado tu familia, ahora soy muy rica. No le digas esto a nadie, y recomienda a tu padre que haga lo mismo.

Los ojos del muchacho se abrieron aún más. Luego dio media vuelta y echo a correr de regreso. Yo había sido capaz de sacar un buen provecho de sus historias; incluso había añadido a su tradición popular el tema de los ángeles, que parecían ser hombres y mujeres pobres a primera vista, pero que ostentaban el poder de premiar o castigar según como fueran tratados.

De hombre a mujer a ángel. ¿Cuál sería la próxima transformación...? Por favor.

-Primero el dinero-dijo el hombre tras el mostrador.

Hice destellar un anillo de platino y frunció bruscamente los ojos.

-¡Robado, juraría!

-Entonces cometerías perjurio-dije taimadamente-. Fui asaltada por violadores en uno de vuestros hermosos caminos, yo que he venido aquí como embajadora. Mis guardias los pusieron en fuga, pero resultaron muertos. Debo proseguir con mi misión, y debo vestirme como corresponde a una mujer de mi rango.

Retrocedió un poco.

-Perdón, mi dama -se inclinó-. Si puedo ayudaros de algún modo...

No me eché a reír. Y cuando abandoné la tienda vestía un recargado y escotado estilo de ropas que me había sorprendido cuando los vi en las mujeres con las que me crucé en mi camino a la ciudad.

-¿Embajadora...de dónde?-preguntó cuando me iba-. ¿Y ante quién?

-De Bird-respondí-. Y ante quien posea autoridad aquí.

-Entonces buscad al moreno más próximo. Porque ninguna persona blanca tiene ningún rango aquí en estos días, mi dama. Y todos los morenos de Nigumai creen que gobiernan.

Mi pelo rubio y muy claro atrajo algunas miradas por la calle, pero me dirigí a las caballerizas intentando ignorar a los hombres que me observaban, exhibiendo los altivos modales de las prostitutas de lujo de Mueller cuando desdeñaban a los hombres demasiado pobres como para ofrecerles sus servicios.

Aquella fue la siguiente transformación. Hombre, mujer, ángel, y ahora prostituta. Sonreí. Ya nada podría sorprenderme a continuación.

Me desprendí de un anillo de platino y no recibí ninguna moneda a cambio, pero el carruaje que el encargado de las caballerizas se hallaba preparando me pertenecía. La capital de Allison se hallaba aún a muchos kilómetros de esta ciudad, y debía llegar a ella con estilo.

Hubo un retumbar de cascos de madera en la empedrada calle. Abrí la puerta de la caballeriza y miré afuera. Una docena de caballos se acercaba al paso por la calle, con un ruido ensordecedor. Pero mis ojos no se fijaban en los caballos. Miraba a los jinetes.

Eran tan altos como yo mismo... Más altos, en realidad; dos metros como m;nimo. Y mucho más negros que todos los Cramer que yo hubiera visto. Su cara era estrecha, no ancha

y aplastada como las de los negros que había conocido hasta entonces. Y cada uno llevaba una espada de hierro y un escudo claveteado con hierro.

Ni siquiera en Mueller equipamos a nuestros soldados con hierro hasta que llega la hora de la batalla. ¿Cuánto metal tenían los nkumaios?

El encargado de la caballeriza escupió.

-Morenos-dijo tras de mí.

Pero yo lo ignoré y salí a la calle, levantando un brazo en un saludo. Los soldados nkumaios me vieron. Quince minutos más tarde estaba desnudo hasta la cintura y atado a un poste en el centro de la ciudad. Llegué a la conclusión de que ser una mujer no era en absoluto recomendable. Cerca de ahí ardía un fuego, y en él enrojecía un hierro de marcar.

-Quédate quieta-dijo el capitán de la tropa con un tono melifluo y educado-. Sabías que era de suponer que debías quedar registrada hace tres semanas. No te va a doler.

Lo miré furiosamente.

-Suéltame de este poste o lo pagarás con tu vida-dije; me costaba mantener alto y femenino el tono de voz, y sonar como si mi amenaza fuera tan solo una bravata cuando de hecho estaba seguro de que podía matarlo en apenas tres minutos solamente teniendo mis manos libres... Cinco, si seguían atadas.

-Soy una embajadora-dije por duodécima vez desde que me habían atrapado-. De Bird...

-Eso es lo que dices-respondió suavemente, e hizo una seña al soldado que estaba calentando el hierro de marcar.

Yo no estaba seguro de si debía someterme o no... Así que dejé que mi instinto tomara el control. En Mueller marcamos tan solo a las ovejas y a las vacas. Incluso nuestros esclavos quedan sin marcar. De modo que cuando el sonriente nkumaio vino hacia mi estómago con el hierro al rojo por delante, lo pateé en las ingles con la fuerza suficiente como para castrar a un toro. Gritó. Observé brevemente que la patada había desgarrado mi falda. Luego el capitán me golpeó la cabeza con el plano de su espada y perdí el conocimiento.

Recobré la conciencia en una habitación oscura sin ninguna ventana..., apenas un pequeño agujero en el techo para dejar pasar la luz, y una pesada puerta de madera. La cabeza me dolía vagamente, pero podía afirmar que mi cuerpo se había cuidado de reparar cualquier daño que se le hubiera podido infligir. Aún seguía vestido como antes, o sea desnudo hasta la cintura pero todo lo demás cubierto..., lo cual constituía un alivio, puesto que un examen más atento de mi cuerpo habría destruido completamente mi historia de ser una embajadora del gobierno matriarcal de Bird.

La puerta se abrió chirriando sobre sus pesados goznes de madera, y un hombre negro con ropas blancas penetró en la

habitación.

-Por favor, sígueme -dijo.

No tuvo que repetirlo.

Me proporcionó una larga túnica, que me puse inmediatamente. La prefería a las llamativas ropas de Allison que había estado llevando. Me sentía más a gusto ahora, y menos vulnerable. Y le dije:

-Exijo ser liberada.

-Por supuesto-respondió-, y espero que prosigas tu viaje a Nkumai.

-Eso lo dudo-dije.

-Me lo temía, pero te suplico que perdones a nuestros ignorantes soldados. Nos sentimos orgullosos de nuestros conocimientos en Nkumai, pero sabemos muy poco acerca de las naciones que hay más allá de nuestras fronteras. Y los soldados evidentemente, saben aún mucho menos que nosotros.

-¿...nosotros?

.Yo soy un profesor-dijo-. Y he sido enviado a solicitar tu perdón y a rogarte que prosigas tu camino hasta nuestra capital. Cuando el capitán pidió autorización para matarte por haber mutilado a uno de nuestros soldados, nos dijo que pretendías ser una embajadora de Bird. Para él la idea de una mujer como embajador es un absurdo. Pertenece a los niveles sociales más bajos, donde el auténtico potencial de las mujeres no siempre es reconocido. Pero yo sabía que Bird está gobernado por mujeres, muy competentemente, tengo entendido. Y me di cuenta de que tu historia era probablemente cierta.

Sonrió y abrió las manos.

-No puedo esperar haber reparado completamente lo que nuestro soldado, en su ignorancia, hizo. Por supuesto, ya ha sido ejecutado.

Asentí. Aquello era lo menos que podían hacer.

-Y ahora, te suplico que me permitas escoltarte a Nkumai, donde estoy seguro de que podrás presentar tu embajada al rey.

-Me pregunto si nuestro deseo de obtener una alianza con Nkumai era sensato después de todo-dije-. Creíamos que erais un pueblo civilizado. -Pareció apenado.

-No tanto -respondió-. No somos civilizados. Pero al menos intentamos serlo, que es más de lo que se puede decir de muchos pueblos aquí en el este. En el oeste, estoy seguro, las cosas son distintas.

Asentí afablemente. Y luego acepté su invitación. Para bien o para mal, iba a intentar completar mi misión y descubrir qué cuernos estaban vendiendo al Embajador que les proporcionaba hierro en cantidades mucho mayores de las que nunca nos habían procurado nuestros excedentes corporales.

Y mientras montábamos en su carruaje y emprendíamos el camino en dirección al este, hacia Nkumai, tuve la desagradable sensación de que estaba siendo atrapado en un torbellino, de modo tan complejo que era absorbido irrevocablemente; no podía salirme de él.

Los blancos árboles de Allison fueron desapareciendo gradualmente para dejar paso a otros más altos, mucho más..., que se erguían directamente hacia el cielo centenares y centenares de metros. El camino serpenteó entre árboles gigantescos que hacían que incluso los de Ku Kuei parecieran pequeños. Nos detuvimos dos veces para dormir a lo largo del camino, y luego, al mediodía del tercer día, el profesor nkumaio indicó al conductor que se detuviera.

-Hemos llegado-dijo.

Miré a mi alrededor. No alcanzaba a ver ninguna diferencia entre ese lugar y cualquier otra parte del bosque.

-¿Dónde estamos?-pregunté.

-En Nkumai. La capital.

Y entonces seguí su mirada hacia arriba, y vi el más increíble sistema de rampas, puentes, y edificios suspendidos de los árboles, extendiéndose tan lejos como podía ver hacia arriba y hacia los lados, en todas direcciones.

-Inexpugnable-comentó.

-Completamente -respondí. No hice ningún comentario acerca de que un buen fuego podía terminar con todo aquello en media hora. Me alegré. Porque casi inmediatamente se produjo una terrible lluvia, que en pocos instantes nos empapó y llenó el carruaje con ocho centímetros de agua. El nkumaio no hizo ningún esfuerzo por protegerse, y yo tampoco.

Tras unos escasos minutos la lluvia se interrumpió, y él se volvió hacia mi, sonriente.

-Esto ocurre casi cada día, a menudo dos veces al día. Si no fuera así, deberíamos temer al fuego. Pero tal como son las cosas, nuestro único problema es disponer de algo de turba suficientemente seca como para hacer fuego para cocinar.

Le devolví la sonrisa y asentí.

-Entiendo que este debe ser un problema -el suelo se había convertido en un barro de quince centímetros de profundidad, pero hallamos una escalerilla de cuerdas y lo abandonamos. Iba a tardar semanas en volver a tocarlo.

3

NKUMAI

-¿Deseas descansar?-preguntó, y por una vez me alegró parecer una mujer, porque la plataforma era una isla de estabilidad en un mundo absurdo de oscilantes escalerillas de cuerda y repentinas ráfagas de viento. Lanik Mueller no podría haber admitido nunca que deseaba descansar. Pero aquella dama embajadora de Bird sí podía.

Me tendí en la plataforma y, durante unos breves momentos, sólo pude ver el aún lejano techo de verdor y me fue imposible pretender que me hallaba al nivel del suelo.

-No pareces muy cansada-comentó mi guía-. Ni siquiera respiras pesadamente.

-Oh, no es que deseara descansar por estar fatigada. Simplemente...que no estoy acostumbrada a tales alturas.

El se asomó al borde de la plataforma y miró al suelo.

-Bueno, solo estamos a ochenta metros del suelo ahora. Todavía nos falta un buen trecho.

Reprimí un suspiro.

-¿Adónde me llevas?

-¿Adónde deseas ir?-respondió.

-Deseo ver al rey.

Se rió a carcajadas, y me pregunté si era de suponer que una dama de Bird debiera considerar como una afrenta el que alguien se le riera en la cara. Al infierno. Simplemente dije:

-¿Qué tiene de divertido?

-Nadie ve al rey, mi dama-dijo él.

-¿Es invisible?

-Cuando elige serlo-respondió.

-¿Qué se supone entonces que hacen los embajadores?

Sonrió y adoptó una expresión indulgente.

-Raramente recibimos embajadores. Hasta hace poco, creo que nuestras naciones vecinas nos consideraban como moradores de los árboles, eh...'monos' creo que es la palabra. Tan solo ahora, cuando nuestros soldados empiezan a llamar la atención de nuestros vecinos, empiezan a llegar embajadores. Realmente no estamos equipados para ello.

Me pregunté cuánto habría de verdad en lo que había dicho. En la gran llanura del río Rebelde, cada nación había intercambiado embajadores con todas las demás naciones desde que las primeras Familias se dividieron el mundo. Pero seguro que tenían embajadores de varias naciones, aunque incluso los hubieran ignorado...

-Actualmente tenemos tan solo tres embajadores, mi dama -dijo-. Hemos tenido algunos otros, pero por supuesto el embajador de Allison es ahora un súbdito leal, mientras que los embajadores de Mancowicz, Parker, Undervoood y Sloan han sido enviados de vuelta a casa pues parecían mucho más interesados en nuestro Embajador, el de los Observadores, se entiende, que en promover unas buenas relaciones con Nkumai. Solamente Johnston, Cumming y Dyal mantienen embajadas aquí. Y puesto que debemos economizar el espacio

vital, tuvimos que alojarlos juntos. Me temo que somos un rincón apartado del mundo. Muy provinciano.

Y tú estás exagerando un poco, me comenté en silencio. Pero por poco sutil que él hubiera sido, yo captaba claramente la advertencia. Estaban alerta con respecto a lo que los embajadores pudieran estar buscando realmente. De modo que debería ir con cautela.

-¿Pero por qué no puedo ver al rey?

-Oh, quizá sí puedas. Pero debes hacer tu petición a la oficina de servicios sociales, y quien sabe adónde te conducirá eso. El papeleo..., ya sabes. Creo que este mundo tan lleno de colores siempre ha estado dominado por la burocracia. Bueno, a nosotros, aquí en Nkumai, no nos preocupa eso. Tenemos nuestro propio sistema, que podríamos llamar, imagino...la negrocracia-se rió con aquel pequeño chiste racial, y empecé a preguntarme cuán sensitivos serían acerca de su color. Los Cramer eran más sensitivos acerca de su altura que de su tinte de piel... Pero los Allison me parecieron un tanto sarcásticos acerca de la negrura de los nkumaios.

-¿Proseguimos? -sugerí .

Avancé cuidadosamente hacia la escalerilla de cuerda que se balanceaba suavemente bajo la brisa, sujeta blandamente a la plataforma por una delgada cuerda atada a un poste bajo.

-Por aquí no-dijo-. Tomaremos otro camino-y abandonó la plataforma echando a correr por una de las ramas. Si se les pudiera llamar ramas..., puesto que ninguna de ellas tenía menos de diez metros de ancho.

Anduve lentamente hacia donde él había trepado a la rama, y por supuesto había algunas sutiles agarraderas que más bien parecían productos del uso que talladas en la madera. Me trasladé torpemente de la plataforma al lugar donde mi guía me aguardaba con impaciencia. Donde él estaba, la rama se elevaba ligeramente y luego hacía más pronunciada su inclinación, oblicuamente en la distancia, entrecruzada por ramas de otros árboles.

-¿Todo bien?-preguntó.

-No-repuse-. Pero sigamos.

-Iré despacio al principio-dijo-, hasta que estés más acostumbrada a andar por los árboles. ¿Cuál es tu nombre, mi dama?

¿Nombre? ¿Me había preparado algún nombre? Seguro que lo había hecho... Pero en el momento no pude recordar cuál era, y ni ahora consigo recordar el nombre que había elegido. Y puesto que mi confusión era obvia, no había forma de tomar simplemente otro sin despertar sus sospechas.

-¿Nombre, señor? O no eres un caballero, o no me consideras a mí una dama...

Pareció momentáneamente desconcertado. Luego se echó a reír.

-Debes perdonarme, mi dama. Las costumbres cambian. Entre nosotros tan solo las damas *tienen* nombres. Los hombres son llamados únicamente por sus cargos. Yo soy, como te he dicho, Profesor. No pretendía faltarte al respeto.

-No importa-dije, disculpándolo fríamente. El juego empezaba a resultar divertido, intentar establecer una superioridad sobre él en una situación en la cual no podía hacer otra cosa que sentirme inferior. Aquello casi me permitía olvidar el hecho de que aunque el camino que seguíamos no era más dificultoso que trepar por una empinada colina, su ladera se curvaba rápidamente a ambos lados hacia el vacío, de modo que si me desviaba del sendero trazado me encontraría rápidamente cayendo..., ¿cuántos metros hasta el suelo?

-En este momento diría que estamos a unos ciento treinta metros, mi dama. Pero realmente no estoy seguro. No acostumbramos a medirlo. Una vez llegado a suficiente altura como para matarse si uno cae, realmente ya no importa lo lejos que se esté del suelo, ¿verdad? Pero puedo decirte hasta qué altura debemos ir.

-¿Cuál?

-Unos trescientos metros.

Jadeé.

-¿Adónde estamos yendo?

Se rió de nuevo, y esta vez no hizo ningún esfuerzo para disimular su alegría ante mi aversión por las alturas. Era su forma de devolverme la pequeña vejación que le había infligido con los nombres.

-Estamos yendo al lugar donde deberás vivir-dijo-Creo que apreciarás el visitar la auténtica cima. Pocos extranjeros han tenido esa oportunidad.

-¿Voy a vivir en la cima?

-Bueno, no podemos tenerte junto con los demás embajadores, ¿verdad? Son todos hombres... Así que Mwabao Mawa ha consentido albergarte con ella.

Nuestra conversación se vio interrumpida cuando echó a trotar ágilmente por un puente de cuerdas, utilizando las manos sólo ocasionalmente. Parecía fácil, en particular porque el suelo del puente era de madera. Pero cuando puse el pie en él empezó a oscilar, y a medida que avanzaba, más intenso era el balanceo. En el punto culminante de cada oscilación podía ver los troncos de los árboles, que se hundían hasta un suelo tan distante que me era imposible determinar con exactitud dónde estaba en medio de las profundas sombras. En un punto vomité. Pero luego me sentí mejor e hice el resto del recorrido del puente sin ningún otro incidente. Y desde entonces, puesto que ya me había deshonrado completamente, no hice ningún otro esfuerzo por ocultar mi terror..., y descubrí que eso me ayudaba a soportarlo mejor. Profesor, mi guía, se mostró más atento también, y me sentí más dispuesto a apoyarme en él.

Y cuando finalmente alcanzamos el nivel donde crecían las hojas, gigantescos abanicos de más de dos metros de ancho, me di cuenta de que aunque descubriéramos qué era lo que los nkumaios estaban vendiendo al Embajador a cambio de hierro, nos iba a ser de muy poca utilidad. ¿Cómo podrían los hombres de Mueller, pegados al suelo y habitando en las llanuras, invadir alguna vez, sin hablar de conquistar, a un pueblo como aquel? Los nkumaios simplemente subirían sus escaleras de cuerda y se echarían a reír. O dejarían caer sobre ellos mortales rocas.

Me sentí deprimido.

Me sentí aún más deprimido cuando después anduvimos con cautela a lo largo de una estrecha rama hasta una casa de estructura más bien complicada..., que de hecho nunca habría sido considerada como tal allá abajo, en Mueller. Profesor dijo con una voz suave pero penetrante:

-De la tierra al aire.

-Y al nido, Profesor. Entra-y la ronca pero hermosa voz de Mwabao Mawa nos condujo dentro de la casa.

Estaba formada básicamente por cinco plataformas, no muy distintas de aquella en la que había estado descansando, aunque dos de ellas eran bastante más grandes. De todos modos, tenían techo de hojas y un sistema más bien complicado de recoger toda el agua que se acumulaba en esos techos en barriles situados en las esquinas de las habitaciones.

Si es que se las pudiera llamar habitaciones... Cada plataforma era una habitación separada. Y no pude detectar ningún indicio de pared por ningún lugar. Tan solo cortinas de tela brillantemente coloreada colgando del techo hasta el suelo. La brisa abría fácilmente aquellas separaciones.

Decidí quedarme en el centro de la habitación.

Mwabao Mawa era, en cierto modo, descepcionante. Debió de haber sido hermosa, a juzgar por la voz, pero no lo era..., al menos según los conceptos de belleza que yo tenía hasta entonces, y quizá ni siquiera según los conceptos de los nkumaios- Pero era alta, y su rostro, aunque no agraciado, era expresivo y vivaz. Cuando digo alta, la palabra no refleja exactamente la realidad; en Nkumai casi todo el mundo es al menos tan alto como yo, y en Mueller yo estoy por encima de la media. Entre los nkumaios, Mwabao Mawa era muy alta. Sin embargo se movía con gracia, y no me sentí intimidado. En realidad, me sentí protegido.

-Profesor, ¿a quién me has traído?

Observé que hablaba en una forma en cierto modo arcaica, y me sorprendí de que no sonara afectada.

-No me ha dado ningún nombre-dijo Profesor-. Al parecer, un caballero no debe preguntárselo a una dama.

-Soy la embajadora de Bird-dije, intentando sonar solemne pero sin pomposidad-, y a otra dama sí puedo decirle mi nombre -por aquel entonces, por supuesto que ya me había decidido por un nuevo nombre, y a partir de ese momento y durante toda mi estancia en Nkumai fui Lark; era lo más aproximado a Lanik que pude imaginar, y parecía adecuado para una mujer de Bird.

-Lark-dijo Mwabao Mawa, haciendo que el nombre sonara musical-. Entra.

Yo creía que ya estaba dentro.

-Por aquí-dijo, intentando mitigar al instante mi confusión-. Y tú, Profesor, puedes irte.

El se dio la vuelta y salió trotando hábilmente a lo largo de la estrecha rama que tanto me había asustado.

Seguí a Mwabao Mawa haciendo a un lado la cortina por la que acababa de salir. No había ningún paso..., solamente un espacio de unos 150 centímetros que había que cruzar hasta la siguiente habitación. Si uno fallaba el salto, simplemente caía. No se trataba de un salto como para batir un récord... Los saltos de competición en Mueller no ofrecían mayor penalidad a los que fallaban que las burlas de los espectadores.

Las cortinas-pared eran esta vez de color más discreto y oscuro, y el suelo no estaba a nivel, gracias al cielo; descendía en dos escalones a un amplio ruedo central profusamente cubierto de almohadones. Cuando bajé al centro de la habitación descubrí que mis ojos empezaban a creer que eran auténticas paredes las que nos rodeaban, y me relajé.

-Adelante y siéntate-dijo mi anfitriona-. Esta es la habitación donde nos relajamos. Donde dormimos por la noche. Estoy segura de que Profesor habrá estado alardeando durante todo el camino hasta aquí arriba... Pero no somos inmunes al miedo a las alturas. Todo el mundo duerme en una habitación como esta. No nos gusta pensar en la posibilidad de caer en pleno sueño.

Se echó a reír con una risa sonora y grave, pero yo no le uní la mía; simplemente me eché y dejé temblar mi cuerpo, permitiendo así que saliera la tensión que había acumulado en la ascensión.

-Mi nombre es Mwabao Mawa-dijo mi anfitriona-. Y debo decirte quién soy. Sin duda oirás historias acerca de mí. Hay rumores de que he sido la amante del rey, y no hago nada por desmentirlos, puesto que me proporcionan cierto insignificante poder. Corren también los rumores de que soy una asesina, y esos son aun más encantadores... La verdad es que, por supuesto, no soy más que una consumada anfitriona y una gran entonadora de canciones. Quizá la mayor que haya vivido nunca en un país de cantores. Soy también vanidosa-dijo, sonriendo-. Pero creo que la auténtica humildad consiste en reconocer la verdad acerca de uno mismo.

Murmuré mi asentimiento, contento de bañarme en el calor de su conversación y la seguridad del suelo. Ella siguió hablando, y me cantó algunas canciones. No recuerdo casi nada de la conversación. Recuerdo menos aún las canciones, excepto que, aunque no comprendía la letra ni seguía una melodía en particular, las canciones despertaban mi imaginación, y casi podía ver las cosas que ella cantaba..., aunque no sabia de qué se trataba su canto. Pese a que posteriormente ocurrieron cosas terribles y yo mismo hube de silenciar para siempre la música de Mwabao, hoy daría mucho por volver a oír esas canciones.

Esa noche ella encendió una antorcha fuera de su puerta principal, y me dijo que vendrían invitados. Más tarde supe que una antorcha significaba que una persona estaba dispuesta a recibir invitados, una invitación abierta a todo aquel que alcanzara a ver el resplandor en la noche. Era una medida del poder de Mwabao Mawa sobre otras personas (o menos cínicamente, su devoción al placer que le producía) el que siempre que encendía la antorcha fuera, era cuestión de minutos que su casa se llenara y ella tuviera que apagarla.

Los invitados eran en su mayoría hombres..., cosa normal, puesto que en Nkumai las mujeres raramente salían de noche. Y la charla era la mayor parte de las veces insignificante, pese desgracia, la cortesía de Nkumai obligaba a los invitados a pasar más tiempo charlando conmigo del que pasaban charlando entre sí. Habría sido mucho mejor, pensé en esa ocasión, si hubieran compartido la costumbre de Mueller de dejar a un huésped permanecer sentado en silencio hasta que deseara unirse a la conversación. Por supuesto, la costumbre de Nkumai impedía a un huésped aprender mucho... Y yo no conseguí aprender nada significativo aquella noche.

Tan sólo conseguí saber que todos sus invitados eran hombres educados... Científicos de una u otra disciplina. Y por la forma en que hablaban y discutían, tuve la impresión de que aquellos hombres estaban muy poco preocupados por la ciencia, tal como se la consideraba en Mueller, o sea como un medio para llegar a un fin; para ellos, la ciencia era un fin en sí.

-Buenas noches, mi dama-dijo un hombre pequeño de voz suave-. Soy Profesor, y estoy deseoso de ponerme a tu servicio.

Un saludo estandarizado, pero que despertó mi curiosidad, de modo que pregunté:

-¿Cómo puedes llamarte Profesor, y llamarse también así otros tres hombres en esta habitación, del mismo modo que el guía que me trajo hasta aquí? ¿Cómo podéis distinguiros unos de otros?

Se echó a reí con esa risa suficiente que primero me había irritado pero que, como pronto aprendí, era costumbre nacional, y dijo:

-Porque yo soy yo, y ellos no.

-Pero, ¿y en lo que respecta a los demás?

-Bueno-explicó pacientemente-, supongo que cuando los demás hablan de mí me llamarán Profesor que Hizo Danzar las Estrellas, puesto que eso es lo que hice. El hombre que te guió hasta aquí esta mañana... El es Profesor de la Verdadera Vista. Ello es debido a que efectuó ese descubrimiento en particular.

-¿...la verdadera vista?

-No lo comprenderías-dijo-. Es algo muy técnico. Pero cuando alguien desea hablar de nosotros, se refiere a nuestro mayor logro, y así cualquiera que esté implicado sabe de quien se está hablando.

-¿Y qué ocurre con alguien que todavía no ha efectuado ningún gran descubrimiento?

Se rió de nuevo.

-¿Y quién desearía hablar de una persona como tal?

-Pero las mujeres tienen nombres...

-También los tienen los perros y los niños pequeños-dijo él, y casi pude creer que no había pretendido ser insultante-. Pero nadie espera grandes logros de una mujer, y sería degradante referirse a una mujer por sus mejores talentos. Imagina llamar a una mujer "Prostituta de Amplias Posaderas" o "Mujer que Siempre Deja Quemarse la Sopa"-se rió de su propio chiste, y algunos otros presentes que habían estado escuchando vagamente, sugirieron otros títulos. Los consideré hilarantes, pero como mujer debía pretender hallarlos insultantes, y en realidad estaba un poco irritado cuando uno de ellos sugirió que yo podía ser llamada "Embajadora de Pecosos Senos".

-¿Qué sabes para llamarme así? -pregunté socarronamente; la socarronería me permitía desenvolverme bien, todo lo que tenía que hacer era imitar a la Boñiga (pese a que el pensar en ella, incluso en ella, me hacía sentir como una suave puñalada de nostalgia hacia

Mueller y mi antigua y para siempre desvanecida vida allá) y alzar una ceja, lo cual era capaz de hacer desde mi infancia, para regocijo de mis madres y terror de las tropas bajo mi mando.

-No lo sé-respondió el negro llamado Contemplaestrellas (como otros dos en la habitación)-. Pero estaría dispuesto a averiguarlo.

Eso era algo para lo que realmente no estaba preparado. Podía arreglármelas con unos violadores en la carretera simplemente matándolos. ¿Pero cómo una mujer le dice no a un hombre en educada compañía sin ofender? Como hijo de rey, no estaba acostumbrado a oír a las mujeres decir no.

Afortunadamente, no tuve que inventar ningún medio.

-La Dama de Bird no está aquí para exhibir lo que se oculta debajo de sus ropas-dijo Mwabao Mawa-. Especialmente si se considera que la mayoría de nosotros sabe cuán pequeño es aquí -la risa fue fuerte, en particular la del hombre aludido, y yo pude gozar de unos pocos instantes para mí mismo, para observar.

En medio de toda aquella cháchara de ciencia y simple chismorreo-más de lo último que de lo primero, por supuesto-, había allí un esquema detectable que me divirtió. Observé cómo en un determinado momento un hombre llevaba a Mwabao aparte y mantenía con ella una breve conversación privada. Pude oír que él dijo un "Al mediodía", y que ella asintió. Demasiado poco para deducir algo, pero me incliné a creer que habían concertado una cita. ¿Para qué? Podía pensar en varios propósitos obvios: que fuera una prostituta, aunque lo dudaba, tanto por su falta de belleza como por el obvio respeto que esos hombres sentían por su inteligencia, pues en ningún momento la dejaban fuera de la conversación ni le quitaban la atención cuando era ella la que hacía observaciones. Otra alternativa era que realmente se tratara de una amante del rey, en cuyo caso podía estar vendiendo su influencia, aunque también lo dudaba... Resultaba poco probable que un embajador fuera alojado con una mujer que detentaba tal clase de poder.

Una tercera posibilidad era que estuviera involucrada de algún modo en una rebelión, o como mínimo un partido secreto. Aquello no contradecía ni los hechos ni la lógica, y empecé a preguntarme si no habría allí algo que pudiera ser explotado.

Pero no al menos aquella noche. Estaba cansado, y aunque mi cuerpo hacía tiempo que se había recobrado del cansancio de trepar hasta la casa de Mwabao Mawa-y evidentemente también de los tratos recibidos por los soldados nkuamaios un poco antes-aún me sentía emocionalmente agotado. Necesitaba dormir. Cabeceé unos instantes, y desperté en el momento en que se iba el último de los hombres.

-Oh-dije, sorprendido-. ¿Tanto he dormido?

-Sólo unos breves instantes-me dijo Mwabao-, pero ellos se dieron cuenta de lo tarde que era y se marcharon. Así que puedes irte a dormir-y se dirigió hacia un rincón, metió su mano en un barril, y bebió.

Fui a hacer lo mismo, pero al pensar en el agua me vino un horrible pensamiento. En prisión había gozado de intimidad para realizar mis necesidades, y mientras viajaba con Profesor él tuvo la delicadeza de permitirme realizar esas necesidades en el otro lado del carruaje, prohibiendo a todo el mundo mirar.

Pero a solas aquí en la casa, con otra-¿...?-mujer, no había esos inconvenientes.

-¿Hay aquí alguna habitación especial para...?-para qué, me pregunté. ¿Había alguna forma delicada de expresarlo?-. Quiero decir, ¿para que se utilizan las otras tres habitaciones de tu casa?

Ella se volvió hacia mí y sonrió ligeramente, pero había algo mas que una sonrisa tras sus ojos.

-Eso es algo que indico solamente a aquellos que tienen alguna razón práctica para poseer tal conocimiento.

No funcionó. Y peor aún, tuve que contemplar cómo Mwabao Mawa se desvestía con toda naturalidad y avanzaba hacia mí cruzando la habitación.

-¿No te vas a dormir?-me preguntó.

-Sí -dije, sin preocuparme en ocultar mi turbación. Su cuerpo no era particularmente atractivo, pero era la primera vez en mi vida que veía a una mujer negra desnuda, y tenía que encontrar alguna forma de impedir tener que desnudarme yo también, puesto que mi pudor era esencial para mi supervivencia en una nación que me tomaba por mujer.

-Entonces, ¿por qué no te desvistes?-preguntó, desconcertada.

-Porque en mi nación no nos desvestimos para dormir.

Rió fuertemente.

-¿Quieres decir que conserváis vuestras ropas incluso frente a otra mujer?

-El cuerpo es una de nuestras posesiones más privadas, y la más importante -dije-. ¿Exhibirías todas tus joyas siempre?

Ella sacudió la cabeza, aún divertida.

-Bueno, al menos espero que te las quites para dejar caer.

-¿...dejar caer?

Se rió de nuevo (aquella maldita risa de suficiencia) y dijo:

-Supongo que un habitante del suelo utilizará otra palabra para ello, ¿no? Bueno, será mejor que observes la técnica... Es más fácil mostrártelo que intentar explicarlo.

Y así la seguí hasta -una de las esquinas de la habitación. Se sujetó al poste del ángulo y pasó al otro lado de la cortina. Jadeé ante la brusquedad con que se colocó en el borde haciendo equilibrio, de espaldas a la enorme distancia que la separaba del suelo. Pero su voz sonó calmada cuando dijo:

-Bueno, abre la cortina, Lark. ¡No puedes aprender si no miras!

Así que abrí la cortina y observé cómo defecaba en el vacío. Luego volvió dentro y se dirigió hacia otro recipiente de agua -no aquel del que había bebido-para limpiarse.

-Deberás aprender rápidamente cuál es cada uno de los dos depósitos -dijo con una sonrisa-. Y también..., no dejar caer nunca con viento, especialmente con viento y lluvia. No hay nadie directamente debajo de nosotros, pero hay montones de casas en ángulo debajo de la mía, y sus opiniones respecto a heces y orina en su agua de beber son bastante fuertes-se tendió sobre un montón de almohadones en el suelo.

Me subí mis ropas hasta que mi falda quedó muy corta, y luego me agarré fuertemente y crucé delicadamente de puntillas la cortina. Empecé a temblar cuando miré abajo y vi cuán lejos parecían estar las pocas antorchas que aún ardían. Pero me incliné-o mejor, me acuclillé-ante lo inevitable, con la pretendida ilusión de estar donde no estaba.

Cuando terminé, volví a la habitación y me dirigí hacia el incómodo barril de agua. Entonces, por un dificultoso momento, me pregunté si sería el correcto.

-Es ese-señaló la voz de Mwabao Mawa, llegando desde los almohadones.

Me limpie y me tendí sobre otro montón. Eran demasiado blandos, y pronto los eché a un lado para dormir sobre el suelo de madera, que era más confortable; algo intermedio habría sido mejor.

Antes de dormirme, sin embargo, escuché a Mwabao Mawa, que me preguntó con voz soñolienta:

-Si no te desvistes para dormir ni para dejar caer, ¿te desvistes para el sexo?

A lo que simplemente respondí, también con voz soñolienta:

-Eso es algo que indico solamente a aquellos que tienen alguna razón práctica para poseer tal conocimiento -y esta vez su risa me indicó que me había ganado una amiga, y dormí apaciblemente toda la noche.

Me despertó un sonido. En un edificio donde además de norte, sur, este y oeste hay también arriba y abajo, no pude distinguir de dónde procedía. Pero me di cuenta que era música. Alguien estaba cantando, y a la voz, que era distante, se le unió muy pronto otra, mucho más cercana. Las palabras no eran claras, y también era posible que no fueran palabras. Pero escuché, complacido por el sonido.

No había armonía, al menos de las que yo pudiera reconocer. Por el contrario, parecía que cada voz buscaba su propio placer, sin ninguna relación con la otra. Y sin embargo había, pese a todo, algún tipo de interacción, a algún nivel sutil-o quizá meramente rítmico-, y cuando se les unieron más voces la música se convirtió en algo completo y hermoso.

Noté un movimiento, y me volví para ver que Mwabao Mawa estaba mirándome.

-La canción de la mañana-susurró-. ¿Te gusta?

Asentí, y ella asintió también en respuesta, me hizo una seña, y se dirigió hacia una cortina. La apartó a un lado y se quedó inmóvil en el borde de la plataforma, desnuda, mientras la canción proseguía. Yo me sujeté al poste del ángulo de la casa, y observé lo que ella miraba.

Miraba hacia el este, y la canción parecía dirigida al sol. Y mientras yo miraba, Mwabao Mawa abrió la boca y empezó a cantar, no suavemente, como había hecho el día

anterior, sino a plena voz; una voz que resonaba entre los árboles, que parecía alcanzar el mismo suave acorde que había sido entonado originalmente entre los árboles... Y al cabo de un momento me di cuenta de que se había producido silencio, excepto por su voz; mientras ella cantaba una serie de rápidas notas que parecían carecer de algún esquema melódico pero que no obstante quedaron impresas indeleblemente en mi memoria y en mis sueños desde entonces, el sol surgió en algún lugar por encima del horizonte, y aunque no pude verlo debido a las hojas que había encima de mí, por el repentino resplandor del verde techo supe que había amanecido.

Entonces todas las voces brotaron de nuevo, cantando juntas por unos pocos instantes. Y luego, como a una señal, callaron.

Permanecí de pie, inmóvil, sujeto al poste, hasta que Mwabao Mawa cerró las cortinas.

-La canción de la mañana-dijo, sonriendo-. Fue una velada demasiado buena como para no celebrarla hoy.

Y luego preparó el desayuno..., la carne de un pequeño pajarillo, y un fruto que desconocía cortado a finas rodajas.

Pregunté; me dijo que el fruto era de los árboles donde vivían los nkumaios.

-Lo comemos así como los habitantes del suelo comen pan o patatas-tenía un extraño sabor; no me gustó, pero era comestible.

-¿Cómo atrapáis a los pájaros?-pregunté-. ¿Utilizáis halcones? Si les disparáis, caerán siempre al suelo...

Sacudió la cabeza, y aguardó que su boca quedara vacía para responder:

-Le diré a Profesor que te muestre dónde están las redes para pájaros.

-¿Profesor? -pregunté. Y como si mi pregunta hubiera sido una señal, allí estaba, de pie frente a la entrada, llamando suavemente:

-De la tierra al aire.

-Y al nido, Profesor-respondió Mwabao Mawa, salió del dormitorio y entró en la habitación donde esperaba el Profesor. La seguí reluctante, dando el corto salto a la otra habitación, y luego, sin siquiera decir adiós, seguí a Profesor fuera de la casa. No dije adiós pues no tenía la menor idea de lo que debían decirse dos mujeres que apenas se conocían, y porque -ella ya había desaparecido tras las cortinas antes de que yo pensara en volverme y decirle algo.

Subir era algo terrible, pero bajar era infinitamente peor. Trepar por una escalerilla de cuerda significa que primero se alcanzan las plataformas con las manos, de modo que luego uno mismo puede izarse hasta la seguridad. Pero para bajar antes hay que tenderse sobre el estómago y dejar que los pies cuelguen en el vacío, extenderlos y buscar con los dedos un travesaño, sabiendo que si se fracasa en eso y se busca demasiado abajo, no habrá posibilidad de izarse de nuevo...

Pero yo sabía que dependía de mi habilidad para trasladarme de un lugar a otro para conseguir mi propósito en Nkumai, así que me empeñé en no dejarme dominar por el miedo. De modo que cegué mi visión periférica y troté detrás de Profesor. El, por su parte, hoy no intentaba impresionarme tanto como ayer, y así el camino fue más fácil. Y descubrí que las maniobras que resultaban dificultosas y aterradoras cuando se las realizaba lentamente eran mucho más fáciles-y mucho menos aterradoras-cuando se las realizaba rápidamente. Un puente de cuerdas es fácil de cruzar a la carrera..., pero andando tímidamente se balancea a cada paso. Y cuando Profesor tomó una cuerda colgante con un nudo en el extremo y se lanzó con toda facilidad de una plataforma a otra, a través de un abismo que nadie en su sano juicio cruzaría, yo simplemente me eché a reír, agarré la cuerda cuando me la lanzó de vuelta, y crucé tan rápidamente como él. No era difícil después de todo, y así se lo dije.

-Por supuesto que no-respondió-. Me alegra que aprendas tan rápido.

Pero mientras trotábamos por una rama descendente pregunté.

-¿Qué habría ocurrido si no hubiera alcanzado la otra plataforma, si me hubiera equivocado de orientación, o si no me hubiera impulsado lo suficiente?

Después de un momento de reflexión, dijo:

-Habríamos tenido que enviar a un muchacho cuerda abajo balanceándose todo el camino, para que la cuerda alcanzara una u otra plataforma.

-¿Puede la cuerda soportar a dos personas haciendo eso? -pregunté.

-No-respondió-, pero no lo habríamos hecho de inmediato.

Traté de no pensar en mí colgando impotente sobre la nada, mientras docenas de nkumaios aguardaran impacientes a que las fuerzas me fallaran y me dejara caer (esas palabras ya no tenían para mí el mismo significado que ayer), para que la cuerda pudiera ser recuperada y siguiera cumpliendo con su misión.

-No te preocupes-dijo finalmente Profesor-. Muchas de esas cuerdas colgantes disponen de una cuerda guía que permite tirar de ellas en un sentido u otro.

Le creí, pero nunca vi una cuerda colgante con una cuerda guía. Probablemente estaban en otra parte de Nkumai.

Nuestra primera parada fue en la Oficina de Servicios Sociales.

-Deseo ver al rey-dije, tras explicar quién era.

-Maravilloso-dijo el viejo nkumaio que permanecía sentado sobre un almohadón cerca del poste de la esquina de la casa-. Me alegro por ti.

Aquello fue todo. Aparentemente no iba a decir nada más.

-¿Por qué te alegras?-pregunté.

-Porque es bueno para todo ser humano poseer un deseo insatisfecho. Hace que la vida sea mucho más significativa.

Me quedé perplejo. En un caso similar en Mueller, si yo hubiera traído a un embajador a una oficina del gobierno, habría ordenado inmediatamente el estrangulamiento de un oficial tan recalcitrante. Pero Profesor simplemente se quedó allí, de pie, sonriendo. Gracias por la ayuda, amigo, dije en silencio, y procedí a preguntar si ese era el lugar correcto.

-¿Para qué?

-Para obtener la autorización para ver al rey.

-Eres persistente..., ¿eh?-dijo.

-Sí-respondí, decidido a seguir el juego bajo sus reglas, si era necesario, pero a vencer pese a esas mismas reglas.

Y así transcurrió toda la mañana, hasta que finalmente el hombre hizo una mueca y dijo:

-Estoy hambriento, y un hombre tan pobre y mal pagado como yo debe aprovechar todas las oportunidades de comer que se le presenten.

La insinuación era clara. Tomé un anillo de oro de mi bolsillo.

-Por casualidad, señor-dije-, recibí esto como regalo. Y no puedo conservarlo si un hombre como tú puede obtener de él mucho más provecho que yo.

-No podría aceptarlo-dijo-, pobre y mal pagado como soy. Pero mi trabajo es alimentar a aquellos aun menos afortunados que yo, en nombre del rey. Aceptaré tu regalo a fin de entregárselo a los pobres -y diciendo esto se excuso y se marchó a otra habitación, a comer.

-¿Qué hacemos? -pregunté a Profesor-. ¿Nos vamos? ¿Esperamos? ¿Simplemente he malgastado una perfecta tentativa de soborno?

-¿Soborno?-dijo Profesor, suspicaz-. ¿Qué soborno? El soborno está penado con la muerte.

Suspiré. ¿Quién podía comprender a esa gente?

El oficial regresó, sonriente.

-Oh, querida amiga-dijo-, mi dama. Acabo de pensar en algo. Aunque yo no puedo ayudarte, conozco a un hombre que sí puede. Vive ahí encima, y vende cucharas de madera talladas. Pregunta simplemente por el Tallador de Cucharas que Hace la Cuchara a Través de la que es Posible Ver la Luz.

Nos fuimos, y Profesor palmeó mi hombro.

-Muy bien hecho. Solo nos ha tomado un día...

Yo estaba un tanto irritado.

-Si sabías que ese Tallador de Cucharas era el hombre al que debía ver, ¿por qué me trajiste aquí?

-Porque Tallador de Cucharas-dijo, sonriendo pacientemente-no se molestaría en hablar con nadie que no le fuera enviado por el Oficial Que Gana con el Cambio Exterior.

Y bien sabía yo cómo ganaba.

El Tallador de Cucharas que Hace la Cuchara a Través de la que es Posible Ver la Luz no dispuso de tiempo para verme aquel día, pero me dijo que volviera al día siguiente. Y así seguí a Profesor a través del laberinto de árboles, y me mostró una red para pájaros que estaba siendo tendida entre los árboles.

-En una semana o así estará lista para dejarla caer. Parece muy densa cuando está enrollada, pero cuando se la desenrolla entre los árboles es tan fina que apenas se ve-me hizo ver que la malla de la red era suficientemente grande como para que la cabeza de un pájaro pasara por ella, pero suficientemente pequeña como para decapitarlo o estrangularlo, a menos que el pájaro pudiera sacar la cabeza retrocediendo en línea recta, lo cual era imposible para la mayoría de las aves-. Y al terminar el día, recogemos la red, la subimos y distribuimos la comida.

-¿Distribuís?-pregunté .

Y entonces recibí una disertación acerca de cómo en Nkumai todo pertenecía a todos, y nunca se había utilizado ningún tipo de moneda porque nunca nadie había sido pagado.

Sin embargo, rápidamente aprendí que de hecho todo el mundo era pagado. Yo podía ir a Tallador de Cucharas, por ejemplo, y pedirle que me hiciera una cuchara, y él aceptaría de buen grado y me la prometería para dentro de una semana. Pero al final de la semana se habría olvidado, o habría tenido

demasiado trabajo, de modo que simplemente me la habría postergado. Seguiría manteniendo su promesa y postergándola una y otra vez... Hasta que yo le hiciera algún favor, por pura bondad de mi corazón.

El favor que hacía Mwabao Mawa era que de tanto en tanto se asomaba por el borde de su casa y cantaba la canción de la mañana, o la canción de la tarde, o la canción de los pájaros, o cualquier otra canción. Era suficiente... Nunca pasaba hambre, y a menudo tenía tanta comida y tantas posesiones que debía regalarlas.

Los pobres eran aquellos que no poseían nada de valor que ofrecer. Los estúpidos. Los desprovistos de talento. Los perezosos. Eran tolerados; eran alimentados...parcamente. Sin embargo, no eran considerados como carentes de toda importancia en la vida. También poseían nombres.

Llevaba casi dos semanas en Nkumai, y la vida se iba haciendo normal, cuando finalmente conseguí ver a alguien que poseía auténtico poder. Era el Oficial Que Alimenta a Todos los Pobres, y Profesor se inclinó ligeramente ante él cuando entramos en su casa.

Pero la entrevista resultó inútil. Poca conversación, algunas preguntas acerca de mi país natal (hacía tiempo que me había inventado mi propia concepción de los que podía ser Bird, puesto que no tenía otra forma de responder a las preguntas que muchos nkumaios me hacían por todas partes), y una discusión sobre la conciencia social en Nkumai. Y una invitación a cenar dentro de unos pocos días.

-Cuando encienda dos antorchas-dijo.

Y me fui, insatisfecho.

Me sentí aún más insatisfecho cuando Profesor se rió de mí y me dijo que mi ascensión a través del gobierno parecía haber llegado a su fin.

-¿Qué le darás a él?-preguntó.

Me abstuve de hacerle notar que él admitía tácitamente que yo, después de todo, estaba sobornando a los oficiales nkumaios. Simplemente sonreí y le mostré uno de mis preciosos anillos de hierro.

El también se limitó a sonreír, al tiempo que abría sus ropas para descubrir un pesado amuleto de hierro que colgaba de su cuello.

-¿Hierro? Tenemos mucho de eso. El hierro le serviría a Tallador de Cucharas, o a Maestro de los Pájaros, pero ¿a Oficial que Alimenta a Todos los Pobres...?

-¿Qué tipo de regalo apreciaría?

-Quién sabe -respondió Profesor-. Nadie le ha dado nunca algo que sirviera. Pero deberías sentirte orgullosa de ti, mi Dama. Has conseguido hablar con él..., que es más de lo que muchos embajadores han sido capaces de lograr.

-Oh, qué maravilla-dije-. Haber hablado con él...

Insistí a Profesor acerca de que conocía el camino de vuelta a casa de Mwabao Mawa sin su ayuda, y finalmente se encogió de hombros y me dejó ir solo. Recorrí el espacio rápidamente, y me sentí orgulloso de ver lo bien que me desenvolvia viajando entre las copas de los árboles. Incluso me tomé unos breves momentos para trepar por algunas ramas sin señales, sólo por el simple placer de hacerlo, y aunque seguía evitando mirar hacia abajo, consideré que era un agradable desafío el de conquistar una meta difícil. Era casi de noche cuando llegué a casa de Mwabao y la llamé.

-Entra en el nido-dijo, sonriendo-. He oído que has visto a Oficial que Alimenta a Todos los Pobres-comentó mientras me servía la cena.

-Algún día tendrás que dejarme cocinar una comida como las que preparamos en Bird-dije, pero ella se echó a reír. Y luego pregunté-: ¿Por qué me habéis recibido, Mwabao Mawa, si no tenéis realmente intención de dejarme ver al rey?

-¿Al rey?-preguntó, sonriendo-. Nadie ha tenido ninguna intención en absoluto. Preguntaron quién aceptaría vivir contigo, y como yo tengo suficiente comida, me ofrecí. Ellos lo aceptaron.

-¿Cómo vosotros, los nkumaios, esperáis entablar relación con el mundo-dije irritadamente-, si os negáis a permitir que los embajadores vean a vuestro rey?

Ella tendió su mano y acarició suavemente mi mejilla, aún imberbe.

-Nosotros no negamos nada, pequeña Lark -dijo, y sonrió-. No seas impaciente. Nosotros en Nkumai hacemos las cosas a nuestra manera.

Me aparté de su mano, resuelto a dejar que alguien me viera irritado; ya era tiempo...

-Todos vosotros me decís que el soborno está prohibido, y sin embargo he debido abrirme camino a punta de sobornos a través de una docena de entrevistas. Todos vosotros me decís que lo compartís todo, que nadie compra ni vende, y sin embargo he visto compras y ventas como cambalacheos de buhoneros. Y luego me dices que no se me niega nada, pero no encuentro más que impedimentos.

Me puse de pie y me alejé de ella irritadamente.

Mwabao no dijo nada durante un rato, y yo no pude volverme y decir algo más, o perdería algo..., perdería el momento del impacto. Era un callejón sin salida, hasta que ella empezó a cantar con una voz de niñita, nada que fuera parecido a sus canciones habituales:

-El pájaro ladrón busca bayas, pero sólo atrapa abejas; dice: "sé como comer y dormir, ¿pero qué voy a hacer con esas?"

-Seguirlas -dije, aún vuelto de espaldas-hasta descubrir su miel -y luego me di la vuelta para hacerle frente y dije-: ¿Pero dónde están las abejas, Mwabao Mawa? ¿A quién debo seguir, y dónde está la miel?

Ella no respondió, simplemente se puso en pie y salió de la habitación..., pero no hacia el dormitorio, que ya conocía bien. En vez de eso entró en una de las habitaciones prohibidas de atrás, y puesto que ella no dijo nada en contra, la seguí. Tras un corto trayecto por una rama de no más de un metro de grosor me encontré en una habitación de brillantes cortinas donde había alineadas unas cajas de madera. Ella había abierto una de ellas, y rebuscaba en su interior.

-Aquí está-dijo cuando encontró lo que había estado buscando-. Lee esto -y me extendió un libro.

Lo leí aquella noche. Era una historia de Nkumai, y era la más extraña historia que jamás hubiera leído. No era larga, y no contenía relatos de guerra ni de invasiones o conquistas. En lugar de eso había una lista de Cantantes con sus correspondientes biografías, de Escultores en Madera y Danzarines Entre los Arboles, de Profesores y Constructores de Casas. Era, de hecho, una relación de nombres y sus explicaciones; por qué había recibido su nombre Escultor en Madera que Enseñó al Arbol a Colorear su Madera, cómo había ganado su título Buscador que Vio el Frío Mar y lo Trajo a Casa en un Cubo. Y mientras leía las breves historias empecé a comprender a los nkumaios. Un pueblo pacífico, que era sincero en su creencia de igualdad, pese a su tendencia a despreciar a aquellos que tenían poco que ofrecer... Un pueblo que estaba perfectamente aunado con su mundo de altos árboles y fugaces pájaros.

Pero mientras leía a la luz de una gruesa vela, empecé a notar las contradicciones. ¿Qué recurso podía haber desarrollado un pueblo tal que interesara al Embajador? ¿Y qué había hecho que bajaran de los árboles y fueran a la guerra, utilizando el hierro para conquistar Drew y Allison, y quizás otras naciones ya?

Mientras pensaba esto empecé a darme cuenta de otras contradicciones. Aquella era la capital de Nkumai, y sin embargo nadie parecía consciente o ni siquiera interesado en el hecho de que acababan de ganar una guerra. No había esclavos de Allison o Drew que caminaran torpemente y con mil precauciones entre los árboles. No había ninguna riqueza repentina procedente de los tributos e impuestos. Ni siquiera había la menor señal de orgullo por lo conseguido, aunque nadie las había negado cuando yo hice mención de sus victorias.

-¿Aún estás leyendo?-susurró Mwabao Mawa en la oscuridad.

-No-dije-. Estoy pensando.

-Ah-respondió-. ¿En qué?

-En vuestra extraña, extraña nación, Mwabao.

-¿Extraña? Yo la considero confortable -parecía como divertida; su voz insinuaba una sonrisa.

-Habéis conquistado un imperio más grande que muchas de las demás naciones, y sin embargo tu pueblo no es militar, ni siquiera violento.

Dejó escapar una risita ahogada.

-No violento. Eso es bastante cierto. Tú en cambio sí eres violenta. Profesor me ha contado que mataste a dos hombres que intentaron violarte en uno de los caminos de Allison.

Aquello me sorprendió. Así que habían estado investigando mis pasos... Me sentí intranquilo. ¿Hasta dónde habían llegado? Tendría que haber dicho que procedía de Stanley, al otro lado del mundo respecto a Nkumai... Pero tan solo en Bird gobernaban las mujeres. Luego me dije que un alto y negro nkumaio no podría cruzar Robles o Jones para ir a investigar en Bird, del mismo modo que no no podía saltar de la casa de Mwabao y alcanzar el suelo para echar a correr.

-Si-admití-. En Bird las mujeres somos entrenadas a matar en formas secretas, de otro modo los hombres conseguirían muy pronto poder sobre nosotras. Pero Mwabao, ¿por qué habéis ido los nkumaios a la guerra?

Fue su turno de permanecer silenciosa durante un momento, y luego dijo simplemente:

-No lo sé. Nadie me ha pedido a mí que fuera. Tampoco habría ido.

-¿Dónde habéis conseguido los soldados, entonces?

-Entre los pobres, por supuesto. No tienen nada que ofrecer que alguien desee. Pero supongo que la guerra les ha permitido dar lo único de que disponían. Sus vidas. Y su fuerza. La guerra es fácil, después de todo. Incluso un estúpido puede llegar a ser un soldado.

Y recordé a los pavoneante y bravucones hombres de Nkumai, armados con hierro y dispuestos a abusar de la atemorizada población de Allison. Por supuesto. Lo peor de Nkumai, la gente mas despreciada, por fin en una posición de poder sobre otros. No era extraño que lo usaran, y que abusaran incluso de él.

-Pero no es eso lo que tú deseas saber-dijo Mwabao.

-Oh.

-Tú has venido aquí para otras cosas distintas.

-¿Qué? -pregunté . Sentía ese desagradable miedo que sienten los niños cuando están a punto de ser descubiertos en el juego del escondite.

-Has venido aquí para averiguar cómo obtenemos nuestro hierro .

La frase quedó colgando en el aire. Si decía que sí, podía imaginarla gritando fuertemente en la oscuridad de la noche, y un millar de voces oyéndola, y mi cuerpo arrojado de la plataforma a la oscuridad del abismo. Pero si lo negaba, tal vez me perdería una oportunidad, posiblemente la única oportunidad de enterarme de lo que deseaba saber. Si Mwabao era efectivamente una rebelde, como había sospechado, podía estar deseando decirme la verdad. Pero si trabajaba para el rey (¿su amante?), podía estar conduciéndome a una trampa.

Sé ambiguo, me había enseñado siempre mi padre.

-Todo el mundo sabe de dónde obtenéis el hierro-dije tranquilamente-. De vuestro Embajador, de los Observadores, como todos los demás.

Se echó a reír.

-Muy hábil, muchacha. Pero tú tienes un anillo de hierro, y piensas que tiene un gran valor-¿sabía todo lo que había dicho y hecho aquellas dos semanas?-, y si tu pueblo está obteniendo hierro, aunque solamente en pequeña cantidad, se sentirá ávido por descubrir lo que nosotros estamos vendiéndole al Embajador.

-No he preguntado a nadie nada referente a esos asuntos.

Rió quedamente.

-Por supuesto que no. Por eso aún estás aquí.

-Evidentemente, siento curiosidad. Pero estoy aquí para ver al rey.

-El rey, el rey, el rey; eres como todos los demás, siempre yendo tras mentiras y sueños vacíos. Hierro. Deseas saber qué hacemos para conseguir hierro. ¿Para qué? ¿Para lograr que dejemos de hacerlo? ¿O para intentar hacer vosotras lo mismo, y conseguir así tanto hierro como nosotros?

-Nada de eso, Mwabao Mawa, y quizá no debiéramos hablar de tales cosas-dije.

Pero estaba seguro de que ella seguiría, que estaba deseosa de seguir.

-Pero si eso es precisamente lo absurdo -dijo, y me pareció oír una maliciosa insinuación propia de una niñita en su voz-. Se toman todas esas precauciones, te mantienen custodiada por mí o por Profesor durante todo el día, cada día, y sin embargo te es totalmente imposible detener ni duplicar lo que hacemos.

-Si es imposible, ¿por qué os preocupáis?

Se rió; una risita falsa esta vez, como la de un niño. Y dijo:

-Solo por si acaso. Solo por si acaso, Dama Lark-y luego se puso en pie bruscamente, aunque ya se había desvestido para dormir, y salió de la habitación directamente hacia la otra de !as cajas de libros y demás.

Iba tras las otras cosas.

La seguí, y llegué justo a tiempo para agarrar una túnica negra que me lanzaba.

-Abandonaré la habitación para que puedas vestirte-dijo.

Cuando regresé al dormitorio, ella aguardaba impaciente... Iba arriba y abajo, canturreando suavemente para sí misma. Cuando entré vino hacia mi, y puso sus manos en mis mejillas. Había algo caliente y pegajoso en ellas, y dejó escapar una risita cuando me miró.

-¡Ahora eres negra! -susurró, y procedió a decorar mis manos y muñecas, y luego mis pantorrillas y pies.

Mientras embadurnaba mis pies, deslizó una mano hacia arriba por mi pierna, pasada la rodilla, y retrocedí bruscamente, asustado de que, jugando a divertirse, descubriera lo que no era tan divertido.

-¡Cuidado!-gritó.

Miré a mis espaldas y me di cuenta de que estaba justo al

borde de la plataforma. Di un paso adelante.

-Lo siento-dijo-. ¡No volveré a ofender tu pudor! Estaba jugando, solo jugando...

-¿Qué es lo que ocurre?-pregunté-. ¿Por qué haces esto?

-Yo puedo viajar de noche así-dijo, haciendo girar su cuerpo desnudo ante mí-, y nadie podrá verme de lejos. Pero tú, blanca como un lirio y con un cabello tan largo, Dama Lark..., puedes ser vista a un kilómetro de distancia.

Echó una ajustada capucha sobre mi cabeza y me tomó de la mano hacia el borde de su casa.

-Te llevaré conmigo-dijo-, y si te gusta lo que vas a ver, entonces deberás concederme un favor a cambio.

-De acuerdo-dije-. ¿Cuál es el favor?

-Nada difícil-dijo-, nada difícil-y penetró en la noche.

La seguí. Era la primera vez que intentaba viajar en la oscuridad, y repentinamente mi pánico regresó. Sentí temor de correr incluso por las ramas más gruesas... ¿Qué ocurriría si me desviaba apenas un poco del sendero? ¿Cómo podría ver adonde llegaría con mi salto con las cuerdas oscilantes? ¿Cómo esperaba mantener el pie en ningún lugar?

Pero Mwabao Mawa me condujo bien, y en los lugares difíciles tomó mi mano.

-No intentes ver-observó en un susurro-. Simplemente sígueme.

Tenía razón. La luz, que solamente procedía de las estrellas y del suave resplandor de Disidencia, era más perjudicial que beneficiosa, difundida entre las hojas. Y cuanto más descendíamos, más oscuro estaba.

No había abismos que cruzar con cuerdas colgantes. Lo agradecí.

Y finalmente llegamos a un lugar donde me dijo que me detuviera. Lo hice, y entonces me dijo:

-Y bien...

-¿Y bien...qué?-repliqué .

-¿Puedes olerlo?

No había pensado en oler. Inspiré lentamente, abrí mi boca y probé el aire a través de mi nariz y mi lengua, y era delicioso.

Era exquisito.

Era un sueño de hacer el amor con una mujer a la que siempre se hubiera deseado pero que nunca se hubiera esperado conseguir.

Era un recuerdo de guerra, con la avidez de la sangre y la alegría de sobrevivir a través de un mar de inquietas lanzas y hachas de obsidiana.

Era la esencia del descanso tras un largo viaje por mar, cuando la tierra huele a bienvenida y las mieses ondulantes en las llanuras parecen ser otro mar, pero uno por el que es posible andar sin necesidad de bote, uno en el que es posible sumergirse y vivir. Y me volví hacia Mwabao Mawa, y supe que mis ojos estaban muy abiertos por la sorpresa, pues se echó a reír.

-El aire de Nkumai-dijo.

-¿Qué es?-le pregunté.

-Muchas cosas combinadas-dijo-. El aire que brota de una ciénaga malsana debajo de nosotros. La fragancia que cae de las hojas. El olor de la madera vieja. Los últimos vestigios de la lluvia. Los restos de la luz del sol. ¿Qué importa?

-Y esto es lo que vendéis...

-Por supuesto. ¿Para qué otra cosa te habría traído hasta aquí? Aunque el olor es mucho más fuerte de día, cuando lo capturamos en botellas.

-Olores-dije, y sonaba divertido-. Olores de una ciénaga gasógena. ¿Los Observadores no pueden sintetizarlo?

-Todavía no-dijo-. Al menos, siguen comprándolo. Resulta divertido, Dama Lark, que la humanidad sea capaz de viajar entre las estrellas más rápido que la propia luz, y sin embargo aún no sepamos qué es lo que produce olores.

-Claro que lo sabemos-dije.

-Sabemos a qué huelen las distintas cosas-respondió-, pero nadie sabe qué es lo que viaja de la sustancia hacia los nervios olfativos.

No pude discutirle, puesto que realmente no sabía distinguir un nervio olfativo de un hueso occipital. Era mejor que lo dejara... Pero otra cosa que había dicho me intrigó:

-¿Más rápido que la luz? Cualquier escolar sabe que eso es imposible. Nuestros antepasados fueron trasladados a Traición en naves estelares que necesitaron de centenares de años de sueño para llegar hasta aquí.

-¿Crees que los hombres dejaron de aprender, simplemente porque nuestros antepasados ya no estaban con ellos? En tres mil años de aislamiento, nos hemos perdido los más grandes logros de la humanidad.

-Pero más rápido que la luz... ¿Cómo pudieron conseguirlo?-pregunté.

Sacudió la cabeza, una débil mancha grisácea en la grisura de la noche. moviéndose tenuemente.

-Decía solamente. Charlar por charlar... Regresemos-propuso.

Y de ese modo volvimos sobre nuestros pasos. Pero cuando estábamos a medio camino, subiendo por una escalerilla de cuerda, una voz susurró débilmente en la noche, encima de nosotros.

-Alguien en la escalera.

Mwabao Mawa se quedó inmóvil delante de mí, y yo hice lo propio. Luego sentí que la escalerilla se sacudía débilmente, y su pie descendió cerca de mi rostro. Así que debíamos volver a bajar, me dije, y ya me disponía a descender cuando su pie giró y se ancló debajo de mi brazo, deteniendo mi movimiento. Así que esperé, mientras ella bajaba por el lado opuesto de la escalerilla hasta situarse a la misma altura que yo..., sus pies en el travesaño inferior al mío, de modo que sus labios no quedaban lejos de mi oído.

El sonido no era audible a un metro de distancia.

-Primera plataforma. Lávate la cara. Vas a visitar al Oficial que Alimenta a Todos los Pobres. Dos antorchas.

Así que proseguimos nuestra ascensión, y alcanzamos la primera plataforma, donde afortunadamente-una extraña casualidad, pues no era común-había un barril de agua. Me lavé la cara tan silenciosamente como me fue posible, mientras Mwabao Mawa subía y bajaba una y otra vez los últimos tres metros de la escalerilla, a fin de que cualquiera que estuviera observando en la noche no sospechara que nos habíamos detenido.

Cuando terminé mi lavado, que incluyó además manos y pies, trepé por la escalerilla tras ella.

-No-susurró Mwabao Mawa, y al poco estábamos en la plataforma; ella me pedía, en voz baja, por supuesto, que le entregara mis ropas.

-No puedo-susurré.

-Llevas ropa interior debajo, ¿no?-preguntó ella, y yo asentí-. Bueno, no pueden descubrirme desnuda entre los árboles. No pueden.

Pero seguí negándome, hasta que finalmente dijo:

-Entonces dame tu ropa interior.

Acepté eso, y rebusqué bajo mi túnica para soltar mis pantalones y mi corpiño. Los pantalones resultaban demasiado estrechos para sus caderas, pero de todos modos consiguió ponérselos. El corpiño, en cambio, le iba estupendamente... Una repugnante prueba de la medida en que se había desarrollado mi pecho.

Y al mismo tiempo constaté algo mucho peor. Mientras deslizaba el corpiño fuera de mis hombros noté que se había enganchado en algo... No había nada ahí en lo que pudiera trabarse, lo cual significaba que algo nuevo estaba creciendo...

¿Un brazo? Entonces disponía de menos de una semana para extirparlo, y su posición no era la más adecuada como para que pudiera hacerlo solo. ¿Podría recurrir a un cirujano nkumaio (si es que los había) y pedirle que me extirpara un brazo extra?

Pero la momentánea alarma que me había invadido se transformó en alivio cuando llegué a la conclusión de que, simplemente, podía marcharme. Simplemente, simplemente. Tenía ya lo que buscaba. Podía hacer la gran demostración de abandonar Nkumai disgustado por el trato recibido; podía regresar junto a mi padre, y decirle lo que los nkumaios vendían al Embajador.

Aire perfumado.

Sentía ganas de echarme a reír, pero estábamos trepando de nuevo por la escalerilla. Y mientras pensaba en lo cerca que había estado de soltar mi risa, se me ocurrió que las vaharadas del aire de los bosques nkumaios sobre las perniciosas ciénagas podían ser peligrosas. Reservas con las que normalmente podía contar, reflejos de lo que estaba seguro, podían dejar de funcionar aquella noche.

Finalmente alcanzamos las plataformas donde vigilaban los guardias.

-Alto-dijo un seco susurro, y luego unas manos sujetaron mis muñecas y me izaron hasta la plataforma.

Desgraciadamente no estaba preparado para ese movimiento, y fue tan solo cuestión de suerte que consiguiera mantener un pie apoyado en el travesaño de la escalerilla. No obstante, quedé suspendido sobre el abismo, con un pie en la escalerilla y un brazo sujeto del apretón firme de uno de los guardias.

-Cuidado-dijo Mwabao-. Cuidado, es una habitante del suelo, puede caer.

-¿Quiénes sois?

-Mwabao Mawa y Dama Lark, la embajadora de Bird.

Un gruñido de reconocimiento, y alguien tiró de mí hacia la plataforma, hasta que mis espinillas tocaron el borde. Trepé torpemente hacia la madera firme hasta caer sobre una rodilla.

-¿Qué es lo que estáis haciendo, así, errantes por la oscuridad?-insistió la voz.

Decidí dejar que Mwabao respondiera. Ella explicó que me estaba conduciendo a mi cita con el Oficial que Alimenta a Todos los Pobres.

-Nadie ha sacado antorchas-dijo la voz.

-El sí.

-¿El habrá sacado antorchas?

-Dos antorchas-insistió ella-. Está esperando un invitado.

Susurros, y luego aguardamos mientras unos silenciosos pies se retiraban. Un guardia -o dos, pensé, tratando de oír las respiraciones-se quedaba con nosotros, mientras otro iba a comprobar. No pasó mucho tiempo antes de que regresara y dijera:

-Dos antorchas.

-De acuerdo entonces-dijo la voz-. Id. Pero en lo futuro, Mwabao Mawa, lleva una antorcha. Tenemos confianza en ti, pero no eres infalible.

Mwabao murmuró su agradecimiento, y yo hice lo mismo. Nos pusimos de nuevo en camino.

Cuando aparecieron dos antorchas brillando en la distancia, Mwabao Mawa me dijo adiós.

-¿Qué?-dije, en voz demasiado alta.

-Tranquila-insistió-. Oficial no debe saber que yo te he traído hasta aquí.

-¿Pero cómo voy a llegar hasta ahí?

-¿No puedes ver el camino?

No podía, así que ella me guió hasta más cerca, hasta que la débil luz de las antorchas iluminó el resto del camino. Me alegré de que Oficial no tuviera la misma inclinación de Mwabao hacia los accesos estrechos. Me sentí bastante seguro siguiendo el camino en la oscuridad, mientras Mwabao Mawa desaparecía en las tinieblas de entre los árboles.

Llegué a la puerta y dije, muy suavemente:

-De la tierra al aire.

-Y al nido, adelante-dijo una voz suave.

Crucé las cortinas. Allí estaba Oficial, sentado con una apariencia muy...bueno, oficial, en su túnica roja a la vacilante luz de dos velas.

-Finalmente has venido-dijo Oficial.

-Sí -dije, y añadí con toda sinceridad-: No soy muy buena viajando en la oscuridad.

-Habla bajo-pidió-, porque las cortinas ocultan poco, y el aire nocturno lleva los sonidos hasta muy lejos.

Hablé bajo. El me preguntó acerca de por qué deseaba ver al rey y qué esperaba conseguir. ¿Qué podía decir yo? ¿Que ya no necesito verlo, pues he conseguido lo que buscaba, señor Oficial? Respondí lo mejor que pude a todas sus preguntas, y al final suspiró profundamente y dijo:

-Bien, Dama Lark. Se me ha dicho que si pasabas por mi criba, no habría forma de impedir acercarte al rey.

No podía creerlo. Ayer me habría sentido entusiasmado. Pero ahora... Esta noche lo único que deseaba era alejar mi cuerpo de Nkumai lo más rápidamente que pudiera, con aquel nuevo brazo que me estaba creciendo.

-Estoy muy agradecida, Oficial.

-Por supuesto, no vas a ir directamente de mí a él. Un guía te conducirá a la persona situada muy arriba que me ha dado sus instrucciones, y esa persona situada muy arriba te conducirá aún más arriba.

-¿Al rey?

-No sé exactamente cuán arriba está situada esa persona -dijo Oficial, sin sonreír.

Cómo es posible gobernar de esta forma, me pregunté.

Pero Oficial hizo chasquear sus dedos y apareció un muchacho, que me indicó que lo siguiera. Lo hice torpemente, y esta vez sí que había una cuerda oscilante... Pero el muchacho encendió una antorcha al otro lado, y lo hice, aunque aterrice demasiado bruscamente y me torcí un tobillo. La luxación no era importante; curó y dejó de dolerme en unos pocos minutos.

El muchacho me dejó ante una casa que no tenía ninguna luz, y me indicó que no dijera nada. Así que aguardé frente a la casa, hasta que, finalmente, un leve susurro dijo: "Entra". Y entré.

La casa estaba absolutamente a oscuras, pero una vez más me hicieron preguntas, y una vez más respondí, sin tener la menor idea de con quién estaba hablando y donde me encontraba exactamente. Pero tras media hora de esto la voz, por último, dijo:

-Ahora me iré.

-¿Y yo?-dije, estúpidamente?

-Quédate aquí. Alguien vendrá.

-¿El rey?

-La persona más cercana al rey-dijo, en voz aún más baja, y se marchó por la abertura entre las cortinas por donde había entrado yo.

Luego oí que se acercaban unos suaves pasos. Alguien entró y se sentó a mi lado. Muy cerca de mí. Y entonces se rió suavemente.

-Mwabao Mawa-dije, incrédulo.

-Dama Lark-me respondió, en un susurro.

-Pero me dijeron...

-Que te entrevistarías con la persona más cercana al rey.

-¿Y eres tú?

Se rió de nuevo.

-Así que eres la amante del rey.

-En cierto modo-dijo-. Si al menos hubiera un rey.

Necesité cierto tiempo para asimilar eso.

-¿No hay ningún rey?

-No hay un rey-respondió-, pero yo puedo hablar por aquellos que gobiernan, tan bien como cualquier otro. Mejor que la mayoría. Mejor que la mayor parte de ellos.

-¿Pero por qué he tenido que pasar por todo esto? ¿Por qué he tenido que...sobornar mi camino hacia ti? ¡Estaba contigo todo el tiempo!

-Tranquila-dijo-. Tranquila. La noche escucha. Sí, Lark, has estado conmigo todo el tiempo. Pero tenía que saber si podía confiar en ti. Si eras o no una espía.

-Pero tú misma me mostraste el lugar. Me dejaste oler los aromas.

-Y también te mostré lo imposible que era detenernos, o duplicarnos. En las proximidades del suelo, Lark, el aire huele viciado. Y tu gente nunca podrá trepar a nuestros árboles, tú lo sabes.

Asentí.

-Entonces, ¿por qué me lo mostraste? Es tan inútil...

-No es inútil-dijo ella-. El aroma tiene otros efectos. Deseaba que tú respiraras ese aire.

Y entonces sentí que su mano retiraba la capucha de mi pelo. Tiró suavemente de un mechón.

-Me debes un favor -dijo, y me sentí bruscamente helado.

Su respiración ardía en mi mejilla y su mano acariciaba mi garganta cuando finalmente hallé la forma de salir de aquello. Al menos, una forma de retrasarlo. Mis inhibiciones se hallaban...por expresarlo de algún modo, inhibidas. Pero la inhibición a morir

es muy fuerte, y no se había debilitado tanto como mi inhibición a hacer el amor con una mujer, lo cual ha sido mi costumbre por años. El problema estribaba en que existía un estímulo ante el que mi cuerpo aún reaccionaba, y sabía que si todo se descubría, el desenlace era inevitable.

-No puedo-dije.

-Puedes-dijo ella, y su fría mano se deslizó debajo de mi túnica-. Yo puedo ayudarte-dijo-. Puedo simular que soy un hombre para ti, si quieres-y empezó a tararear y a cantar una suave y extraña canción.

Casi inmediatamente aquella mano debajo de mi túnica se volvió más ruda, más fuerte, y el rostro que besaba mi mejilla se hizo rudo y barbudo. Todo, gracias a su canción. Me pregunté cómo lo conseguiría, mientras otra parte de mi mente se reía histéricamente y le gritaba silenciosamente que no ayudaría en absoluto su pretensión de ser hombre; yo aún no tendía a desear el miembro de ese sexo en particular.

Excepto que mi pecho reaccionaba como el de cualquier mujer, y empecé a sentir un auténtico miedo mientras la canción se volvía demasiado rítmica y me empujaba más profundamente al trance.

-No debo-dije, y me aparté.

Ella me siguió. ¿O él? La ilusión era poderosa. Yo sólo deseaba poder hacer lo mismo, y seguir engañándola en su creencia de que yo era una mujer. Pero no podía.

-Si sigues -dije-, me mataré.

-Tonterías-respondió.

-No he sido purificada-intenté sonar desesperado. No era difícil.

-Tonterias -repitió.

-Si no me mato yo misma, mi gente lo hará-dije-. Si no soy antes purificada.

Y finalmente se detuvo, o más bien hizo una pausa, y preguntó:

-¿En qué consiste esa purificación?

Hice un revoltijo de oficio ritual, tomado a medias de las prácticas de la gente de Ryan y a medias producto de mi propia necesidad de soledad.

Y así hice otro trayecto en la oscuridad, hasta encontrarme a solas en la habitación de Mwabao Mawa, la de las cajas y demás cosas, para 'meditar'.

Me había concedido a mí mismo una mañana y una tarde y una noche.

Pero no tenía la menor idea de lo que a continuación podía hacer. Mwabao estaba en la otra habitación, la que había compartido conmigo durante dos semanas. Y murmuraba suavemente una canción erótica..., que me mantenía casi en una constante excitación.

Di vueltas a la idea de extirparme los genitales, pero no podía asegurar cuánto tiempo tomaría la regeneración, o cuál sería el sexo que regeneraría... Además, hay límites para lo que un hombre puede hacer consigo mismo.

También pensé en escapar, por supuesto, pero sabia perfectamente bien que la única vía de escape pasaba por la habitación donde aguardaba alegremente Mwabao Mawa. Paseé arriba y abajo, una y otra vez, muy sigilosamente. Me preguntaba por qué había tenido la miserable suerte de terminar aprisionado en un cuerpo de mujer, con una lesbiana por carcelero, y centenares de metros de gravedad como barrotes a mi celda.

Por último llegué a que mi única esperanza, por pequeña que fuera, era la de escapar, no como una mujer sino como un hombre. A la noche siguiente, en la oscuridad, si me pintaba de negro, quizá pudiera eludir a los guardias. Si no lo conseguía y era capturado, todo lo que necesitaba era dejarme caer.

Dejarme caer, pensé con ironía. Y mi identidad como un Mueller quedaría a salvo.

¿Y cómo eludir a Mwabao? Simplemente, matándola.

¿Podría hacerlo? No era tan sencillo. Pervertida o no (y en Mueller había montones de pervertidos..., lo he leído en la historia de la familia), la apreciaba.

Pero romperle algunos huesos sería suficiente. Para silenciarla el tiempo necesario.

Lo más importante era ocultar lo que yo era. El oscurecer mi piel podría hacerlo más tarde, una vez que terminara con Mwabao. Pero los demás preparativos tenían mayor prioridad.

Empecé a buscar silenciosamente entre las cajas, con la esperanza de hallar un cuchillo. Con él podría cortar mis senos. Crecerían de nuevo, por supuesto, pero por aquella noche el tejido cicatrizante se regeneraría solamente a una carne normal, y el pecho aún no habría crecido lo suficiente como para ser apreciable. Era lo que más cabía esperar como cambio de sexo, me dije amargamente.

No encontré ningún cuchillo. En cambio descubrí varios otros libros, y una repentina curiosidad se convirtió en media hora en una concentración.

Había una historia de Traición. Yo había leído nuestra historia del planeta, por supuesto. Pero esta era más completa en algunos aspectos. En algunos aspectos muy importantes, y empecé a darme cuenta de que había sido engañado casi por completo. Y sin embargo era tan obvio...

Lo que la historia de Mueller había omitido, y en lo que se extendía la historia de Nkumai, era en la totalidad del grupo... Todos los miembros de la conspiración que habían sido exiliados a aquel planeta carente de metales como un horrible ejemplo para el resto de la República de lo que le había ocurrido a la gente que había intentado establecer un gobierno de elite intelectual. Los hombres muertos hacía mucho tiempo que habían dado origen a las Familias me habían parecido siempre ridículos, y aún me lo parecían. ¿Quién debería gobernar a quién? La respuesta era siempre, eternamente: "Yo debería". Quienquiera fuese este "yo", significaba una ambición de poder.

Pero la historia de Nkumai pasaba revista a toda la lista de nombres. Busqué Mueller, y lo encontré. Han Mueller, un genético especializado en el hiperdesarrollo de la regeneración

humana. Encontré otros. Pero el más interesante era Nkumai. Ngago Nkumai, que había adoptado un nombre pseudoafricano como un gesto de desafío, y que había conseguido una reputación en el desarrollo de las teorías físicas de la construcción del universo..., abriendo nuevas formas de ver el universo que hicieran al hombre capaz de realizar nuevas cosas.

Todo encajaba, cada parte era tan frágil que sola no probaba nada, pero todos los acontecimientos ocurridos en las semanas que había pasado en Nkumai se correspondían de tal modo que no podía dudar de mi conclusión.

El perfumado aire encima de la ciénaga no era nada sino apenas un señuelo, la estratagema que había utilizado Mwabao Mawa para llevar a aquella esbelta y atractiva chica rubia a su cama. Pero otras cosas eran ciertas. Por ejemplo, no había ningún rey. Mwabao había dicho la verdad: era un grupo el que gobernaba. Pero no un grupo de políticos. Un grupo de personas como el fundador, Ngago Nkumai. Un grupo de científicos que habían establecido nuevas formas de ver el universo... Científicos que habían inventado cosas como la Verdadera vista y el Hacer Danzar las Estrellas. Y utilizaban a Mwabao Mawa como enlace con ese gobierno que poseía Nkumai. ¿A quién utilizaban como enlace con el ejército? ¿Con los guardias? No importaba demasiado. ¿Y por qué todos en Nkumai creían que había un rey? Indudablemente había habido uno... Y quizás aún lo había, como figura decorativa. Tampoco importaba demasiado.

Lo que importaba era que Nkumai no estaba vendiendo en absoluto aromas al Embajador. Estaba vendiendo física. Estaba vendiendo nuevas formas de ver el universo. Estaba vendiendo, por supuesto, viajar más rápido que la luz, como había dejado escapar inconscientemente Mwabao Mawa y luego había intentado disimular. Y otras cosas. Cosas mucho más valiosas para los Observadores que brazos, piernas, corazones y cabezas arrancados de los cuerpos de los regenerativos radicales.

Cada Familia debía intentar, si tenía alguna esperanza de crear algo que pudiera vender al Embajador, desarrollar lo que su fundador había conocido mejor. Mueller, la manipulación genética humana. Nkumai, la física. Pensé en Bird, y sonreí. La Bird original había sido una rica componente de la alta sociedad, una mujer sin ningún talento ni habilidad. No había tenido ninguna oportunidad. Pero pese a todo había una irónica simetría en aquello: había sido muy hábil en manipular a los hombres durante toda su vida, y sus descendientes femeninos lo habían seguido haciendo. Les había transmitido todos sus conocimientos de lo que sabía hacer mejor.

Cerré el libro. Ahora resultaba mucho más urgente escapar, porque aquel descubrimiento en particular podía ser la clave de la victoria de Mueller sobre Nkumai. Y yo podía-estaba seguro de poder- adiestrar un ejército de Mueller capaz de combatir en los árboles. Y podíamos -tenía la esperanza- conseguir una victoria y capturar al menos a algunas de aquellas mentes, y destruir a su Embajador. Después de todo, la población básica de Nkumai estaba escasamente equipada para la lucha, mientras que la población básica de Mueller estaba educada en el cuchillo y la espada y el arco. Podíamos conseguirlo.

Debíamos conseguirlo. Porque Nkumai estaba consiguiendo metal muy rápidamente, y cuando tuvieran suficiente, disponían de la tecnología suficiente para construir una nave y abandonar el planeta. Marcharse de Traición..., cosa de la que Mueller no tenía ninguna esperanza. Y una vez que Nkumai pudiera alcanzar la República, y regresar con todo el metal que sus naves pudieran transportar, ninguna Familia podía esperar resistirlos. Ellos serían los que gobernarían.

Había que detener eso.

Dejé a un lado el libro y reanudé la búsqueda de un cuchillo. Aún seguía buscando cuando las cortinas se abrieron y cinco guardias nkumaios penetraron en la habitación.

-Nuestros espías acaban de regresar de Bird-dijo uno de ellos.

-Hablad-respondí. Y maté a dos antes de que los otros consiguieran dejarme inconsciente.

4

LANIK Y LANIK

Desperté tendido en una plataforma tan pequeña que con mi cabeza apoyada en ella mis pies colgaban fuera. Dos guardias nkumaios permanecían de pie cerca. Cuando vieron que había recobrado la conciencia se dirigieron hacia mí a lo largo de estrechas ramas. Estábamos tan alto que las hojas eran abundantes a nuestro alrededor, y apenas se veían retazos de cielo. Las ramas eran tan delgadas que mi plataforma se sacudió locamente cuando los guardias avanzaron hacia mí.

Cuando se detuvieron en la rama que pasaba por debajo de mi plataforma, extendieron garfios y sujetaron dos cuerdas que colgaban de unas ramas aún más delgadas situadas más arriba. En los extremos de las cuerdas había puestas las más ingeniosas de las esposas que yo jamás hubiera visto. En vez de las bastas y putrescibles esposas de madera que utilizábamos en Mueller, estas eran hechas de vidrio atado con cuerdas. Dos semi-tubos de vidrio fueron deslizados en tomo a mis muñecas. No encajaban exactamente uno con otro. La cuerda había sido estirada fuertemente alrededor, y mantenida en su lugar gracias a una hendidura en el vidrio. Cuando los guardias hubieron terminado de trastear con las cuerdas, los semi-tubos quedaron perfectamente encajados.

Y luego, como un gesto de despedida de nuestro juego sin palabras, los guardias dieron un tirón a las esposas en mis brazos; el de la derecha tiró de su esposa hacia abajo, hacia mi codo, y el otro tiró de la suya hacia arriba, hacia mi mano. El dolor fue agudo e inmediato, y lancé un grito de sorpresa. Sonrieron tétricamente y se fueron.

Alrededor de mi brazo derecho y de mi mano izquierda las esposas habían hecho cortes suficientemente profundos como para que manara sangre. Miré atentamente, y no me cupo duda alguna de que el vidrio había sido picado o astillado para que resultara cortante en su interior. La única forma de liberarse de aquellas esposas era cortarse ambas manos, en cuyo caso bajar por los árboles resultaría bastante difícil...

Además, habían dispuesto las esposas alejadas una de la otra para que no pudiera golpearlas entre sí y romperlas; como estaban atadas a ramas bastante flexibles, cuando tiraba de ellas hacia abajo tendían a subir nuevamente, y me cortaban. No podía tenderme..., ni siquiera arrodillarme.

No tenían intención de darme la menor oportunidad.

La tarde no estaba aún muy avanzada, el sol todavía estaba alto sobre el horizonte. Por el noroeste avanzaban algunas nubes. Seguramente hacía horas que estaba allí. De modo que, una vez que hube llegado a la conclusión de que no había ninguna forma sencilla de escapar, miré a mi alrededor.

Mi plataforma reposaba sobre una única rama... Pero esa rama se conectaba con muchas otras. Y no solo se conectaba, descansaba sobre otras, que a su vez se apoyaban en otras... Todo ello en un inextricable entrecruzamiento. Salté ligeramente sobre mi plataforma. Los guardias captaron inmediatamente el movimiento y miraron alrededor.

Había otras plataformas cerca de mí, pero ninguna estaba ocupada. A lo lejos creí ver a alguien de pie, también esposado, pero no podía asegurarlo; las hojas me impedían ver demasiado lejos.

Entonces empezó a llover. Pronto quedé empapado; y allí, donde pocas hojas y ramas podían disipar la tormenta, las gruesas gotas casi hacían doler. Su fuerza era tanta que cada ráfaga de viento hacía que las ramas se agitaran y bambolearan. Me sentí peor que la primera vez que crucé un puente de cuerdas... Peor que el peor de los mareos. Durante la lluvia pude ver que los guardias se cobijaban bajo dos pequeñas techumbres, abandonando su puesto.

El plan se formó rápida y fácilmente, aunque solamente me alejaría de aquella zona de prisión. Cómo alcanzar el suelo vivo y desde allí cruzar el bosque hasta la seguridad (¿dónde estaría ella?), eran cuestiones demasiado esotéricas para tomarlas en cuenta en aquel momento.

-Dama Lark-dijo una voz distante que reconocí inmediatamente. Mwabao Mawa avanzaba hacia mi por el entrecruce de pequeñas ramas. Los guardias se pusieron firmes e inclinaron ligeramente la cabeza cuando ella pasó.

-Mwabao Mawa-dije, y añadí en un débil intento de sonar seguro de mí mismo-: He cambiado de opinión. Prefiero seguir viviendo contigo, después de todo.

Nadie había engañado a nadie. Ella se limitó a mirarme frunciendo los labios, y dijo:

-Hemos recibido un informe completo de nuestros espías. Son un par de mercenarios de Allison, más bien pérfidos, y tienen la equivocada idea de que vamos a seguir pagando más y más por cada fragmento de información que nos proporcionen. Espero que tú no tengas también esa idea equivocada, Lark, o quienquiera que seas. No vamos a negociar nada, excepto tu vida.

Sonreí, pero estaba seguro de que mi apariencia no era particularmente jovial.

-Dama Lark, tú no procedes de Bird. No solo eso, sino que las absurdas historias que nos has contado acerca de la cultura de esa Familia están tan lejos de la realidad que implican que nunca has estado allá. Sin embargo, por tus palabras es obvio que procedes de la llanura del río Rebelde. También es obvio, por el anillo de hierro que usaste, que procedes de una Familia que utiliza la moneda. Y es igualmente obvio que, puesto que ese hierro no procede de nosotros, tiene que proceder de alguna otra Familia que le está vendiendo algo al Embajador. ¿Qué es?

Sonreí más abiertamente.

-Oh, bueno -dijo-. Sé perfectamente que procedes de Mueller. Sabremos exactamente tu origen dentro de una semana, a través de unos espías de mayor confianza que ese par de Allison que hemos utilizado. Pero vayamos a lo práctico. ¿Qué es lo que está vendiendo tu gente al Embajador?

-Aire-respondí-. De las ciénagas de la desembocadura del río Rebelde.

Me fulminó con la mirada.

-Realmente te apreciaba-observó.

-Y yo a ti-respondí-. Sin embargo, mi aprecio hacia ti murió la pasada noche, cuando descubrí que nuestros gustos sexuales eran...digamos, un tanto divergentes -una mentira sobre otra mentira, puesto que a ambos nos gustaban las mujeres.

-Yo sigo apreciándote, Lark-dijo, aunque el tono de su voz hablaba de otros deseos y preferencias.

-Es encantador que nos gustemos tanto mutuamente.

-No soy una sádica-dijo ella secamente-, de modo que no voy a quedarme para verlo.

Y no se quedó para verlo.

Los guardias acudieron y me levantaron en el aire. Al principio pensé que simplemente me iban a dejar colgar para permitir que así las esposas hicieran su trabajo. Pero no era esa la intención, al parecer... Si accidentalmente me cortaban la mayor parte de la mano, las esposas no podrían seguir sosteniéndome. En lugar de eso, cuando estaba en el aire, me hablaron por primera vez y me urgieron a que me sujetara a las cuerdas, que estaban tan flojas como para permitirme hacerlo.

Me sujeté pues a las cuerdas, mientras ellos tiraban de mis pies hacia adelante. En tal posición no podía soltar las cuerdas sin que mis muñecas se vieran cortadas por las esposas. Las cuerdas estaban atadas a unas ramas tan oscilantes (como un columpio) que me era imposible hacer palanca para patear a los guardias.

Procedieron a hacer cortes en las plantas de mis pies, con un encantador dibujo en cruz de más de un centímetro de profundidad, que en algunos lugares llegó a alcanzar el hueso. Era horriblemente doloroso, tuve que admitirlo, y puesto que se esperaba de mí que ignorara mi adiestramiento en Mueller, gemí y grité mi agonía. Estoy seguro de que mi interpretación fue muy convincente. Por último me levantaron de nuevo, me dijeron que soltara las cuerdas, y me depositaron otra vez suavemente.

Sobre mis pies.

Pudo haber sido una tortura muy convincente, excepto por un detalle. Yo era de Mueller, y las plantas de mis pies estarían sanas en media hora. Un corte simple y sin complicaciones como cualquiera de aquellos habría podido sanar ante sus ojos, pero como eran varios... Tomaría un poco más de tiempo.

El problema de una curación tan rápida en un lugar como ese era que si se daban cuenta, como seguramente se darían, ya no habría ninguna necesidad de seguir ocultando lo que Mueller vendía al Embajador.

Empecé a rezar para que viniera la lluvia. Al menos lo deseé; puesto que mi culto no incluye a nadie a cargo del clima.

Llegó una hora después de la caída de la noche. Las nubes oscurecieron el cielo y cubrieron las estrellas y la luz de Disidencia. El viento hizo acto de presencia, haciendo que mi plataforma se balanceara. Era mi señal para empezar.

Fue terriblemente doloroso, pero había sido entrenado para soportar los más fuertes dolores. Lo peor fue mantener la presión sobre las esposas en la dirección correcta con la fuerza suficiente, de tal modo que fuera el dedo meñique de cada mano el arrancado por el vidrio, y no el pulgar. Necesitaba el pulgar para sujetarme.

Hubo un momento horrible cuando ambas manos quedaron libres simultáneamente, en el preciso momento en que una ráfaga de viento sacudía la plataforma bajo mis pies. Caí de bruces... Pero aquel día la suerte estaba de mi parte, y caí sobre la rama que sustentaba la plataforma en vez de caer al vacío.

Allí permanecí tendido durante un momento, sintiendo que la sangre manaba de mis mutiladas manos. Y la lluvia empezó a caer.

Disponía solamente de unos pocos minutos. Tal vez fuera lo más difícil que había hecho en mi vida hasta entonces, con el mayor peligro personal. Cuando lo pienso, me pregunto qué dase de locura me impulsó a intentarlo. Pero entonces era joven, la vida aún no poseía el alto valor que ahora tiene para mí.

Fue una infinitamente larga tromba de agua de diez minutos de duración. Pero aunque la lluvia me golpeaba despiadadamente y el viento a cada momento amenazaba con arrojarme fuera de las ramas, supe que cuando ambos cesaran, si no me hallaba sobre madera sólida, los guardias notarían el balanceo de las ramas y habría perdido mi oportunidad.

La madera era resbaladiza y yo estaba eligiendo mi camino a ciegas, avanzando más rápido de lo que era prudente y seguro, pero intentaba seguir las ramas hacia donde se bifurcaban, sabiendo que finalmente encontraría un lugar más firme en el que poner el pie. Mantenía mis ojos casi cerrados, pues aun en medio de la oscuridad mi mente trataba de ver a toda costa, y tendía al pánico cuando no lo conseguía.

Hasta que llegué a una plataforma, y por un momento temí que estuviera ocupada. No lo estaba, y de aquella plataforma a la madera sólida era solo cuestión de momentos.

De todos modos, aún no podía enderezarme y correr. No disponía de ningún guía, y la madera era resbaladiza. Pero era un alivio no verse sacudido de un lado para otro, y empecé a descender entre las tinieblas.

La lluvia cesó. El viento cesó. Y justo en el momento en que suspiraba aliviado, el camino que estaba siguiendo se volvió de pronto muy empinado y perdí pie y caí.

-¡Qué infiernos!-dijo una voz irritada cuando aterricé en una plataforma. Había caído sobre alguien.

-¿Qué es lo que cae de los cielos en estos días?-preguntó una voz de mujer, divertida.

Dudo que siguieran divertidos después de que di cuenta de ellos. No tenía tiempo de ser gentil y persuasivo. Pero no creo haberlos matado. Su instinto y mis deseos coincidían en

no caer de la plataforma. Me tomó un momento registrarlos en busca de algo que me sirviera. Tenía una vaga pretensión de parecer un ladrón, a fin de desviar la persecución.

El hombre llevaba un cuchillo, y lo tomé, junto con un amuleto de hierro que llevaba la mujer alrededor del cuello. Y luego encontré una escalerilla de cuerdas que empezaba en la plataforma, contuve la respiración, y me colgué del borde y me lancé a la oscuridad.

Descendí silenciosamente, atento a cualquier ruido de voces que llegara a través del aire nocturno y me indicara que mi fuga había sido descubierta, pero la noche seguía silenciosa. Una débil luz empezaba a filtrarse hasta mi nivel a medida que las nubes se despejaban; Disidencia ascendía en el cielo.

Al llegar a la plataforma conectada con un puente de cuerdas, se me ocurrió la idea de abandonar allí la escalerilla. Pero decidí seguir descendiendo al menos otro nivel, a fin de poner la mayor distancia vertical posible entre mis perseguidores y yo.

Fue una mala decisión. Había rebasado apenas la plataforma cuando la escalera de cuerda empezó a oscilar violentamente, como un péndulo. Y luego empezó a ascender. Me habían encontrado.

Mis reflejos entre los árboles aún eran lentos. Necesité un instante para resolver darle un giro a la escalerilla y pasar al otro lado, el de la plataforma. Ya me encontraba a unos buenos tres metros de ella, y en rápido ascenso. No podía esperar a situarme. Salté hacia abajo cuando el instinto me dijo que debía hacerlo.

El instinto estuvo a punto de jugarme una mala pasada. Aterricé de espaldas, y me deslicé en la dirección de las vetas de la madera, llenándome la espalda de astillas. Mi impulso fue tal que resbalé fuera de la plataforma y a lo largo de la pendiente que conducía al puente de cuerdas.

Una cosa es correr alocadamente bajando por un puente de cuerdas y subir por el otro lado... Deslizarse hacia abajo con la cabeza por delante y sobre la espalda es casi incontrolable. Abrí las piernas tratando de detenerme. Buscaba las cuerdas de cada lado para sujetarme. Desgraciadamente, mi pierna derecha se ancló antes y me echó sobre esa dirección. Las cuerdas laterales me impidieron caer, pero el impacto tuvo la fuerza suficiente como para lanzar todo el puente hacia un lado y arrojarme a mí por encima.

Me agarré a las cuerdas, y mi acción me retuvo con una desagradable sacudida. El puente virtualmente se había dado la vuelta allá donde me había colgado, y la situación se hizo peor cuando los travesaños de madera se salieron de posición. Uno de ellos me golpeó en el hombro, y por reflejo solté esa mano. Me sujeté con la otra, y rápidamente recuperé mi asidero. Pero no veía forma de enderezar el puente... No era como un bote que ha volcado; no había ningún agua que me sostuviera mientras le daba la vuelta. De hecho, la única forma de enderezar el puente era soltar mi presa. Y eso no me ayudaría en absoluto.

Pensé en volver atrás, mano sobre mano, hasta la plataforma que acababa de abandonar, puesto que estaba mucho más cerca que el otro lado. Pero sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que mis perseguidores, seguramente guardias, se hicieran de la plataforma... Además, controlaban la única otra escapatoria: la escalera de cuerdas.

Así que empecé a moverme mano sobre mano hacia el otro lado del puente. Di las gracias por haber conservado mis pulgares. Aunque la hemorragia de mis dedos amputados se había detenido, las manos aún me dolían. Pero mantuve la presa. Al principio, al menos. Tras

un instante tuve que pasar un brazo entre las cuerdas para ayudarme a soportar mi peso. Eso me retrasó aún más, pero pude seguir avanzando.

Hacia el extremo del puente, la posición de los tensores lo obligaban a una posición más normal, a pesar de mi peso, y pude izarme agradecido a las planchas de madera que formaban su suelo.

Entonces noté un balanceo que no era causado por mi propio movimiento... Alguien más avanzaba por el puente. Ahora que volvía a su posición normal, quienquiera que fuese podía avanzar rápidamente, excepto en el tramo donde las planchas del suelo habían caído. Y efectivamente, oí un grito de sorpresa y un repentino bandazo del puente. ¿Caería el hombre, o había alcanzado a sujetarse? No tenía manera de saberlo, y en aquella difusa luz no era capaz de ver a más de dos metros de distancia.

Dos metros fueron suficientes, sin embargo, para alcanzar a ver que la plataforma a la que me acercaba ocupada. De todos modos, no formaban, obviamente, parte de la caza... Ambos hombres miraban en otra dirección. No tenía tiempo que perder, y ya no había ningún motivo-¿alguna vez lo había habido?-para intentar disimular el hecho de que estaba huyendo. El cuchillo que había robado al nkumaio se enterró en el corazón de uno de los hombres cuando él se volvía hacia mí, mientras el otro caía para siempre hacia la noche a consecuencia de la violenta patada que le lancé a la parte más baja de su espalda. No hizo ningún ruido en su caída.

Miré a mi alrededor en busca de otra vía de escape mientras extraía el cuchillo del pecho del nkumaio, y descubrí que me hallaba en la bifurcación de un tronco central y una de las ramas principales; ya no eran dos ramas... No había ninguna pendiente hacia abajo, solo la caída vertical del tronco. La rama conducía hacia arriba, dirección en la que no deseaba ir. Y el puente seguía sacudiéndose bajo los pies de mis perseguidores. Si no se hubieran visto retenidos por las planchas que faltaban, seguramente ya me habrían alcanzado, acostumbrados como estaban a viajar en la oscuridad.

Pensé en cortar las cuerdas del puente, pero los tensores eran demasiado gruesos. Ni lo intenté siquiera.

En vez de eso decidí trepar por la rama y esperar que condujera a un camino que pudiera utilizar. Iniciaba la subida cuando me di cuenta de lo que habían estado haciendo los dos nkumaios: instalando una red para pájaros.

Estaban fijando un extremo... La enrollada red se sumergía tensa en la oscuridad. Y había otro punto también fijado; eso podía ser suficiente.

Probé los nudos: eran seguros. Entonces me deslicé, con los pies por delante, por el grueso rollo de la red. Era áspero, y proporcionaba el suficiente asidero como para evitarme caer, o incluso dar la vuelta y quedarme colgado. Mientras reptaba hacia atrás a lo largo de la red, fui cortando las cuerdas que la mantenían enrollada.

Cuando alcancé el siguiente punto de anclaje, lo comprobé: la red estaba atada también al siguiente punto, para gran alivio mío. Y pude oír, no muy lejos, el sonido de pisadas que alcanzaban la plataforma que acababa de abandonar.

Seguí retrocediendo, al tiempo que cortaba todas las cuerdas que mantenían la red enrollada a medida que las pasaba. Podía ver cómo la red se iba desenrollando y caía libre a lo largo del camino que acababa de recorrer. ¿Intentarían mis perseguidores seguir mi rastro a lo

largo de la red? Abierta, les sería considerablemente más difícil. O cortarían la red. Eso no me afectaría, había un punto de anclaje entre ellos y yo. Y eso haría imposible la persecución.

Casi podía oírlos en su búsqueda en la oscuridad y el silencio de la noche de Nkumai.

¿Hasta dónde llegaría la red? Y eventualmente, ¿cuánto había descendido? ¿Para qué me serviría desenrollar la red si, una vez recorrida hasta el fondo, descubría que aún estaba a cien metros sobre el nivel del suelo? La red era larga, y cuando alcancé el séptimo punto de anclaje se me ocurrió que lo nkumaios tal vez estuvieran aguardando en la plataforma donde terminaba la red al otro lado, preparados para recibirme y devolverme al cautiverio.

Así que, laboriosamente, me di la vuelta en la red. Era más difícil avanzar de cara, pero me hacía sentir más seguro ante cualquier eventualidad. Y fue una buena idea. Estaba en el noveno punto de anclaje cuando noté una sacudida en la red. No podía venir de mis espaldas... Lo habría notado mucho antes si alguien me estuviera persiguiendo a lo largo del camino que había seguido. No necesité de todo mi entrenamiento lógico para llegar a la conclusión de que alguien estaba avanzando frente a mi.

Seguí cortando las cuerdas que sujetaban la red a medida que avanzaba. Y en el siguiente punto de anclaje decidí terminar mi viaje a lo ancho de la red. Justo después del punto de anclaje empecé a cortar la propia red. Cada hilo era fácilmente cortable, incluso cinco o seis a la vez. Pero había centenares. Estaba tan inmerso en la tarea que no vi a mi enemigo hasta que no lo tuve prácticamente al lado.

El no había estado cortando las cuerdas que retenían la enrollada red, por supuesto; seguía siendo gruesa tras él mientras que a mis espaldas la red colgaba libremente, ofreciéndome un asidero mucho más delgado e infinitamente menos estable. Estaba a la mitad o más de mi operación de cortar la red, pero él también tenía un cuchillo. Y me decidí prudentemente por luchar contra él antes que seguir cortando hilos; no había mejor alternativa.

Aquella lucha fue más bien desigual. En buenas condiciones y sobre un suelo plano -incluso sobre una plataforma-estoy seguro de que habría podido matarlo fácilmente. Pero en una red, a mucha altura del suelo, en una oscuridad apenas disipada por una débil claridad lunar, y agotado por la pérdida de sangre y la todavía dolorosa amputación de mis manos, no era mucho mejor que él. De hecho, estaba en clara desventaja, y la aprovechó para vencerme.

No fue necesario conjeturar mucho para llegar a la conclusión de que yo era aparentemente tan valioso muerto como vivo... No era capturarme lo que intentaba, y la breve lucha habría terminado rápidamente al hundir su cuchillo en mi vientre, si la parte superior de la red no hubiera estado a mi alcance.

Clavó su cuchillo una y otra vez, y la agonía fue espantosa. Yo apuñalé su brazo, pero poco más tarde su mano volvía a la carga en un nuevo intento de destriparme. Resultaba claro que aquel intercambio -su brazo por mis entrañas-terminaría pronto con mi derrota, de modo que volví a tajear salvajemente la red que tenía encima, y que ya tenía casi cortada; el dolor y la desesperación me dieron mayores fuerzas, o tal vez el tiempo de que disponía fue más del que había pensado, pero pronto la red chasqueó, y mi enemigo lanzó un gruñido de sorpresa cuando la porción que lo mantenía sujeto cayó y lo arrastró consigo. Desapareció rápidamente en la oscuridad y me dejó solo en la red.

Me había quedado solo en el resto de la red, completamente desplegada, colgando de los delgados hilos, sujeto por los dedos de manos y pies. El aire era frío en mi abdomen

abierto. Algo caliente y húmedo rozaba mi rodilla, y me di cuenta de que parte de mis intestinos habían salido...

Ocultar mi auténtico sexo era ahora irrelevante; corté mi túnica negra por los hombros y a fin de obtener mayor libertad para gatear red abajo. Desnudo, y sintiendo que el dolor empezaba a entumecerme, empecé mi descenso por la red.

Me sentía como una araña tullida en una telaraña rota. Más de un hilo se rompía, y tenía que apresurarme a buscar otro asidero. La fina malla cortaba constantemente los dedos de mis manos y pies.

Tras descender durante lo que me pareció un eón, de pronto mi pie se encontró apoyado en...nada. Había alcanzado el final de la red, nada más que aire debajo.

¿Cuánto aire? ¿Cincuenta centímetros? ¿O doscientos metros?

Después de todo aquello, no entraba en mi ánimo arriesgarme a un salto a ciegas teniendo alguna otra posibilidad.

Avancé hacia la izquierda. No estaba lejos del correspondiente borde de la red, rasgado con mis cortes.

Tomé mi cuchillo de entre los dientes, con mi mano izquierda, y empecé a cortar uno a uno los hilos que tenía encima de mi a partir del borde izquierdo. Los que tenía directamente sobre mi estaban tensos y, cuando cortaba uno, el siguiente corte resultaba más fácil, como si mi propio peso en la red ayudara a que la malla se fuera partiendo. Y antes de que hubiese terminado de cortar todos los que tenía a mi alcance, los hilos empezaron a ceder por si mismos, uno a uno, cada cual llevándome más abajo, acercando mi porción de red al suelo.

Los hilos se cortaban cada vez más rápido, el sonido del rasguido se hacia más fuerte, hasta que finalmente estuve cayendo y moviéndome hacia la derecha tan aprisa como para sentir el viento producido por mi propio movimiento, tan aprisa como para que la red sonara al rasgarse como una gruesa tela que se desgarra violentamente.

Pero mi veloz desplazamiento me llevaba tanto hacia la derecha como hacia abajo, y esperé que cuando la red me depositara en el suelo pudiera sobrevivir al impacto rodando sobre mi mismo.

Me desmoralizaba pensar que, incluso tras haber utilizado la red completa, tanto a lo largo como a lo ancho, pudiera quedar aún, después de todo, a un centenar de metros de altura.

Y aquel terrible pensamiento se hizo realidad cuando el sonido de la red al rasgarse cesó, y mi movimiento cambió bruscamente al de una caída libre. La red había terminado de ceder y, justo antes de golpear sobre el suelo, alcancé a oír, breve, mi propio gemido.

Apenas caí libremente durante un segundo, pero antes de eso mi movimiento no había sido precisamente lento... Rodé sobre mi mismo, y a causa del impacto perdí el aliento. Y como no había soltado la red, me encontré enredado en ella, envuelto con toda su extensión.

Durante un momento permanecí ahí tendido, medio atontado, cediendo a la tentación de abandonarme a la inconsciencia. Pero me negué; haber podido conservar la vida tras haber alcanzado el fondo del bosque nkumaio me animó a intentar terminar con éxito mi huida.

¿Cuánto tardaría ellos en alcanzar el fondo, utilizando las escaleras? Y cuando llegaran, ¿en cuánto tiempo me alcanzarían? No demasiado, deduje, y forcejeé para librarme de la red. Parte de mis intestinos quedaron allí enredados; las entrañas aún conectadas a mi cuerpo tendían a escapar por la profunda herida a cada paso que daba, y sólo una mano constantemente apretada contra el vientre las mantenía en su sitio.

Iba con paso vacilante en dirección hacia donde suponía, esperaba, estaba el mar. Si es que había logrado conservar mi sentido de la orientación durante mi viaje nocturno. Pese a que mi mente no estaba funcionando con mucha brillantez, recuerdo haber sido al menos moderadamente astuto como para haber tratado de no dejar rastros. Encontré un arroyo y me detuve lo suficiente como para lavar mi herida (el agua fría me golpeó los intestinos como una maza), y luego seguí corriente abajo durante un largo trecho. Bebí ocasionalmente y eso me despejó, hasta el atroz momento en que el agua bebida alcanzó mis entrañas rotas. Pronto dejé de beber.

Luego, repentinamente, el arroyo se hundió en la oscuridad y con un intenso chapoteo caí a un río. Casi perdí el conocimiento, estuve a punto de ahogarme, pero la corriente era rápida, y pude mantenerme consciente y flotar hasta la otra orilla. En la travesía perdí el cuchillo, pero en ese momento no me preocupó mucho, y me quedé dormido al otro lado del río, a plena vista de la orilla.

Me despertó el sol que brillaba débilmente a través de las hojas en lo alto del bosque, y permanecí consciente tanto como para haber alcanzado a arrastrarme hasta unos densos arbustos entre los que no podía ser visto desde arriba.

Jadeante por la sed me desperté de nuevo en plena oscuridad, y aunque recordaba la tortura de la última vez que bebí, me deslicé apenas hacia el río, arrastrando fláccidamente mis doloridos intestinos tras de mí. Bebí la oscura agua. El tormento en mis entrañas no regresó; al parecer, mi cuerpo de muelleriano estaba batallando contra esa enorme herida, y había cerrado alguna conexión que ahora permitía pasar el agua. Sin embargo, la conexión había dejado a un lado buena parte de mis intestinos, que seguía arrastrándose y colgando sobre la hierba y el polvo. Pero me sentía demasiado agotado como para limpiarlos.

De nuevo me despertó el sol. Esta vez pude oír que hablaban y llamaban. Los nkumaios, tan silenciosos y seguros en lo alto de los árboles, eran torpes en la lectura de señales en el suelo. Permanecí en silencio e inmóvil en la espesura que me ocultaba.

Oía pies que corrían al otro lado del río. Nadie vio que debía haber obvias señales de mi trepar por la orilla, y pronto se alejaron. Me dormí de nuevo. Aquella noche me deslicé otra vez hasta el agua y bebí, y volví a dormirme.

El agua no era potable. Empecé a vomitar a primera hora de aquella mañana, y desde el principio eché sangre. No abrí los ojos, simplemente me retorcí en mi agonía y en mi pánico ante el temor de que mi fiebre me condujera hasta el delirio y el delirio atrajera a los que me buscaban para matarme.

No sé cuántos días a partir de entonces estuve dominado por la fiebre y el sopor. Tuve conciencia de haber andado, siempre torpemente; solo la ignorancia de los nkumaios me salvó..., yo no me preocupaba por nada. Quizás anduve de noche, no lo recuerdo bien. Procuraba apartarme del río en busca de arroyos más limpios, para beber. Los árboles eran una masa difusa e interminable; de tanto en tanto el sol era apenas un punto brillante entre el verdor; no sé nada de lo que pudo haber sucedido.

Y soñé que en mi viaje no estaba solo. Soñé que alguien viajaba conmigo, alguien a quien hablaba blandamente y explicaba toda la sabiduría de mi afiebrado cerebro. Soñé que llevaba a un niño entre mis brazos. Soñé que era un padre, aunque a mi pesar, pero que no podía repudiar a mi hijo por algo que estaba más allá de mi control. Soñé, y un día intenté dejar al niño en el suelo para beber. Pero el niño se negaba a abandonar mis brazos. Y poco a poco, a medida que forcejeaba para apartar de mí al niño, me di cuenta de que los pájaros cantaban, el sol brillaba, el sudor resbalaba por mi barbilla...

Y no estaba soñando. El niño lloriqueaba.

El niño era real.

Recordé entonces que el nino había estado llorando de hambre. Recordé cómo en mi delirio le había canturreado mientras andaba, cómo habíamos dormido apretados uno con otro.

Todo estaba muy claro ahora..., excepto de dónde había venido el niño.

No tuve que investigar demasiado para descubrirlo. Estaba unido a mí en la cintura a través de un puente de carne, vientre contra vientre, y su alimento debía ser la energía que extraería de mi cuerpo. Sus piernas colgaban a unos treinta centímetros del suelo cuando yo permanecía de pie; su cabeza era un poco más pequeña que la mía, y cuando miré directamente a sus ojos, me di cuenta de que eran los míos...

Un regenerativo radical. Podía curar de cualquier cosa. Y cuando la mitad de mis entrañas me abandonaron, mi cuerpo no pudo discernir entonces quién era quién para sanarlo. Así que sanó a las dos mitades, y yo estaba allí, mirando a los ojos de mi perfecto duplicado, que me sonreía tímidamente como un estúpido pero bien dispuesto niño.

No era ningún niño. Había crecido rápidamente, y un ligero vello en torno a sus mejillas y labios hablaba de una inminente adolescencia. Era delgado, famélico; se le marcaban todas las costillas. Como a mí. Mi cuerpo, incapaz de decidir a quién salvar, había allanado mi cuerpo para proporcionarle algo de fuerza a él, y ahora luchaba por mantener un equilibrio.

Yo no quería ningún equilibrio.

Recordé al monstruo que se bamboleaba hacia los comederos en el laboratorio... Y me imaginé a mí mismo allí, listo para ser recolectado, pero no simplemente la cabeza: el cuerpo entero. Y cuando estuviera a punto para el desprendimiento, y separara los dos cuerpos, ¿cuál sería yo, y cuál el que enviaran?

Por el momento no había ninguna duda. Yo tenía senos; yo tenía un pequeño brazo que aún pugnaba por crecer a partir de mi hombro, ya con dedos minúsculos que articulaban y trataban de asir... Felicité con amargura a mi cuerpo por su capacidad para mantener aún las prioridades y sanar mis entrañas heridas antes de preocuparse de un brazo adicional. Un buen trabajo.

Pero no podía seguir siendo dos.

¿Estaba vivo el nuevo yo? ¿Era humano? ¿Inteligente? No quería pensar en responderme.

Estaba desnudo y no tenía cuchillo. Y la conexión entre ambos eran solamente los delgados repliegues de piel que lo habían sustentado durante la gestación. Eso era. Que habían sustentado aquella cosa. Si dejaba que la criatura se convirtiera en él en mi mente, entonces habría solamente un paso para empezar a pensar en él como en mí. Y apenas podía soportar el pensar en mí como en mí.

Su pelo era como el mío; los mismos rizos, el mismo rubio claro, enmarañado e indómito. Lo agarré por el pelo, intenté separarlo de mí. No lo conseguí, por supuesto. Pero tampoco podía continuar así. Era yo mismo, exactamente yo mismo tal como había sido hacía unos pocos meses, antes de que mi cuerpo hubiera cambiado para dejar paso a una mujer que no me pertenecía, una mujer que había insistido en afirmar que era yo.

Sin un arma, la operación de separación fue repugnante y dolorosa. Se despertó mientras yo acuchillaba nuestra conexión con una piedra aguzada. Lloriqueó, intentó débilmente detenerme. No habló. Simplemente sangró cuando la piel se desgarró en la separación, cuando arranqué mi libertad del peso que venía cargando.

Y finalmente estuvimos separados. Me sentía débil a causa de haberlo creado, pero con las fuerzas que me quedaban golpeé una y otra vez su cabeza con la piedra. Dejó de gritar, y su cráneo roto dejó escapar su masa encefálica. Me di cuenta de que yo estaba sollozando por el esfuerzo, y por el miedo de verme a mi mismo muriendo. Lancé la piedra lejos y huí al bosque.

Comí lo que pude encontrar en el intento de recuperar mis fuerzas. No vi más señales de mis perseguidores... Debieron de haber renunciado a la caza hacía tiempo. Pero eso no me ayudaba en mi huida. Si me encontraban de nuevo, el final habría llegado para mí. Desde donde estaba, todas las direcciones conducían profundamente a territorio nkumaio... Todas, menos una. De modo que calculé un aproximado noroeste por la posición del sol, y me encaminé en esa dirección.

El recorrido fue duro, pues aún no me sentía fuerte. Pero al menos ahora estaba consciente. Hice el viaje en cortas etapas; un poco más cerca cada día, siguiendo un arroyo que pronto fue río, y por el río finalmente al mar. Por supuesto, había una ciudad nkumaia en la desembocadura del río, pero estaba en los árboles, excepto unos pocos edificios de un destartalado muelle. No había marineros, observé, recordando la impresionante flota que había partido de Mueller a través de la Manga, transportando a miles de soldados que conquistaron Hurtington en menos de un mes. Ninguna nave partía de Nkumai.

Pero podían venir barcos procedentes de otros países. Y un barco tal era mi única esperanza de abandonar Nkumai y finalmente regresar a casa (si aún seguía teniendo una casa...)

Vi la ciudad nkumaia, y aguardé hasta la noche. Luego anduve por debajo de ella hacia el mar, manteniéndome en el linde del bosque mientras me apartaba uno o dos kilómetros del muelle. Desde allí podía observar los barcos, y si todavía me era posible nadar con la solvencia que me era propia, abordaría uno sin problemas.

Y seguro en mi refugio, me dormí.

Desperté al mediodía, jadeante, sudando. Había soñado que yo -pero no era yo, era mi sosías-niño al que había matado en el bosque-, venía a matarme, y había despertado en el momento en que los cuchillos relumbraban, y tanto yo como mi imagen en el espejo nos apuñalábamos mutuamente en el corazón del otro.

Recordé vagamente haber despertado de aquel sueño por un grito, y me pregunté si habría sido yo mismo quien había gritado en mi sueño. Pero cuando salí de mi escondite y miré hacia el mar, vi que una nave pasaba cerca de la orilla; los gritos procedían de los hombres que maniobraban con las velas.

El barco entró en el puerto, y durante los días que permaneció allí intenté calcular cómo llamar la atención de los marineros sin hacer que los nkumaios de la ciudad me descubrieran.

Encontré una rama semipodrida y la probé en el agua. Flotaba. Aunque estuviera demasiado débil para recorrer aquella distancia, la rama me soportaría. El agua era fría sobre mi piel desnuda, pero cuando vi salir del muelle al barco y girar en mi dirección, me lancé al agua y luego, sujetándome al madero como si realmente ya lo necesitara, pateé torpemente a través de las rompientes hasta las suaves ondulaciones de un mar en calma.

Alguien gritó en el barco:

-¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua!

Levanté mi mano y la agité.

Al cabo de poco tiempo era izado del agua. Me senté temblando, envuelto en una manta, en un pequeño bote enviado por el barco.

-Gracias-dije.

Uno de los remeros sonrió. No fue una sonrisa particularmente cordial. Y el hombre que manejaba el timón dijo:

-De nada. Te llevaremos al capitán.

-¿De qué nación sois?

Parecieron reacios a contestar. Me pregunté si habrían comprendido.

-¿De qué Familia... ¿De qué Familia procede vuestro barco?

De mala gana, el hombre al timón respondió:

-De Singer.

El pueblo insular de la gran bahía Norte, que estaba conquistando Wing cuando abandoné Mueller. El embajador de Wankier había solicitado tropas a mi padre, sabiendo que su nación iba a ser la próxima, pero se había marchado con toda nuestra simpatía y poco más. Al menos esos marineros no eran nkumaios, y habían tenido la suficiente humanidad como para recogerme del agua. Podría seguir viviendo.

El capitán parecía un poco más amable que su tripulación, y una vez subido a bordo dedicó un poco de tiempo a entrevistarme.

-¿Nación?-preguntó, y puesto que no consideré prudente decirle la verdad, respondí:

-Allison. Apenas acabo de escapar de un campo de prisioneros de Nkumai.

Asintió reflexivamente, luego hizo un gesto. Unos pocos marineros acudieron y me despojaron de la manta.

-Dios mío-dijo el capitán-, ¿qué les están haciendo estos bastardos a los prisioneros en estos días?

No respondí. Dejé que el pensara lo que más le gustase.

-¿Qué eres? ¿Hombre o mujer? ¿Qué es lo auténtico?

-Las dos cosas ahora -afirmé, y dije la verdad.

El sacudió la cabeza.

-Imposible-dijo-. Esto hace las cosas muy difíciles. No tengo cómo saber qué precio tienes...

¿Mi precio? Y entonces recordé algo que había dicho el embajador Wankier. Que Singer estaba desarrollando un floreciente comercio. De carne humana.

-Puede ser una atracción -dijo otro oficial-. Metámoslo en una caja y hagamos que paguen por verlo.

-Estupendo-dijo el capitán-. Y creo que el mejor mercado para eso es Rogers. Tienen circos. Echadlo abajo.

Apenas acabada de darse la orden ya se me sujetaba y arrastraba hacia una escotilla. La abrieron y me arrojaron por ella; aterricé brutalmente, y la escotilla se cerró sobre mí. No había ninguna luz. Había muy poco aire. Pero estaba vivo. No se me había ocurrido resistirme. Lo importante era que para ellos tenía valor; solo los muertos no tienen esperanzas.

Pero Rogers estaba en el rincón sudoeste del continente. El viaje llevaría meses. ¿Sería entonces demasiado tarde para llevarle a mi padre la información sobre Nkumai? No lo sabia. Y era muy poco lo que podía hacer para saberlo.

¿Se habían dado cuenta del brazo extra que estaba creciendo en mi hombro? A la brillante luz del sol, probablemente no; se habían distraído en la contemplación de mis senos y genitales. Pero ahora el brazo hacía una involuntaria flexión para rascarme la espalda.

Iba a ser un largo viaje.

5

SINGER

Tenía pocas posibilidades de distraerme allí, encerrado a solas en la más profunda oscuridad, completamente desnudo, con solo unos dos metros cuadrados de suelo para disponer. Gran parte de mi tiempo lo ocupaba en dormir, por supuesto, pero me proporcionaba poco reposo... Resultaba imposible estirar completamente el cuerpo. Mientras el barco siguió rumbo al norte, el frío rezumó por todas partes; cuando volvió a enfilar al sur, la celda se convirtió en un sudadero, pero no solo mi cuerpo sino también las paredes chorreaban mi sudor. El olor de la sal estaba siempre conmigo.

Sin embargo, pudo haber sido peor. Aunque no vi el sol durante casi cinco meses, fui alimentado. Me bajaban el cubo cada mañana, lleno de agua; cada tarde, lleno de comida. Cuando había vaciado el cubo, yo volvía a llenarlo, determinado a mantener la celda tan limpia como me fuera posible sin verla.

Y estaban los sonidos. Mis únicos contactos con el resto de la gente eran los gritos de los hombres en los mástiles? ajustando interminablemente las cuerdas? plegando y desplegando las velas. Se maldecían unos a otros, se gastaban bromas soeces llegué a conocerlos a todos por sus nombres, e imaginé los cuerpos que les corresponderían. Incluso oí un intento de motín; y también oí cuando los amotinados fueron ritualmente descuartizados y arrojados por la borda.

Pero hay un límite al interés que puede sentir un hombre por las actividades de sus semejantes. Tras un tiempo la oscuridad me venció, y resistía tanto el tener que despertarme como el tener que irme a dormir, y por encima de todo soñaba con la luz del sol... Soy un jinete, no un marino. Mi idea de viajar es con la impulsión de la carne entre mis piernas, no con el oscilar de lado a lado y de arriba abajo y atrás y delante de los bandazos, cabeceos y guiñadas de un barco en el mar.

Y los efectos de mi visita a Nkumai no habían terminado. El masivo esfuerzo regenerativo de mi cuerpo, que había dado como resultado la creación de mi doble más pequeño no había terminado con la amputación. En vez de eso, mi cuerpo parecía decidido a regenerar cada parte de mi. El brazo que había brotado de mi hombro era ya tan largo y desarrollado que me podía rascar la espalda cuando me picaba; había alcanzado su tamaño natural tras unas pocas semanas en el barco. Otros miembros brotaron, otras excrecencias se insinuaron. Y puesto que disponía de comida abundante para sustentar el crecimiento, y sin posibilidad alguna de hacer ejercicios, la energía acumulada halló tan solo una vía de salida: el crecimiento.

El calor se hizo insoportable durante días, hasta que finalmente me di cuenta de que estaba perdiendo la razón. Me creía tendido sobre la hierba junto al río Cramer, observando los ligeros barcos de pesca deslizándose corriente arriba a impulsos del viento. A mi lado estaba Saranna, con su túnica descuidadamente abierta (aunque sabía de su cuidada atención respecto a cuánta excitación producía cada centímetro de exposición), su dedo cosquilleándome insoportablemente mientras yo trataba de ignorarlo. Vi todo eso, lo estaba haciendo, mientras me acurrucaba como una bola, completamente despierto, en el suelo de mi asfixiante prisión.

Estaba haciendo esto cuando la quinta pierna que crecía de mi cadera empezaba a retorcerse torpemente, iniciando su vida. Esa era la realidad. El sudor chorreaba por mi pecho. La oscuridad. La destrucción de mi cuerpo. La pérdida de mi libertad.

Así es como soportan su destino los rads en los corrales, me dije. Viven otra vida. No se revuelcan en el polvo o la hierba, ni se alimentan en los comederos... Sus cuerpos están de nuevo sanos e intactos, y yacen en las orillas de los ríos preparándose para hacer el amor con una espléndida amante que no se atreve a recordarles cuál es su vida actual.

Habida cuenta de que aquella clase de locura era mi única escapatoria, tomé la decisión de no caer en ella. En vez de ello, utilizaré mi mente y me mantendré despierto, resolví.

Tengo buena memoria. No una memoria sensacional-no puedo recordar páginas escritas una por una-, pero sí suficiente para empezar una recopilación de todo lo aprendido en mis lecturas de historia en la habitación más alejada de la casa de Mwabao Mawa.

Mueller, genética...

Nkumai, física...

Bird, alta sociedad...

Esos datos aparecieron fácilmente en mi memoria. Pero me obligué una y otra vez a ir hacia atrás, dejando que los trances de locura que no podía evitar me proporcionaran algo útil, y así recordé otros. No todos, pero sí algunos.

Schwartz, perdido para todo contacto humano en el desierto, había sido una geóloga... Frustrada, en aquel mundo sin minerales.

Allison, teología... Su descendencia había seguido el mismo camino.

Underwood, botánica... Y ahora, en las altas montañas, ¿qué flores cultivarían inútilmente sus hijos?

Hanks, psicología... El tratamiento de los locos. Ninguna ayuda para mí.

Anderson, el inútil líder de la rebelión, cuyo único don era la política...

Drew, los sueños y su interpretación...

¿Qué habían hallado todos ellos para exportar? No lo sabía. Pero seguramente en la biblioteca de mi padre estarían los libros que podían decir lo que yo no conseguía recordar; libros que llenarían las lagunas y nos proporcionarían indicios de qué proyectos estaban siendo secretamente llevados a cabo en otras Familias. Algunos, por supuesto, se habrían dejado llevar por la desesperanza, al no tener nada en este mundo que pudiera ofrecer algún interés para el Embajador... Los ingenieros, por ejemplo. Cramer y Wizer. Habían sido fáciles de conquistar, convertidos en granjeros, habiendo olvidado una ciencia que nunca habrían podido utilizar adecuadamente en este mundo. Y Ku Kuei, un filósofo cuyas ideas obviamente no habían gozado de una amplia repercusión en la República. Y en Nkumai y Mueller, hierro. Física y genética. Ellos con ideas, nosotros con productos. Nuestros productos nunca se agotarían; ¿lo harían las ideas? No importaba, mientras siguieran recibiendo la suficiente cantidad de hierro por cada idea, como para poder aplastamos rápidamente.

Nunca regresaría a Mueller a tiempo...

Pese a la resistencia que estaba oponiendo, dudo que consiguiera mantener la locura muy apartada de mí. Porque recuerdo, como si fuera real, a una criatura como yo mismo que vino y se rió de mí en mi propia celda. Podía haber sido Lanik tal como me recordaba de los espejos en mi primera adolescencia, excepto que un lado de su cabeza estaba aplastado y su cerebro se derramaba por él. Pero mantuvimos una agradable conversación, y tan solo al final él intentó matarme. Lo estrangulé con cuatro brazos, y lo despedacé. Lo recuerdo con claridad.

Y también recuerdo a mi hermano Dinte, visitándome. Me cortó a pedacitos, y cada uno de ellos creció hasta convertirse en un pequeño Lanik, tan pequeño en su madurez que Dinte se divirtió grandemente aplastándolo con sus botas. Quizás entonces grité... Dinte huyó cuando alguien golpeó la escotilla encima de mí.

También vino Ruva, con su cachorro de pelo rizado, la boca llena, vanagloriándose mientras masticaba de que finalmente había conseguido arrancarle los testículos a mi padre, se los había extirpado y ahora los estaba masticando... Y yo iba a ser el próximo. El muchacho se echó a reír, pero a la edad de...¿cuántos años?, ¿diez...?, aún babeaba. Su húmeda barbilla relucía a la luz. Sin embargo no había ninguna clase de luz en mi celda, excepto un momentáneo deslumbramiento cuando la escotilla era abierta.

Y una vieja mujer de las altas colinas de Mueller me traía constantemente flechas, hasta que quedé medio enterrado debajo de ellas.

Recuerdo todo esto, como recuerdo a mi padre enseñándome cómo derribar a un hombre de lomos de su caballo u ofreciéndome su aflicción y enjugándose la sangre de su rostro mientras se condolía de mi destino.

En retrospectiva he aprendido a distinguir lo que pudo haber pasado de lo que no. Pero en aquel momento era completamente incapaz.

Un día oí un nuevo sonido. No era extraño en su intensidad, pero me di cuenta de que estaba oyendo nuevas voces. La nave no había recalado en ningún puerto. Nadie había subido a bordo. Obviamente, estaban dejando salir de sus celdas a los esclavos, y subir a cubierta. Aquello significaba que nos estábamos acercando a un puerto... Los músculos atrofiados debían ser despertados para que los esclavos tuvieran buen aspecto en los mercados de Rogers y Dunn y Dark.

Pero aquel primer día nadie me sacó. Y me pregunté por qué.

Al segundo día razoné que, puesto que no iba a ser vendido para trabajar, no importaba que tuviera un aspecto fuerte. Era un fenómeno de feria. Pensé sombríamente en lo que iban a pensar mis propietarios de mí ahora. Una nueva nariz estaba creciendo a lo largo y parcialmente unida a la antigua. En el lado izquierdo de mi cabeza, tres orejas decoraban mi perfil. Y mi cuerpo era un amasijo de brazos y piernas que nunca habían aprendido a andar o sujetar. Antes habían pensado que yo era una curiosidad. Ahora era todo un circo completo.

No podía revelarle a nadie nunca que era de Mueller. Podían llegar a la conclusión de que mi condición era un claro indicio de lo que proporcionaba a Mueller su riqueza en hierro. Podían llegar a pensar en que por eso en las batallas los ejércitos de Mueller parecían indiezmables, pese a los miles de cortes que incluso las armas de madera podían infligir. Tenía que pasar por un extraño fenómeno de la naturaleza.

Sobre mí, otros esclavos andaban, podían ver, sentir el sol y el viento. Yo no.

Empecé a gritar. Mi voz no estaba acostumbrada. Causé poco efecto, estoy seguro. Pero gradualmente fui incrementando el volumen, y la escotilla que me alimentaba se abrió de golpe.

-¿Quieres ver pateado tu culo hasta que se te ponga en el lugar del pecho?-preguntó una voz que conocía demasiado bien, aunque no tenía idea de quién sería su dueño.

-¡Yo seré el pateaculos!-aullé como contestación. Mi voz no tuvo seguramente el efecto que solía tener en los campos de adiestramiento cuando maniobraba las tropas de caballería sin la ayuda de un vocero. Pero fue efectiva, al parecer. En lugar de una patada, recibí otro insulto.

-Escucha, basura-dijo-. Hasta ahora has sido un esclavo modelo. ¡No empieces a echarnos mierda excepto en tu cubo, si sabes lo que es bueno para ti!

-Te agradezco tu actitud conciliadora-dije-. Quiero subir a cubierta.

-No hay esclavos en la cubierta.

-¡Hay por lo menos diez en este mismo momento!

-Esos son granjeros. Tú sólo eres un espectáculo.

-Me mataré.

-¿Desnudo? ¿En la oscuridad?

-¡Me echaré de espaldas y me morderé la lengua hasta que sangre y termine ahogándome! -grité, y por un momento pensé en hacerlo, pero sabia muy bien que mi condenada lengua sanaría demasiado pronto. Pero de todos modos debí de haber sonado bastante loco, pues me llegó una nueva voz. Era el capitán.

Habló suavemente. Había una clara amenaza en su voz.

-Solo hay una razón por la cual subamos a un esclavo a cubierta fuera de turno. Para castigarlo.

-¡Castígame! Pero hazlo a la luz del sol.

-Generalmente el castigo empieza con arrancarle la lengua.

Me eché a reír.

-¿...y cómo termina?

-Terminamos arrancando los testículos -debía de ser cierto. Pero era una amenaza poco significativa para alguien que ya tenía un par de gónadas de recambio. En ese momento tenía tres pares, y la testosterona extra debió de haberme proporcionado una descarga suplementaria de valor, pues grité, desafiante:

-¡Puedes freírlos y dármelos para comer en el desayuno! ¡Simplemente súbeme a cubierta!

Por supuesto, no todo era valor. Sabía que mi exceso de valor era para ellos como fenómeno. Y nadie iba a desear ver a un fenómeno mutilado por los hombres; sólo las mutilaciones de la naturaleza, por favor. No me harían daño. El pensamiento de que alguien permanecía en la cubierta mientras yo estaba metido en un agujero era el ultraje más grande que hubiera sufrido en mi vida.

De modo que no me sorprendí cuando me arrojaron unas cuerdas. Las tomé y me sujeté con cuatro de mis brazos mientras tiraban de mí hacia arriba.

La intensidad del asombro con que reaccionaron me sorprendió, aunque debí preverla: habían echado a la celda a un hombre con unos abundantes senos de mujer. Extrajeron a un monstruo.

No pude ver nada. La luz era demasiado deslumbrante, y ya era bastante difícil conseguir mantenerme en equilibrio sobre unas piernas que realmente no habían ejercido su función durante meses. De hecho, algunas de mis piernas no tenían la menor idea de lo que era eso. No podía andar... Apenas, sí, tambalearme de un lado para otro, luchando por mantener el equilibrio.

Ellos no me sirvieron de ninguna ayuda. Sus gritos eran ensordecedores, y recuerdo que oí la palabra demonio y otras cuyo significado no podía adivinar, excepto que los marineros estaban terriblemente asustados. De mí. Las posibilidades que aquello originaba eran tentadoras. Rugí.

Respondieron con un chillido uniforme, y di algunos tambaleantes pasos hacia el apiñado grupo que gritaba. Respondieron con una flecha en mi brazo.

Soy un Mueller. El dolor no me detuvo, y en cuanto al brazo, tenía otros varios tan buenos como ese... Dos, en particular, que eran mucho mejores, pues el herido no era un brazo que hubiera utilizado mucho. Seguí avanzando. Y entonces el terror se convirtió en reverencia; una flecha no había logrado detener al monstruo.

El capitán estaba gritando. Ordenes, supuse, y desvié la vista de la luz en un intento de ver... El océano era cegadoramente azul. El barco y todos los que iban sobre él eran invisibles; sombras que se agitaban. Hasta que tuve que cerrar mis ojos de nuevo.

Oí que alguien se acercaba, sentí la vibración de sus pisadas sobre la cubierta. Me volví torpemente, recibí la acometida. Fue entonces cuando descubrí que me había crecido un corazón extra... El cuchillo de madera se hundió en el que había sido el mío, y aquello no me detuvo. Yo sólo sabía defenderme sin armas con mis dos brazos originales, pero a fin de que los marineros no se dieran cuenta de esta anomalía, utilicé todos mis brazos extra a la vez... Estuve manoteando torpemente unos instantes, y me retrasé un poco, lo cual fue más bien beneficioso; agarré a mi atacante y lo hice pedazos, y arrojé los pedazos a los marineros que contemplaban la escena. Los oí vomitar. Rogar. Oí libertad.

De nuevo la voz del capitán, esta vez conciliadora. Divertida, incluso. Me obligué a no reír.

-Señor, quienquiera que seas-dijo-, recuerda que salvamos tu vida del mar cuando te trajimos a bordo.

Yo simplemente avancé hacia él agitando todos mis brazos. Vagamente pude ver que retrocedía. Tenían miedo de mí. Tenían una buena razón para tenerlo. La herida en mi

corazón había cerrado ya casi por completo. Oh, nosotros los regenerativos radicales teníamos buenos recursos en casos de emergencia.

-Señor-dijo-, seas el dios que seas, o sea quien sea el dios al que sirvas, te imploramos... Dinos lo que deseas, y te lo proporcionaremos, si simplemente accedes a volver al mar.

Volver al mar estaba fuera de toda cuestión. Era un buen nadador, con dos brazos y dos piernas.. Ahora tenía mucho más lastre, y bastante menos coordinación.

-Dejadme en tierra-dije-, y quedaremos en paz.

Si hubiera pensado un poco más, o si hubiera visto más claramente, habría intentado dominarlos más y habría conseguido que me llevaran a orillas más hospitalarias. Pero no pude ver con claridad hasta que me encontré en la proa de un bote, con seis petrificados marineros que a cada orden de remar revivían, para regresar a su cualidad pétrea tras cada remada, con la mirada clavada en mí. Entonces mi vista se aclaró. Pero estaba de espaldas a la orilla.

Recalamos, y me deslicé torpemente por la proa y chapoteé en el agua. Una vez en seco levanté la vista y vi donde estaba.

Me volví tan rápidamente como pude, para alcanzar a ver al bote acercándose presurosamente al barco de esclavos. No serviría de nada llamarlos. Simplemente les había obligado a que me ayudaran a suicidarme.

Permanecí inmóvil de pie, desnudo, en una playa de unos pocos cientos de metros de anchura. Tras ella se elevaban las escabrosas, ásperas laderas de piedra y arena que los marineros de Mueller llamaban 'Flujos de arena'. Detrás estaba el más árido desierto del mundo. Mejor rendirse a un enemigo que embarrancar allí, donde no había ningún camino, donde los buques nunca se detenían, y donde andar tierra adentro sólo introducía en el ignoto desierto de Schwartz. Nada vivía ahí. Ni siquiera los matorrales de las desaladas tierras de la orilla occidental de la Manga. Ni siquiera un insecto. Nada.

Era el mediodía, y el sol quemaba. Mi piel, blanca como las nubes tras mi largo confinamiento, empezaba a enrojecer. Y sin agua, ¿cuánto tiempo iba a durar?

Si me hubiera limitado a mantener mi lengua quieta en su confortable y maravillosa cavidad húmeda... Si tan solo hubiese dicho cosas para disipar el miedo de la tripulación... Si hubiera nacido un animal en vez de un hombre...

Eché a andar, ya que no tenía otra cosa que hacer. Ya que las viejas historias hablaban de enormes ríos en el centro de Schwartz, que circulaban por debajo del desierto antes de escapar a otras tierras. Ya que no deseaba que mi esqueleto fuera descubierto en la playa, como si no hubiera tenido el valor de intentar algo al menos.

No había viento.

A la caída de la noche estaba mortalmente sediento, extremadamente cansado. Ni siquiera había alcanzado la cima de las laderas; el mar parecía ridículamente cercano. Con tantos miembros, no era un buen escalador. Pero no me podía dormir, y obligué a mis embotados músculos a seguir adelante. La oscuridad fue una bendición, y el frío del desierto fue un alivio al calor del día. Era verano, supuse, pero la noche era más fría de lo que yo creí

probable en aquel lugar, y me esforcé en seguir moviéndome incluso después de desear con todas mis fuerzas dormirme, sólo porque el movimiento me mantendría caliente.

Cuando amaneció estaba exhausto. Pero había alcanzado la cima, y podía mirar hacia adelante y ver las interminables dunas de arena, con montañas a la distancia aquí y allá; también podía mirar hacia atrás y ver, en la lejanía, el brillante azul del océano. Ninguna nave a la vista. Y en tierra, ninguna sombra, nada bajo lo cual pudiera resguardarme del calor del día...

Así que seguí andando, tomando arbitrariamente una montaña como meta, si podía esperar tener alguna... Parecía tan cercana como cualquiera de las otras, y tan inalcanzable como las demás. Moriría ese mismo día, supuse; estaba gordo debido a la falta de ejercicio, y débil debido a la falta de esperanzas.

Llegó el mediodía, sin más que continuar concentrado en seguir adelante. Ya no me quedaba ningún pensamiento de vida ni de muerte; simplemente dar un paso. Y otro. Y otro más. Aquella noche dormí en la arena, sin ningún insecto que zumbara alrededor de mi cabeza porque ningún insecto sería suficientemente estúpido como para intentar llegar hasta allí.

Me sorprendí a mí mismo despertándome y echando a andar. El limite de mi resistencia estaba más allá de lo que había imaginado. Pero no mucho más. Mi sombra era aún matutina cuando alcancé un lugar donde la arena dejaba paso a la piedra y a un áspero afloramiento rocoso. Ni siquiera me preocupó la idea de que pudiera ser el primer resalte de la montaña. Había sombra. Y cuando me tendí en esa sombra mi corazón dejó de latir, y jadeé tratando de recobrar la respiración, y descubrí que después de todo la muerte no sería tan mala, si es que llegaba pronto, si no se demoraba en venir, si no tenía que permanecer allí tendido una eternidad antes de que acudiera a liberarme.

6

SCHWARTZ

Estaba inclinado sobre mí, y mis ojos no conseguían enfocarlo. Pero era un hombre, y no una pesadilla de Dinte o de la Boñiga o de mi mismo.

-¿Quieres morir?-preguntó una voz joven, seria.

Consideré las alternativas. Si vivir significaba otro día en el desierto como los que había sufrido hasta entonces, la respuesta era sí. Pero de todos modos, aquella persona (aquella alucinación), fuera quien fuese, estaba viva. Era posible sobrevivir en aquel desierto.

-No-dije. .

El no dijo nada. Solamente me miraba.

-Agua-pedí.

Asintió. Me obligué a mi mismo a levantarme apoyándome en los dos codos mientras él se alejaba un paso de mí. ¿Iba a buscar ayuda? No. Se detuvo y se acuclilló en la roca. Estaba desnudo y no llevaba nada consigo... Menos aún un recipiente para agua. Aquello querría decir que el agua estaba cerca. Pero ¿qué esperaba?

-Agua-repetí.

No dijo nada, esta vez ni siquiera asintió. Simplemente miró la arena. Yo podía sentir los latidos de mi corazón en mi interior. Fuertes, vigorosos... Me era difícil creer que hacía muy poco se había parado. ¿De dónde había venido ese muchacho? ¿Por qué no me traía agua?

Miré la arena en el lugar que él observaba. Se estaba moviendo.

Se elevó y formó pendiente a derecha e izquierda, luego se hundió en el centro y se deslizó hacia algún lugar desapareciendo suavemente, disolviéndose, hasta que un círculo de aproximadamente metro y medio de diámetro se llenó de un agua que remolineaba blandamente, un agua negra que me cegó con el reflejo del sol.

El me miró. Me levanté trabajosamente (con todos mis músculos doloridos excepto mi fuerte y juvenil corazón), y me arrastré hacia el agua. Ya se había aquietado. Estaba tranquila y fría y profunda y buena, y yo hundí mi cabeza en ella y bebí. Sólo levanté la cabeza para respirar cuando ya no aguanté más.

Hasta que me sentí satisfecho, y me levanté y luego me dejé caer en la arena junto al agua. Estaba demasiado exhausto como para preguntarme cómo la arena había podido transformarse en agua, y cómo supo el muchacho que así sería. Demasiado exhausto como para preguntarme por qué el agua ahora era nuevamente absorbida por la arena hasta dejar tan solo una pequeña manchita negra que muy pronto se evaporó.

Demasiado exhausto como para responder claramente cuando el muchacho miró mi cuerpo y preguntó:

-¿Por qué eres así, tan extraño...?

-Dios sabe cuánto me gustaría dejar de serlo -dije, y me quedé dormido. Pero esta vez no esperando morir, sino esperando vivir, gracias a la coincidencia de haber sido de algún modo descubierto precisamente al lado de un manantial en aquel desierto árido.

Cuando me desperté de nuevo había olvidado completamente al muchacho. Hasta que abrí los ojos y vi a sus amigos.

Permanecían en silencio, sentados en círculo a mi alrededor, una docena de hombres con la piel curtida y los cabellos desteñidos por el sol, tan desnudos como había estado el muchacho. Sus ojos estaban fijos en mí, inmóviles. Estaban vivos, y así eran las cosas, y yo no tenía nada que objetar.

Habría hablado, les habría pedido que me dieran cobijo, si algo no hubiese desviado mi atención. Noté mi cuerpo desde dentro. Noté que no había nada digno de mención. Algo iba terriblemente mal.

No. Algo iba terriblemente bien.

Nada tiraba de mi lado izquierdo, donde tres piernas intentaron equilibrar a las otras dos. No había ningún extraño arquearse de mi espalda para compensar todos los miembros que tenía que doblar bajo mi cuerpo para dormir. No había ninguna cantidad de aire que fuera dolorosamente aspirada a través de mi nariz extra.

Desde dentro, todo lo que sentía era dos brazos, dos piernas, el sexo con el que había nacido, un rostro normal. Ni siquiera los senos. Ni siquiera eso.

Levanté mi mano izquierda (¡solo una!) y me toqué el pecho. Solamente músculos. Duros. Me golpeé el pecho- mi brazo era fuerte y vivaz.

¿Qué era la realidad? ¿Qué era el sueño? ¿No había permanecido confinado en una celda de un barco durante varios meses? ¿También eso era una alucinación? Me preguntaba cómo había llegado hasta ahí, no podía convencerme de que era, de nuevo, normal. Entonces recordé al muchacho y el agua que había surgido del desierto. Así pues, aquello también era un sueño. Habían ocurrido cosas imposibles mientras yo moría. Sueños de agua. Sueños de un cuerpo completamente normal. Sueños de muerte. El tiempo se había dilatado en mis últimos momentos de vida.

Excepto que mi corazón latía demasiado fuertemente como para ignorarlo. Y yo me sentía tan lleno de vida como antes de abandonar Mueller. Si esto era la muerte, dadme más de ella pensé. Y les pregunté:

-¿Me lo habéis cortado todo?

No me respondieron al momento. Luego alguien preguntó:

-¿...cortado?

-Cortado-dije-. Para dejarme así. Normal.

-Helmut dijo que tú deseabas librarte de eso...

-Pero volverán a crecer...

El hombre que había hablado me miro con desconcierto.

-No lo creo-dijo-. Lo hemos fijado.

Fijado. Anular lo que un centenar de generaciones de Mueller había intentado curar sin conseguirlo. Así que eso era lo que habían conseguido los Schwartz. La arrogancia de los salvajes.

Detuve mi desdén. Lo que fuera que hubiesen hecho, aquello nunca había funcionado así. Cuando algo era cortado de un regenerativo radical, volvía a crecer, se hiciera lo que se hiciese. Los regenerativos radicales volvían a reproducir cualquier imposible miembro, y le añadían otro más, hasta que morían bajo la abrumadora masa de sus excrecencias. Sin

embargo, cuando ellos extirparon todos mis miembros extra y mis senos y todas las demás cosas, las heridas habían sanado sin dejar ninguna cicatriz, normalmente.

¿Había burbujeado el agua hasta la superficie obedeciendo órdenes? El pensamiento me sacudió, principalmente porque parecía no tener ninguna relación con mis anteriores pensamientos. Mi mente lo había alineado con los demás antes de que me diera cuenta de ello. Si lo que estaba viviendo y experimentando era real, aquella gente, los Schwartz, tenían algo demasiado valioso como para creer en ello.

-¿Cómo lo hicisteis?-pregunté.

-Desde dentro-respondió el hombre, radiante-. Nosotros solo actuamos desde dentro. ¿Deseas seguir tu marcha ahora?

Era una pregunta absurda. Había estado muriéndome de sed en el desierto, un monstruo desamparado, y ellos me habían salvado la vida y curado mi deformidad. ¿Esperaban ahora enviarme de nuevo a través de la arena, como si fuera algún vagabundo que la intervención de ellos había retrasado?

-No-dije.

Permanecieron sentados, en silencio. ¿Qué esperaban? En Mueller, un hombre, ningún hombre aguardaba más de un minuto para invitar a un extranjero -particularmente a uno desamparado-a ir a su casa en busca de cobijo, a menos que pensara que el hombre era un enemigo, en cuyo caso le clavaba una flecha en la primera oportunidad.

Pero esa gente... Aguardaba.

Diferentes pueblos, diferentes costumbres.

-¿Puedo quedarme con vosotros?-pregunté.

Asintieron. Pero no dijeron nada más.

Empecé a impacientarme.

-Entonces, ¿me llevaréis a vuestra casa?

Se miraron mutuamente. Se encogieron de hombros.

-¿Qué quieres decir?-preguntaron.

Maldije mentalmente. Un lenguaje común a todo lo ancho del planeta.

No comprendían una palabra tan sencilla como casa

-Casa -dije-. Hogar. Allá donde vivís

Miraron de nuevo a su alrededor, y el portavoz dijo:

-Estamos viviendo ahora. No es necesario que vayamos a ningún lugar para vivir.

-¿Dónde os protegéis del sol?

-Por la noche, el sol se marcha-dijo el hombre, incrédulo.

Aquello no conducía a ninguna parte. Pero me sentía gratamente sorprendido de ser capaz de mantener físicamente una conversación con ellos. Seguía vivo... Me sentía completo y fuerte y con ánimos renovados para hablar, era evidente.

-Deseo quedarme con vosotros. No puedo vivir aquí en el desierto, solo.

Algunos de ellos los que parecían mayores, pero ¿quién podía saberlo?-asintieron juiciosamente. Por supuesto, parecía que dijeran. Hay gente así.

-Soy extranjero en el desierto. No entiendo cómo infiernos puede alguien sobrevivir aquí, pero necesito ayuda. Quizá podáis llevarme hasta el borde del desierto. Hasta Sill, quizá. O hasta Wong.

Algunos se echaron a reír.

-Oh, no-dijo el portavoz-, preferimos no hacerlo. Pero puedes vivir con nosotros, y quedarte con nosotros, y aprender de nosotros, y ser uno de nosotros.

¿Y no acudir a las fronteras? Estupendo, por ahora. Estupendo, hasta que supiera cómo sobrevivir en aquel infierno donde ellos parecían sentirse tan cómodos. Y mientras tanto, me sentirían encantado de vivir con ellos y aprender de ellos... Puesto que la alternativa era morir.

-Sí-dije-, seré uno de vosotros.

-Bien -dijo el portavoz-. Te hemos examinado. Tienes buenos sesos.

Me sentí divertido y levemente ofendido. Era el producto de la más cuidada educación que la más civilizada de las Familias del oeste pudiera proporcionar, y aquellos salvajes habían examinado mi cerebro y dictaminado que era bueno.

-Gracias-murmuré-. ¿Y qué hay de la comida?

- Nuevamente se encogieron de hombros, desconcertados. Aquella estaba siendo una larga noche.

-Hoy estoy contigo-dijo el muchacho que me había encontrado-. Me han dicho que te proporcione todo lo que necesites .

-Desayuno-dije.

-¿Qué es eso?-preguntó.

-Comida. Estoy hambriento.

Sacudió la cabeza.

-No. No lo estás.

Estuve a punto de arrancarle la cabeza por su impertinencia cuando me di cuenta de que, pese a no haber comido nada desde hacía casi dos días, no me sentía en absoluto

hambriento. Así que me propuse no profundizar en la cuestión. El sol volvía a arder, aunque apenas había amanecido. Mi piel, que era muy blanca y se quemaba fácilmente al principio de cada verano, tenía ahora un tono tostado y capaz de recibir los rayos directos del sol. Y mi cuerpo volvía a ser el que correspondía que fuera.

Me puse en pie de un salto (¿había sentido alguna vez esa sensación de bienestar al levantarme?) y me dejé caer de la roca donde había dormido a la arena de abajo, gritando. Eché a correr en un amplio círculo, luego di una desgarbada voltereta en la arena, y me quedé tendido en ella de espaldas.

El muchacho se echó a reír.

-¡Tu nombre!-grité-. ¿Cuál es tu nombre?

-Helmut-respondió.

-¡Y el mío, Lanik!-dije.

El sonrió ampliamente, luego saltó también a la arena y corrió hacia mí. Se detuvo a poco menos de un metro de distancia, y yo adelanté una mano para agarrarlo. No estoy acostumbrado a que los hombres anticipen mis ataques, pero Helmut saltó en el aire la fracción precisa al centímetro como para hacerme fallar la presa. Luego cayó ligeramente sobre mí, golpeándome en la cadera con ambos pies antes de que yo pudiera reaccionar.

-Un chico rápido, ¿eh?-dije.

-Un chico anquilosado, ¿eh?-respondió.

Y salté contra él. Esta vez me dejó luchar, y forcejeamos durante unos quince minutos o así, con mi peso y fuerza impidiéndole inmovilizarme, con su rapidez manteniéndolo lejos de mis presas cuando conseguía hacer alguna finta que nadie antes había sido capaz de resistir.

-¿Dejamos la pelea?-preguntó.

-Me gustaría tenerte en mi ejército-dije.

-¿Qué es un ejército?

En mi mundo, hasta entonces al menos, aquello era como preguntar: "¿Qué es el sol?".

-¿Pero qué es eso?-pregunté-. No sabéis nada acerca de comida, de desayuno, de ejércitos...

-Nosotros no somos civilizados -dijo. Luego exhibió una rápida y amplia sonrisa y se alejó corriendo.

Yo había hecho lo mismo cuando niño, obligando a mis preceptores, adiestradores y maestros a perseguirme por donde yo quería. Ahora era yo el perseguidor, y eché a correr tras él trepando colinas de roca y deslizándome por las laderas de las dunas de arena. El sol ardía y estaba empapado de sudor cuando finalmente corrí contorneando una roca que él había pasado hacía apenas un momento, y él saltó sobre mis hombros desde arriba.

-¡Arre, caballo! ¡Arre!-gritó.

Lo agarré y me lo saqué de encima... Era más ligero de lo que indicaba su tamaño.

-Caballos-dije-. ¿Conoces los caballos?

Se encogió de hombros.

-Sé que la gente civilizada conduce caballos. ¿Qué es un caballo?

-¿Qué es una roca?-respondí, exasperado.

-Vida-respondió .

-¿Qué clase de respuesta es esa? ¡La roca es algo muerto inanimado!

Su rostro se ensombreció.

-Me dijeron que eras un niño, y que por eso yo, que elegí ser un niño, debía enseñarte. Pero eres demasiado estúpido como para ser un niño.

No estoy acostumbrado a que me llamen estúpido. Pero en los últimos meses había tenido muchas razones para darme cuenta de que no podía esperar ser tratado siempre como el mejor soldado de Mueller, y me guardé la lengua. Además, el había dicho *elegí*.

-Enséñame, entonces-dije.

-Empecemos con la roca-dijo de inmediato, como si solamente pudiera enseñarme cuando yo se lo pidiera. Pasó delicadamente su dedo por la superficie de la roca-. La roca vive -dijo.

-Ajá-respondí.

-Nosotros permanecemos sobre su piel-continuó-. Debajo de nosotros bulle con sangre caliente, como un hombre. Aquí, en su piel, es seca. Como un hombre. Pero es bondadosa, y hará bien al hombre, si el hombre simplemente le habla.

De nuevo la religión. Excepto que-y aquello me machacaba constantemente, pese a mis intentos por alejarlo de mi mente- ellos me habían curado.

-¿Cómo ehm, le habláis a la roca?-pregunté .

-La mantenemos en nuestra mente. Y si ella sabe que no somos asesinos de rocas, nos ayudará.

-Muéstramelo-dije.

-¿...que te muestre qué?

-Cómo hablas con la roca.

Sacudió la cabeza.

-No puedo mostrártelo, Lanik. Debes hacerlo tú mismo.

Me imaginé a mí mismo en una animada conversación con un guijarro, y rápidamente enviado a una casa de orates. La realidad era aún demasiado incierta como para sostenerme, y me pregunté si no sería yo quien estaba oyendo mal, en vez de ser él quien estaba hablando sin sentido.

-No sé cómo.

-Ya lo sé-dijo, asintiendo animosamente.

-¿Qué ocurre cuando tú le hablas a la roca?-pregunté.

-Ella escucha. Ella responde.

-¿Qué es lo que dice?

-No puede ser dicho a través de la boca.

Aquello no me conducía a ninguna parte. Era como un juego. Nada se podía hacer por mí a menos que yo lo pidiera, e incluso entonces, si no lo pedía de la manera correcta, no lo obtenía. Como la comida... Solo inmediatamente después de haber pensado en ella me di cuenta de que ya no estaba hambriento

-Escucha, Helmut. ¿Qué tipo de cosas hace la roca?

Sonrió.

-¿Qué puede necesitar un hombre de una roca?

-Un camino para subir a un risco alto-dije, tomando lo primero que me vino a la mente. La escarpada pared de roca que había frente a nosotros era formidable... Antes ya me había preguntado cómo había conseguido Helmut escalarla.

Se puso a mirar la roca intensamente, como había estado mirando a la arena cuando me había encontrado con él la primera vez. Mientras lo observaba, oí un débil ruido, como un susurro. Miré a mi alrededor; la arena estaba brotando de un pequeño hueco en la pared rocosa, en un lugar donde no había habido antes ningún hueco.

El flujo de arena paró. Avancé y acabé de quitar la arena del hueco, puse los pies en él y me icé. Extendi la mano hacia arriba, pero no pude encontrar ningún asidero sobre mí.

-No te muevas-dijo el muchacho, y de pronto la arena empezó a caer por entre mis dedos, y se formó un hueco. Era como si un centenar de pequeñas arañas hubieran brotado repentinamente de la roca, y retiré mi mano y sacudí la arena de ella. Helmut chasqueó la lengua.

-No. Debes trepar. No rechaces el regalo.

Lo decía seriamente. Así que trepé, mientras nuevas agarraderas y huecos para los pies iban apareciendo ahí donde los necesitaba, hasta llegar arriba.

Me senté, sin aliento, no por la subida sino porque aquello me parecía pura magia. Helmut estaba de pie abajo, mirándome. Yo no estaba preparado para volver a bajar. Mis manos temblaban.

-¡Sube!-grité .

El no utilizó mis huecos. En vez de eso se dirigió hacia la cara donde el risco era liso y sin accidentes, y trepó rápidamente. Sus pies apenas tocaban la roca, apenas sí sus rodillas y manos. Me incliné sobre el borde para observarlo, y sentí un terrible vértigo, como si la gravedad se hubiera trastocado y él se hallara al nivel del suelo mientras yo trepaba increíblemente a un risco.

-¿Qué es este lugar?-pregunté, apenas susurrando, cuando el llegó a la cima y se sentó a mi lado-. ¿Qué clase de gente sois vosotros?

-Somos salvajes-dijo-, y esto es el desierto.

-¡No!-grité-. ¡Nada de evasivas! ¡Sabes lo que te estoy preguntando! ¡Hacéis cosas que los seres humanos no pueden hacer!

-Nosotros no matamos-dijo.

-Eso no explica nada.

-Nosotros no matamos animales -dijo-. No matamos plantas. No matamos rocas. No matamos agua. Dejamos vivir a todo lo que vive, y ellos también nos dejan vivos a nosotros. Somos salvajes.

-¿Cómo podrías matar a una roca?

-Cortándola -dijo; pareció estremecerse.

-La roca es más bien firme -respondí, sintiéndome de nuevo superior-. No siente dolor, tengo entendido.

-La roca está viva-dijo-, desde la piel a su profundo corazón. Aquí en la superficie nos sostiene a nosotros. Algo de su piel cambia y se pela como la nuestra, en arena y guijarros y piedras. Pero sigue formando parte de ella. Cuando los hombres cortan la roca, sin embargo, las cosas ya no ocurren como deberían; los hombres toman la roca y hacen falsas montañas con ella, y esa roca muere. Ya no forma parte del resto. Queda perdida hasta que, a lo largo de los siglos, puede desmenuzarla de nuevo y convertirla en arena. Ella podría mataros a todos, simplemente estornudando -dijo Helmut, irritado-, pero no lo hace. Porque respeta incluso a la vida maligna. Incluso a la vida civilizada.

Helmut no sonaba como un niño.

-Pero puede matar -dijo Helmut-, si la necesidad es grande y el momento correcto. Cuando los hombres civilizados de Sill decidieron apoderarse de este desierto vinieron con ejércitos para matarnos. Había muchas mujeres viviendo aquí, las pacíficas durmientes, y los hombres de Sill las mataron. Así que reunimos un consejo, Lanik, y le hablamos a la roca, y ella estuvo de acuerdo con nosotros de que era el momento de la justicia.

Hizo una pausa.

-¿Y?-urgí .

-Y entonces se los tragó.

Imaginé a los jinetes de Sill por el desierto, descubriendo repentinamente que los granos de arena se agitaban y hundían debajo de ellos, sus caballos pateando en el intento de hacer un imposible pie. Y la arena cerrándose sobre sus cabezas mientras ellos gritaban y se ahogaban en la arena y tragaban arena y eran tragados por la arena hasta que sus huesos quedaban mondos.

-Sill no ha vuelto a enviar jamás un ejército al desierto -dijo Helmut-. Fue entonces cuando supimos que éramos salvajes. Los hombres civilizados no valoran a las rocas por encima de los hombres. Pero los salvajes no matan a las mujeres dormidas, ¿verdad?

-¿Es cierto todo esto?-pregunté.

-¿Has trepado a este risco?

Me tendí de espaldas y miré el cielo azul, por donde no pasaba ninguna nube.

-¿Pero cómo? ¿Cómo supisteis vosotros la manera de comunicaros con la roca...?-no pude terminar; sonaba estúpido.

-Estás avergonzado-dijo.

-Malditamente cierto -respondí.

-Eres un niño. Pero es muy fácil hablarle a una roca. Es tan sencillo... La roca es grande. Tan grande que puedes captarla fácilmente. Nuestros niños eran los primeros en aprenderlo.

-¿...eran?

-Cuando teníamos niños. Ahora que nadie muere, ¿para qué aumentar nuestro número? No lo necesitamos. Y algunos de nosotros han elegido ser niños para siempre, de modo que los más viejos puedan divertirse con ellos, y también porque nos gusta más jugar que hundimos en profundos pensamientos.

Si alguien me hubiera dicho algo así mientras yo estaba a buen recaudo en el castillo de Mueller, me habría echado a reír. Me habría burlado de eso. Habría empleado al hombre que me lo hubiera dicho como payaso. Pero había trepado el risco. Había bebido agua. Mi cuerpo estaba curado.

-Enséñame, Helmut-dije-. Deseo hablarle a la roca.

-El carbono es sutil-dijo-. Se fija a todo y construye extrañas cadenas. Es más blando que la roca, pero puede generar pequeñas vidas donde la roca solo puede vivir como bola que gira en tomo a un sol. Es difícil hablarle al carbono. Se necesitan muchas voces para ser oído por una piedra tan sutil.

-Pero tú me hablaste a mí...

-Hallamos el lugar donde residía la equivocación. Era en nuestras cadenas más largas, y les enseñamos a disponerse de forma distinta, de tal modo que curen solo lo que resulte dañado o se haya perdido, y no lo que aún está completo. Al principio pensamos que tú eras como nosotros, porque tus cadenas eran diferentes. Nosotros. Nosotros no tenemos esta capacidad de curar en nuestros cuerpos; debemos curar cada rasguño, uno a uno. Nos gustó lo que vosotros conseguisteis, así que efectuamos un intercambio; ahora todos nosotros podemos curarnos como tú.

Aquello era demasiado para el secreto de Mueller, pensé.

-¿Por qué no lo hicisteis antes?

-No tocamos mucho las cadenas de carbono. Son sutiles. Pueden causar problemas. Solo hacemos unos pocos cambios. Pero para pagarte por el cambio curador que nos proporcionaste, te proporcionamos el cambio de vida.

Ya estaba casi oscuro, y seguíamos perchados en el pilar de roca, con la escarpadura como única salida a la arena de abajo.

-¿Qué es el cambio de vida?-pregunté.

-Los hombres civilizados matan porque tienen que vivir. Para obtener energía, deben comer plantas o matar animales. Con el matar convertido en algo tan común, no tienen en absoluto ningún respeto por la vida.

-¿Y qué es lo que vosotros hacéis?

-Nosotros somos salvajes. Tomamos nuestra energía de la misma fuente que las plantas-y señaló hacia donde el sol brillaba aún tras las montañas del oeste.

-Del sol...

-Por eso no sientes hambre-dijo él.

Siguió hablando en la oscuridad, y supe lo que Schwartz había conseguido: un geólogo, en un paraíso para geólogos, y sus hijos tras él, con un profundo respeto hacia la roca, y un conocimiento y una comprensión cada vez más profunda de ella, despertaron aquella parte de sus mentes que podía aprehender las estructuras y cambiarlas en toda materia... El lenguaje era místico, pero no un misterio. Comprendían incluso el ADN de una forma en que los expertos de Mueller aún estaban lejos. Y sin embargo el precio de su conocimiento era el salvajismo. No podían utilizar instrumentos

ni construir casas, ni escribir un lenguaje. Si todos ellos murieran y los arqueólogos llegaran a aquel desierto, no hallarían más que cadáveres, y se maravillarían de que unos animales con forma humana hubieran podido hallarse tan desprovistos de inteligencia.

-¿Cómo puedo aprender a hablarle a una roca?-pregunté.

La voz de Helmut llegó desde la oscuridad.

-Debes saltar de este risco a la oscuridad.

Hablaba en serio. Pero aquello era imposible.

-Me mataré.

-Ha ocurrido algunas veces -dijo Helmut. ¿Se estaba burlando? No alcanzaba a ver su rostro-. Pero debes hacerlo pronto. Disidencia está ya por elevarse, dentro de unos minutos.

-¿En qué matarme a mi mismo me ayudará a hablar con la roca?-intenté hacer un chiste de la cuestión; Helmut estaba demasiado serio.

-Tú has matado, Lanik -dijo-. Debes someterte a juicio para saber si eres considerado inocente de toda malicia. Si la arena te recibe suavemente, la roca se te dará a conocer.

-Pero...

No pude decir que tenía miedo porque no estaba seguro, incluso entonces, de si creía completamente en todo aquello; porque no estaba seguro de ser inocente de toda malicia. Había gozado con la idea de la guerra, y aunque nunca había matado a un hombre en la batalla, había aprobado las estrategias de mi padre y suspirado por llegar a ser su sucesor y superar sus logros. ¿Estaba aún todo aquello en mi corazón? Y aunque había intentado no matar, dos hombres muertos en un camino en Allison y el cuerpo de un soldado entre los árboles de Nkumai y el cadáver de mi asesino frustrado en un barco de Singer y el cuerpo de mi propio desventurado doble testifican que yo era capaz de asesinar, o al menos de matar. ¿Cuáles eran mis instintos?

Helmut completó su instancia:

-Debo indicarte que no hay otra forma de bajar de esta torre de roca.

-¿Y los asideros?

-No te sostendrán. Han desaparecido. Debes saltar, o quedarte aquí para siempre. Y si esperas y no saltas a la oscuridad antes de que Disidencia aparezca, tu salto se traducirá inevitablemente en tu muerte.

-No me dejas muchas alternativas, ¿cierto, muchacho? -me sentía irritado... Había sido atrapado.

-Soy un muchacho en espíritu, Lanik. Pero era ya viejo cuando el padre de tu abuelo aprendió a no orinar en el agua potable de la familia. Y te diré que creo que, si saltas, la arena te recibirá. Pero tienes que confiar en ti mismo, tanto como para saltar. Si sabes que eres un asesino, entonces será mejor que te quedes aquí. No te morirás de hambre.

Me puse en pie. Sabía que el borde de la torre estaba a unos pocos metros en cualquier dirección. Pero no conseguí dar un paso.

-Lanik-susurró Helmut, y su voz era de nuevo joven e inocente-. Lanik, creo que la arena te recibirá-y una fría y amistosa mano me sujetó por la cara interna de mi muslo mientras me ponía frente al borde, temblando por lo que debía hacer-. Deseo que la arena te reciba.

-Yo también-dije.

-Entonces salta mientras aún está oscuro.

Y retiró su mano, y yo caminé envaradamente hacia el borde, y repentinamente uno de mis pies estuvo en el aire, y yo ya no estaba en Schwartz, estaba en Nkumai y había dado un paso en falso en la oscuridad y ahora estaba cayendo, interminablemente, entre los silenciosos árboles y todo lo demás era un sueño, todos aquellos meses habían sido un sueño y había caído en Nkumai e iba a la muerte y me negué a gritar pero dejé que el viento me embistiera y me hiciera girar en el aire mientras el estómago se me subía a la garganta y la vejiga se me relajaba y la muerte era un millar de cuchillos debajo de mí, en el suelo, que me triturarían y despedazarían cuando los tocara. Y entonces aterricé en el suave abrazo de la arena, que mansamente se abrió y se apartó y giró a mi alrededor, chapoteó cálidamente a mi alrededor, y se cerró sobre mi cabeza. Y allí, en el abrazo de la arena, sentí el palpitante corazón de la tierra, sentí el ritmo de las corrientes de roca hirviendo debajo, y oí en el más oculto rincón de mis oídos una extraña canción de eones de inquietante tormento, intentando descubrir una forma cómoda de asentarme ahí abajo y dormir, mientras los continentes danzaban arriba y abajo en mi piel y los océanos se congelaban y caían. Y mientras oía la canción de la danza principal, podía oír también las pequeñas melodías de la arena removida y las piedras cayendo y el suelo horadado. Oí la agonía de la roca siendo cortada y despedazada en miles de lugares en la superficie de mi piel, y lloré por los miles de muertes de la piedra y el suelo y las plantas que se aferraban tenuemente a la vida entre la piedra y el suelo.

Los ejércitos retumbaban en mi piel. La muerte en cada corazón, con los árboles muertos tallados para construir instrumentos con los cuales causar más muertes. Solo las voces de los hombres eran más fuertes que las voces de los árboles, y mientras que el trigo suspiraba al morir, el grito de la muerte de la mente de un hombre es el grito más fuerte que la tierra pueda- oír. Sentí que la sangre me empapaba la piel, y dejé de llorar; deseé morir, verme libre de aquel grito incesante.

Grité.

Y la arena se filtró en mis oídos y se deslizó entre mis piernas, y mientras se apretaba contra mi rostro me separé de mi propio yo cuyos oídos habían oído por mí, y le pedí (sin palabras, puesto que no hay boca que pueda articular ese lenguaje) a la arena que me subiera a la superficie.

Emergí en medio de la cálida arena que se abría sobre mí. Extendí los brazos y las piernas sobre la superficie de la arena que me sostuvo. Había caído, al parecer, desde el pináculo de roca hasta el corazón de la tierra, y ahora costeaba su superficie, flotaba en las inmóviles olas de arena.

Sonreí, y Helmut se inclinó sobre mí, también sonriendo.

-¿Ha cantado para ti?

Asentí.

-Y te ha considerado limpio...

-O me ha limpiado-dije, y me estremecí al recordar los gritos de los agonizantes. Miré hacia la torre de roca de donde había caído. No tenía más de dos metros de altura.

Abrí bien los ojos, y Helmut se echó a reír.

-La hemos elevado-dijo-. Y si no hubieras saltado, la habríamos partido y habríamos dejado que cayeras.

-Una gente divertida-dije, pero me sentía demasiado saturado como para amargarme, y no me sorprendí cuando Helmut se arrodilló y tocó mi pecho y luego me abrazó. Lloró sobre mi piel, y el llanto formó gotas que se evaporaron rápidamente.

-Te quiero-susurró-, y estoy contento de que hayas sido recibido.

-Yo también-dije, y nos dormimos, con su fría piel apretada contra la mía como la arena la había apretado, sin excitación ni satisfacción sino como expresión de algo; y mientras dormíamos soñamos juntos, y aprendí la auténtica voz de Helmut, y lo amé.

Habría podido quedarme en Schwartz para siempre. Lo deseaba. Ellos deseaban que lo hiciera. Aprendí rápidamente, y aunque habían reparado los signos más obvios de mi regeneración radical, mi cuerpo seguía determinado a ser algo fuera de lo común. Hay una parte del cerebro que contiene las funciones que permiten a los Schwartz hablarle a la piedra; mientras aprendía a utilizarla, mi cuerpo la desarrolló, la dejó crecer. Mi cráneo se hinchó un poco hacia arriba y por detrás de las orejas para hacer sitio, y el portavoz me dijo finalmente:

-Ahora está más allá de nosotros.

Me sentí sorprendido

-Vosotros hacéis cosas que yo no puedo ni soñar en hacer.

-Juntos-dijo-. Aislados no somos tan fuertes como tú.

-Entonces, haceros vosotros mismos como soy yo.

-Hay secretos que las cadenas de carbono pueden mantener ocultos incluso para nosotros.

De modo que así estaban las cosas... Pero no se me ocurrió pensar, a lo largo de varias semanas, que aquello me daba una ventaja que podía permitirme ser libre. Por la simple razón de que no deseaba ser libre.

Pero cuando le hablé a la roca, aprendí muchas cosas que me devolvieron a mi mismo. Las guerras proseguían, y al mismo tiempo que aprendía a soportar la agonía de muchas muertes, aprendí también a estudiar las guerras y ver dónde se estaban librando las batallas. Cuando le hablé a la roca, la piel de la tierra se convirtió en mi piel, y aprendí a sentir de dónde procedían los gritos. Y las batallas se producían al principio en la llanura entre Allison y las fuentes del río Rebelde, llamadas Río de Janeiro. Luego las batallas se trasladaron al país montañoso de Robles, y hacia el noroeste, en dirección a la confluencia del Myron y el Rebelde, donde el río Rebelde deja de ser llamado Swoop y empieza a ser llamado Mueller. Y luego la guerra estuvo en Wizer, un territorio que mi padre había conquistado, y aquello significaba que los nkumaios lo habían barrido todo y se hallaban a las puertas de Mueller.

Ya no importaba que ahora supiera el secreto del hierro de Nkumai. No importaba que mi padre me hubiera enviado lejos y mi hermano Dinte deseara matarme. Ya no era un regenerativo radical, y era dos veces más soldado que mi padre y mucho mejor general que Dinte. Me necesitaban, si mi Familia debía resistir.

En el primer momento la idea de ir a la guerra me resultó repugnante, pero la necesidad que tenía mi Familia de mí me desgarraba, y empecé a preguntarle a la roca. Le pregunté si una vida podía ser más importante que otra, y la roca dijo no. Le pregunté si era

correcto dar fin a una vida si, haciéndolo, muchas otras podían ser salvadas. La roca dijo sí. Y pregunté si lealtad significaba algo para las fuerzas del universo, y la roca lloró.

¿Lealtad? ¿Qué otra cosa sino lealtad hacía que la roca respondiera a la llamada de los Schwartz? La tierra comprendía la verdad, y pregunté si obraría bien al regresar y ponerme a la cabeza de mi Familia. Y la roca dijo sí.

Aquella conversación no fue producto de una noche de sueño bajo la arena, sin embargo. Tomó varias noches y varios sueños, y pasaron los meses antes de que yo supiera que podía, que debía volver a casa.

-No puedes volver a casa-dijo el portavoz.

-La roca me ha hablado y me ha dicho que debo ir.

-La roca te ha dicho que era bueno para ti. Bueno para tu familia. Pero no bueno para nosotros.

-Bueno para la tierra.

-La sangre empapa la tierra del mismo modo, sea quien fuese el que maneje los utensilios civilizados-dijo el portavoz-. Si puedes ir, estará bien. Pero yo no puedo dejarte ir, nosotros no podemos dejarte ir. Has tomado todo lo que podemos enseñar y ahora puedes utilizarlo para destruir y matar en nombre de la lealtad.

-Juro que jamás utilizaré lo que me habéis enseñado para matar.

-Si matas, usarás lo que te enseñamos.

-Nunca.

-Porque cada hombre que muera a tus manos gritará en tu alma para siempre, Lanik.

Aquello fue algo que me hizo pensar.

Pero cuando la batalla se trasladó a las tierras bajas de Cramer, a menos de trescientos kilómetros de Mueller-sobre Río, la capital, no pude esperar más tiempo. Helmut y yo estábamos jugando en las cimas de una cadena de montañas parecidas a un cuchillo, haciendo acrobacias a mil metros sobre la arena, cuando aparté la roca de debajo de él y cayó.

La roca lo recogió en una comisa a cien metros por debajo de mi y muy arriba sobre el nivel del desierto.

-¡Bastardo!-me gritó.

-¡Tenía que hacerlo!-le respondí-. ¡Si avisas al consejo, ellos pueden detenerme!

-¡Dijiste que me querías!

Era cierto. Lo es aún. Pero no dije nada. El intentó trepar por la roca. Pero prohibí a la roca darle apoyo, y yo era más fuerte. Intento hacer asideros en la roca. Pero yo era más fuerte. Intentó arrojarse de la comisa a la arena de abajo, pero la roca no le permitió saltar porque yo le había dicho que así lo hiciera. Yo era más fuerte.

La cadena montañosa apuntaba al noroeste, y yo puse rumbo al noroeste. Cuando terminó, descendí hasta la arena, y corrí todo el día y toda la noche, prohibiéndole a mi cuerpo dormir. Yo iba más rápido de los que pudiera ir cualquier Schwartz, puesto que ninguno de ellos era más rápido que yo, ningún perseguidor podía alcanzarme.

Me tomo ocho días (y dormí mientras corría, pues aunque mi cuerpo no necesitaba el descanso, mi mente sí), y alcancé un lugar donde las nubes se amontonaban en el cielo y donde ocasionales matojos de hierba brotaban de las hendiduras en la roca, y estaba fuera de Schwartz. Habría tenido que sentirme aliviado, y estaba contento de ver algo verde en lugar de los interminables amarillos y grises y sienas del desierto, pero lamenté irme de allí, tanto que me detuve y me di la vuelta y casi estuve a punto de regresar.

Recordé el rostro de mi padre. Lo recordé cuando dijo: "Lanik, le pediría a Dios que haya algo que yo pudiese hacer". Oí su voz implorar: "El cuerpo está arruinado. ¿Podrá la mente seguir sirviéndome? ¿Podrá el hombre seguir amando a su padre?"

Sí, maldito bastardo hambriento de tierras, pensé. Debes enfrentarte a algo que no puedes vencer. Iré. Estoy yendo.

Y de nuevo me di la vuelta en dirección al norte, hacia las tierras altas de Sill.

El país había sido devastado por la guerra.

Los campos incendiados se veían acentuados por los esqueletos de las casas y montones de cenizas que habían sido antes humildes chozas. Anduve a través de kilómetros de ruinas, en lo que nunca había sido más que una tierra agrícola marginal, allí, tan cerca del desierto. ¿Para qué podía servir aquella destrucción? No había grandes objetivos militares por las cercanías. Todo lo que podía lograr aquello era que la gente se muriese de hambre.

Pero yo conocía al pueblo de Nkumai (tanto como podía conocerlo alguien a través de su interminable entretejido de mentiras), y una destrucción tal no estaba en su naturaleza, la naturaleza de una gente que se detenía al borde de sus casas en los árboles y le cantaba a la mañana. Aun su interminable y compleja burocracia y la hipócrita negativa de que compraban Y vendían en busca de un beneficio... Eran más bien síntomas de buenas intenciones que de una corrupción profundamente enraizada. E incluso la codicia habría mantenido aquellos campos intactos. Tan solo el odio ciego y vicioso podía hacer que alguien deseara destruir a la gente de un país en vez de conquistarla. ¿Y quién podía odiar a la simple gente de Sill? Mi padre los había dejado de lado, aunque había conquistado a sus dos vecinos más próximos, debido a que, pese a toda su estrepitosa vida ciudadana y su jactanciosa política exterior, eran inofensivos

Cuanto más avanzaba, más colérico me sentía.

Finalmente alcancé una región regada por ríos y regadíos; allí había gente trabajando en reconstruir los canales. También se edificaban nuevas casas, albergues provisionales para protegerse de la lluvia. Había perdido la orientación de las estaciones, pero... Las lluvias debían de estar próximas.

De pronto reparé en que iba desnudo, y que la desnudez estaba mal considerada en aquella parte del mundo. La idea de vestirme me pareció extraña... Había ido sin ropas durante un año, como mínimo, desde que cayera en la red para pájaros en Nkumai. ¿Pero

dónde puede conseguir ropas un hombre que no posee ni amigos ni dinero, y que ve que la gente se lo queda mirando y lo evita cuando se da cuenta de que se dirige hacia ella?

El problema fue resuelto por mí Me dormí, esta vez tanto en cuerpo como en mente, sobre la hierba que crecía a la orilla del río Wong, y cuando me desperté había tres mujeres mirándome. Me moví lentamente, a fin de no alarmarlas.

-Saludos-dije, y ellas inclinaron la cabeza. Demasiado como conversación, pensé-. No quiero haceros daño...

Inclinaron de nuevo la cabeza.

-Lo sabemos.

Supuse que en mi desvestida condición no era un secreto que no me hallaba en las mejores condiciones para intentar violar a nadie. No se me ocurría qué decir a continuación, excepto el obvio:

-Necesito ropas.

Se miraron mutuamente, asombradas.

-No tengo dinero-agregué-, pero puedo prometeros que os pagaré dentro de un mes.

-Entonces no eres el Hombre Desnudo-murmuró una.

-¿Solo hay uno?-pregunté.

-Anda cruzando los campos procedente del desierto. Algunos dicen que se vengará de nuestros enemigos.

Así que había sido observado, y la noticia se había extendido. No era en absoluto extraño que aquella gente se aferrara a lo misterioso y buscara en ello una solución a sus problemas.

-Lo soy-dije-. Vengo de Schwartz. Voy tras del ejército que ha hecho todo esto.

-¿Los matarás?-susurró la más joven, que estaba a punto de dar a luz.

-Les impediré que sigan matando-prometí, pensando en si realmente podría-. Pero mientras tanto, necesito ropas. Es tiempo de que me vista.

Asintieron y se fueron. No se apresuraron, pero pronto estuvieron fuera de mi vista. Me metí en el agua para esperarlas, y me divertí yaciendo en el fondo del río, observando los peces. Todo había sido arrasado por encima de la superficie del agua, pero en la lenta corriente del río Wong los peces no se daban cuenta de nada.

Me di cuenta de que llevaba mucho tiempo debajo del agua, emergí, y empecé a respirar de nuevo. Apenas había sacado la cabeza al aire cuando una mujer cerca de allí empezó a gritar, y sus gritos atrajeron a otros a la carrera. De nuevo me di cuenta de que había caído en la trampa de pensar y actuar como un Schwartz. Debía dejar de hacer cosas que la demás gente no pudiera realizar.

-Estaba ahí debajo durante todo ese tiempo -decía la mujer a la gente que se había reunido a su alrededor, y me miraba a cada momento mientras yo permanecía en el agua-. Yo llevo aquí una hora, toda una hora, y...

-Tonterías -dije-. No puedo haber estado ahí más de quince minutos.

Me miraron con respeto y admiración (y también con cierto temor), y la mujer encinta me tendió un puñado de ropas. Salí del agua y se quedaron mirándome como si esperaran algo insólito. Casi me eché a reír al recordar la forma en que los marineros del barco de Singer habían reaccionado ante mi aspecto antes dé que los Schwartz me curasen. Si me vieran ahora, en plena posesión del tipo de poder que los marineros tan solo habían imaginado que poseía antes... Y la forma en que aquella gente me miraba me recordó mi propio pudor acerca de la desnudez cuando era joven y me hallaba en Mueller.

Me vestí rápidamente, sin esperar a que mi piel y mi pelo se secaran.

-Gracias-dije cuando estuve vestido.

-Nos sentimos honrados-dijo un hombre que parecía ser una autoridad..., un hombre viejo. Y me di cuenta de que no había hombres en edad de portar armas.

-¿Todos vuestros hijos están en la guerra?

-Ya no hay guerra-dijo el hombre.

La mujer encinta asintió gravemente.

-Para Sill, ya no hay guerra.

-Ahora somos de Nkumai-dijo el hombre.

Los miré, y todos asintieron con la cabeza.

-De modo que así están las cosas, ¿eh? Entonces, ¿qué enemigo es el que deseáis que mate?

Permanecieron en silencio. Hasta que una mujer vieja gritó amargamente, con lágrimas en los ojos:

-¡A los de Nkumai! ¡Mata a los de Nkumai! ¡En nombre de Dios, si realmente posees algún poder...!

Y los demás apoyaron el grito:

-¡Mata a los de Nkumai! ¡Por nuestros hijos, por nuestros hogares, por nuestras tierras, mata a los diablos negros...!

Pude oír la canción de odio y muerte en sus corazones, y asentí suavemente y eché a andar.

-¿Cuál es tu nombre?-preguntó la mujer encinta a mis espaldas.

Me volví y le dije en voz alta:

-Lanik Mueller.

Los gritos y llantos se detuvieron. Parecieron aterrorizados. Silenciosamente, se alejaron de mí y regresaron a sus hogares. Excepto la mujer vieja, que escupió.

Ya solo, me pregunté qué podía haber en mi nombre que despertara una reacción de miedo tal que les hiciera marcharse. Había permanecido fuera de circulación durante un año, el transcurso de toda la guerra. De todos modos, aquel no era el momento de ponderar la cuestión. Eché a andar nuevamente hacia el norte, desviándome ligeramente al oeste, el camino de Mueller-sobre-el-Río .

Había zonas que los nkumaios habían respetado, lugares donde el verde era intenso y las cosechas serían ricas. Pero no vi a nadie al proseguir mi camino. ¿Se había esparcido la noticia ante mí? (¿Y cómo las historias del Hombre Desnudo se me habían adelantado, si yo viajaba durante todo el día y la mayor parte de la noche? Las historias acerca del Rumor como un pájaro malvado que vuela más rápido que el sonido debían de ser ciertas). Fuera lo que fuese lo que temían y odiaban de Lanik Mueller, los mantenía lejos de mi vista. Era bueno que el hambre no me royera (aunque cuando pasaba por los campos de trigo y los huertos, mi boca recordaba los viejos sabores y deseaba algo que comer, aunque no necesitara); nadie me ofrecía un bocado.

El río Sill estaba dos días tras de mí cuando vi a otra persona. O personas. Sentí el ruido de los cascos antes de verlos. Venían del norte. De Mueller. Y cuando estuvieron a la vista, reconocí el estandarte del Ejército del Este. El comandante debería ser Mancik, mi padrino. Pero Mancik no estaba con ellos, aunque sí estaba allí su estandarte; supe entonces que había muerto. Si hubiera tenido un cuchillo, le habría ofrecido mi aflicción, pero no tenía ningún arma, y tras unos instantes, otras cosas ocuparon mi mente.

No conocía al comandante, como tampoco conocía a los soldados que saltaron de sus caballos y me ataron. Lo permití en parte porque estaba confundido y en parte porque me superaban en número. Hay un límite al número de partes corporales que incluso un regenerativo radical reformado puede renovar. Y parecían deseosos de hacerme pedazos.

-Tengo órdenes de conducirte vivo a la capital-dijo el comandante.

-Entonces no voy a impedírtelo-respondí-. Es allá hacia donde me dirijo.

Pareció que eso los enfureció. Dos soldados me golpearon a la vez, y durante un instante quedé aturdido.

-Soy Lanik Mueller-dije, escupiendo mis palabras-, ¡y no estoy dispuesto a ser tratado así!

El comandante me miró fríamente.

-Tras la forma en que has tratado a este país, cualquier forma en que te tratemos será demasiado buena para lo que te mereces-y por un momento miró tristemente a los devastados campos de su alrededor.

-Yo no he hecho esto-dije, perplejo de que él pudiera creer que yo fuera el responsable.

-De todos los traidores que han vivido nunca, Lanik Mueller, debe haber un lugar especial en el infierno reservado para ti.

-He estado en el infierno-dije-. Era un lugar mucho más agradable que éste.

Y entonces dejaron de conversar conmigo, me colocaron sobre una silla, ataron mis piernas a los estribos, y me dejaron que mantuviera el equilibrio como mejor pudiera con los brazos atados sobre un caballo al galope. Condujeron locamente a través de los campos, como si esperaran (y estoy seguro de que lo hacían) que mi caballo me tirara, me pateara, me aplastara sobre las cenizas que antes habían sido cultivos.

Duras botas de cuero resonaron en las paredes de piedra del palacio de mi padre, y fui arrastrado brutalmente y arrojado al suelo. Había -visto aquella escena antes, pero desde otro punto de vista, cuando los hombres acusados de traición eran preparados para el juicio. Sabía que el juicio era una mera formalidad. La acusación era tan seria que nunca era formulada a menos que la culpabilidad estuviera bien demostrada.

Pero mis pensamientos seguían su propio camino. Mientras me arrastraban por los corredores y me conducían a la pequeña celda donde estaba reunido el tribunal, no había dejado de mirar la piedra muerta de las paredes. Y pude darme cuenta de cuánta muerte había costado aquel lugar a la tierra. Si le decía a cualquiera cuánto, me tomarían por loco. ¿Piedra viviente? Pero hablé mentalmente y canté la canción de la roca, y sentí las resonancias. Muy lejos debajo del castillo, las piedras escuchaban. Las piedras vivientes oirían, sabrían, si mi sangre era derramada.

El castigo por traición es el descuartizamiento del culpable, vivo. Si se trata de una mujer, antes es decapitada. Es espantoso, pero siempre había pensado en ello como una excelente forma de persuasión.

Me levanté del suelo y me puse en pie.

-¡De rodillas! -gritó Harkint, el capitán de la Guardia (acostumbrábamos a hacer carreras con los caballos por las calles de la ciudad). Me volví hacia él y dije fríamente, porque los juicios, como la mayor parte de la vida real, son teatrales, y no podía hacer otra cosa que no fuera representar mi papel:

-Soy de la realeza, Harkint, y permanezco de pie ante el trono.

Aquello lo apaciguó, y entonces el tribunal inició el imperturbable rito de odio y miedo. ¿Qué había hecho yo..., o qué pensaban ellos que había hecho?

Mi padre parecía muy viejo. Por él era que había regresado. Parecía cansado y con el corazón enfermo, y dijo:

-Lanik Mueller, hay poco que discutir en un juicio. Tú sabes y nosotros sabemos por qué estás aquí. Eres culpable, así que terminemos de una vez con este despreciable asunto.

No me gustaba en absoluto morir sin saber por qué (y cada retraso era una promesa de vida), así que dije:

-Es mi derecho escuchar los cargos que hay contra mí.

-Si los relacionamos todos -dijo mi padre-, no podría contener a la gente que hay aquí para que no te matara.

-Intenta un breve resumen, entonces.

-Breve-dijo mi padre, y el viejo Swee leyó con una voz resonante:

-Los crímenes de Lanik Mueller: conducir los ejércitos de Nkumai a la batalla contra los ejércitos de Mueller. Destruir los campos y casas de los ciudadanos de Mueller y Familias dependientes. Traicionar el secreto de la regeneración de tal modo que nuestros enemigos despedazaran esta vez los cuerpos de nuestros soldados en el campo de batalla, para que murieran. Complotar para anular la sucesión y apartar al heredero legítimo del trono-Swee parecía amargado, y el tribunal reunido murmuraba ultrajado a medida que cada cargo era leído.

-No he hecho nada de eso-dije, mirando a mi padre directamente a los ojos.

-Has sido visto por un millar de testigos -dijo mi padre.

Un soldado avanzó un colérico paso.

-¡Yo mismo te vi, cuando me cortaste ambos brazos y me hiciste venir hasta aquí para decirle al Mueller que planeabas beber su sangre!

¿...que yo hice qué?

-Otros que te conocen te vieron conduciendo los ejércitos de Nkumai.

-Ya hemos oído suficiente. Eres culpable, y te sentencio a...

-¡No!-grité-. ¡Tengo derecho a hablar!

-¡Un traidor no tiene derechos! -gritó un soldado.

-¡Soy inocente!

-¡Si tú eres inocente-gritó mi padre-, todas las putas de Mueller son vírgenes!

-¡Tengo derecho a ser oído, y voy a hablar!

Entonces callaron, y yo intente expresar mis ideas y explicaciones tal como acudían a mi mente. puesto que iba recordando las cosas y poniéndolas en orden a medida que hablaba, sonaba como si estuviera construyendo una historia. Pero, en la forma en que mejor supe, les dije la verdad.

Les dije que había llegado a Nkumai, pero que mi subterfugio había sido descubierto unos momentos más tarde de que yo descubriera el secreto de lo que vendían para obtener su hierro. Les conté mi escapada, el destripamiento, y el eco de mí mismo que había sido regenerado de mis propias entrañas. Describí mi confinamiento en un barco de Singer y cómo los Schwartz me habían curado (no dije nada de cómo, ni lo que había aprendido), y cómo había regresado tan pronto como me fue posible para advertir a mi padre del peligro.

En cuanto a la persona que proclamaba ser yo y engañaba a todos respecto a su identidad, sólo podía suponer que se trataba de mi doble; no había muerto, sino que había sido encontrado por los nkumaios.

-Fui descuidado. Debí haber destruido el cuerpo. Pero en aquellos momentos no pensaba claramente, y la mayoría de los Mueller habría muerto de aquellas heridas -lo habrán adiestrado, supuse; sin duda había heredado todas mis habilidades innatas. No era extraño que la gente creyera que era Lanik Mueller... De acuerdo con los genes, lo era.

Cuando hube explicado todo lo que creía que podía explicar, dejé de hablar.

¿Qué efecto produjo mi explicación? Muy poco. La mayoría de la gente seguía mostrándose hostil, abiertamente incrédula, ansiosa de mi muerte. Pero aquí y allá, especialmente entre los hombres más viejos, había algunos rostros que parecían pensativos. Y cuando miré a mi padre, supe (o sería la materialización de un deseo) que él me creía. Pero repentinamente me di cuenta de que aquello no dependía de mi padre.

Apenas me había percatado de la presencia de Ruva y Dinte, pero ambos avanzaron en ese momento para conferenciar con mi padre. Y Ruva seguía hablando con él cuando Dinte dio un paso adelante y me habló directamente.

-Parece que crees que somos estúpidos, Lanik -dijo-. Pero nunca nadie en toda la historia de la regeneración radical ha formado un duplicado completo de sí mismo.

-Nadie tampoco ha tenido las entrañas expuestas y esparcidas a su alrededor.

-¿Y cómo, Lanik, te curaron los Schwartz? Son un pueblo del desierto, ¿no? ¿Y pueden hacer lo que ninguno de nuestros genéticos es capaz de conseguir?

-Sé que es difícil de creer...

-Lo difícil de creer es que puedas decirnos todo esto directamente a la cara, querido hermano. Nunca nadie ha salido vivo del desierto de los Schwartz. Nadie ha realizado nunca ninguna de esas heroicas hazañas que proclamas. Lo que en cambio ha hecho la gente, ha sido verte a la cabeza del ejército enemigo. Yo mismo te vi, cuando mandaba el Ejército del Sur en Cramer, y tú me hiciste un gesto con la mano y me gritaste alguna obscenidad. No pretendas que no lo recuerde.

-Difícilmente sería el primero en gritarte una obscenidad, Dinte-dije, y ante mi sorpresa hubo algunas pocas risitas en el tribunal; no eran suficientes como para deducir que aún me quedaban algunos amigos, pero me alcanzaron para comprobar que Dinte tenía aún algunos enemigos.

Y entonces mi padre nos interrumpió.

-Dinte -dijo-, te estás portando poco dignamente-oí desprecio en la voz de mi padre. El desprecio se convirtió en otro tipo de emoción cuando se dirigió a mí-: Lanik Mueller, tu defensa es débil y el testimonio de un millar de hombres no puede ser contradicho. Te sentencio a ser descuartizado vivo en el campo de juegos junto al río mañana al mediodía, y quiera tu alma, si es que tienes una, asarse en el infierno.

Se puso en pie para irse. Yo grité tras él:

-¡Padre! Si todo esto es cierto, ¿por qué en el nombre de Dios habría vuelto por mi propia voluntad a ti?

Se volvió lentamente y me miró directamente a los ojos.

-Porque incluso el diablo concede algo de justicia a sus víctimas, cuando ellas se hallan más allá de todo auxilio.

Y abandonó el tribunal. Los soldados me llevaron entonces y puesto que había sido sentenciado a morir, se pasaron toda la tarde y la noche torturándome.

Pero de eso prefiero no hablar.

7

ENSEL

Ya no sangraba, pero el dolor persistía aún. Pero el mayor dolor era el recuerdo del odio de los soldados. Sólo conocía a unos pocos entre ellos, los que siempre habían sido amables conmigo; algunos habían sido mis amigos desde mi niñez. Ahora gozaban con mi dolor, deseaban hacerme sufrir, querían demostrarme (y me lo decían) que nada de lo que me pasara iba a igualar el castigo que merecía. Y su repugnancia hacia mí era peor porque yo no me la merecía. Pero no tenía ninguna esperanza de probar mi inocencia.

Así que me dejaron tendido en la oscuridad sobre las piedras muertas de la celda donde finalmente me permitieron descansar hasta mi muerte al día siguiente. Mis heridas curaron rápidamente, e intenté encontrar alguna forma de escapar de allí. Pero debo admitir que mis pensamientos no eran muy buenos. Había venido demasiado recientemente de Schwartz, y aún me descubría exasperadamente desdeñoso hacia preocupaciones normales como aquellas. Nadie me había dado de comer desde que había llegado a Mueller, pero no me sentía hambriento. Nadie me había ofrecido agua, pero no tenía sed. Y puesto que podía ignorar el dolor a medida que recedía, ¿qué había allí que me hiciera recordar que tenía que actuar rápidamente, inmediatamente, si deseaba salvar mi propia vida?

Salvarla..., ¿para qué?

Mi propósito en Schwartz había sido volver para advertir a mi Familia. La advertencia había llegado un poco tarde, y nadie deseaba ya mensajes de mí. Me habían encerrado en una prisión de piedras muertas, de tal modo que ni siquiera podía hablarle a la roca y sumergirme

en el suelo y escapar... Podía matarme, por supuesto. Pero mi natural aversión a eso tenía el apoyo de que no podía soportar sentirme culpable de añadir ese gran dolor a la tierra. Ya soportaba la roca suficientes muertes, sin el grito del suicida.

Hubo un ligero ruido de pasos al otro lado de la puerta de mi celda. La barra se deslizó, y la puerta se abrió con dificultad.

-Lanik-dijo una voz en la oscuridad, y luego Saranna estaba abrazándome y llorando-. Lanik, si hasta te han arrancado los ojos...

-Crecen de nuevo -respondí-. Es tan bueno estar de vuelta en casa...

-¡Oh, Lanik, hemos sentido tanto miedo por ti...!

Era como si nunca me hubiera ido. Sus manos encajaban exactamente en mi espalda, de un modo que una larga costumbre me decía que no podían pertenecer a otra persona. Se abrazó a mí con la misma presión que había sentido ayer por última vez (había pasado un año desde entonces), y su respiración, su piel cuando su mejilla rozó la mía, su olor, incluso los ensortijados mechones de su pelo rozando mi nariz...

Me apreté fuertemente contra ella porque por un momento hizo alejarse de mí la pesadilla de los últimos días, y fui de nuevo Lanik, el hijo de Ensel Mueller, heredero del trono y un hombre joven condenadamente feliz. Condenadamente.

-¿Por qué has venido?-pregunté.

-Tienes amigos, Lanik. Algunos de nosotros creemos en ti.

-Entonces debéis de estar locos. No hay nada creíble en mi historia.

-Esto no es un tribunal. Aquí está una mujer a la que has conocido muy bien durante varios años, y que no quiere que seas descuartizado mañana. Ven conmigo.

-No pensarás que puedes sacarme de esta prisión, ¿verdad?

-Puedo, con nuestros amigos-dijo ella.

Y la seguí.

Sujetó mi mano y me condujo por los corredores. Me la apretó una vez cuando llegamos a unas escaleras que subían, dos veces cuando llegamos a unas escaleras que bajaban. Avanzábamos tan silenciosamente como nuestros pies eran capaces de hacerlo, y yo dejé de respirar. Era más fácil así. Mis ojos se estaban curando bien; ya habían adquirido su forma redonda; pero los nervios necesitarían tiempo para recuperarse completamente, para que la visión me fuera totalmente restablecida. Era estremecedor avanzar sintiéndome ciego, mucho peor que cuando había estado encerrado en la oscuridad en el barco de Singer. Allá había tenido paredes cerca. Aquí no podía saber lo que tenía enfrente, debía confiar mi vida a una mujer que, hasta aquella noche, siempre había considerado algo veleidosa.

Leal, por supuesto, y maravillosamente exuberante haciendo el amor, pero no suficientemente brillante como para confiar en ella. Obviamente, estaba equivocado. No encontramos a nadie en nuestro camino.

Luego nos detuvimos.

-¿Qué estamos esperando?

-Quieto-dijo.

Me quedé quieto. Tras unos pocos minutos pude oír el distante rumor de pasos. Un hombre viejo, deduje por el sonido. Y luego se acercó, y sentí unos brazos que me rodearon en un abrazo de hierro y ardientes lágrimas en mi cuello.

-Padre-dije.

-Lanik, hijo mío, hijo mío-dijo, y ya no sentí más miedo.

-Tú me crees...

-Eres mi única esperanza-siempre el viejo bastardo considerándome como su esperanza, como si él fuera el primero en tener derecho a mi lealtad, antes incluso que yo mismo. Bien, lo tenía.

-Cuando sea descuartizado mañana-respondí, y él simplemente me apretó más fuerte.

-Hay ocasiones en las que un hombre honesto debe abdicar, y este es el momento-dijo suavemente-. No te descuartizarán. Sabía que nunca me traicionarías..., al menos, no permanentemente.

-Ni tampoco temporalmente -dije-. Bueno, vayámonos antes de que alguien se dé cuenta de que estamos sosteniendo una reunión precisamente aquí.

-Aún no podemos irnos-dijo Padre-. Tenemos que esperar.

-¿Por qué?

-El cambio de la guardia del amanecer-dijo-. Confiemos en que estén distraídos.

-¿La guardia? ¿Temes a la guardia? ¿No puedes simplemente esconderme y ordenarles que te dejen pasar?

-No es tan sencillo como eso-respondió Saranna-. Tu padre ya no tiene mando sobre la guardia.

-Entonces, ¿quién infiernos lo tiene?-pregunté.

-No alces la voz-dijo Padre-. Ruva lo tiene.

Alcé la voz.

-¿La Boñiga gobierna en tu palacio?

-Tranquilo, he dicho. Sí, lo hace; ella y Dinte. Ya lo complotaban antes de que tú abandonaras el palacio, y cuando tú partiste actuaron. Habría podido bloquearlos, supongo, pero no podía permitirme matar a mi único heredero, así lo creía, y por eso lo dejé correr, haciendo que no me daba cuenta de cómo eran usurpadas mis prerrogativas, de cómo las

funciones de mis amigos se convertían en sinecuras y el auténtico poder pasaba a manos más jóvenes.

-Mi padre intentó alertar a la corte-dijo Saranna.

-Y tuve que firmar su sentencia de muerte.

-¿Por qué la firmaste?-pregunté.

-Por la misma razón que firmé la tuya -dijo mi padre-. El escapó y ahora está viviendo en el exilio en el norte. En Brian, creo. Sus agentes consiguieron sacar de contrabando la mitad de la fortuna de la Familia. Eso fue hasta que Ruva descubrió la filtración.

-Entiendo-dije.

-Cuando oímos que estabas mandando a los invasores de Nkumai, me sentí inundado por la alegría. Usé mi influencia, la que aún tenía, para poner a nuestros comandantes más estúpidos, Dinte incluido, en las posiciones clave. Abrí las puertas al enemigo. Pensando, por supuesto, que tú venías a liberarme a mí y al pueblo de ese asno con el que tuve la desgracia de casarme y ese niño que tu madre pretendía que era también mío.

-Pero no era yo.

-Lo supe cuando oí cómo los ejércitos lo estaban destruyendo todo. Tú eres demasiado listo como para hacer eso. Supe que era un fraude-suspiró-. Pero había tantas evidencias... Traicioné a mi propia Familia, pensando que le estaba abriendo las puertas a mi hijo. Ahora el enemigo lo devasta todo desde Schmidt a Jones, y es solo asunto de tiempo el que crucen el río. Seguro que lo harán pronto. Las lluvias lo volverán incruzable en unas pocas semanas más -y repentinamente se echó a llorar de nuevo-. Soñaba con tu regreso a casa, Lanik. Soñaba que volvías triunfante y conducías a esa gente a la batalla. Podrías haber vencido a los nkumaios. Y ellos debían de saberlo. Por eso destruyeron el amor del pueblo hacia ti. Y ahora lo único que podemos hacer es echar a correr.

-Bien, si eso es cierto, empecemos a correr.

-El cambio de la guardia-susurró Saranna.

-Tonterías. Ya usaste esa estrategia una vez, y Dinte y Ruva estarán al acecho. Probablemente me dejaron sin vigilancia simplemente para que intentarais esto y así os hicierais matar. Será mejor que volváis arriba, los dos, y simuléis no tener nada que ver con esto

-No -dijo Saranna.

-Tenemos que irnos contigo-dijo Padre-. Las cosas se han puesto intolerables aquí. Tenemos unos pocos centenares de hombres leales que he asignado a diversas tareas en el norte. Nos están esperando. Se unirán a nosotros.

-A ti, querrás decir. Ningún alma viviente querrá unirse a mí. Pero no vamos a esperar al cambio de guardia...

-Entonces seremos atrapados. Todas las puertas están estrechamente vigiladas.

Ahora podía ver el resplandor de la antorcha de Saranna. Mi visión estaba regresando.

-Crearé una diversión. La puerta trasera.

-Está fuertemente guardada.

-Lo sé. Llevadme cerca de allí, pero mantenedme fuera de la vista. Puedo ver débilmente, y pronto recobraré completamente la visión. Pero mientras tanto no puedo defenderme ni siquiera contra un mosquito. Luego prepararos para saltar hacia la puerta del foso. Yo me uniré con vosotros allí.

-¿Ciego?

-Me conozco el camino con los ojos cerrados. Y nadie estará prestándome atención.

-¿Qué tipo de diversión puedes crear?-preguntó dubitativamente Padre.

Como respuesta, abrí mi camisa y les mostré mi pecho.

-¿Recordáis lo que había aquí cuando me fui?

Recordaron.

-Los Schwartz me curaron. Como os dije. Y me enseñaron su técnica.

Las manos de Saranna recorrieron mi pecho, como en el sueño que había vivido hace un millar de noches-parecía-, en el barco de Singer.

-Vamos-dije. Y me condujeron hacia arriba por las escaleras y rampas y corredores que llevaban a la puerta trasera.

Me dejaron en la ventana que dominaba la puerta del palacio, desde donde, si hubiera podido ver, habría podido examinar el patio entre la puerta trasera y los muros del palacio. Y ahora podía ver sombras, vagamente; aunque las antorchas eran apenas brillantes destellos de luz, podía ver el danzar de las llamas.

Había tanta roca muerta a mi alrededor que me sentí entorpecido, pero pronto descubrí la voz de la roca. Gran parte era nueva; el suelo de tierra, en contraposición con la arena, poseía mucha vida. Era una barrera, no un canal. Pero hallé la voz, y expliqué y pedí, y la roca obedeció.

No pude verlo. Sólo pude oír el rechinar de las piedras muertas cuando la tierra se elevó debajo de ellas y las arrojó de sus hileras al suelo. Hubo algunos gritos cuando los hombres de la puerta trasera corrieron hacia la brecha en el muro. La tierra siguió elevándose, y algunos cayeron al suelo, mientras otros corrían estúpidamente demasiado cerca del lugar donde las paredes se tambaleaban y dejaban caer las piedras que las constituían.

Abandoné la ventana y anduve en dirección contraria, hacia la puerta del foso.

Saranna y Padre y cuatro soldados que sujetaban siete caballos aguardaban al amparo de un muro.

-¿Qué es lo que has hecho?-preguntó Padre, entre temeroso y admirado-. Parecía un terremoto.

-Era un terremoto-dije-. Pero pequeño. Los grandes necesitan un comité-y avancé hacia la puerta.

Con las primeras luces del alba podía ver de nuevo, aunque borroso, y observé con alivio que la puerta no estaba guardada. Los soldados habían echado a correr hacia la brecha en el muro.

La puerta no estaba guardada, y la cruzamos sin problema. Padre y Saranna primero, luego los soldados. Yo era pues el último, y seguía desarmado cuando Dinte emergió de las sombras.

Vi el reflejo de la luz de una antorcha sobre el metal.

-Un combate un tanto desigual -dije-. Una señal de valor de tu parte.

-Deseaba no tener ninguna duda sobre el resultado-dijo.

-Entonces debiste haber elegido un blanco diferente-respondí, y con la rapidez que me había enseñado Helmut lo desarmé en cuestión de instantes. Habría sido un momento oportuno para matarlo, pero estaba gritando para pedir ayuda y era el hijo de mi padre, así que simplemente le abrí la garganta de oreja a oreja y lo silencié, desangrándose en el suelo. Se regeneraría y recuperaría, como lo había hecho yo de la misma herida hacía más de un año. Pero al menos sabría que cuando viniera de nuevo por mi, debería traerse consigo algunos amigos.

Crucé la puerta, sujetando aún la espada, y monté el caballo que me habían destinado. Cabalgamos hacia el norte durante todo el día, y por la noche llegamos a un puesto militar de avanzada que en otros tiempos había guardado la frontera norte de Mueller, cuando Epson era poderoso y Mueller una pacifica Familia de granjeros con algunas extrañas prácticas genéticas. El puesto había perdido importancia, pero un rápido cálculo me permitió estimar al menos la presencia de trescientos caballos o más, lo cual significaba como mínimo el mismo número de hombres.

-Estás seguro de que son amigos?-pregunté.

-Si no lo son, no nos quedarán muchas esperanzas-respondió Padre.

-De cualquier forma, será mejor que tengas tú esta espada, y no yo -se la extendí y él jadeó.

-Es la de Dinte-dijo.

-Me alegra saber que no se la ha robado a nadie. Intentó matarme. Lo persuadí de lo contrario. Ahora se estará recuperando de una sonrisa extra.

-¿Por qué no has dicho nada?

-No quería preocuparte.

-Debiste haber matado a ese pequeño asno-dijo Saranna ásperamente.

-Quizá lo hice -dije, pero estaba seguro de que no. Y cuando llegamos al puesto de avanzada y los soldados nos hicieron entrar y aclamaron a Padre, y él explicó (muy por encima) que había sido un impostor y no yo quien había comandado a los nkumaios. No sé cuántos de ellos le creyeron. Pero eran hombres valerosos y lanzaron los vivas apropiados. Luego Padre les ordenó que fueran a sus unidades y reunieran a todo los hombres leales que les fuera posible encontrar. Juiciosamente, les insistió en que no mencionaran que yo estaba con él. Era mejor que se aliaran al rey, no a alguien que aún pudieran seguir creyendo traidor.

Y mientras los trescientos soldados partieron al galope para reunir un ejército para nosotros, cambiamos de caballos por quinta vez aquel día y seguimos cabalgando hacia el norte en la oscuridad.

-Debes haber estado planeando esto desde hace meses... -dije.

-No lo habíamos planeado contigo-dijo Padre-, pero sabíamos que en cualquier momento, muy pronto, iba a producirse una crisis con mi hijo menor, y que debería hallarme preparado para llamar a las tropas leales. Lo planeamos para prevenir cualquier contingencia.

Disidencia había aparecido en el cielo por segunda vez aquella noche cuando finalmente nos detuvimos en una granja bastante alejada del camino. La casa se hallaba junto a la orilla del río Sweet. El viento era frío, y soplaba de las colinas del este que conducían al bosque de Ku Kuei. El fuego en el hogar llameaba y calentaba, y el anfitrión nos obligó a comer una sopa antes de dejarnos ir a la cama.

Los guardias durmieron en el suelo. Y cuando nuestro anfitrión me mostró mi habitación, Saranna ya estaba en ella, aguardándome.

-Sé que estas cansado-dijo-. Pero ha pasado un año.

Y me desvistió mientras yo miraba hacia las laderas de las colinas cubiertas de trigo al este, donde el sol emergía por encima de Ku Kuei, y sentí la brisa jugar sobre mi cuerpo mientras Saranna lo cosquilleaba agradablemente (nada había sido olvidado, ni siquiera ahora), y yo aspiraba el olor a caballo de mis propias ropas y el fresco aroma de la cal con la que nuestro anfitrión había blanqueado las paredes hacía una semana, y era agradable estar de nuevo en casa.

Después de tres semanas resultó claro que la nuestra iba a ser una rebelión que pasaría inadvertida. Teníamos ocho mil soldados, leales hasta la médula y algunos de los mejores luchadores del reino. Pero nuestro tesoro los alimentaba y los armaba para nada: muy pronto los rumores fueron verificados y supimos que habíamos perdido. Dinte había firmado un tratado con Nkumai, y ahora eran 120.000 hombre contra nuestro pequeño ejército. Yo era mejor general que él, pero existe un límite para lo que un general puede hacer.

Lo que más nos dolió, de todos modos, fue el hecho de que los nkumaios, al parecer desde el día en que yo fui capturado habían retirado a su Lanik duplicado y habían declarado públicamente que por supuesto yo había estado con ellos, pero que había sido capturado por las fuerzas de Mueller y ahora era un desertor con el ejército de mi padre. Y tan pronto como empezaron a hacer correr esa historia, cesaron en su política de devastación, proclamando que la destrucción había sido enteramente idea mía y que estaban agradecidos de poder renunciar a ella.

Aquello no aumentaba en absoluto mi popularidad, y las tropas no afluían precisamente a ponerse bajo mi estandarte. Intentamos minimizar el hecho de que yo estaba con mi Padre, pero hay algunas historias que no pueden mantenerse secretas.

Y ahí estábamos nosotros, con ocho mil hombres, todo un tesoro a nuestra disposición, y ninguna maldita alternativa excepto marcharnos rápidamente. Por supuesto, los nkumaios y mi querido Dinte eligieron aquel momento para reunir sus fuerzas en la orilla norte del río Mueller y cargar directamente sobre nosotros.

-Moriremos heroicamente-dijo Harkint, que aún seguía sin confiar en mí.

-Preferiría vivir-dije.

-Conocemos tus preferencias-respondió fríamente.

-Preferiría que todos nosotros viviéramos. Porque no pasará mucho tiempo con Dinte al mando, antes de que la gente empiece a clamar por el regreso de Padre.

-Pasaría aún menos tiempo si tú no estuvieras con nosotros -dijo otro soldado, y un murmullo de asentimiento surgió de los demás, reunidos en la amplia habitación de la casa. Padre estaba preocupado, pero el soldado tenía razón. Yo era un impedimento para Padre. Si yo no estuviera a su lado, estaría en condiciones de juntar un buen ejército a su alrededor. Quizá diez, quince mil hombres más. Pero aún no sería bastante.

-Tengo un plan-dije-. Y puede funcionar.

Y a la mañana siguiente nos pusimos en camino a lo largo del río Sweet. No mantuvimos en secreto nuestro rumbo, y viajamos a un paso tranquilo. El río se dirigía hacia el sudoeste, y cualquiera con un poco de sesos habría supuesto que nos dirigíamos hacia Mueller-sobre-el-Mar, el gran puerto en el delta del río Rebelde donde su fresca agua se derrama en el agua salada de la Manga. Estratégicamente era un punto vital, y la flota, si conseguíamos llegar antes, podría llevarnos hasta Huntington, donde era posible que las tropas fueran aún leales a Padre y no me odiaran particularmente. Aquello nos permitiría esperar y preparar una invasión.

Por supuesto que eso significaría que Dinte y los nkumaios se apresurarían para llegar antes que nosotros a la flota. Yo no tenía ninguna objeción que hacer. Después de todo, aunque pudiéramos llegar a Huntington sanos y salvos, aquello sería un exilio permanente; con los nkumaios detentando a la vez nuestro hierro y el suyo propio, no habría forma de resistirlos. De modo que cuando alcanzamos el lugar donde debíamos abandonar el río, dondequiera fuese que nos dirigiéramos (pues el río se desviaba hacia el oeste), ordené a nuestro ejército iniciar una marcha acelerada, no hacia el sudoeste en dirección a Mueller-sobre-el-Mar, sino hacia el sudeste en dirección al Gran Recodo del río Mueller, desde donde estaríamos en libertad de ir hacia el este para acrecentar nuestras fuerzas entre las poblaciones recientemente conquistadas y en absoluto dóciles de Bird, Jones, Robles y Hunter. No era el mejor ni el más seguro plan del mundo, pero era el menos malo en que pude haber pensado en ese momento.

No nos preocupamos de avanzar al galope... Avanzamos al mejor paso que pudimos conseguir de los carromatos, que fue bastante más rápido, pues no iban muy cargados, del que podía conseguir el ejército de infantes de Nkumai. Mi única esperanza era que el enemigo hubiera avanzado tanto hacia el este, en la dirección equivocada, como para que pudiéramos

alcanzar el recodo del río antes que ellos. Si lo conseguíamos no podrían atajarnos en dirección al este y dispondríamos de otro día antes de enzarzarnos en ninguna lucha.

Tenía también otro plan, pero era para el momento en que no tuviéramos ninguna otra cosa que perder.

Mientras avanzábamos hacia el sudeste, era poco lo que yo podía hacer. Padre conocía a sus hombres, y ninguno de ellos se sentía deseoso de recibir órdenes de mí. Lo cual me permitía reflexionar. Un tema que acudía a menudo a mi mente era el impostor, el Lanik que era demasiado real y que ahora se hallaba fuera de circulación.

Era una interesante especulación imaginar lo que había sido su vida. Su gestación había constituido una pesadilla para mí... Pero para él, los primeros destellos de conciencia habían surgido con alguien que se parecía exactamente a él y que intentaba machacarle los sesos con una roca. Y luego, ¿qué había hecho la gente de Nkumai con él, creyendo que era yo, antes de que finalmente se dieran cuenta de lo que había sucedido? Si hasta hacia poco me había perseguido en mis sueños, ahora me perseguía también despierto, mientras imaginaba el odio que debieron de haberle inculcado. Tú no eres nadie para ellos, le habrían dicho. Te matarán si alguna vez saben quién eres. Pero si colaboras con nosotros, te instalaremos en el trono y podrás mostrarles que eres alguien a quien deberán tener en cuenta. Con miedo, sino con respeto.

¿Había conducido realmente a sus ejércitos? Quizá. ¿Le habían sido transferidos mis recuerdos, junto con mi cuerpo? Si era así podía ser un temible enemigo para mí en cualquier campo de batalla, puesto que conocería mis menores movimientos antes de que los realizara. Seguramente lo habían mantenido con ellos por este motivo, si no existía otro.

Pero si no poseía tales recuerdos, lo cual parecía más probable, entonces lo habrían echado nuevamente a un lado de todo papel importante, sin ninguna ceremonia. Quizá ya lo habían matado, pensé. O quizá se sentía tan desesperado como yo, sabiendo que no había nadie tan odiado como él en todo el oeste, sin merecerlo en absoluto.

Y pensé en Mwabao Mawa, y deseé estrangularla.

No matarás, me decía a mí mismo. No más muertes. Y en momentos así me apartaba del ejército, varios kilómetros a la cabeza, y me tendía en el suelo y le hablaba a la roca viviente, y permanecía en contacto conmigo mismo.

-Han dejado libres a los Cramer y estos están esclavizando a los Mueller-nos dijo horrorizado un soldado que se unió a nuestro ejército. La reacción fue electrizante... Muchos de nuestros soldados tenían sus familias en el oeste de Mueller, donde los Cramer estarían causando estragos sin nadie para defender a nuestra gente. No me sorprendió que nuestro número empezara a disminuir a medida que los soldados desertaban en dirección hacia el sudoeste. Y me sorprendí menos aún cuando la mayoría de nuestros exploradores no regresaron. Pero insistí en que Padre dejara de solicitar voluntarios para misiones de exploración; los hombres que deseaban marcharse sin ser recriminados por ello eran los primeros de esas listas, y necesitábamos obtener información.

Estábamos a tan solo treinta kilómetros del Gran Recodo, sin embargo, cuando la más importante de todas las informaciones nos llegó de alguien que pensábamos que ya no volveríamos a ver.

-¡Homarnoch, aquí!-susurró Padre cuando vio al hombre que conducía locamente un carromato por el camino que acabábamos de recorrer-. ¡Homarnoch, aquí!-gritó, y el viejo doctor estuvo pronto a nuestro lado.

Ordenamos un alto; los soldados se detuvieron en el camino.

-Es inútil-dijo Homarnoch-. He reventado un par de caballos para venir a avisaros. Los nkumaios no han picado el anzuelo. Sólo enviaron a Dinte y a sus fuerzas a Mueller-sobre-el-Mar, y cuando os desviasteis hacia el sudeste el resto de ellos se os adelantó. Os aguardan a no más de cinco kilómetros de aquí. Deben llevar varios días en el Gran Recodo.

Padre llamó a sus comandantes y les dio órdenes de prepararse para una marcha mucho más rápida.

-Lucharemos contra ellos y venceremos-insistió Harkint.

-Escaparemos y sobreviviremos -respondió Padre, y Harkint se fue irritado.

Mientras se hacían los preparativos, Homarnoch nos dijo cómo y por qué había venido.

-Se están apoderando de todo..., de todo nuestro trabajo de miles de años. No podía soportarlo, no, de esos monos habitantes de los árboles.

No me molesté en decirle que esos monos arborícolas le habían dado al resto del universo el viaje ultralumíneo.

-Así que envenené a los rads-dijo Homarnoch.

Padre se escandalizó.

-¡Los mataste!

-Vivos representaban cinco toneladas de hierro, por decirlo así, y no iba a dejar que el enemigo las consiguiera... Así que los envenené. Ni siquiera sus uñas valdrán un gramo de hierro al cambio.

No dije nada, pero recordé el tiempo en que yo tenía cinco piernas y una nariz extra, y sin embargo seguía considerándome un hombre.

-Y luego requisé la biblioteca. Los archivos esenciales. La teoría. Está toda en este carromato-dijo-, y quemé el resto. Y con los hombres de Dinte a cargo de la ciudad, a nadie se le ocurrió siquiera retenerme.

-Un golpe maestro-dijo Padre. Homarnoch radió orgullosamente.

-¿Y ahora qué infierno haremos?-pregunté.

-Harkint desea atacar-dijo Padre con una retorcida sonrisa.

-Harkint es un asno-respondí-. Pero no hay ningún otro lugar donde ir. Con los hombres de Dinte entre nosotros y el mar, y nada hacia el norte excepto Epson. No se sentirán inclinados a acogernos, y así provocar a los nkumaios.

-Dinte no es enemigo para nosotros.

-Nos supera en número a razón de cinco por uno. Con esa ventaja incluso un necio puede vencer.

Nos sentamos en silencio. Homarnoch murmuró algo acerca de revisar los caballos. Y luego Harkint regresó: las tropas estaban preparadas.

-Y lo que deseo saber es: ¿vamos a ir a la batalla o huiremos de ella?

-Huiremos de ella-dijo Padre-. La cuestión es por dónde.

Harkint gruñó despectivamente.

-Nunca creí que pudiera llegar el día en que el Mueller se volvería un cobarde. Te he seguido a través de todas las desgracias, incluso el tener que cargar con este bastardo clase A -me señaló-, pero maldito sea si vuelvo el culo y rehuyo la lucha. Y hay muchos otros que piensan como yo.

Si yo hubiera tenido algún sentido de lo teatral, me habría marchado violentamente ante aquello. Pero no lo hice. De modo que Padre respondió:

-Entonces reúnete con las tropas, Harkint, y pregunta cuántos desean ir contigo. Pero diles que el Mueller se bate en retirada y pide a todos los hombres que vengan con él. Diles eso, y llévate a todos aquellos que deseen marchar contigo.

Harkint asintió y se fue. Y yo empecé a garabatear un burdo mapa de Mueller y los territorios colindantes.

-El sur y el oeste están fuera de cuestión-dijo Padre-. Todo el mundo en Mueller te mataría, y todo el mundo en Helper, Cramer y Wizer me mataría a mí.

-Y el norte es imposible-respondí yo-, porque Epson es demasiado débil.

-Todo el mundo es demasiado débil. Y no podemos alcanzar el este porque el ejército de Nkumai nos corta el camino.

-La situación es desesperada -dijo Homarnoch mesuradamente, mirando por encima de un fajo de papeles tras detenerse y volverse a pocos metros de nosotros-. No nos queda ninguna esperanza. Más valdría que nos arrojemos al río y nos ahoguemos.

-Hay una dirección que no hemos considerado.

Padre no era lento en reaccionar.

-Ku Kuei. Pero hay demasiadas leyendas sobre ese bosque, Lanik. Los hombres no pueden entrar en él.

-Yo lo atravesé, no bordeándolo. A través del bosque.

-Y ellos te seguirán por todas partes.

Me eché a reír.

-Y una vez dentro, ¿qué haremos? Nkumai gobierna el este y los ejércitos de Singer están devastando el lejano norte. ¿Qué haremos nosotros en Ku Kuei?

-Sobrevivir. Dinte no durará siempre.

-¿Lo dices en serio? ¿Propones que vayamos allá?

-¿Qué es lo que se cuenta de Schwartz? ¿Qué es lo que cree la gente?

Padre sabía a dónde quería llegar.

-Entiendo. De modo que esperas que exista realmente una Familia Ku Kuei, y que puedan tener algo valioso que ofrecer.

-No lo sé. Pero incluso una débil esperanza es mejor que ninguna esperanza en absoluto.

Padre sonrió.

-El eterno optimista.

-¿Nos seguirá Dinte a Ku Kuei?

-¿Dinte? Cree en todas las leyendas. Cierra sus ventanas por la noche. No cruzaría el agua bajo un cielo nuboso. Canta cuando lo toca la sombra de un caballo. Es un estúpido.

-Los nkumaios no son estúpidos-dije yo-, y tampoco se internan en Ku Kuei. Y los bosques son su hábitat natural. Si lo que haya en Ku Kuei que asusta a todo el mundo no nos alcanza a nosotros, podremos decir que tenemos suerte.

Formamos las tropas, excepto el grupo de Harkint, que era mayor de lo esperado, y empezamos a avanzar hacia el nordeste. No fue una despedida agradable. Algunos de los soldados que se quedaron con nosotros insultaron a los hombres de Harkint por abandonar al Mueller. Y los hombres de Harkint los llamaron cobardes, y la marcha fue lúgubre mientras emprendíamos nuestro camino, apenas cinco mil hombres o así, y con desertores que abandonaban nuestras filas a lo largo de la marcha. No podía culparlos, pero obligué a aquellos que alcancé a descubrir, a que permanecieran en las filas. No les importó. Sabían que podrían irse otra vez en menos de una hora.

Y luego llegamos a la bifurcación del camino donde la huida hacia el norte significaba seguir el camino principal a la izquierda, mientras que el camino más pequeño al este solo nos conduciría hasta Ku Kuei. El discurso de Padre fue impresionante. Pero perdimos otros dos mil hombres ahí, cuando nos llegó la noticia de que las fuerzas de Harkint habían sido aniquiladas apenas unas horas después de habernos abandonado. Los nkumaios estaban cerca, detrás, y habían descansado durante varios días mientras nos aguardaban en el Gran Recodo... Ellos estaban frescos y nosotros no.

Avanzamos en fila sin esperanzas por el estrecho camino que serpenteaba entre las agrestes colinas del este. A partir de entonces hubo pocas deserciones; en aquellas colinas, la mejor fuente de provisiones eran nuestras carretas, y los desertores tendrían pocas esperanzas de sobrevivir a menos que se entregaran al enemigo. Además, los hombres que seguían con nosotros ahora eran el núcleo más fiel a Padre. La clase de hombres que morirían antes de abandonarlo, pensé.

-Estoy dándole vueltas a la idea-me dijo Padre mientras encabezábamos la columna a lo largo del tortuoso camino-de dar media vuelta y terminar honrosamente mi vida luchando.

-Y yo estoy dándole vueltas a la idea de saltar por el próximo precipicio.

Padre sonrió. Pero era una sonrisa ceñuda.

-Me estoy dando cuenta, a medida que nos acercamos a Ku Kuei, de que yo también soy un poco supersticioso. ¿Estás seguro de que lo atravesaste sin dificultades?

-Estoy aquí, ¿no?

-Estás aquí, pero eres el único regenerativo radical que ha remitido en la historia. ¿Cómo podemos saber que no has pasado en este bosque todo ese tiempo que estuviste fuera, y que ahora no nos estás conduciendo a una trampa?

-Sí, Padre. Lo has adivinado.

Me miró inquisitivamente. No era propio de él pasar por alto la ironía.

-Lanik, hijo mío. Soy un viejo que dice chocheces, pero a menos que me equivoque, tú hiciste que se derrumbara una pared de mi palacio sin siquiera una roca o una catapulta.

-Me han sido otorgados muchos dones...

-¿Qué haremos en Ku Kuei?

Me encogí de hombros.

-Sobrevivir.

Y entonces el camino dio un giro hacia el norte y en la distancia, hacia el este, pudimos ver que la arboleda comenzaba. Ni siquiera había un sendero que condujera al bosque... No era la dirección usual que tomaran los viajeros. Así que calculé lo que podía ser un rumbo razonablemente bueno, y me adentré por terreno desnudo.

Las tropas no me siguieron.

No dijeron nada, ni se rebelaron. Las primeras líneas se quedaron sentadas en sus monturas, simplemente observándome, sin hablar, sin moverse.

Luego Padre abandonó el camino y fue tras de mí, manteniendo su caballo a un paso corto, y unos pocos hombres hicieron lo mismo. Pero mientras Padre venía a colocarse a mi lado, los demás tiraron de sus riendas y se detuvieron a unos pocos metros del camino.

-No ordenaré a nadie que venga-dijo Padre-. Pero allá es adonde va el Mueller, y todos los auténticos hombres del Mueller irán con él.

No sé si el pequeño discurso de Padre hubiese sido suficiente por si sólo para convencerlos. Creo que mucho más convincente fue la lluvia de flechas que silbó hacia nuestra columna. La puntería no era buena... La distancia era demasiado grande para una precisión mayor. Pero el mensaje era claro: Nkumai nos había flanqueado, y toda la longitud de nuestra columna estaba expuesta a las flechas enemigas.

-¡A mí, Mueller! -gritó Padre, y me susurró, tenso-: ¡Condúcelos, maldito sea!

Yo me lancé a un frenético galope sobre el accidentado terreno; mi caballo y yo tuvimos suerte, pero otros no. Varios caballos derribaron a sus jinetes antes de que estos alcanzaran la protección del bosque.

Los árboles eran altos, pero sus ramas a menudo eran bajas y se hacía difícil hallar un camino despejado. Tuve que desmontar, lo cual significó que nuestras fuerzas tuvieron que hacer también una pausa al borde del bosque, expuestas a los arqueros de Nkumai, mientras aguardaban a que los de adelante penetraran entre los árboles. Perdimos a doscientos o trescientos hombres allí, pero cuando los hube conducido durante un par de horas bosque adentro, los hombres de retaguardia hicieron correr la voz de que los Nkumai habían abandonado la persecución; la urgencia por la huida desaparecía así, pero no podíamos quedamos alli..., lo denso de la arboleda hacia imposible hallar algún forraje para los caballos. Decidi conducir a los hombres hacia una pradera a orillas del estrecho lago, tan amplia como para que pudiéramos mantenemos allí al menos durante unos cuatro días.

Nuestro paso a través del bosque fue silencioso. No volví la vista hacia mis hombres... Aún los habría puesto más nerviosos darse cuenta de lo nervioso que me sentía yo con respecto a ellos. La vez que había penetrado solo, aquello era un bosque. Arboles y suelo, y aunque me había sentido cansado mucho antes de lo normal, no había descubierto nada especialmente extraño en el lugar. Esta vez, en cambio, no le ocurría nada a nuestra resistencia, pero el profundo silencio del bosque y el regular repiqueteo de los cascos de los caballos y las botas de los soldados eran inquietantes. Era como si el silencio se tragara los sonidos, como si una parte de nosotros se escabullera entre los árboles y no regresara.

Pasamos una terrible noche en el bosque. El suelo era bastante blando, y había comida abundante en las mochilas, pero por la mañana centenares de hombres habían desaparecido; escabullidos en la noche o desandando el camino a primera hora de la mañana, pero ya no estaban. Sabíamos que simplemente habían desertado (y más de uno de los pocos que se quedaron habrían deseado irse también, sin la menor duda), pero el sentimiento de que los hombres, sencillamente, podían haberse desvanecido en la noche, hizo muy poco por mantener la calma.

Alcanzamos el lago hacia el mediodía, y la luz del sol llegó hasta nosotros, y los pájaros jugueteaban al borde del agua, y los caballos pastaban tranquilamente en la pradera. Y pensé que habíamos alcanzado la seguridad.

Conté los hombres. Menos de mil. Y con esto esperábamos recuperar el poder en Mueller.

Los hombres se bañaron en el lago, salpicándose unos a otros como niños. Reían fuertemente. Y Saranna se colgó de mí y me dijo: "no quiero irme de aquí". Pero Padre y yo debíamos encontrar a los Ku Kuei...

Y así dejamos a Homarnoch a cargo de nuestra pacífica y feliz tropa y nos fuimos.

En aquel momento me pareció una decisión juiciosa.

8

KU KUEI

Habrían podido ser unas vacaciones en uno de los bosques del río Sweet. Padre caminaba a un paso vivo (no es viejo en absoluto, me dije), y yo lo seguía tan sólo un poco más atrás, observando cómo sus manos se levantaban para tocar las hojas y las ramas, se inclinaban para arrancar puñados de hierba o flores, se abrían en gestos ampulosos como si exudara vida y alegría. Sólo que aquello era incongruente en esos momentos. Parecía forzado. Hubiese querido llorar por él, pero eso lo habría confundido, avergonzado. Había cosas por las que se podía llorar, como cuando los hijos perdidos durante largo tiempo regresan a casa, pero un Mueller no debe llorar por las pérdidas. Ni siquiera mostraba su aflicción por la pérdida de un reino.

Dejamos pronto el lago, pero entonces empezó todo de nuevo, como ya me había ocurrido antes, cuando atravesé Ku Kuei. Anduvimos y anduvimos, y el sol estaba siempre alto en el cielo, apenas parecía moverse, y sentimos hambre y comimos, y el sol no se había movido, y anduvimos hasta sentirnos agotados, y el sol se había movido solamente un poco, y al final caminamos hasta que nos sentimos completamente exhaustos y no pudimos avanzar más. Y quizá fuera mediodía.

-Esto es ridículo-dijo Padre cansadamente, mientras se tendía en la hierba.

-Ridículo no... Perturbador.

-De acuerdo, has dicho la palabra exacta.

-Me ocurrió lo mismo la vez anterior.

-¿Qué? ¿Te agotaste tras solamente una mañana de andar?

-Eso fue lo que creí, pero ahora no estoy seguro-había aprendido algunas cosas sobre el mundo desde la vez que pasé anteriormente por Ku Kuei. Aquellos contemplaestrellas en lo alto de los árboles podían hacer que las estrellas danzaran. Aquellos salvajes desnudos en el desierto podían convertir rocas en arena. ¿Estábamos cansados prematuramente? ¿O simplemente el sol se había retardado un poco en su carrera?

-Descansa-le dije a Padre, y luego me tendí en la hierba bajo los árboles y escuché a la roca. Escuché a través de la barrera del suelo vivo y las voces de un millón de árboles, y oí:

No fue la voz de la roca, sino más bien un lento, suave, casi inaudible susurro, y no pude entenderlo. Parecía hablar de sueño, o tal vez fuera mi propia mente. Intenté oír los gritos de las murientes (a los que habitualmente intentaba cerrarme) y esta vez oí, no el tumulto de voces que gritaban juntas su agonía sino llamadas apenas audibles, pero distintas. Torturadas pero lentas. Atormentadas y odiando y temiendo pero indefinidamente retardadas y separadas y distintas, y en contraposición a su ritmo, mi propio corazón latía acelerado, rápido, como presa del pánico, y sin embargo yo estaba descansando y mi corazón latía normalmente.

Me dejé hundir en el suelo, que me dejó pasar reluctantemente hasta que estuve abajo, descansando contra la roca. Las piedras se deslizaron bajo mi espalda; las raíces más profundas se apartaron para dejarme paso; y luego la áspera roca me arropó suavemente y oí:

Nada inhabitual. La voz de la roca no había cambiado, y lo que oí cerca de la superficie había desaparecido.

Me sentía confundido. Ni siquiera hubiese imaginado lo que antes había oído, y ahora, cerca de la roca, todo era como había sido en Schwartz hacía unas pocas semanas apenas.

Ascendí de nuevo, escuchando durante todo el tiempo, y gradualmente la canción de la tierra cambió, pareció ralentizarse, pareció separarse en voces distintas. La tierra, también parecía más reacia a apartarse y dejarme pasar. Pero finalmente estuve de regreso en la superficie, los brazos abiertos, flotando como siempre en lo que solamente para mi podía parecer un mar ligeramente más denso de lo normal. Padre estaba de pie, observándome, con una expresión indescriptible en el rostro.

-Dios mío-dijo-, ¿qué te ha ocurrido?

-Sólo estaba descansando-respondí; no tenía otra cosa que decir.

-Te hundiste en la tierra...

-Olvidé mantenerme en la superficie-dije-. No te preocupes por eso. Quería descubrir algo. Yo... Padre, en Schwartz aprendí a realizar algunas cosas, cosas que nunca podrían ser exportadas a través de un Embajador. Schwartz no es un competidor para nosotros, ni tampoco para Nkumai, pero aprendí cómo hacer que las rocas y el suelo se comporten de forma distinta de lo normal. Y ellos hacen también que yo me comporte de una forma distinta.

-Pareció que habías desaparecido durante cerca de una hora, pero fue casi como una eternidad, Lanik. ¿Cómo hiciste para respirar?

-Contuve el aliento. Padre, han hecho algo con el suelo aquí. Algo que frena el desarrollo de las cosas, o hace que lo parezca. Es como si..., no sé. Como si el tiempo fuera más despacio para nosotros.

-¿Por qué esto no pasó con las tropas?

-Quizá traíamos con nosotros mucha velocidad adquirida o algo así. No sé. Pero mira el sol-apenas había rebasado un poco el cenit-. Y estamos casi agotados.

-Yo no-dijo Padre, y proseguimos.

Según el sol era apenas un poco pasado el mediodía; por mis propios cálculos, llevaríamos dos días de andar desde la mañana; y alcanzamos otro lago. En mi anterior viaje había contornado su borde sur. Esta vez lo alcanzamos por su orilla occidental, y podíamos ver claramente el otro lado, que hacia el norte o el sur parecía desaparecer... Supusimos que podía tratarse de una isla o una península.

-No sé qué pensarás tú-le dije a Padre-, pero yo me detengo aquí.

Dormíamos casi antes de tendernos.

Me desperté en la oscuridad. Nunca había visto la noche en Ku Kuei durante mi primer viaje, y la noche antes, con los soldados, había tenido otras cosas en la cabeza. Ahora observé el cielo. Tanto Disidencia como Libertad habían salido, y en aquella época del año

estaban cerca una de la otra. Permanecí tendido allí, medio adormilado aún, dejando vagar mi mente, cuando se me ocurrió que Disidencia debería de haber pasado ya a Libertad.

Sin embargo, casi no se apreciaba ningún indicio de movimiento.

¿Podía haber desarrollado realmente Ku Kuei una forma de retardar el sol y las lunas? Imposible. Imposible porque aquello ocurría allí y no era observado en ningún otro lugar.

Entonces no era ningún cambio en la tierra, ni tampoco en el cielo. Solo podía tratarse de un cambio en nosotros. Un cambio que no ocurría cuando el ejército estaba con nosotros; un cambio que ocurría cuando estábamos solos.

-Por una vez Disidencia ha aprendido cuál es su lugar-dijo Padre.

-Tú también te has dado cuenta...

-Odio este lugar, Lanik -suspiró-. Un mendigo ama cada una de sus monedas. Pero estoy empezando a pensar que habría sido más feliz con Harkint.

-Hasta cierto punto, sí, probablemente.

-¿Qué punto?

-Cuando te hubieran cortado la cabeza y no te volviera a crecer.

-Es un problema con los Mueller -dijo Padre-. Nunca podemos llegar a creer que la muerte es permanente. Una vez oí de un hombre que no podía imaginar cómo vengarse de su enemigo, excepto matándolo, y él no deseaba esa venganza. Así que desafió al hombre a un combate y lo venció, y mientras su enemigo estaba tendido en el suelo, debilitado aún por la pérdida de sangre, le cortó el brazo y se lo cosió al revés. Le gustó tanto el efecto que hizo lo mismo con el otro brazo del hombre, y con sus piernas también, a la altura de las caderas, de tal modo que las nalgas del hombre miraban en la misma dirección que su rostro. Y por supuesto tenía una cola. Era una venganza perfecta. Cuando todo hubo sanado, su enemigo pasó el resto de su vida contemplándose defecar, mientras que nunca pudo llegar a saber si hacía el amor con una muchacha hermosa o fea.

Me eché a reír. Aquel era el tipo de historias que se contaban junto a los grandes fuegos en Mueller- sobre-el-Río durante el invierno. El tipo de historias que los hombres nunca tendrían el humor de contar en circunstancias así, por mucho que fuera el ingenio.

-Nunca volveré, ¿verdad, Lanik? -dijo Padre; por la forma en que lo dijo, supe que no deseaba oír la verdad.

-Claro que volverás-dije-. Es solo asunto de tiempo que los nkumaios se desmoronen por su propio peso. Existe un límite para el territorio que puede absorber una Familia.

-No existe ningún límite. Yo habría podido conquistar todos los territorios.

-No. Sin mí no habrías podido -dije, de una forma tan beligerante que se echó a reír, como se había reído cuando yo era niño y lo desafié a un combate singular cuando me ordenó que me fuera a mi habitación como castigo por mi impertinencia; se rió hasta que yo tomé una espada y le exigí que el duelo fuera con honor. Tuvo que cortarme mi mano derecha antes de que yo me conformara y me sometiera.

-Nunca debí de intentarlo-dijo; intentar...¿qué?, me pregunté, hasta que terminó su frase-. Hacer algo sin ti.

No dije nada. Se había visto obligado a enviarme lejos, hacía un año o así; yo había actuado con poco campo para elegir desde entonces. ¿Un año? Había sido ayer. Siempre. En la oscuridad, sentí como si nunca hubiese estado en ningún lugar excepto allí, contemplando las estrellas.

Padre también las miraba.

-¿Las alcanzaremos alguna vez?

-Con unos brazos suficientemente largos...

-¿Y qué encontraremos?-Padre sonaba vagamente triste, como si simplemente acabara de comprender que nunca volvería a hallar algo que hubiera olvidado descuidadamente tiempo atrás-. Si nosotros en Mueller obtenemos el hierro suficiente, y de alguna forma construimos una nave estelar y partimos hacia las estrellas, ¿qué encontraríamos? Después de tres mil años, ¿nos recibirán con los brazos abiertos?

-Los Embajadores siguen funcionando. Nos envían hierro.

-Si alguna vez hubieran tenido la intención de dejarnos salir de este planeta, habrían venido hace años a sacarnos de aquí. Fueran cuales fuesen los pecados que hubiéramos cometido, ya estaban expiados al menos un centenar de veces antes de que yo naciera. ¿Me rebelé yo contra la República? ¿Qué amenaza represento para ellos? Poseen armas que podrían hacer que un solo hombre se enfrentara a todos los ejércitos de Nkumai y los venciera. Mientras que yo soy un viejo espadachín que en una ocasión venció a diecisiete arqueros en un solo día. Me pondría todas mis medallas, y ellos seguramente me harían reverencias -dejó escapar una desmayada risita, que se convirtió en un gruñido.

-Cuando cortas uno de sus brazos -dije-, no vuelve a crecer. Así que en eso tenemos una ventaja sobre ellos.

-Somos monstruos.

Las nubes permanecían como congeladas en sus lugares cerca del horizonte. No soplaba el menor viento.

-Tengo frío -dije-. No hay viento. Lo han retardado todo. Mira, padre. A través de esa ensenada, ¿ves cómo se inclina la hierba? Como si el viento estuviera soplando. Sin embargo se queda así, inclinada.

Padre pareció no darse cuenta.

-Padre-dije-. Quizá debiéramos irnos.

-¿A dónde?-preguntó.

-Al encuentro de los Ku Kuei.

-Como Andrew Apwiter entonces, intentando descubrir la tercera luna, una luna toda de hierro que nos salvara del infierno. Si los Ku Kuei estuvieran ahí, los habríamos encontrado.

-No pueden vivir sin dar alguna señal de vida.

-¿Y podemos disponer de suficientes años de nuestras vidas como para buscar en cada palmo de este bosque, a la espera de que algún Ku Kuei tropiece con nosotros o encontremos alguno de sus pelos enganchado en cualquier rama baja? Podrían hacer cosas extrañas con nosotros, y sin embargo es posible que nunca los veamos. Yo llamo a eso magia. Me rindo y llamo a eso magia, y los magos no nos necesitan y no nos ayudarán, y prefiero regresar junto a mi gente y morir. Al menos así ellos me recordarán como el rey que luchó hasta la muerte, y no como el Mueller que huyó al bosque y fue devorado por los ogros de Ku Kuei.

-Padre...

-Quiero dormir otra vez. Sólo deseo dormir-rodó sobre un lado y me dio la espalda.

Me quedé ahí tendido, mirando las estrellas y preguntando qué tipo de gentes serían los Ku Kuei. En este mundo, pueden ser cualquier cosa, pensé. Así como un niño que había sido educado en Mueller, nunca se me hubiera ocurrido que nada de lo nuestro fuera extraño. Cada niño aprendía sus lecciones con la amenaza de desmembramiento si fracasaba en sus estudios. Todas las heridas de un niño curaban un momento después de producidas. Pero ahora conocía otras cosas. Habitantes de los árboles que respondían a las cuestiones del universo, habitantes del desierto cuyas mentes se comunicaban con la tierra. En Traición, lo extraño era la normalidad, y lo ordinario era condenado al olvido o el sometimiento.

Hemos venido a vosotros, dije mentalmente a los Ku Kuei. Hemos venido porque no había otro sitio donde ir y esperábamos la piedad de aquellos que no necesitan temer a la justicia.

Nadie respondió a mis pensamientos. Nadie había oído.

¿Cuán fuerte debo gritar para que reparéis en mí? ¿Qué debo hacer para llamar vuestra atención, aunque solo fuera un momento, y por largos que sean esos momentos a mi alrededor?

El lago reflejaba la luz de la luna. Cerca de nosotros el agua resplandecía ligeramente, pero el resplandor se difuminaba y más allá el lago estaba inmóvil, con las olas congeladas a medio romper. Entonces supe cómo podía hacer para que ellos repararan en nosotros.

Después de todo, los juegos con el agua eran lo primero que había aprendido.

La tierra captó mi gran necesidad, quizá. O mis poderes eran más fuertes de lo que había pensado. Pero las rocas respondieron, y el lago se vació rápidamente. Cerca de nosotros no había efecto temporal; era como si el poder de las rocas venciera a los juegos subjetivos, fueran los que fuesen, que los Ku Kuei podían realizar. El nivel del lago descendió; la tierra se elevó para ocupar en parte el lugar del agua, y cuando el fenómeno hubo terminado tan solo quedaba el agua suficiente para albergar a los peces, un diseminado grupo de charcas y cenagales, y el lago había desaparecido.

-Señor-dijo una voz tras de mí.

-Cuán rápido habéis venido...-respondí, sin volverme.

-Nos has robado nuestro lago-dijo.

-Lo he tomado prestado.

-Devuélvelo.

-Necesito vuestra ayuda.

-Tú vienes de Schwartz, donde no se mata-dijo la voz detrás de mi-. Pero nosotros no somos Schwartz, y estamos dispuestos a matar.

-Entonces no recuperaréis el lago, ¿verdad?

-No te debemos nada.

-Me lo deberéis, cuando os restituya vuestro lago.

Silencio. Me volví. Nadie.

-Sois unos furtivos pequeños bastardos, ¿eh?

-¿Qué?-preguntó Padre, despertándose-. ¿Qué infiernos le ha ocurrido al lago?

-Sentía sed -respondí. Hemos tenido un visitante. Incluso nos han hablado.

-¿Dónde está?

-Ha ido a buscar refuerzos para echamos de aquí, se me ocurre. Mientras tanto, mira a Disidencia y Libertad.

Padre miró, y vio lo que yo veía: Disidencia moviéndose por delante de la cara de Libertad, y las hojas de los árboles susurrando en el viento.

-Bueno-dijo-, debería dormir más a menudo.

Aguardamos al borde de lo que había sido el lago. Y no hubo que aguardar mucho. Disidencia había pasado apenas un dedo por delante de Libertad cuando cuatro hombres aparecieron estrepitosamente por entre los matojos y nos rodearon irritados.

-¿Qué infiernos...?-exclamó uno de los hombres.

-¿Deseáis nadar?-pregunté.

-¿Qué derecho tienes a atacamos así? ¿Qué mal te hemos hecho?

-¿Además de jugar con nuestro sentido del tiempo?

Se miraron consternados.

Me engañasteis en mi primer viaje. Pero la segunda vez empecé a comprender.

-¿Por qué estáis aquí?

Padre y yo se lo explicamos, y escucharon con rostros inescrutables. Todos eran de piel oscura y altos y gordos (pero había fuerza tras la grasa), y aunque no eran negroides, tampoco parecían blancos. Especulé acerca de qué circunstancias podrían haber derivado en una apariencia tal allá en el Planeta Madre, y lo dejé correr; la genética crea preguntas, no las responde.

Cuando hubimos terminado el relato de nuestra triste situación, nos miraron por unos instantes y finalmente el más alto y gordo, obviamente el jefe (me pregunté si elegirían a sus líderes según los kilos), dijo:

- ¿Y?

-Necesitamos vuestra ayuda.

-¿Ah sí? ¿Hay alguna razón por la que debamos dárosla?

Padre estaba perplejo.

-La necesitamos. Estamos perdidos a menos que nos ayudéis.

-Eso es evidente, pero ¿qué diferencia supone para nosotros?

-¡Somos vuestros semejantes!-empezó Padre, pero fue lo suficientemente listo como para saber cuándo desistir. De todos modos, ellos consideraron que aquella idea era divertida.

-Tengo una buena razón por la cual debéis ayudarnos. Si no lo hacéis, no tendréis vuestro lago. Los mosquitos pulularán muy pronto sobre esas charcas que han quedado.

-Así que si yo os prometo todo lo que queréis, tú volverás a llenar el lago-dijo el jefe-. Todo lo que necesito hacer es matarte, y eso resuelve nuestro convenio. Además, nos quedamos con el lago. Así que, ¿por qué no llenas de nuevo el lago y os marcháis por donde habéis venido? Ni a nosotros nos importáis vosotros, ni nosotros a vosotros.

Yo estaba irritado. Así que hice que el suelo se removiera bajo sus pies y cayeran los cuatro. Lo hicieron pesadamente. Intentaron ponerse nuevamente en pie (y eran más rápidos de lo que creí que les permitía su corpulencia), pero hice que el suelo siguiera bailando bajo sus pies, y finalmente se arrastraron por la tierra y me gritaron que detuviera aquello.

-Sólo por un momento-dije.

-Si puedes hacer eso-dijo el jefe, poniéndose trabajosamente en pie y sacudiéndose las ropas-, difícilmente necesitas de nuestra ayuda. En lo que a nosotros respecta, no tenemos ningún tipo de armas. No las necesitamos. No hemos matado a nadie desde hace años, pero eso no quiere decir que tengamos alguna objeción moral a ello, así que no pienses que se han acabado todos tus problemas.

-Podría ser estupendo si pudiéramos hacer que la tierra se tragara a nuestros enemigos-dije-. Pero las rocas están en contra de los exterminios masivos, de modo que sólo puedo realizar algunas cosas. Demostraciones. Secar un lago. Hacer temblar el suelo bajo vuestros pies. Cosas poco prácticas contra un enemigo. Pero no necesitamos que vosotros luchéis en nuestras batallas. Lo que necesitamos es tiempo.

Rieron incontrolablemente. Se revolcaron de risa. Rugieron hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas. Pensé que un payaso podría retirarse tras cinco años de trabajar allí. Por último, el jefe dijo:

-¿Por qué no lo dijiste antes? Si todo lo que deseáis es tiempo, nosotros tenemos montones de él -estallaron de nuevo en espasmos de risa.

Padre parecía incómodo.

-¿Seremos nosotros la única gente cuerda en el mundo?

-Quizá piensen que somos demasiado serios.

-Podemos daros tiempo-dijo el jefe-. Llevamos años trabajando con el tiempo. No podemos ir al futuro ni al pasado, por supuesto, ya que el tiempo es unidimensional ("por supuesto", pensé, "todo el mundo sabe eso"). Pero podemos cambiar nuestra propia velocidad de traslación con relación al flujo general del tiempo. Y podemos extender ese cambio a nuestro entorno inmediato. Se necesita uno de nosotros para cada cuatro o cinco personas que deseemos cambiar. ¿Cuántos sois vosotros?

-Menos de mil-dijo Padre.

-Muy específico -respondió el jefe, retorciendo la boca como si fuera a estallar en otra sucesión de carcajadas-. ¿Estás seguro respecto al último decimal? Eso requerirá menos de doscientos de nosotros, ¿no? Menos, por supuesto, si os reunís y compartís todos el mismo tiempo. Así que quizá podamos lograrlo con menos de cincuenta.

-Lograr...¿qué?-preguntó Padre, suspicaz.

-No sé -dijo el jefe, sonriendo ampliamente-. Daros tiempo, por supuesto. ¿Cuánto deberá transcurrir hasta que todos vuestros enemigos estén muertos? ¿Cincuenta años? Si trabajamos duro, eso significa que deberéis permanecer en una zona pequeña durante digamos...cinco días. ¿Es demasiado largo? Es más difícil cuanto más rápido hagamos pasar el tiempo para vosotros, pero si necesitáis un supremo esfuerzo, podemos proporcionaros cien años en una semana.

-Cien años...¿de qué?

-¡De tiempo!-empezaba a impacientarse con nosotros-. Os sentáis aquí durante lo que parecerá una semana, y mientras, fuera de nuestro bosque, habrán pasado cien años. Salís de aquí, y todos vuestros enemigos habrán desaparecido, nadie os buscará, estaréis a salvo. ¿O estoy equivocado? ¿Viven vuestros enemigos un tiempo excepcionalmente largo?

Padre se volvió hacia mí.

-¿Pueden hacer eso?

-Después de este último año -dije-, creo cualquier cosa. Nos han hecho creer que las lunas se habían detenido.

El jefe se encogió de hombros.

-Eso no fue nada. Era un niño quien lo hacía. Dejadme reunir voluntarios para ayudaros, y mientras tanto llena otra vez el lago.

Negué con la cabeza.

-Cuando vuelvas, llenaré otra vez el lago.

-¡Te he dado mi palabra!

-También me dijiste que no te importaría matarme.

Sonrió de nuevo.

-Y quizá lo haga. Quién sabe... Este es un mundo muy peligroso.

Luego, bruscamente, él y sus amigos desaparecieron.

-Soy viejo-dijo Padre-. No puedo hacer frente a todo esto.

-¿Puedes hacer frente a la supervivencia? Quizá sobrevivamos, después de todo.

Al final fueron solamente treinta, pero el jefe nos aseguró que serían suficientes, y nos pusimos en camino, con el lago restituido a su pristina belleza a nuestras espaldas.

-Quizás ahora te matemos-dijo el jefe cuando el lago estuvo lleno, pero luego se echó a reír estrepitosamente y me dio un férreo abrazo-. ¡Me gustas!-gritó.

Todos los demás rieron. No capté el chiste.

-Tiempo rápido -dijo el jefe, pero para mi sorpresa nadie se apresuró. Luego me di cuenta de que querían decir que su tiempo iba a pasar rápidamente, mientras que el mundo exterior seguiría a su ritmo normal. Era la primera hora de la mañana cuando alcanzamos el lugar donde había acampado el ejército, pero nos detuvimos y dormimos dos veces durante el camino, y en total nuestra expedición había tomado cinco días de nuestro tiempo, mientras que para nuestros soldados habían sido apenas veinticuatro horas o así.

Y así habría sido, si los soldados hubieran estado allí.

A un kilómetro de distancia, resultaba claro que algo había ido mal. Estábamos siguiendo el borde del largo lago, y podíamos ver hasta lejos por la pradera que lo orillaba. Pero allá donde surgía el humo de los fuegos de camparla no se veían los agrupamientos de caballos. Ningún caballo. Nada.

Excepto cadáveres, por supuesto. No demasiados, pero sí tantos como para aclarar lo sucedido. Homamoch, que había insistido en meter su carromato en el bosque pese a cualquier inconveniente, yacía muerto frente a los restos calcinados de la carreta. Ni siquiera un Mueller puede regenerar las quemaduras que afecten a la totalidad de su cuerpo... Pero para asegurarse, le habían cortado la cabeza ya muerto. Los demás cadáveres habían sufrido el mismo trato.

Todo quedó claro apenas unos instantes después de penetrar en el campamento. Y entonces grité:

-¡Saranna!-perdí la calma, deseaba que ella no estuviera allí; mejor imaginarla viva entre los desertores que muerta allí. Volví a llamarla, y pronto los Ku Kuei se unieron a la búsqueda de los vivos entre los muertos.

Fue el jefe quien me llamó.

-¡Bebelagos!-gritó-. ¡Alguien vivo!

Avancé hacia él.

-¡Es una mujer! -gritó.

Avance mas aprisa.

Padre se estaba arrodillando junto a ella. Le habían cortado los brazos y las piernas, y su laringe estaba abierta de lado a lado. Su cuerpo se estaba regenerando, pero aún no podía hablar pues no era una radical.

El jefe de los Ku Kuei no dejaba de preguntamos cómo estaba curando tan aprisa y por qué no se había desangrado hasta morir, hasta que Padre le dijo que cerrara su gorda boca por un momento. Le dimos de comer, y ella me miró con una expresión que me partió el corazón, y los muñones de sus brazos se extendieron hacia mí. La abracé. Los Ku Kuei, desconcertados, observaban.

-Supongo que esto significa que ya no nos necesitáis-dijo el jefe tras un instante.

-Más que nunca-dije, mientras Padre decía:

-No, claro.

-¿A cuál de los dos debo creer?-preguntó el jefe.

-A mí-insistí-. No necesitamos a treinta hombres para nuestro ejército. Pero no hay ningún lugar donde podamos ir ahora. Nosotros tres. Mi padre, Ensel Mueller. Saranna, mi...esposa. Y mi nombre es Lanik Mueller.

-Nosotros hemos cumplido con nuestra parte del trato -dijo el gordo Ku Kuei-. Y así nos hemos librado de vosotros. ¿Debemos conduciros ahora hasta el borde del bosque?

Perdí la paciencia. Aterrizó pesadamente sobre su espalda y maldijo.

-Tienes los instintos de un pendenciero-dijo encolerizado-. ¡Que todos tus hijos se conviertan en puercoespines! ¡Que tu vesícula biliar se llene de piedras! ¡Que tu padre descubra que ha sido estéril toda su vida!

Parecía tan serio, tan vehemente, que no pude hacer otra cosa que echarme a reír. Y cuando empecé, el jefe se abrió en una amplia sonrisa.

-¡Tú eres del tipo de gente que me gusta!-gritó.

Me di cuenta de que no hacía falta mucho para simpatizar con los Ku Kuei.

Llevaron a Saranna de vuelta con ellos, de una forma sorprendentemente cuidadosa para una gente tan corpulenta y desproporcionada; pero se detuvieron a descansar más a menudo de lo que Padre o yo necesitábamos, y mientras Padre comía ansiosamente los inmensos tentempiés que constantemente ofrecían compartir con nosotros, yo no me preocupaba en comer. En vez de eso permanecía junto a Saranna y le daba de comer a ella. Habíamos estado viajando durante horas en nuestro segundo día tras abandonar el campamento, cuando Saranna habló finalmente.

-Creo que mi voz vuelve a funcionar-dijo roncamente.

-¡Oh no!-gritó uno de los Ku Kuei-. ¡Una mujer habla, y el silencio ha quedado desterrado del bosque! -la observación desencadenó inmensas risotadas, y varios de los Ku Kuei se revolcaron por el suelo, incapaces de levantarse pues tanto la risa como la comida engullida les impedía permanecer en pie.

-Saranna-dije, y ella sonrió.

-Estuviste fuera mucho tiempo, Lanik.

-Demasiado, parece.

-Me dejaron con vida para que te dijera lo que ellos piensan.

-La única cosa buena que han hecho en un mes.

-Estaban seguros de que te habías marchado para matar al Mueller. Sabían que planeabas atraer los terrores de Ku Kuei sobre ellos. Te odiaban. Así que se fueron.

-Matando a su paso.

-Homarnoch se lo prohibió y amenazó con matar al primer hombre que intentara irse. Pero eran muchos los que pretendían huir, y así fue Homamoch el primero en caer. Algunos intentaron defenderlo, y murieron también.

-¿Y tú?

-Fueron rápidos. Deseaban asegurarse de que no pudiera viajar fácilmente. Pensaron que eso impediría que tú y los monstruos los persiguierais.

Miré a los treinta extraños Ku Kuei, sentados como pequeñas montañas o roncando sobre la hierba.

-Montruos -dije, y Saranna rió. Pero su risa se convirtió muy pronto en llanto, y su voz fue un confuso sollozo.

-Es tan bueno tener una voz para llorar... -murmuró, cuando las lágrimas cesaron.

-¿Cómo están tus pies?

-Mejor. Pero los huesos no están duros aún. Mañana podré andar un poco-descubrí el vendaje que los Ku Kuei habían improvisado en tomo a sus piernas.

-Mentirosa-le dije-. Ni siquiera tienes formada la mitad de la tibia.

-Oh-respondió-. Me parecía que ya estaba sintiendo los dedos.

-Es el nervio regenerándose. ¿Nunca antes habías perdido una pierna?

-Siempre me he portado bien-sonrió.

-¡Bueno! ¡Vámonos, arriba, arriba, aprisa! No tenemos mucho tiempo-gritó el jefe, y los demás rieron estruendosamente mientras reanudábamos la marcha. Interiormente deseaba matar al próximo hombre que se riera.

La ciudad de los Ku Kuei se hallaba en medio del lago, en la isla que habíamos visto desde la orilla. Si es que se le pudiera llamar ciudad a aquello... No había edificios, ni estructuras de ninguna clase. Solo bosque, hierba concienzudamente pisoteada en algunos lugares.

Lo más notable era la gente. Los niños, afortunadamente, eran delgados. Pero los adultos me hacían sospechar que, kilo por kilo, los Ku Kuei superaban al resto de la población del planeta. La impresión que tuve-y nunca hallé ninguna razón para cambiarla-fue una increíble pereza. Parecía que nadie hacía nada que pudiera evitar hacer.

-Ven a cazar con nosotros-me dijeron varios, y en una ocasión fui. Se pusieron en tiempo rápido y se dirigieron hacia su presa, y la mataron mientras permanecía inmóvil, quieta en tiempo normal. Cuando sugerí que aquello no era deportivo, me miraron con extrañeza.

-Cuando corres una carrera, ¿acaso te cortas los pies?-me preguntó uno. Y otro dijo:

-Si me corto los pies, ¿significa esto que nunca volveré a correr en otra carrera?

Paroxismos de risa. Regresamos a la ciudad.

Pero pese a toda su indolencia, su determinación de divertirse ante todo, y su absoluta negativa a tomarse en serio ninguna responsabilidad, hicieron que empezara a amar a los Ku Kuei, no del mismo modo que a los Schwartz, a los que también había admirado; amaba a los Ku Kuei como inmensos juguetes autopropulsados.

Y ellos, por alguna extraña razón, también me querían a mí. Quizá porque yo había descubierto una nueva forma de tirar a la gente al suelo.

-¿Cuál es tu nombre?-le pregunté al hombre que había mandado nuestra expedición de rescate.

-¿Cuál crees que es, Bebelagos?

-¿Cómo podría saberlo? El mío es Lanik Mueller.

Dejó escapar una risita.

-Eso no es un nombre. Tú bebiste el lago, así que tú eres Bebelagos.

-Eres el único que me llama así.

-Soy el único que te llama de algún modo-dijo-. ¿Y cómo se encuentra Muñones?

Cuando descubrí que se refería a Saranna me fui. El no pudo comprender el motivo de mi irritación. Pensaba que el nombre era apropiado.

Supongo que los meses que pasé en Ku Kuei fueron una especie de idilio, como mi temporada en Schwartz. Pero en el desierto aún estaba esperanzado con el futuro. En Ku Kuei, mi futuro había quedado atrás. Y Padre deseaba morir.

Me di cuenta de ello durante el segundo día de nuestras lecciones con Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe. Saranna y yo estábamos tendidos en la hierba, con los ojos cerrados, prestando atención cuidadosamente mientras el maestro hablaba suavemente y cantaba a veces e intentaba ayudamos a sentir su propio flujo temporal a medida que nos rodeaba. No sé qué habrá sido lo que me hizo salir del trance (y lo hice reacio, estoy seguro, puesto que Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe poseía el más gentil flujo temporal que jamás hubiera compartido), pero miré a Padre y sus ojos estaban abiertos, mirando directamente al cielo. La huella de una lágrima se deslizaba desde un ojo hasta su barba.

En aquel momento aparté la preocupación de mi mente. Seguramente Padre tenía muchas razones por las que sentirse triste; no había ningún motivo para obligarlo a disimular una alegría que no sentía.

Pero debido a Padre, descubrí que me resultaba cada vez más difícil participar en aquel ambiente feliz y despreocupado en que vivían los Ku Kuei. ¿Despreocupado? Aquella era aparentemente mi actitud. Pero aunque a veces me sentía relajado, me sentía amado, me sentía bien, nunca estaba completamente en paz. Mayormente debido a mi preocupación hacia Padre. Pero parcialmente debido a que en toda mi formación nunca había recibido lecciones de indiferencia y despreocupación. Había pasado un año difícil, y sus efectos eran lentos en desvanecerse. Y es imposible sentirse despreocupado después de haber oído la música de la tierra.

-Eres demasiado vehemente -dijo Hombre-Que-Cayó-Sobre-Su-Trasero (el nombre que finalmente le di al jefe al que había derribado varias veces..., a él le gustaba el nombre, y algunos de sus amigos lo adoptaron)-. Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe dice que no estás haciendo muchos progresos. Tienes que aprender a reír.

-Sé hacerlo.

-Sabes cómo hacer sonidos tontos conservando la barriga plana. Nadie puede reír con una barriga plana. Y tú estás demasiado delgado. Eso es una señal de despreocupación, Bebelagos. Te digo esto porque creo que deseas aprender a jugar con el tiempo. Lo estás intentando demasiado seriamente-por una vez, Hombre-Que-Cayó-Sobre-Su-Trasero pareció realmente serio, muy preocupado. La expresión era tan extrana en su rostro que no pude hacer otra cosa que echarme a reír, y él rió también, pensando que había conseguido algo. Pero no había conseguido nada.

Porque Padre no prestaba atención a nada. Incluso en el despreocupado Ku Kuei, uno tenía que prestar atención para sobrevivir, y Padre no lo hacía. Se cayó un montón de veces, una de ellas desde una colina relativamente alta. En esa ocasión terminó con los dos brazos rotos. Sanaron en unos pocos días, pero mientras permanecía tendido bajo un árbol durante una lluvia torrencial, mientras yo practicaba un elemental control de tiempo retardándonos los dos un poco (muy poco) para que las gotas cayeran más suavemente, sujetó de pronto muy fuertemente mi mano, lo cual seguramente hizo que su brazo le doliera más, y dijo:

-Lanik, tú posees el poder de los Schwartz. ¿Puedes cambiarme?

-¿En qué?-pregunté, tratando de mantener el tono alegre que se iba convirtiendo en algo inherente en mí.

-En quitarme mi cualidad de Mueller. Quitarme la regeneración.

Me sentí desconcertado.

-Si lo hubiera hecho, Padre, esa caída habría podido matarte. Y habrías necesitado meses para que esos brazos sanaran.

Apartó la vista de mí, con los ojos llenos de lágrimas, y me di cuenta de que la caída de la colina no había sido realmente un accidente.

Aquello me preocupó. Padre había sufrido reveses antes, pero este, evidentemente el peor de todos, lo estaba constriñendo demasiado.

Saranna me causaba otro tipo de preocupaciones. Empezaron cuando la descubrí haciendo el amor con Matabichos, llamado así porque se sacudía enormemente durante el acto sexual. Ella se reía mientras él sacudía sus piernas, y siguió riéndose cuando me miró.

Hacer el amor bajo los árboles era algo muy común en Ku Kuei, y no me hacía ninguna ilusión con respecto a su fidelidad. Si yo me había limitado a hacer el amor sólo con ella era simplemente porque consideraba a las mujeres de Ku Kuei demasiado gordas como para desearlas. Me sentí un poco celoso, es cierto, pero lo que más me preocupó fue darme cuenta de que Saranna no parecía diferente de cualquier otra mujer en Ku Kuei... Divertida, despreocupada, tranquila.

Había sido Saranna quien me había suplicado que la llevara conmigo cuando abandoné por primera vez Mueller; Saranna quien se había cortado profundamente cuando me negué a que ella siguiera siendo mi amante después de saber que era un rad. Y había seguido intensamente enamorada de mí después de mi regreso. Y ahora...

-Saranna es una buena estudiante -dijo Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe.

-Sí-respondí-. Puedo sentir su flujo temporal casi tan bien como siento el vuestro.

-No eres feliz-dijo mi maestro.

-Imagino que no.

-Estás celoso porque eres el peor estudiante que yo haya tenido nunca, mientras que Saranna es tan buena como cualquiera de nuestros chicos mejor dotados.

Me encogí de hombros. Seguramente había parte de verdad en aquello.

-Quizás esté preocupado porque ella parece no preocuparse tanto por las cosas como yo.

Hombre-Que-Lo-Sabe-Todo se echó a reír.

-¡Tú te preocupas por todo! ¿Cómo es que uno puede preocuparse por tantas cosas?

-Mi padre se preocupa aún más-dije.

-Al contrario. Vientreplano, tu padre, se preocupa tan poco como cualquiera de nosotros. Sucede que tiene tendencia a la desesperación, mientras que nosotros estamos llenos de esperanzas.

-Estoy perdiendo a Saranna.

-Eso es bueno. Nadie debería pertenecer a nadie-y empezó a explicarme por qué mi sentido temporal no era bueno, y que necesitaba relajarme antes de que me volviera tan rígido y duro como un árbol.

Yo no estaba preocupado constantemente, por supuesto. Eso habría sido imposible en Ku Kuei. Aunque no hubiesen existido los juegos en el lago o las locas expediciones a través del bosque, pasear por la ciudad tan sólo, haciendo pausas para probar los flujos temporales de la gente que vivía a su propio ritmo, habría sido suficiente como para mantener entretenido a un hombre durante un siglo.

Por ejemplo, Hombre-Que-Cayó-Sobre-Su-Trasero estaba casi siempre en un flujo temporal realmente rápido. Yo era tan inepto en el moldeo temporal que casi automáticamente me unía al flujo temporal de quien estaba más cerca; incluso los Ku Kuei de menos talento podían mantener su propio flujo temporal cerca de cualquier otro. Cuando yo estaba con Hombre-Que-Cayó-Sobre-Su-Trasero, el resto del mundo parecía totalmente parado. Andábamos y charlábamos, y el sol nunca se movía en el cielo, y la gente con la que nos encontrábamos parecía como congelada o, si se hallaba en un flujo temporal rápido, o que se movía aletargadamente. Nadie se movía tan rápidamente como Hombre-Que-Cayó-Sobre-Su-Trasero.

-Amigo mío-le dije finalmente un día, cuando descubrí que era mi amigo-, vas por la vida tan rápidamente que... ¿Por qué tu prisa?

-Yo nunca voy aprisa. Nunca he andado rápido.

-Llevo aquí quizás un mes o así, y...

Me interrumpió con su risa.

-¡No sé por qué sigues contando los días, si no significan nada. ..!

-Y durante todo este tiempo has envejecido.

Se tocó el cabello.

-Grisea, ¿eh?

-¡Y se te forman arrugas!-dije triunfante, como si eso lo respondiera todo.

También con Saranna era aplicable el fatalismo... Pero en ella era distinto. Se retardaba. No es que fuera una decisión súbita ("hoy iré más lento"), sino gradual. Pero una vez conseguido el dominio del moldeo del tiempo empecé a observar que cuando estaba con ella, atrapado por su flujo, todo a nuestro alrededor se movía con más rapidez. Intolerablemente rápidos, los Ku Kuei que pasaban a nuestro lado parecía que danzaban locamente, y desaparecían casi inmediatamente de nuestra vista; solo se dejaban ver por un

momento y enseguida se iban. Cuando Saranna y yo hablábamos, ella permanecía mirando por encima de mi hombro, de lado a lado, observando cómo la gente se apresuraba. De tanto en tanto sonreía, una expresión que nada tenía que ver con nuestra conversación, y cuando yo me volvía para ver la escena que la había divertido, ya era tarde; había desaparecido.

Cuando en una ocasión fui a su encuentro a primera hora de la mañana, y tras una breve conversación descubrí que estaba anocheciendo, le pregunté por qué se retardaba tanto.

-Porque es tan divertido... Verlos correr así-dijo.

Eso habría sido una razón suficiente para la chica frívola de la que me había enamorado al principio, pero ahora no me bastaba. Insistí. Se resistió.

-Eres demasiado vehemente, Lanik. Pero te quiero.

Hicimos el amor, y fue mejor que nunca, y su pasión por mí seguía siendo cálida, en nada comparable a las alegres y divertidas aventuras con el Ku Kuei. Sabía que ella aún sentía afecto por mí, pero no suficiente como para arrancarla de su insistencia en dejar que el mundo siguiera corriendo sin que ella tomara parte en la carrera.

Empezó a hacerse notable. Los Ku Kuei empezaron a llamarla no Muñones sino Muñón, pues para la mayoría de ellos resultaba tan inamovible y muerta como el muñón que forma el tocón de un árbol cortado. Nada ni nadie le hacía cambiar su flujo temporal, el camaleón que cambiaba de tiempo con cada amigo, era el que más fácilmente podía hablar con ella. Pasaba casi todo el tiempo inmóvil, incre1blemente congelada a mitad de un paso. Desde la distancia la observaba a veces durante horas y horas hasta que completaba el paso y empezaba a levantar el otro pie.

En una ocasión observé que las veces que la vi, durante tres días, hacía el amor con Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe. Las caricias y embates eran lentos, el movimiento tan ínfimo, como si fueran estrellas distantes, que sentí como si nunca la hubiera conocido, o peor aún, como si ella fuera simplemente una estatua pornográfica bajo un árbol en la isla Ku Kuei.

Saranna y Padre estaban, ambos, buscando su propia forma de retirarse de la vida. Mientras que yo era incapaz de escapar.

Padre vino a verme el dia en que murió, y se tendió junto a mí bajo un árbol mientras caía una suave llovizna.

-No juegues con el tiempo hoy -dijo Padre-. Siempre estás tan concentrado que no sé si me estás escuchando...

Permanecimos tendidos allí, y Padre pasó su brazo a mi alrededor y me atrajo hacia sí como lo hacía cuando estábamos de maniobras, cuando yo era niño. Me estaba diciendo que me quería. Me estaba diciendo adiós.

-He sido un constructor -dijo, como si estuviera escribiendo su epitafio en mi mente-, pero mis construcciones se han derrumbado, Lanik. He sobrevivido a todas mis obras.

-Excepto a mí.

-Tú has sido modelado por fuerzas más grandes que las que yo puedo reunir. Es vergonzoso cuando un arquitecto vive para ver que el templo se derrumba.

Hacía siglos que nadie en Mueller había edificado templos.

-¿Fui un buen rey?-preguntó Padre.

-Sí-respondí.

-No-dijo él-. Guerras y muertes, conquista y poder, todo tan importante durante tantos años, y luego todo destruido.... no destruido por las inexorables fuerzas de la naturaleza, destruido porque los hombres que viven en los árboles ganaron la partida y obtuvieron el premio antes que nosotros, y eso nos desequilibró, nos hizo caer al suelo. Suerte. Fue cuestión de suerte que pudiéramos obtener hierro del Embajador. Y yo no he sido un constructor de imperios después de todo, ¿no? Simplemente, utilicé el hierro para matar gente.

-Para tu pueblo has sido un buen gobernante -dije; él necesitaba escuchar eso, por lo demás, a la escala relativa por la que los monarcas son medidos, era cierto.

-Juegan con nosotros. Una dosis de hierro aquí, otra allá, y observan lo que ocurre en el terreno de juego. Yo era un peón, Lanik. Y pensaba que era el rey.

Y entonces me sujetó con furia, se asió a mi, y susurró salvajemente en mi oído:

-¡No me echaré a reír!

Y para demostrarlo, lloró. Y yo también lloré.

Se dejó ahogar, y su cuerpo fue descubierto flotando entre los altos juncos en el lado poco profundo de la isla, hasta donde lo había arrastrado la corriente. Saltó desde un acantilado a la parte más profunda del lago, y se rompió el cuello. Su cuerpo no pudo regenerarse tan aprisa como para evitar que se ahogara mientras yacía indefenso en el fondo. Había vencido a la regeneración, y me sentí orgulloso de su ingenio. El suicidio había estado fuera del alcance de los Mueller durante años, a menos que se volvieran locos y se echaran a las llamas. Padre no estaba loco, estoy seguro de ello.

Con Padre desaparecido, algunas cosas empezaron a ir mejor. Ya no tenía que preocuparme más por él, y cuando finalmente fui capaz de vencer la sensación de vacío, cuando dejé de volverme en busca de alguien antes de recordar tras un momento que ya no estaba allí, mejoré como estudiante.

-Sigues siendo terriblemente malo-me dijo Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe-, pero al menos puedes controlar tu propio flujo temporal.

Y era cierto. Podía andar a menos de un metro de alguien en un flujo diferente, sin verme obligado a cambiar el mío. Lo cual me proporcionó un índice de libertad que hasta entonces no había alcanzado. Y empecé a cambiar mi flujo a muy rápido cuando era hora de dormir, de modo que mis nueve horas tomaran solamente unos pocos minutos y a los demás les pareciera que estaba despierto todo el tiempo. Vi pasar cada hora de cada día, y como un Ku Kuei, descubrí que eso me divertía.

Pero no era feliz.

Nadie era feliz. Un día me di cuenta de eso. Divertidos, si. Pero la diversión es el producto de la reacción de la gente muy aburrida cuando ya nada la entretiene. Los Ku Kuei disponían de todo el tiempo del mundo. Pero no sabía qué hacer con él.

Había vivido con los Ku Kuei durante medio año de tiempo real (las estaciones, de un modo general, no resultaban afectadas por sus juegos), cuando oí decir que Hombre-Que-Cayó-Sobre-Su-Trasero se estaba muriendo.

-Es muy viejo-dijo la mujer que me lo comunicó.

Y fui a verlo. Lo descubrí corriendo alocadamente hacia la muerte mientras permanecía tendido en la hierba bajo el sol. Aceleré hasta alcanzar su tiempo, cosa que pocos Ku Kuei estaban dispuestos a hacer, principalmente porque no había nada divertido en la muerte, y sujeté su mano mientras él jadeaba pesadamente.

Su cuerpo había adelgazado, pero aún seguía siendo gordo. Su piel colgaba en pliegues y dobleces.

-Puedo curarte-dije.

-No importa.

-Estoy seguro -dije-. Puedo renovarte. Lo aprendí en Schwartz. Allá viven eternamente.

-¿Para qué? -preguntó-. No me he pesado todo este tiempo apresurándome simplemente para ser engañado ahora -y se echó a reír.

-¿De qué te ríes?-pregunté.

-De la vida-dijo-. Y de ti. Oh, barrigaplana. Mi Bebelagos. Bébeme a mí.

Se me ocurrió que yo era la única persona en Ku Kuei que podía sentir aflicción por él. La muerte era ignorada allí, como lo había sido cuando mi padre murió. Hombre-Que-Cayó-Sobre-Su-Trasero había tenido muchos amigos. ¿Dónde estaban? Buscando nuevos amigos que no corrieran a través de la vida y terminaran mucho antes que los demás.

-Eso no tiene significado para mi-dijo-. Pero sí significa algo para ti. Decimos que somos felices porque tenemos esperanzas, pero es una mentira. No tenemos esperanzas. Tú eres la única persona que he conocido en mi vida que ha tenido esperanzas, Bebelagos. Así que vete de aquí. Esto es un cementerio, vete de aquí y salva al mundo. Tú puedes, tú sabes. Si no, nadie puede.

Observé sorprendido que no estaba riendo.

-¿Crees realmente en lo que dices?-pregunté.

-Te quiero, Bebelagos-respondió, y luego murió. Quedaba lo suficiente de su flujo temporal como para que se descompusiera en unos pocos minutos de tiempo real, así que nadie tuvo que trasladar su cuerpo. Simplemente se fundió con la tierra.

Y yo también me fundí con la tierra; dejé que se cerrara sobre mi y de nuevo escuché su música. La guerra había terminado; los gritos de los que agonizaban eran aislados aunque constantes en el espacio; las muertes normales de un tiempo de paz. Y sin embargo no podía creer que el mundo estuviera en paz. El mundo nunca había estado en paz.

¿Salvar al mundo? ¿De qué? No me hacía ilusiones. Ni siquiera podía salvarme a mi mismo.

Podía, sin embargo, saborear el mundo, y aquí, en Ku Kuei, el sabor era escaso. Con Hombre-Que-Cayó-Sobre-Su-Trasero muerto, y Padre muerto, y Saranna congelada en el tiempo, y Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe convencido de que yo nunca aprendería más de lo que ya sabía sobre el control del tiempo, se me ocurrió que ya era hora de irme.

-No lo hagas -me dijo Saranna cuando se lo comuniqué.

-Debo hacerlo y lo haré -dije.

-Te necesito-sus ojos tenían un aspecto asustado.

Así que me quedé un poco más. Me quedé con ella en su flujo temporal durante otro día, otra noche, y otro día de tiempo real, e hicimos el amor, y dijimos muchas cosas agradables que luego serían buenos recuerdos y suavizarían el dolor de la partida. Luego me fui; ella no lloró, ni yo tampoco, pero creo que ambos lo deseábamos.

-Vuelve -dijo.

-De acuerdo.

-Vuelve pronto. Vuelve cuando aún seas lo suficientemente joven como para desearme. Porque yo voy a ser joven para siempre.

Para siempre no, Saranna, pensé pero no lo dije. Joven hasta que el planeta se haga viejo y sea engullido por una estrella, solamente. Entonces tú serás vieja y las llamas destruirán aquello que el tiempo no ha podido destruir. Y puesto que tú has elegido ocultarte del tiempo, las llamas te quemarán infinitamente hasta que mueras.

Mientras me iba, pensé que nunca volvería a verla de nuevo, y así, una vez salido de su flujo temporal, miré hacia atrás y memoricé su imagen, con una sola lágrima que acababa de brotar y una encantadora sonrisa en su rostro, y sus brazos tendidos para decirme el adiós o quizás adelantándose con la intención de retenerme y hacerme volver. Era insoportablemente hermosa; la encantadora muchacha se había convertido en una mujer. Y me pregunté en un parpadeo si yo no sería ya demasiado viejo como para amarla realmente.

Luego me fui sin decirle adiós a nadie, pues mi partida no hubiera divertido particularmente a ninguno, y penetré en el bosque con mi flujo temporal deslizándose naturalmente dentro del tiempo real, de tal modo que por la noche me sentí cansado y me dormí, y me desperté por la mañana con el sol. La normalidad era alentadora, aunque tan solo fuera en su cualidad de variada.

Estaba a un día de distancia de la ciudad cuando capté, cerca, un flujo temporal rápido y me ajusté a él. Descubrí a tres Ku Kuei, chicas jóvenes aún, con la delgadez de la adolescencia. Estaban atormentando a un extranjero que se había aventurado por el bosque. Fuera cual fuese la dirección que traía, ahora se encaminaba hacia el sur siguiendo el río Bosque, que más adelante se adentraba en Jones. Una de las chicas dejó a las otras y me explicó que llevaban varios días acosando al pobre desgraciado. Se estaba volviendo loco preguntándose por qué no podía viajar más de una hora según el sol, antes de sentirse vencido por el sueño.

-He aquí un hombre que nunca volverá a Ku Kuei-dijo con una risita.

-Nunca se sabe -dije yo-. Alguien me hizo lo mismo la primera vez que lo crucé, y he vuelto.

-Oh-dijo ella-. Tú eres Barrigaplana. Tú eres diferente -y luego empezó a desnudarse, señal inequívoca de que un Ku Kuei espera hacer el amor, y la hice reírse a carcajadas cuando le dije que no sentía ningún deseo-. ¡Eso es lo que me habían dicho, pero no conseguía creerlo! Sólo esa chica blanca de Mueller, ¿verdad? Muñón, ¿verdad?

-Saranna-dije. Aquello la hizo reír aún más, la dejé y regresé a tiempo real a fin de alejarme rápidamente de ella. Era cierto, pensé. Incluso antes de abandonar Mueller había pasado incontables horas planeando engañar a Saranna y acostarme con todas las chicas que encontrara y que estuvieran bien dispuestas. Y pocas habrían rehusado acostarse con el heredero de Mueller. Sin embargo, desde mi regreso a Mueller, no me había acostado con ninguna otra. ¿Por qué no?

Aquella fidelidad me tomó por sorpresa. Me pregunté cuánto se prolongaría esa fase.

Cuando uno lo atraviesa sin miedo, el bosque de Ku Kuei es realmente hermoso. Pero yo había sido educado en un país de granjeros y jinetes: cuando el río Bosque salió de entre los árboles y penetró en las altas colinas de Jones, en una serie de meandros que descendían hasta la gran llanura del río Rebelde, me senté durante una hora en lo alto de una colina a contemplar los campos y los árboles y el paisaje abierto. Desde allí podía ver el humo que brotaba de las chimeneas de las cocinas no muy lejos; en el río Rebelde, hacia el sur en lontananza, se veían velas; pero en la gran extensión que tenía delante, los hombres no eran muy diferentes a mí, después de todo. Me sentí un tanto filosófico durante unos breves minutos, y entonces me di cuenta de que uno de los bosquecillos cercanos estaba lleno de manzanas No me sentía hambriento. Pero llevaba tanto tiempo sin comer que mis dientes parecían moverse por impulso propio ante el solo pensamiento de masticar. Así que descendí por la ladera de la colina, olvidé la filosofía y me reuní de nuevo con la raza humana.

Nadie pareció alegrarse particularmente de verme.

9

JONES

La ciudad tenía un nombre, pero nunca llegué a conocerlo. Era solamente otra de las poblaciones a caballo del gran camino que iba de Nkumai a Mueller. Antiguamente había sido uno de los muchos pequeños caminos que permitían que Jones comerciara con Bird, y Robles con Sloan, pero ahora se había convertido en un camino amplio, lleno de tráfico. Hacía solo un año que mi padre y yo habíamos desaparecido en el bosque de Ku Kuei sin regresar; éramos tan solo una leyenda, y Dinte gobernaba en Mueller, y en toda la llanura del río Rebelde, desde Schmidt al oeste hasta las montañas Inmensas al este reinaba la paz. La paz, porque había sido conquistada, y era un secreto a voces que, aunque Mueller hacía públicamente alarde de su independencia -que de hecho era mayor y más fuerte de lo que

nunca hubiera sido antes-, el 'rey' nkumaio gobernaba en Mueller con tanta seguridad como lo habría hecho en Nkumai.

¿Rey? Mucho había oído acerca de aquel rey, pero yo bien sabía qué podía creer al respecto, como lo sabían otros que tenian razones para conocer la verdad. Como el posadero de la población, un hombre que había sido antes Duque del Lindero del Bosque, pero había cometido el error de pretender ocultar el enorme impuesto de conquistador cuando los soldados de Nkumai acudieron a cobrarlo. Sin embargo, había conseguido pese a todo ocultar el dinero suficiente como para comprar la posada y hacerse cargo de ella.

-Y ahora trabajo aquí, día sí y día también, y me gano bien la vida, pero muchacho, aunque no llegues a conocerlo nunca, te digo que no hay nada como cazar el cossie con perros junto al lindero del bosque.

-No lo dudo -dije, particularmente porque yo también había cazado muchas veces el cossie. Nosotros, los excedentes de la realeza, habíamos ganado en recuerdos lo que habíamos perdido en posición social.

-Pero el rey ha dicho: 'no más caza', y así comemos buey y cordero mezclados con estiércol de caballo, y a eso se le llama guiso.

-Al rey se le debe obediencia-dije. En esos días no podía hacer daño exhibir un suplemento de lealtad (no había allí nadie excepto nosotros, leales defensores de Nkumai).

-El rey puede irse al infierno-dijo el posadero, e instantáneamente me cayó mucho más simpático. Si hubiera habido algún otro cliente, quizá se habría mostrado más circunspecto-. El rey de los nkumaios es tan predominante en estos días como las naves estelares.

Me eché a reír. Así que él también sabía...

-Todo el mundo sabe que el auténtico poder tras el trono se halla en manos de Mwabao Mawa-agregó.

El nombre despertó en mí oleadas de recuerdos, que terminaron en una oscura noche cuando ella intentó seducir a una dulce jovencita en su casa de los árboles. Extrañamente, mis recuerdos me inspiraron y me encontré pensando melancólicamente en lo que habría podido ocurrir si hubiéramos llegado a hacer el amor. Habría sido una buena sorpresa para ella.

-Lo que yo sé, aunque nadie más sabe, es que son los científicos quienes detentan el poder tras Mwabao Mawa -dijo.

Sonreí.

-¿Científicos? No son más que soñadores.

-¿Así lo crees? ¿Piensas que porque estoy pasando por tiempos difíciles no tengo partidarios y amigos situados en altas posiciones? Ocurre lo mismo en Mueller. Son los genéticos quienes manejan las cosas aquí... Dinte simplemente se encarga de impedir que la gente que permanece fiel a la realeza se rebele. Triste día aquel en que los nacidos para gobernar deben contentarse con regir posadas, mientras los usurpadores detentan un poder que nunca debieron haber ocupado.

Fue a la trastienda, y no regresó hasta que yo hube terminado de beber mi cerveza. No la necesitaba, pero de tanto en tanto era agradable beber. Y después era agradable orinar. La gente que hace esas cosas cotidianamente no comprende el placer que proporcionan.

-¡No te vayas aún!-gritó, y entró de nuevo en la sala principal-. Siéntate, y dame tu palabra de que no le repetirás a nadie lo que voy a decirte.

Sonreí, y él tomó tontamente aquello como un asentimiento. Me devolvió la sonrisa.

-Desde el primer momento supe que tú no eras un muchacho vulgar-dijo-. No es tan solo tu cabello rubio claro, que te sitúa originalmente en Mueller o Schmidt. Hay algo en tu apariencia... Aunque estés solo, se adivina que sabes cómo mandar a los hombres.

No dije nada, simplemente me quedé mirándolo. El sonrió y apaciguo su voz.

-Mi nombre es Bill Underjones. Compréndelo, y sabrás que no soy un simple soñador -Underjones, por debajo de Jones, lo situaba apenas a un paso bajo el nivel de la realeza-. Hay quienes seguimos oponiéndonos a esos negros. No somos muchos, pero somos listos, y, estamos almacenando hierro al sur de aquí, en Huss. Es un lugar atrasado y tranquilo, pero es el mejor sitio para ocultar algo.Te diré a quién buscar allí, y se sentirá feliz de enrolarte. No importa quién seas, una sola mirada y te admitirá. Su nombre es...

-No me digas su nombre-dije-. No quiero saberlo.

-¡No puedes decirme que no odias a esos negros tanto como yo...!

-Más aún, quizá-dije-. Pero me desmorono fácilmente bajo la tortura. Traicionaría todos vuestros secretos.

Me miró oblicuamente.

-No te creo.

-Te lo pido-dije.

-¿Quién eres?

-Lanik Mueller-dije. Pareció desconcertado por un momento, luego se echó a reír a carcajadas. A menudo utilizaba mi propio nombre... Siempre obtenía la misma reacción.

-Igual podrías decir que eres el mismo diablo. No. Lanik Mueller desapareció... Vaya chiste. Mejor di que eres el diablo.

Quizá sí que fuera mejor. Aún seguía riendo cuando salí a la calle.

El albergue daba a la calle principal, y salía por la puerta fronteriza de madera cuando un chicuelo mendigo pasó junto a mí, corriendo, y me hizo trastabillar. Algo irritado, lo seguí con la mirada mientras continuaba su carrera, que finalmente dio en un tropezón, de cabeza, contra un hombre de muy importante aspecto, vestido con ropas de tanta calidad que indicaban muy claramente que no se preocupaba en absoluto de lo que iría a encontrar para cenar por la noche sobre su mesa. El hombre había estado hablando con otros varios hombres más jóvenes, y cuando el chico tropezó con él, le lanzó una malintencionada patada en la pierna. El chico cayó al suelo, y el hombre lo insultó ruidosamente.

Era una tontería de mi parte, pero en aquel momento esa suprema injusticia me pareció la coronación de todo el millón de injusticias que había visto y perpetrado en mi vida. Pero esta vez estaba decidido a hacer algo.

Así que me situé en tiempo rápido, y la gente de la calle fue retardándose a mi alrededor casi hasta detenerse. Me abrí camino cuidadosamente por entre la multitud hasta situarme frente al hombre que había pateado al chico. Su pie derecho descendía al suelo mientras continuaba su andar, siguiendo con su animada discusión con sus jóvenes amigos. Fue una cosa sencilla hacer que el suelo de la calle se hundiera una docena de centímetros por debajo de su pie, y formar un charco de agua exactamente delante de él que se extendiera un par de metros por delante. Con mis propias manos tomé una de las piedras que sembraban la calle y la coloqué delante de él a objeto de trabar su pie izquierdo.

Luego me dirigí a las caballerizas donde mi caballo recibía cuidados y alimento, y me apoyé contra la puerta. Me sentí un estúpido completo por haberme tomado todo aquel trabajo para un efecto tan mínimo. Creo que fue más el deseo de hacer una travesura que cualquier principio moral el que me inspiró a realizar aquello.

De todos modos, mientras estaba en tiempo rápido entre la gente, me tomé un momento de respiro. No necesitaba adoptar ningún disimulo, puesto que nadie podía verme, mientras que yo en cambio podía examinar a la gente a mi antojo. Y puesto que había permitido que el niño que había en mí tomara el control por unos instantes, jugueteé con la idea de vaciar unos cuantos bolsillos, no porque necesitara dinero, sino porque era posible hacerlo y no corría el menor riesgo de ser descubierto.

Hay algo en el hecho de saber que uno no puede ser descubierto que llega a tentar incluso al hombre más honesto, y yo nunca he pretendido ser especialmente honesto. Miré por encima de la gente para ver quién podía ser un buen blanco. Un poco más allá, calle abajo, se acercaba un gran carruaje... Una carroza nkumaia, y a juzgar por el gran contingente de soldados de Nkumai montados, contenía a alguien realmente importante. Era un día caluroso; el carruaje era cubierto; su único ocupante era un hombre de mediana edad, más bien regordete y enteramente calvo. Para mi sorpresa, era blanco. Inmediatamente supuse que se trataría de un Mueller de regreso de una visita a Nkumai. Pero los nkumaios nunca ofrecían escolta a los extranjeros que los visitaban. O bien aquel hombre merecía honores especiales (en cuyo caso, ¿cómo era que yo no lo conocía?), o los nkumaios estaban permitiendo que algunos extranjeros ocuparan altos cargos en su propio gobierno.

Pensar en eso arrojó de mi mente la idea de vaciar algunos bolsillos. Me deslicé de vuelta al tiempo real, volviéndome para observar el resultado de mi travesura. Exactamente como había planeado, el hombre importante tropezó y cayó cuan largo era en medio del charco. El chapoteo y la salpicadura fueron formidables, y el hombre se levantó escupiendo y maldiciendo mientras todo el mundo a su alrededor se reía de él. Incluso su cohorte de admiradores no pudo ocultar su regocijo mientras le ayudaban solícitamente a levantarse. Y, por pequeño que hubiera sido aquel gesto, sentí cierta satisfacción, particularmente al ver que el chico al cual el hombre había pateado se revolcaba de risa.

Y aquel momento pasó, y la gente se apartó a ambos lados de la calle para abrir camino a las tropas de Nkumai y al carruaje. Eché una ojeada a este último, y me sentí tremendamente impresionado al ver, no al hombre de mediana edad sino a Mwabao Mawa.

Era tan solo un poco más vieja -habían pasado escasamente dos años y medio-, y se mantenía muy digna en el carruaje. Me pregunté brevemente cómo no la había visto antes en el carruaje, y dónde estaba el hombre blanco calvo; pero dejé de lado el pensamiento porque

me pareció carente de importancia y porque no podía admitir otra explicación excepto que no había visto bien. En vez de eso, me sumí en los recuerdos de los días transcurridos en casa de Mwabao Mawa. Me parecía imposible ahora haber tenido senos una vez y haber pasado por ser una mujer. Mejor dicho, haber sido una mujer. Y por un momento me llevé involuntariamente las manos al pecho y esperé encontrar allí blandura y calidez, y me sorprendí al comprobar que habían desaparecido... Miré hacia abajo, me maldije a mi mismo por mi estupidez, y luego volví a levantar la vista para contemplar a Mwabao Mawa, que me estaba mirando a su vez, primero con un ligero interés, y luego, mientras el carruaje proseguía su camino, con reconocimiento y sorpresa y, si, miedo. El miedo resultaba agradable, pero el reconocimiento podía ser un desastre.

Se volvió para dar instrucciones al conductor. Utilicé aquel instante para dar un paso atrás y penetrar en la caballeriza y perderme así de su vista. Me impulsé de nuevo en tiempo rápido... Tenía que pensar rápidamente. No había ninguna forma de tomar mi caballo, puesto que Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe no había sido capaz de enseñarme cómo hacer que mi propio flujo temporal afectara a mi entorno. Pero en tiempo rápido podía moverme mucho más rápidamente en relación con el resto del mundo de lo que podría trasladarme un caballo a galope tendido.

Fui hacia mi caballo, una gran y estúpida bestia con todos los instintos de un cerdo pero con un precio que estaba a mi alcance, y descargué los sacos atados a la silla, seleccionando todo lo que podía llevar, y tomando también cualquier cosa que pudiera proporcionar un indicio de mi identidad. Había poco de eso último, nunca me habían gustado los pañuelos bordados... Luego, con los sacos al hombro, regresé a tiempo normal y me dirigí hacia el caballerizo, que estaba hablando con su aprendiz.

-Señor-dije con tono urgente, y él se volvió-. Señor, durante los próximos dos días el caballo es tuyo. Lo has comprado a un tratante de caballos ambulante y has hecho el peor negocio de tu vida, porque el maldito animal no obedece a menos que le patees los flancos. Si cuentas alguna historia distinta a esa, o si el caballo no está aquí cuando yo regrese, te abriré en canal de la ingle a la nuez, ¿has entendido? Pero si todo está en orden dentro de dos días, te pagaré el precio de un caballo mucho mejor que este.

Imagino que mi actitud fue convincente, aunque mis palabras no lo fueran. Asintió estúpidamente.

-Nunca has visto a nadie que responda a mi descripción, ¿correcto?-añadí.

-Infiernos, no-dijo; le entregué un anillo de plata, y eché a andar hacia la parte trasera del corral.

Me trasladé nuevamente a tiempo rápido apenas estuve fuera de su vista. Creyera o no Mwabao Mawa en lo que había visto, podía entrar en sospechas y ordenar a los soldados que patrullaran un poco. Supuse que no presionaría demasiado al caballerizo..., yo tan sólo había permanecido apoyado en la puerta, lo cual no significaba en absoluto que estuviera en tratos con el establo.

Cuando no pudiera descubrirme, abandonaría la búsqueda y pensaría que simplemente había visto a alguien que le había recordado a mí.

Eso esperaba.

Tiré los sacos por encima de la valla, la crucé tras ellos, y eché a andar por una calle lateral. Debería permanecer varios días en tiempo rápido. Lo cual me irritaba, puesto que en tiempo rápido, por supuesto, yo envejecía muy rápidamente en relación con el mundo real. No iba a terminar como Hombre-Que-Cayó-Sobre-Su-Trasero, pero no me gustaba perder días o semanas de mi vida. De todos modos, ¿cuán viejo era ahora? Había ganado días y semanas mientras estuve con Saranna en tiempo lento; también había perdido días y semanas en tiempo rápido entre la gente de Ku Kuei. ¿Estaba más o menos cerca de mi edad de dieciocho años según el calendario? Era difícil determinarlo, aunque mi cuerpo parecía joven y fuerte. Había hecho las cosas suficientes como para sentirme un hombre de mediana edad, y mientras salía de la población por calles secundarias y emprendía el camino hacia el sur en dirección a Robles, llegué a la conclusión de que el tiempo rápido no tenía la menor importancia. No sentía ningún deseo particular de vivir hasta la vejez. Y tampoco tenía intención de dejar que los nkumaios me atraparan y averiguaran quién era.

Lo peor del tiempo rápido era la soledad. Nadie está más seguro que un hombre que se mueve tan rápido como para no poder ser visto por los demás. Pero es más bien difícil iniciar una conversación con alguien que ni siquiera sabe que uno está allí a menos que se quede inmóvil en un mismo lugar durante media hora.

Crucé el Río de Janeiro y penetré en Cummings antes de permitirme regresar a tiempo real. Por muy alarmada que pudiera estar Mwabao Mawa, no iba a enviar tropas a más de mil kilómetros para buscar a alguien que había visto a escasos metros de ella aquel mismo día.

¿Por qué no había ido al sur? No tenía ningún objetivo en particular. Excepto que había vivido en una docena de ciudades bajo control de los nkumaios en Jones y Bird durante los últimos seis meses, y deseaba llegar a algún lugar donde el iluminado imperio de los científicos no rigiera. No deseaba unirme a los rebeldes congregados en Huss, así que elegí el sudeste a través del paso da Silva, y descubrí que no había forma de escapar de los comités imperiales. Una docena escasa de científicos en Grill gobernaba de Tellerman a Britton, y nadie era libre.

Pude haber ido directamente a Schwartz desde allí. O regresar a Mueller. Pero aún no me sentía tan débil como para retirarme del mundo, ni sentía pasión alguna hacia una muerte dramática. De modo que reservé Schwartz y Mueller para el futuro. En cambio, vagabundeé de da Silva hasta Wood, de Wood hasta Hanks, de Hanks hasta Holt a través del mar, y finalmente hasta Britton, donde descubrí que me correspondía mí salvar al mundo después de todo, me gustara o no.

No me gustó.

10

BRITTON

Era un país salvaje a orillas de un calmado mar. Los escarpados riscos y revueltas rocas de la costa recibían suaves rizos que lamían las rocas tan suavemente como un perro viejo da la bienvenida a su amo. en vez de golpeante oleaje. Y al parecer las piedras emergían

también de la tierra, sobre las escarpadas colinas y estrechos valles de Humping. Un río buscaba su camino hacia el mar, y lo encontraba tras una cascada de quince metros de altura; las ovejas parecían nerviosas mientras buscaban un camino seguro hacia pastos no hollados; y en aquel lugar, unos pocos miles de nativos cuidaban de sus ovejas y arrancaban vegetales del rocoso suelo, y vivían una vida tan independiente como la que pueden llevar los seres humanos cuando necesitan aún de la compañía humana, y también necesitan comer.

Yo no necesitaba comer, pero la compañía humana era buena, porque la gente de Humper no hacía preguntas ni daba respuestas. Incluso era difícil encontrar una ciudad en aquella terriblemente aislada sección de Britton, porque la gente tendía a congregarse en grupos familiares de dos o tres sencillas casas de tierra y hierba con techo de paja. Nunca descubrí un núcleo de más de veinte familias a menos de un kilómetro uno del otro.

El aislamiento venia obligado por la naturaleza, y sólo la uniformidad de la demanda hacía que la gente pensara que no eran pobres. Pese a las distancias, sin embargo, se mantenían en un estrecho contacto, acudiendo sin una palabra a ayudar a la familia cuya casa hubiera sido destruida por una tormenta, dejando anónimamente un macho cabrío joven entre el rebaño cuyo semental hubiera muerto el día anterior, y reuniéndose ocasionalmente en alguna casa por la noche para contar historias terribles o cantar canciones que hablaran de soledad y de silenciosos deseos.

Tuve otra impresión, sutil pero fuerte: cuando llegué a Humping, como cuando había llegado a muchos otros lugares aquel último año, supe que inmediatamente iba a sentirme bien allí. O si no bien, al menos dispuesto a aceptar las incomodidades debido a que se correspondían con los lugares conflictivos en mi corazón. La gente me observaba con suspicacia, por supuesto, debido a que yo venía del oeste a través de las colinas, donde los moradores más civilizados de las granjas más ricas no expresaban más que desprecio hacia los Humpers, utilizando tal nombre como burla para los niños poco brillantes.

Pero yo viví en aquellas colinas, sin hablar con nadie, durante una semana, hasta que mi soledad tocó una cuerda sensible. Estaba inmóvil en la cresta de una agreste colina, contemplando cómo un pastor, allá abajo, intentaba hacer que sus ovejas subieran la ladera hasta un collado que conducía a un valle más verde. El hombre no poseía perros, lo cual era normal, y las ovejas se dispersaban constantemente a izquierda o derecha en vez de trepar. Cuando finalmente el hombre se detuvo y se sentó en una roca para observar a sus victoriosas ovejas seguir buscando follaje en un valle ya esquilmado, bajé la colina y me detuve a unos pocos metros de él, observando también las ovejas. No hablé, puesto que no tenía nada que decir; mi ofrecimiento estaba implícito en mi presencia.

El pastor aceptó. Se puso en pie y empezó a empujar de nuevo a sus ovejas, lanzando los bajos y guturales gritos que los animales podían oír claramente, pero que eran inaudibles a cierta distancia. Las ovejas empezaron a moverse; pero esta vez cuando se desviaban hacia la izquierda allí estaba yo, gritándoles para que volvieran a su sitio; cuando se desviaban hacia la derecha, allí estaba el pastor, gruñendo. Por último las ovejas emprendieron el ascenso y treparon por la ladera y pasaron el collado, desperdigándose por el otro lado para pastar en la densa hierba.

Permanecí en el valle con el pastor durante todo el resto de la tarde, situándome al otro lado del valle lejos de él, vigilando sus ovejas y enviando de vuelta a las pocas que se desviaban en mi dirección. El pareció no darse cuenta de mi presencia y no dijo nada (me pregunté si mi mala fortuna me habría hecho topar con un Humper que no podía hablar), pero cuando el sol estuvo cerca del horizonte se puso en pie y empezó a conducir el rebaño por un camino mucho más fácil a casa. No lo seguí, pero cuando el pastor llegó a la cresta de una

elevación, desde donde resultaba claro que ya no necesitaba de mi ayuda para el resto de aquel trayecto, se volvió y me observó por un instante y luego me hizo una seña. Quería que fuera con él a su casa.

Lo seguí a lo largo de varios kilómetros antes de que llegáramos a un conjunto de tres casas bajas con techos de paja. Parecían como pequeñas colinas, con los techos del color de la hierba amarillenta del verano, pero el interior era cálido frente al frío de la noche. El viento del mar llegaba fuerte del norte, incluso durante las noches de verano, y la profunda corriente que atravesaba el mar de Humping era fría... Aunque Britton estuviera tan al sur como Wong, que se abrasaba en el verano, ninguna noche de Humping era cálida, nunca, y los inviernos, aunque sin nieve, mataban a cualquier estúpido que fuera sorprendido sin abrigo tras la puesta de sol.

Aquella podía ser una de las razones por la que el pastor me invitara a su casa. Era bien sabido por los habitantes de Humping (porque las noticias de todo tipo viajan rápidamente en los lugares solitarios como aquel) que nadie me había albergado; había pasado noche tras noche en las colinas, y sin embargo aún seguía vivo. Lo cual me convertía en alguien bendito y poderoso por quien sentían temor, pero cuando probé que mis intenciones eran benéficas al ayudar al pastor con sus ovejas, fui aceptado, no como uno de ellos pero sí como alguien con quien se puede compartir de buena gana las pequeñas casas y las magras comidas.

La comida consistía en un guiso, y puesto que la esposa no sabia que yo iba a venir, el cazo era bastante escaso, por lo que solamente me serví un poco..., lo suficiente como para aceptar la hospitalidad, pero no más. Y cuando el cazo hubo dado la vuelta y la esposa del pastor rascó lo que quedaba en su propio plato, el pastor se quedó mirándome.

¿Para qué? ¿Acaso aquella gente rezaba antes de comer? ¿O habría alguna otra costumbre que un hombre debía seguir cuando le era ofrecida comida? No lo sabía, así que sonreí y dije:

-Mi nombre es Bebelagos, y todo lo bueno que pueda hacer por vosotros, lo haré.

El pastor asintió gravemente, y se volvió hacia su mujer. Ella apoyó las manos sobre la mesa, cerró los ojos, y entonó:

El sol sobre el trigo,

El pan horneándose,

La carne cociéndose,

De las bestias muertas.

Gracias os damos,

De que aún vivamos.

Luego, reverentemente, los tres niños, ninguno mayor de cinco años, observaron cómo su madre tomaba una cucharada del guiso de su propio plato y se lo tendía a su marido, que solemnemente masticó el trozo de carne y lo engulló. Luego el marido tomó un poco del guiso de su propio plato y me lo pasó a mí, y lo comí. No estaba seguro de qué era lo que debía hacer a continuación, pero el rito tenía algún sentido, así que tomé de mi plato y les di a

cada uno de los niños, los cuales me miraron sorprendidos con ojos muy abiertos, pero comieron.

El pastor me miró con lágrimas en los ojos, y dijo:

-Eres bienvenido aquí eternamente.

Luego comimos, y el guiso desapareció en unos pocos minutos.

Hicieron lugar para mí en la mayor de las camas, una estructura de madera rellena de paja y cubierta con sábanas. Yo sabía que aquella era la cama de los padres, y evidentemente ellos se estaban preparando para dormir en el suelo de tierra batida. Yo había dormido sobre el suelo en Schwartz y en Ku Kuei y muchas veces en el campo de maniobras en Mueller; no necesitaba de comodidades para dormir. Así que ignoré el lecho ofrecido y me acurruqué sobre el suelo cerca de la puerta. Una corriente de aire frío soplaba por debajo de la puerta, pero mi cuerpo moldeado por los Schwartz se las arreglaba bien, y los padres, sorprendidos, se fueron a la cama de paja.

Por la mañana yo era uno más de la familia, y los niños parloteaban libremente en mi presencia.

-Glain-dijo el pastor, y luego, señalando a su esposa, agregó-: Vran.

A partir de entonces, y pese a que la conversación nunca llegó a ser abundante, todo lo que era necesario decir podía ser dicho.

Sus perros habían muerto en una misma semana hacía un mes, y desde entonces había perdido casi una docena de ovejas que se habían extraviado y no había podido perseguir. Al principio fui con él y el rebaño; luego me quedé en casa y cuidé de su huerto, mientras su esposa permanecía en la cama pues su cuarto hijo estaba a punto de llegar. Al principio me perturbó arrancar las piedras del suelo y saber que las plantas que allí crecían vivían solamente para morir. Por la noche pregunté a la tierra, y recibí tan solo indiferencia. Los miles de millones de muertes de plantas formaban todas juntas un sonido potente, pero esas muertes eran necesarias para la vida, y lo que torturaba a la roca era el grito de los asesinados. Oí todos los sonidos, y todos eran dolorosos, pero llegué a la conclusión de que en el mundo fuera de Schwartz la muerte estaba dentro del orden de las cosas. Había estado comiendo durante toda mi vida antes de que la arena me aceptara, así que no era ningún asesinato cultivar un huerto. Trabajé duro y lo mejor que pude para Glain y Vran.

Gradualmente los demás pastores acudieron a visitarnos, y pronto vencieron su timidez ante mi presencia. Supe que la historia de mis noches en las colinas y el hecho de que dormía en la parte más fría del suelo era algo conocido por todo el mundo, y aunque me llamaban Bebelagos cuando estaban ante mí, Oí por casualidad referencias acerca del Hombre-del-Viento, una criatura que viene para matar o para curar, traída por el viento frío, y que finalmente será llevada por el mar.

Quizá debido a que no estaban acostumbrados a tener entre ellos gente de prestigio o poder, no hacían conmigo ninguna diferencia en el trato. En un lugar donde todos los hombres sufren las mismas carencias, la única recompensa es la confianza, y eso es lo que recibí. Aprendí a ocuparme de las ovejas, a esquilarlas con tijeras de vidrio sin cortar la piel, a ayudar en los partos, a saber cuándo las ovejas estaban nerviosas, y cuándo enfermas. Aprendí a conocer el suelo, pero no de la forma personal que había aprendido en Schwartz y Ku Kuei

sino como un reluctante aliado en la guerra contra el hambre. Yo nunca había conocido el hambre; pero conocía los rostros de los niños cuando estaban hambrientos, y trabajé duro.

Vran sintió los primeros dolores con una semana de anticipación, y me encontraba solo con ella y los niños cuando resultó claro que el niño no iba a nacer fácilmente. Ella estaba en la casa, gritando, mientras los niños se mantenían fuera conmigo. Las madres de Humping daban a luz sus niños sin ayuda, solas... Y les estaba prohibido a los hombres entrar en las casas mientras ellas estaban de parto. Pero mientras los niños permanecían sentados en el jardín, asustados, me tendí en la tierra y escuché los gritos de Vran tal como la tierra los oía, y supe que la muerte estaba cerca.

Hay tiempo para los tabúes y tiempo para ignorarlos, y al final de un grito particularmente terrible que señalaba un nuevo nivel de dolor, me puse en pie y entre en la casa.

Vran estaba en cuclillas, desnuda, sobre la paja de su cama de la que había retirado las sábanas. Sus manos estaban enterradas en la dura pared de tierra y hierba, donde se agarraba a la arcilla y raíces en su agonía. Me miró con ojos aterrados, y vi la sangre brotar en un chorro continuo, empapando la paja.

Fui hacia ella e hice que se tendiera y, como había hecho con las ovejas cuando daban a luz a sus corderos, me incliné para ver cómo se presentaba el bebé. Una mano y un pie estaban ya en el canal.

Con una oveja, sería un simple asunto de apretar y tirar. En una mujer, ese tipo de tratamiento puede ser mortal. Pero no efectuar ningún tratamiento podía ser mortal también, así que forcé al niño a una postura diferente, rompiéndole la columna vertebral en el proceso, y lo extraje. En algún momento de la operación, Vran se desvaneció.

Trabajar a nivel genético estaba más allá de mis posibilidades, pero curar heridas y fracturas era un trabajo normal en Schwartz. No fue ninguna gran proeza restaurar tanto a Vran como al niño, y cuando el sol se estaba poniendo Glain regresó a casa para descubrir a su esposa e hijo en buenas condiciones.

De hecho, en mejores condiciones de las que normalmente estaría Vran tras un parto.

Ignoro lo que ella le dijo..., había permanecido inconsciente durante lo peor del proceso. Pero la noticia se extendió, y empezaron a traerme animales enfermos y niños heridos, y las mujeres empezaron a pedirme consejos. Yo no tenía ningún consejo que dar. Si había un problema, tenía que verlo. Y la leyenda del Hombre-del-Viento se afianzó. Era inevitable, supongo, que pese a lo reservados que eran los Humpers con los extranjeros, la noticia trascendiera finalmente las fronteras. Un día que sembraba el huerto, en mi segunda primavera en Humping, apareció un hombre a caballo. La simple posesión de un animal tal lo indicaba como persona importante; cuando se identificó a sí mismo como sirviente de Lord Barton, Vran salió corriendo inmediatamente de la casa, me llamó y me dijo que acudiera rápidamente.

Lo hice.

-Mi amo desea verte.

-Cuando haya acabado de plantar-respondí.

-Lord Barton no está acostumbrado a esperar.

-Pues es una buena costumbre que debería adquirir en la primera ocasión que se presente-dije, y regresé al huerto. El sirviente se fue poco después.

Me fue difícil concentrarme en mi trabajo aquella tarde. Llevaba ya cerca de dos años en Humping, y aunque la alegría era allí limitada, el dolor también lo era. Había encontrado un lugar donde mis talentos eran útiles y donde era aceptado. Nadie me contemplaba como un enemigo; había centenares de buenas gentes a las que podía contar como amigos.

Pero, ¿podía permitirme ir al encuentro de aquel Barton? Sentía que mi buena vida en Humping se estaba alejando de mí: no podía permitirme el no ir a su encuentro. Si me resistía, era posible que no hiciera más que causarles problemas a los Humpers, especialmente a Glain y Vran. Si acudía, los problemas podían ser para mí. Casi seguramente me traería problemas. Y la única otra alternativa era deslizarme a tiempo rápido y buscar otro lugar donde vivir.

No deseaba hallar otro lugar donde vivir.

En realidad, mientras hundía el plantador de madera en la tierra y echaba en ella las semillas, me di cuenta de que estaba tan excitado como preocupado por la posibilidad de un cambio. Dos años... ¿Y qué había hecho? Salvado vidas, hecho felices a algunas gentes, aprendido a amar a muchas de ellas, gastar mucho de mi vida sobre una tierra dura. Todo ello, formas meritorias de pasar mi tiempo. Pero había sido educado para ser el heredero del Mueller, y esto o un instinto propio de mi como hijo de mi padre insistía en que debía hacer algo que sacudiera al mundo, o admitir que mi existencia no importaba nada.

Sentía vergüenza de pensar que acudir a ver a Barton podía conducirme a cosas mejores que una vida entre los Humpers. Había visto muchas de las cosas 'mejores', y los Humpers no tenían nada que envidiar a los demás hombres. Pero había aquel instinto en mí, y sabía que cuando el sirviente de Lord Barton viniera de nuevo, lo seguiría.

Dos días más tarde la siembra estaría terminada y, como si hubiera estado observando desde la distancia, aquella tarde el sirviente regresó, esta vez trayendo un segundo caballo.

-¿Sabes montar?-preguntó el hombre, más humildemente esta vez. Yo no dije nada, simplemente monté.

Los niños se reunieron en silencio frente a la casa. Vran me miró inexpresivamente. Levanté una mano en señal de adiós. Y Vran, violando todas las costumbres que había visto entre los Humpers, estalló en sollozos frente a mí y corrió a refugiarse en la casa. Me estremeció ver en qué medida gente tan independiente como aquella podía llegar a depender tanto de alguien que les ofreciera incluso la más ligera esperanza de poder ligada a la bondad

El sirviente no siguió ningún camino... No había caminos en las colinas de Humping excepto uno, que era precisamente el que conducía de la casa del lord junto a mar hasta la ciudad de Hesswatch, a un centenar de kilómetros o más hacia el sur. En vez de eso, pareció buscar su camino cabalgando directamente al este, hacia el mar, y luego siguiendo la costa a una respetable distancia hasta que la casa en el acantilado fue visible sobre una altura que dominaba considerablemente todas las colinas de Humping.

El cielo se oscureció con abundantes nubes, y la lluvia empezó a caer a medida que nos acercábamos, con el viento soplando fuertemente y el mar, tan plácido por lo general, formando repentinamente enormes olas que llegaban del norte para estrellarse contra la rocosa

costa. El viento nos azotaba, y los caballos empezaron a mostrarse ingobernables, así que desmontamos y echamos a andar. El sirviente parecía poco seguro de sí mismo. No era un Humper, y se dirigió hacia el interior, alejándose del mar, que parecía intimidar a cualquiera que solamente pudiera ver rompientes cuando el viento soplaba fuerte. Desgraciadamente, no nos condujo hasta el camino, sino que en vez de ello consiguió ir a parar a un barranco, y en la oscuridad era imposible saber dónde estaba el norte y dónde el sur.

Me miró, con ojos aún confiados, pero la pregunta era clara: ¿qué podemos hacer ahora que estamos perdidos? Así que conduje mi caballo apartándome del barranco y encontré un abrigo bajo una roca saliente donde el viento del norte podría apenas, en el peor de los casos, arrojarnos algunas salpicaduras de la lluvia. Luego até lo caballos uno a otro, y el sirviente me ayudó a trabarles las patas.

-Yo haré la primera guardia-le dije, y él asintió agradecido y se acurrucó para dormir, sin perder su apostura esbelta y delgada en la capa de color rojo oscuro con la que se envolvió.

Yo estaba más cansado de lo que pensaba por los acontecimientos del día, sin embargo. Decidí tomarme un poco de sueño en tiempo rápido, a fin de poder permanecer luego despierto durante todo el resto de la noche en tiempo real.

Me dormí fácilmente, y me desperté tras largo tiempo, con la sensación de renovadas energías. Permanecí un momento tendido en tiempo rápido, observando cómo las gotas de agua caían como arrastrándose del cielo para chorrear lentamente por las grupas de los caballos, rompiéndose y salpicando finalmente en los charcos. Y me deslicé a tiempo real, miré al sirviente, y me sentí momentáneamente desconcertado al ver que su aspecto era mucho más bajo, y llevando una capa azul que apenas le cubría hasta las rodillas.

La ilusión desapareció inmediatamente. Estaba en tiempo real, y su aspecto era el que siempre había tenido. Me reí de mí mismo por haber dejado que mi vista fuera engañada por la oscuridad y el sueño, y permanecí atento durante todo el resto de la noche, permitiéndome un corto sueño cuando las nubes empezaron a clarear, justo antes del amanecer. Los caballos se removían ocasionalmente, pero se mostraban generalmente dóciles, y reemprendimos nuestro camino casi inmediatamente después de la salida del sol.

La casa en el acantilado se erguía como un amasijo de piedras en el promontorio, y vista desde cerca era aún mucho más impresionante de lo que parecía desde la distancia. Debía de haber sido construida a trozos y etapas a lo largo de siglos; no había ningún estilo arquitectónico definido, y parte de las primitivas construcciones más antiguas parecían haber sido diseñadas como defensa. Ahora, sin embargo, el lugar parecía melancólico y abandonado, y las olas más altas salpicaban hasta el nivel de las plantas interiores, como si quisieran decir que era solo cuestión de tiempo que el mar reclamara definitivamente la casa para sí.

El sirviente me condujo a las caballerizas, donde un solo mozo de cuadras metió los caballos en sus establos y nos ignoró mientras nos íbamos. Dentro de la casa, las habitaciones eran frías y no encontramos a nadie. Era evidente que el lugar había sido diseñado para albergar a mucha gente; el vacío hacía que el frío fuera aún más penetrante.

Pero la frialdad no formaba parte de las costumbres de Lord Barton, y cuando aparecimos sin anunciarnos a la puerta de un amplio estudio, el contraste me impresionó. En aquella habitación ardia un enorme fuego; en aquella habitación, las paredes no eran de piedra sino que estaban tapizadas con libros que se elevaban vertiginosamente hacia un techo situado

a diez metros sobre el suelo. Algunas escaleras estaban estratégicamente situadas, y sus gastados peldaños indicaban que los libros eran leídos a menudo, aunque las mismas escaleras daban a la habitación un aspecto parecido al de un edificio aún en construcción.

Y Barton, un hombre de edad avanzada con una sonrisa que invadía frecuentemente su rostro, me dio la bienvenida con un apretón de manos y me hizo entrar en la habitación.

-Gracias, Dul-le dijo al sirviente.

Y nos quedamos solos.

-He oído hablar de vos-dijo Barton-. He oído hablar de vos, y deseaba que nos encontráramos alguna vez... Alguna vez. Sentaos, por favor; he traído los muebles más cómodos a esta habitación, que es donde vivo. Son viejos y están gastados, pero así soy yo también, y todo encaja perfectamente si se considera que soy el pobre remanente de una decadente estirpe. Solo tengo un hijo -eso pareció divertirlo, y se echó a reír.

Yo no me reí. Miraba los títulos de los lomos de los libros. Los hábitos de los Humpers no desaparecen en una noche, y cuando no tenía nada importante que decir resultaba difícil decir algo.

Barton me miró en forma penetrante.

-No sois lo que parecéis-dijo.

Aquello despertó mi antigua forma de pensar.

-Tanta gente me ha dicho esto que estoy empezando a barruntar que soy precisamente lo que parezco. ¿Qué es lo que os hace pensar que no lo soy?

-Una lengua aguda, incluso cuando se le habla a un lord, y un hombre que se niega a acudir cuando se le reclama hasta que termine su siembra. Parecéis un rebelde, hosco y silencioso. Pero la gente dice que sois el Hombre-del-Viento, y habéis salvado a madres en trance de parto y curado ovejas lisiadas y ayudado a niños simples de espíritu a recobrar sus mentes. ¿Milagros?

No respondí. Lamentaba el estallido de mi respuesta propia de un Mueller. Bien. Ya estaba hecho.

-Pero la razón por la que he solicitado veros tiene poco que ver con eso. Las leyendas vienen y van entre esa gente supersticiosa, y no llamo a todos los curanderos de paso para hablar con ellos. Lo que me intrigó fue ese pelo tan claro como la lana, como dicen los Humpers, y un hombre que busca el camino más difícil. Un hombre que parece joven en años pero tan viejo como yo en experiencia. ¿Qué ha sido de Lanik Mueller?

La última pregunta era tan ridícula que no pude ocultar mi sorpresa.

Barton se echó a reír.

-Sorpresas y trampas. Las llevo a cabo incluso con los más astutos. El parecer un viejo tonto tiene sus recompensas. Lanik Mueller me fascinó siempre, ¿sabéis? Hace..., ¿cuánto? Cuatro años, ahora, desde que él y el querido viejo Ensel Mueller se desvanecieron en el bosque de Ku Kuei, y nunca más han vuelto a ser vistos. Bien, yo no suelo dar mucho crédito

a las leyendas. Siempre parecen tener un perfecto fundamento natural. Y no creo que la gente que penetra en Ku Kuei tenga necesariamente que morir. ¿Vos sí?

Me encogí de hombros.

-Creo más bien que vuelven a salir vivos. Y creo que Lanik Mueller, el azote de la llanura del río Rebelde, sí, creo que está vivo.

Me miró intensamente. Cambió el tono de su voz.

-Nos vimos, muchacho, cuando tú tenias once años.

Aquello me obligó a mirarlo de nuevo más detenidamente. ¿Había visto alguna vez antes a aquel delgado viejo?

-Yo era un viajero por aquellos días, y un poco un historiador. Coleccionaba historias y genealogías allá por donde pasaba, intentando descubrir lo que le había pasado al mundo desde los días en que la República depositó a nuestros antepasados y a sus familias en este paraíso de mundo como castigo por sus pecados. Y cuando te vi, pensé: "He aquí a un muchacho ligado a algo importante". Dicen que quemaste y saqueaste y violaste y mataste a todo el mundo a tu paso.

Sacudí la cabeza.

-Pero lo que más me intrigó-continuó-, fue algo que afecta muy de cerca a tu familia, Lanik Mueller. He sabido que tu hermano menor, Dinte, gobierna ahora allá donde debías haber gobernado tú.

-Un figurante, gracias a Dios, puesto que el bastardo es incapaz de gobernar con eficiencia ni un hormiguero-dije, admitiendo lo que obviamente él sabía.

-¿El hijo de tu madre?

-Por increíble que parezca, sí. No recuerdo haberos visto nunca, Barton.

-Por aquel entonces yo era más joven -se levantó de su silla y se dirigió a una escalera, trepó lentamente por ella, y alcanzó un libro de debía pesar unos cinco kilos. Cuando estuvo de nuevo en el suelo, me lo extendió-. Le he comprado esto -dijo-, a tu padre, que dudó en dejarme marchar con él. Pero él tenía otro ejemplar, y cuando le expliqué lo importante que era para mí la genealogía se convenció de que yo era un viejo idiota medio chocho, y me dejó comprarle el libro, aunque me hizo pagar cinco veces lo que creía que valía.

Así era mi padre.

Abrí el libro. Una genealogía de Mueller y su historia, mantenida como una especie de crónica escrita a mano por muchos redactores No reconocí la mano que había escrito el final del libro, pero la relación y la genealogía terminaban efectivamente cuando yo tenía once años. Era divertido ver lo que el cronista había pensado que valía la pena registrar. Aquello haría las delicias de más de uno... Todas mis hazañas de infante estaban allí.

El silencio de Barton era tan expectante que me empujó a hojear las últimas páginas.

-¿Auténtico?-preguntó.

-Por supuesto-dije-. ¿Lo dudabais, después de la forma en que lo obtuvisteis?

-En absoluto. Sólo deseaba tu opinión antes de señalarte una omisión, un hecho simple pero importante que quedó al margen del libro. Tan obvio que no podría pasarte por alto.

Aguardé.

-Tu hermano-dijo-. Dinte.

Por supuesto que Dinte estaba mencionado ahí. Muchos de mis recuerdos de infancia estaban ligados a él. Pero retrocedí a la época del nacimiento de Dinte, y no hallé ninguna mención. No había la menor anotación sobre él a lo largo de toda la relación.

-Bueno, quizás al cronista le gustara Dinte menos de lo que me gustaba a mí-dije.

-El cronista nunca conoció a Dinte.

-Entonces es que llevó una vida de reclusión en el palacio.

-Lanik Mueller: desearía que repasaras tus recuerdos. Preferiblemente alguno desagradable. Quiero que formes su imagen en tu mente.

Sonreí.

-Ya nadie se toma la psicología en serio.

-No se trata de psicología, Mueller. Se trata de supervivencia.

Así que retrocedí hasta el día en que mentí acerca de quién había hecho que se dañara en una pata Rurik, el caballo que había recibido como regalo tras aprender a montar como un adulto. Le había hecho saltar estúpidamente, y él se había hecho daño, y luego volví a casa y le dije a mi padre que el chico de la caballeriza había sido el responsable y que yo me había dado cuenta tan pronto como había salido de los establos. El chico había perdido su trabajo y había recibido una buena ración de palos, principalmente por haber 'mentido' sobre lo ocurrido realmente y haber proclamado que el caballo estaba perfectamente sano cuando yo lo tomé. Recordé la expresión del rostro del muchacho cuando mi padre me hizo acusarle a la cara. Recordé claramente cómo me sentí entonces.

-Veo por tu rostro que has pensado en algo realmente importante para ti. ¿Cuán claro lo recuerdas?

-Absolutamente claro-respondí.

-Ahora piensa en tu recuerdo más claro relativo a Dinte, a partir de la época en que tenías...digamos, siete u ocho años, y ambos aprendíais de vuestros preceptores. ¿Teníais el mismo preceptor?

-Yenwi.

-¿Pero teníais el mismo preceptor?

Me encogí de hombros.

-Piensa en algún recuerdo de infancia de Dinte.

Nada más fácil. Hasta que lo intenté. Pero todos mis recuerdos de Dinte eran de la época en que ya era mayor. De cuando tenía doce y trece y catorce y quince años. Simplemente no podía recordar a Dinte antes que eso, pese a mantener la inquebrantable convicción de que él estaba allá

-Simplemente no puedo recordar los detalles-empecé, y luego vi que Barton estaba riendo.

-Mis propias palabras-dijo-. Simplemente no puedo recordar los detalles. Pero tú estás tan seguro... No tienes ni la más ligera duda.

-Por supuesto que no. Si hubiera podido hacer desaparecer al pequeño bastardo, lo habría hecho hace años, creedme.

-Entonces, déjame contarte una historia-dijo-. Siéntate en el sillón, Lanik Mueller, porque es larga, y como me estoy volviendo viejo, seguramente me enzarzaré en detalles que debería dejar a un lado. Trata de permanecer despierto. Los ronquidos me molestan.

Y me contó la historia de Percy, su hijo. Cuando mencionó el nombre del muchacho lo reconocí inmediatamente.

-¿Percy Barton? ¿Lord Percy Barton de Gill?

-El mismo. Me estás interrumpiendo...

-Pero es quien gobierna, o hace que gobierna al menos, la autoproclamada Alianza del Este. ¿Y es vuestro hijo?

-Nacido y educado en este castillo. Pero nunca conseguiré terminar si no puedo empezar, Mueller.

Así que lo dejé empezar.

-Se trata de mi inclinación a los viajes, ya sabes... Hice un viaje, no hace muchos años, uno de los últimos antes de que los viajes quedaran fuera de mis posibilidades debido a mi salud. A Lardner. Quizá conozcas Lardner..., un país de fríos que hace que Humping parezca un paraíso, pero posee los mejores médicos del mundo. Si alguna vez estuviera enfermo, acudiría a un doctor de Lardner. Y mientras estaba allá, encontré por casualidad a un doctor al que había conocido cuando yo era joven, recién casado y apenas establecido como señor de un territorio mucho mayor del que poseo ahora... No tan solo Humping sino toda la península este. El doctor, Twis Stanly, era un especialista en las molestias y enfermedades de la mujer, pero era también un condenadamente maravilloso arquero, e intimamos y pasamos juntos unas maravillosas vacaciones en las montañas Snipe. Nos hicimos buenos amigos, pero recordaba sobre todo que había tratado a mi esposa, tan solo un mes después de nuestro matrimonio, de una infección más bien extraña. Eso había sido, por supuesto, antes de que naciera Percy.

Hizo una breve pausa, como si no estuviera seguro de qué iba a decir a continuación.

-Me preguntó, por supuesto, por mi esposa, y tuve que informarle, tristemente, que había muerto hacía apenas dos o tres años, a una edad madura pero no vieja. Había cumplido

los cincuenta años cuando murió, y me sentí sorprendido al darme cuenta de que habían pasado casi treinta y cinco años desde que Twis y yo matáramos dos ciervos de la misma manada como con una sola flecha, prácticamente al unísono. Mencioné el hecho, y luego comenté cómo mi hijo Percy ni siquiera sabía la habilidad que había tenido antiguamente su padre con el arco.

»Nos echamos ambos a reír de aquello y de nuestras manías de juventud, y luego él dijo:

-Entonces, Barton, ¿te has vuelto a casar?

La pregunta me pareció extraña.

-Por supuesto que no-le dije-. ¿Qué te hace pensar en eso, Twis?

-Entonces, ¿adoptasteis al muchacho? ¿A vuestro hijo? -preguntó, y yo negué.

-Es un hijo auténtico; nació a los dos años de nuestro matrimonio.

»Entonces él se puso un poco pálido, como suele sucedernos a nosotros los viejos, y buscó una ficha de su interminable archivo profesional, leyó una anotación en particular, y me la mostró. Daba cuenta de la histerectomía que le había practicado a mi esposa un mes después de nuestro matrimonio.

»Puedes imaginar la impresión que eso me produjo. Estaba seguro de que él se había equivocado, pero era un hombre metódico, ya sabes, y no pude hacerle dudar de su seguridad. Lo había extirpado todo; útero, ovarios, todo, y ella estuvo malditamente a punto de morir en la operación. Pero era eso o un cáncer que destruiría su vida en menos de un año, así que había renunciado a la maternidad a cambio de su vida.

»Fue un terrible golpe. Insistí en que podía recordar el nacimiento, pero cuando intenté evocar las circunstancias, no pude fijar ningún detalle. Ni el día, ni el lugar..., ni siquiera si yo había estado presente o no, ni cómo había celebrado el nacimiento de un heredero..., nada. Nada. Exactamente como tú y tu hermano, ahora.

Yo podía dudar de muchos hombres, pero en este caso no podía encontrar una razón por la cual Barton tuviera que mentirme. Y ahora el libro de genealogías en mis rodillas parecía más pesado. Mientras escuchaba hacía esfuerzos por recordar algo, cualquier cosa acerca de Dinte y nuestra infancia juntos. En blanco.

-Esta no es toda mi historia, Lanik Mueller. Volví a casa. Y en el camino de regreso, de alguna forma olvidé toda aquella conversación. ¡La olvidé! Algo como eso, y simplemente se borró de mi mente. No fue hasta que volví a salir de Britton en mi último viaje, esta vez para visitar Goldstein debido al calor que reina ahí en invierno. Mientras estaba allí, recibí una carta de Twis. Se extrañaba de que no hubiera contestado a sus cartas anteriores. Yo no recordaba haber recibido ninguna, pero en su carta me decía lo suficiente como para refrescar mi memoria. Me sentí impresionado por el lapsus que había sufrido, consternado de que hubiera podido olvidar todo aquello. Y entonces me di cuenta de algo. No era la vejez, Lanik Mueller, lo que me había hecho olvidar. Alguien estaba haciendo algo en mi mente.

»Volví a casa, sólo que esta vez lo hice pensando repetidamente, constantemente, en que mi hijo era un fraude, un total impostor. Guardé la carta de Twis es mi pecho, y la releí cada pocos minutos durante todo el camino de regreso. Nunca tuve que luchar tanto en mi

vida. Nunca sufrí tanta angustia mental. Terminaba de leer la carta, y ya no tenía ni idea de lo que decía. Cuanto más cerca de Britton me hallaba, más difíciles se me hacían las cosas. Pero seguí diciéndome: "No tengo ningún hijo. Percy es un fraude", y me negaba a preguntarme cómo alguien podía venir junto a un hombre sin hijos y convertirse en su hijo. Baste decir que lo conseguí. Llegué aquí con mi mente y mi memoria intactas. Y aquí, en este mismo escritorio, encontré cuatro cartas de Twis, todas abiertas y obviamente leídas, aunque no tenía el menor recuerdo de haberlas recibido. Ahora podía leerlas, y cada una de ellas se refería a la imposibilidad de la existencia de Percy.

»En las otras cartas Twis me citaba comentarios de amigos que habían acudido de Lardner a estar con él durante sus días en Britton, amigos que me habían conocido. Los recordaba bien. Todos ellos coincidían claramente en el hecho de que yo no tenía hijos y de que mi esposa y yo sabíamos perfectamente bien que no podíamos albergar esperanzas de tener descendencia. Anotaba mi propia ironía cuando afirmaba que al menos mi esposa no tenía ningún período del mes en el que pudiera eludir sus deberes en]a cama. Cuando leí esta mención de Twis la recordé claramente. Me recordé a mí mismo diciendo eso. Y ante ese pensamiento, algo chasqueó dentro de mí. Lo recordé todo, y yo no tenía ningún hijo. Hasta que llegué a los cuarenta años o así, y entonces, repentinamente, apareció

un muchacho de diecinueve años deseoso de gobernar, apasionado por tener su oportunidad. Lo hice gobernador de mis dominios del norte, y aquello fue todo lo que necesitó. En cinco años dominaba, increíblemente, todo Britton. Y hace ahora solamente seis años se puso a la cabeza de la Alianza y la transformó en una dictadura.

Sacudí la cabeza.

-No es una dictadura, Barton. Es hombre de paja al servicio de un comité de científicos. Aquellos que se autoproclaman hombres sabios son quienes gobiernan en Nkumai y en Mueller también.

-Siempre resulta prudente, cuando se descubren hombres de paja, asegurarse de quién los está manipulando -dijo Barton, con una mordacidad que dejaba bien claro que me consideraba poco inteligente por mantener aquella opinión-. ¿No comprendes lo que te estoy diciendo? Dinte y Percy son lo mismo. Chicos que aparecieron de la nada, pero a quienes nadie hace preguntas, de quienes nadie duda, ni siquiera sus propias familias, ni su propio país, y que ahora se han elevado a la más alta posición de autoridad en países muy poderosos, y todo el mundo está convencido de que son meros hombres de paja.

Todo aquello me sonó más bien extraño.

-Intentaré convencerte -dijo-. Cuando hablé contigo cuando aún eras un niño, acerca de lo que se sentía siendo heredero del trono, tú dijiste, con mucha franqueza, y recuerdo que tu padre se mostró orgulloso de esa franqueza... Dijiste: "Lord Barton, es divertido ser el heredero simplemente porque no hay ningún otro pretendiente, a menos que contéis a ese enano retardado que ha echado al mundo Ruva. Si tuviera un hermano, tendría que ser muy cuidadoso acerca de mi comportamiento, porque la gente podría pensar que si se pierde un heredero, siempre hay otro de recambio". Recuerdo esas palabras porque tu padre me las hizo repetir a cinco o seis personas durante mi visita, como prueba de tu precocidad. ¿Las recuerdas tú también?

Sí. Recordaba las palabras. Y recordé el momento. Recordé al viejo Barton, joven entonces, por supuesto, muy divertido y palmeándose el muslo, riendo a carcajadas,

repitiendo fragmentos de la observación. Me sentí muy impresionado por haber conseguido despertar la hilaridad de un hombre como aquel.

Recordé, y en ese momento supe que Barton tenía razón. Yo no tenía ningún hermano. Era hijo único.

Y recordé algo más. Recordé a Mwabao Mawa.

El sirviente que me había traído hasta la casa del acantilado entró en la habitación con un ponche.

Había visto a un hombre de mediana edad en la calle de aquella ciudad en Jones, montado en un carruaje. Un hombre blanco. Y luego, un momento más tarde, había visto a Mwabao Mawa en el carruaje, precisamente en el mismo sitio. Ella me vio; yo huí. Y sin embargo, en todo aquel tiempo transcurrido desde entonces nunca me había preguntado por qué el hombre habría abandonado el vehículo a medio viaje para dejar su lugar a Mwabao Mawa. ¿Estaba Mwabao Mawa antes de entonces? ¿A dónde había ido el hombre blanco?

Las cosas empezaron a encajar. Unos hombres de paja aparentemente desprovistos de poder, manipulados por un comité de científicos... Pero que quizás eran, cuando se examinaban las cosas desde otro punto de vista, las personas que realmente gobernaban.

El sirviente me había dado un ponche, ante la insistencia de Barton, y ahora le estaba llevando otro a él.

Había estado en tiempo rápido cuando vi al hombre calvo. Luego, en tiempo real, había visto a Mwabao. ¿Era ésa, entonces, la diferencia? ¿En tiempo rápido veía la realidad? ¿En tiempo real resultaba engañado, como todos los demás?

El sirviente se inclinaba sobre Barton, y recordé haber captado un atisbo, a primera hora de aquella misma mañana, cuando salía de tiempo rápido, de una capa azul sobre un hombre bajo transformándose en una capa roja sobre el alto sirviente que ahora estaba inclinado sobre Barton, observando cómo se llevaba el ponche a sus labios.

-¡No lo hagáis!-le dije a Barton-. ¡No bebáis eso!

Barton pareció sorprendido por un momento, mientras el sirviente se enderezaba, mirándome sin comprender. Luego, repentinamente, el sirviente se derrumbó y Barton saltó sobre sus pies, corriendo ágilmente hacia la puerta. Yo estaba desconcertado. Tardé en reaccionar. Luego miré al sirviente, tendido en el suelo, y me di cuenta de que no era en absoluto el sirviente. Era Barton.

¿Cómo había podido ver al sirviente caer y a Barton levantarse? ¿Cómo había podido cometer tal error? Ellos no habían cambiado en ningún momento sus lugares, que yo lo hubiera visto... Y sin embargo, ahí yacía Barton, y su cabeza estaba casi separada de su cuerpo, excepto por su columna vertebral, de un solo golpe dado con una hoja muy afilada.

De hecho, no podía haber sido más que una hoja de hierro.

Por supuesto, no era momento para las especulaciones. Me arrodillé junto a Barton y apreté su cabeza contra su cuello, e hice lo que había hecho para muchos Humpers: conecté los vasos sanguíneos. Restituí los músculos cortados, uní la piel sin necesidad de suturas, y dejé su cuerpo mejor y más saludable de lo que había estado nunca, porque era un trabajo que

debía hacer y porque me preocupaba el hombre y porque era más fácil hacer algo que yo sabía cómo hacer que pensar en lo que debía hacer a continuación, de modo que descubrí al mismo tiempo su reumatismo y sus debilidades y su enfermedad pulmonar y su desfalleciente corazón y los reparé, los renové, lo dejé más sano de lo que había estado en muchos años.

Estaba consciente, mirándome.

-El Hombre-del-Viento-dijo, sonriendo-. La historia es cierta.

-El sirviente era uno de ellos-dije, y ninguno de los dos tuvo la menor duda acerca de nuestra referencia de ellos.

-Eso me temo. El querido Dul. Cómo proliferan esos gusanos. Dime, ¿cómo lo sospechaste?

No tenía ni tiempo ni deseos de contarle acerca de los Ku Kuei y las manipulaciones temporales.

-Simplemente lo sospeché-dije-. Vos me disteis la voz de alerta.

Me miró dubitativamente, luego concluyó en que si yo hubiera deseado decirle la verdad, se la habría dicho. Y se puso en pie. Pero lo hizo tan bruscamente que se sorprendió, y estuvo a punto de perder el equilibrio.

-Cuando curas a alguien, lo haces a conciencia, ¿verdad? -preguntó Barton-, Me siento como si tuviera treinta años...

-Maldita sea, tendríais que sentiros como si tuvierais veinte

-No quería exagerar. Lanik, ¿quién eres? No importa. No importa. Dul debió de haber estado escuchando. Saben que tú sabes algo, o no habrían intentado envenenamos a los dos. Supongo que el ponche estaba envenenado, ¿no? Y luego me mató para hacerme callar y desembarazarse de mí. Dudo que lo encontremos. Probablemente tenga la apariencia de una vieja mujer ahora, y esté aguardando para clavarnos un cuchillo en la espalda cuando pasemos.

-¿...pasemos?

-Solamente necesitaba tu confirmación-dijo Barton-. En el fondo, aún tenía la preocupación de que me estuviera volviendo loco y lo hubiera inventado todo. Pero ahora, por supuesto, sé que estoy en lo cierto y tú también lo sabes, y es el momento de enfrentamos a Percy y matar a ese pequeño bastardo.

-¿Matar? ¿Barton? No parecéis de ese tipo-dije.

-Quizá no-respondió Barton-. Pero hay una especie de rabia que siente un hombre cuando ha sido engañado de este modo, y que no puede ser comparada a ninguna otra. Se ha burlado de mí, de mi propia esposa, de mi propia esperanza de tener una familia. Se ha convertido en mi heredero, me ha utilizado como trampolín hacia el poder, y todo ello pretendiendo, haciéndome creer, que él era mi hijo. Estoy muy lleno de rabia, Lanik Mueller.

-El también creerá que estáis muerto. ¿Es juicioso quitarle tan pronto esa idea?

Barton meditó la cuestión.

-Y además, Barton, ¿de qué serviría matar solamente a uno de ellos? Tenemos ya pruebas de la existencia de cuatro. Seguramente hay muchos más. Creo que podremos centrar mucho mejor el problema si descubrimos de dónde proceden.

-¿Importa eso?-preguntó.

-¿Creéis que no?

Sonrió.

-Si, importa. Se me ocurre que han recorrido un largo camino para asegurarse el control de todo el planeta. Y tanto Nkumai como Mueller tienen hierro, ¿no?

-Y ahora esa gente, sean los que fueren y pretendan lo que pretendan, controlan la fuente de ese hierro.

-Durante miles de años hemos competido encarnizadamente por conseguir algo que vender al mundo exterior a través del Embajador, a fin de ser los primeros en construir una nave estelar y salir de aquí. Y ahora ellos serán los primeros, no importa quien venza. Ahora ellos lo controlan todo-se rascó la cabeza-. Parece que todos hemos sido atrapados por unos operadores demasiado rápidos.

-Esta no es vuestra forma normal de reaccionar -observé.

-Tú te has tomado las cosas con tanta calma...

-Estoy acostumbrado a ver cosas extrañas en este mundo. Voy a ir a Gill, Barton. Y os pido que vos os quedéis aquí. Aquí, al menos, estaréis seguro. Y creo que tengo un medio de reconocerlos. Fácilmente y con seguridad. Y eliminando sus ilusiones.

No me hizo ninguna pregunta, porque supongo que mi actitud dejaba bien claro que no iba a responder a ninguna. No había necesidad de que nadie, ni siquiera Barton, supiera lo que podía hacer. Todavía no..., hasta que yo supiera qué hacer al respecto. Prometió quedarse en la casa del acantilado y yo fui a las caballerizas, ensillé un caballo -el mejor de los de Barton- y partí hacia Gill.

Una medida de mi estupidez es que no fui en tiempo rápido.

Sentado a horcajadas sobre el caballo, que avanzaba velozmente pero no al galope siguiendo el camino que conducía a la civilización, y finalmente a Gill, vi a un Humper conduciendo su rebaño hacia el norte, hacia la parte menos civilizada y por ello más tentadora de Humping. Y me pareció increíble que apenas un día antes hubiera terminado la siembra del huerto de Glain y Vran; que hubiera pensado seriamente en pasar el resto de mi vida allí, entre los Humpers. El recuerdo, viejo tan solo de un día, me golpeó como un terrible dolor, la realización de que, después de todo, no estaba preparado para el bienestar y la paz y la felicidad, sino que en cambio seguía aferrado a la sensación de que tenía una misión que realizar. Si había una meta que alcanzar, yo la alcanzaría, pensé con amargura (y también con cierto orgullo, puesto que hasta ahí todas mis metas no se habían convertido en nada), y esta vez... Esta vez, debido a que en tiempo rápido la ilusión se desvanecía ante mis ojos, yo no era tan sólo la persona que podía detenerlos, sino que era la única persona que podía

detenerlos. Era la única persona que podía descubrirlos entre los seres humanos normales a los que imitaban y destruirlos.

Destruirlos. ¿Estaba proyectando ya, con tanta frialdad, más muertes? ¡Pero si era una guerra!, insistí para mí mismo, y luego me pregunté quién la había declarado y por qué pensaba yo que estaba en el bando de los 'buenos'. No necesitaba preguntarle a la tierra sobre eso, me di cuenta. Esta vez no se trataba de un asunto de comer vegetales. Significaba matar hombres, matarlos a sangre fría, matarlos por una causa noble, pero matarlos, de todos modos.

¿Y era realmente una causa noble? ¿Me estaba batiendo por la independencia de Mueller? ¿De quién? Quizás aquellos simuladores estuvieran haciendo algo valioso para nuestro miserable planeta. Estaban terminando con el derramamiento de sangre, terminando con las rivalidades, unificando el planeta para conseguir una meta común.

No. No era cierto. No estaban terminando con las rivalidades. Estaban venciendo sobre todos los demás. Y eso era distinto.

Terminar con las rivalidades era algo que nunca antes me había formulado realmente. No me había parecido que fuera tan importante... Mucho más importante era el hecho de que tanta gente estuviera siendo engañada, pensando que se gobernaban con autodeterminación o al menos creyendo que comprendían quién los gobernaba. Mientras que de hecho alguien, no uno sino varios, estaba robando secretamente el poder en sus mismas fuentes, y era eso lo que me parecía injusto.

Lo cual era, al fin y al cabo, la única forma en que un hombre puede discernir entre lo que está bien y lo que está mal... Como le parece a él. Y aquello estaba mal. Las mentes de otros hombres estaban resolviendo los problemas del universo. La sangre y los genes de otros hombres se había convertido en el hierro que Mueller había obtenido del Embajador. Y aquellas mentes y aquella sangre estaban siendo robadas sin que nadie se diera cuenta del crimen que así se cometía.

Recordé haber sido un regenerativo radical. Recordé haber permanecido de pie junto a la ventana, observando los corrales, identificándome, con terror, con los monstruos de múltiples piernas y brazos que eran alimentados en los comederos mientras se les negaba el más mínimo asomo de humanidad. Era cruel, aunque sólo Dios sabía cómo se habría tratado a los rads de otro modo. Sin embargo, aquella crueldad podía ser incluso soportable, o al menos parcialmente soportable, debido a que los rads sabían que estaban haciendo aquello por Mueller. Hacían aquello para asegurar que sus familias y las familias de sus familias fueran quienes pudieran venderle al mundo exterior, pudieran ser quienes construyeran las naves estelares y salieran al espacio y fueran libres.

Si esta esperanza había ayudado a mantenerlos cuerdos, resultaba terrible convertirla en una mentira y hacer que sus sufrimientos y soledad y pérdida de humanidad fueran para una raza de extraños que se estaban insinuando dentro de las familias...

Odiaba a Dinte. Antes lo había despreciado, pero ahora lo odiaba. Me imaginé a mí mismo penetrando en el palacio en Mueller-sobre-el-Río y avanzando hacia él y entrando en tiempo rápido y viendo al hombre que realmente era Dinte, al hombre que pretendía ser mi hermano, al hombre que había destruido a mi padre y me había robado mi herencia; y cuando lo hubiera visto, me imaginaba a mí mismo matándolo, y aquella imagen me proporcionaba placer.

(Podía oír a la tierra gritando los aullidos de los hombres agonizantes, pero me cerré a ese recuerdo. No quería ese recuerdo. No, al menos, ese día. Había sangre que derramar antes de que estuviera dispuesto a aceptar de nuevo aquel recuerdo.)

Pero antes, Percy Barton. Tenía que saber de él de dónde procedía y cuál era su pueblo, a fin de que, de algún modo, pudieran ser destruidos. ¿Pero podrían serlo? ¿Existiría alguna forma de terminar con una gente que podía aparecer como alguien que no era, que podía cambiar de lugar con un hombre ante sus mismos ojos sin que uno se diera cuenta nunca de ello, que podía simular ser el hermano de uno durante años y nunca dejar filtrar ninguna sospecha?

¿Cómo lo conseguían? ¿Cómo podía luchar contra ellos?

Y mientras descendía de las colinas de Humping, sentí una terrible tristeza, porque sabia que estaba abandonando mi auténtico hogar para destruir mi paz mental y causarle agonía a la tierra. Recordé al portavoz de los Schwartz cuando me dijo: "Cada hombre que muera bajo tu mano gritará en tu alma por siempre" .

Casi volví atrás. Estuve a punto de dar media vuelta y regresar junto a Glain y Vran Casi...

Sin embargo cabalgué durante doce dias hasta llegar a Gill, la capital de la Familia de Gill, y también la capital del imperio llamado La Alianza del Este. En mis días de viaje no saqué nada en claro, y no sabía ahora más de lo que sabia antes. Ni siquiera había tomado las más elementales precauciones, y fue por eso que me cogieron apenas hube entrado en Gill, y me mataron.

11

GILL

El sirviente de Lord Barton, Dul, había llegado a Gill antes que yo. Aquello era previsible. Lo que yo había olvidado era que si Dul oyó lo suficiente de nuestra conversación como para intentar envenenamos, también oyó lo suficiente como para saber que yo era Lanik Mueller.

¿Le habían creído? ¿Habían podido sospechar que Lanik Mueller había sobrevivido, había salido de Ku Kuei? Quizá lo dudaban por ahora, pero cuando la noticia llegara a Mwabao Mawa, ya no habría ninguna duda. Ella recordaría haberme visto, y entonces estarían seguros.

Por el momento se trataba de una cuestión académica, sin embargo. Lanik Mueller, o Bebelagos, o el Hombre-del-Viento, había descubierto la existencia de los simuladores y debía ser destruido. No hubo ningún juicio... Los soldados me reconocieron por mi descripción apenas crucé la puerta de la ciudad portuaria de Gill, y fui detenido para ser ejecutado.

Si me mataban de una forma equivocada, podía ser desastroso... Yo podía morir realmente si me cortaban la cabeza o me quemaban vivo. Estaría más allá de mis habilidades salvarme, y en tales circunstancias tendría que escapar antes de que llevaran a cabo la ejecución; y los únicos métodos para escapar de que disponía eran demasiado demostrativos de mis habilidades como para despertar la alarma entre los simuladores.

Tuve suerte. Las ejecuciones en Gill se efectuaban mediante pelotones de arqueros. Las flechas no representaban ningún peligro para un Mueller, a menos que acertaran directamente al corazón.. Y como rad que había sido, aunque ahora estuviera sanado, una flecha en el corazón tampoco me preocupaba demasiado.

Los soldados eran realmente delicados. En Mueller toda persona -extranjero, esclavo o ciudadano- tenía derecho a ser oído. En Gill, aparentemente, los extranjeros quedaban exentos de ese rito en particular. Fui arrestado, paseado en carreta por las calles de Gill (la gente disponía al parecer de frutas y vegetales podridos para arrojar como regalo de despedida a los que ocupaban la carreta de las ejecuciones), y colocado frente a un gran montón de paja, dispuesto evidentemente para que las flechas que fallaban no se perdieran o estropearan.

Los arqueros parecían aburridos, y quizás un poco irritados. ¿Sería su día libre? Se alinearon despreocupadamente, seleccionaron sus flechas. Eran una docena, y todos parecían competentes. El capitán de la guardia, que me había escoltado hasta la plaza de la ejecución, alzó su brazo. No hubo preliminares, ninguna última palabra, ninguna comida final (un desperdicio de comida, por supuesto), ningún anuncio sobre de qué infiernos se suponía que era culpable. Cuando bajó su brazo, las flechas partieron con una notable uniformidad y una certera puntería... Todas vinieron a parar a mi pecho, y aunque dos fueron detenidas por las costillas, las demás penetraron; cuatro traspasaron mi corazón y el resto se distribuyó por mis pulmones.

Dolió. Y aunque yo sabía que no necesitaba respirar y que mi corazón sanaría tan pronto como me arrancara las flechas, mi cuerpo consideró que estaba muerto y se derrumbó.

Ponerme en pie y arrancarme las flechas en ese momento no habría sido prudente. Así que me decidí por pasar a tiempo lento..., un tiempo lento moderado, que me dejara rígido para ellos, mientras que su transporte de mi cuerpo fuera doloroso pero no intolerable. Calculé que probablemente dispondrían de mi cuerpo en los siguientes quince minutos -no mostraban tendencia a perder el tiempo-, lo cual representaría para mí unos tres minutos de tiempo subjetivo..., dejándome unos pocos segundos para arrancarme las flechas y sanar antes de que mi cuerpo se debilitara por la pérdida de sangre. Podía vivir cierto tiempo sin respirar, pero la sangre tenía que fluir.

Siguieron la ceremonia acostumbrada, y por un terrible momento, cuando era llevado cerca de un homo, temí que practicaran la cremación. Sin embargo, me arrojaron a un agujero en el suelo, y tan pronto como casi fui cubierto de tierra a paladas, pasé a tiempo real, aparté la suficiente tierra como para poder extraerme las flechas, y permanecí allí durante unos pocos minutos mientras las heridas iban regenerando. Cuando me sentí suficientemente bien, de nuevo regresé a tiempo lento-no era cuestión de intentar resistir horas encerrado en una tumba, si podía evitarlo-, y no salí hasta que hube estimado que ya había anochecido.

Era casi el amanecer. Desperté la tierra a mi alrededor, y me elevó reluctantemente hasta la superficie. Abrí los brazos, y la tierra adquirió de nuevo firmeza bajo mi cuerpo. Miré a mi alrededor para saber si había sido observado. No lo había sido.

El cementerio, como la plaza de ejecuciones, estaba cerca del extremo sur de la ciudad, fuera de las murallas. El mar estaba cercano, y las basuras que se pudrían en la playa, mezcladas con el olor de los habituales cangrejos torpes que no podían recordar el camino al agua, hicieron el lugar insoportable para mi nariz y para mis otros sentidos. Esta vez planeé entrar en la ciudad más sutilmente. Me situé en tiempo rápido y me abrí camino entre las chozas arracimadas junto a las murallas hasta que descubrí lo que llamé una "puerta de los desperdicios" y entré.

Sólo había visto el lado menos agradable de Gill. En los años transcurridos desde entonces, he visto muchas ciudades, pero en aguas sucias y barro, Gill reinaba por encima de todas. La posición de Gill en el itsmo entre el mar Enmurado y el mar Pantanoso le proporciona su papel como la mayor Familia comerciante del este. Sin embargo, la riqueza no se muestra en apariencia en la propia Gill... Las gentes con propiedades y bienes se trasladaban al este, a las montañas; se construían casas de madera y piedra que despertarían los celos de los príncipes de otras Familias.

En Gill, la pobreza y los negocios creaban una desigual división de la ciudad. Almacenes e industrias y comercios mayoristas se codeaban con las chabolas, los prostíbulos y las salas de juegos. Por la noche, el bullicio debía ser algo digno de presenciar; a primera hora de la mañana, la ciudad parecía cansada. Y todavía un poco borracha.

Había cadáveres en el camino que conducía a la puerta de los desperdicios. Crucé un carromato con cadáveres apilados en medio de la calle, junto al que varios hombres que no parecían mucho más saludables que su carga estaban echando otra pieza de carne humana al carruaje para llevarla al cementerio. Pocos lugares habrá donde la vida no sea barata, pero ese era el primer lugar que descubría donde incluso los pobres (especialmente los pobres, que a menudo son más considerados con sus muertos que los ricos) daban tan poca importancia a los muertos que los echaban a la calle como simples desechos.

El palacio del gobernador de Gill, ahora el cuartel general de la Alianza del Este, se erguía en el distrito de los almacenes como una verruga entre lunares; no intentaba ser elegante, era apenas un gran bloque de piedra gris anidado en medio de estructuras más pequeñas pero de algún modo más atractivas que almacenaban ropas, carne salada y pieles.

Lograr entrar en el palacio era difícil. Todas las puertas estaban cerradas, y los guardias permanecían inmóviles con las espaldas contra ellas. No había ningún medio de entrar sin ser advertido, a través de las puertas..., ni siquiera en tiempo rápido. Golpear a un guardia iba a atraer mucha atención. Y la fuerza de mi paso, en tiempo rápido, seguramente lo mataría.

Tenía que esperar hasta entrada la mañana, cuando la gente entrara y saliera. De modo que, por nostalgia (y quizá planeando alguna hermosa venganza) busqué la puerta donde había sido arrestado el día anterior. A medida que andaba por las calles empece a sentirme más y más deprimido. Me pregunté si Gill estaría en realidad excepcionalmente envilecida, o si todas las ciudades, incluso Mueller-sobre-el-Rio, eran tan malas. Las rudas colinas de Humping eran más consideradas hacia sus residentes que aquel desierto artificial de piedra y suciedad.

Vi en la distancia, mientras me acercaba a la puerta, que la carreta de ejecuciones se hallaba ya en pleno trabajo. ¡Le esperaba un ajetreado día! Jugueteé con la idea de romperle un eje, pero entendí que no valía la pena perder tiempo ni crearme problemas. En vez de eso me dirigí a la puerta. Apenas le eché una ojeada a la carreta y al encapuchado prisionero cuando pasé rápidamente por su lado, y descubrí a quien estaba buscando. El capitán que tan

silenciosamente me había mandado a la muerte el día anterior estaba en un cuarto de guardia cuya puerta estaba cerrada. La abrí y entré. Situándome directamente ante el capitán, que estaba solo, me deslicé a tiempo real. A menudo había visto el efecto de esta operación en Ku Kuei... Desde su punto de vista, yo simplemente me materialicé en el aire.

-Buenos días-dije.

-Dios mío-respondió.

-Oh, primera respuesta. Puedes hablar. Me irritó bastante que ayer no me dijeras nada antes de hacerme asaetear.

Su mirada de terror era deliciosa. No soy un hombre vengativo, pero de tanto en tanto ese tipo de cosas hacen alegrar el ánimo.

-No te molestaré mucho tiempo. Solamente estoy realizando algunas comprobaciones sobre ese desagradable trabajo que haces aquí. Por ejemplo, ¿quién decide los que deben morir?

-P...Percy. El rey. No es culpa mía. Yo no tengo decisión sobre nada...

-No importa en absoluto, no estoy aquí para juzgar a nadie. ¿Cuántas personas al día llevas directamente de las puertas de la ciudad al cementerio?

-No muchas. Se lo juro. Usted ayer, Lord Barton hoy, y no puedo recordar a nadie más desde hace meses. Y normalmente los arrestados cuando se van, cuando no llegan.

Intenté que la impresión que me habían producido sus palabras no se notara. ¡Barton! ¡Había pasado por alto todos mis consejos y había acudido a Gill, pese a todo!

-Llevas las cosas con mucha eficiencia-dije.

-Gracias-respondió.

-¿Qué te ocurre si alguna vez algo va mal?

-Nunca pasa eso.

-Pero, ¿y si alguna vez pasara?

-Me vería en problemas-dijo. Estaba empezando a actuar un poco más seguro de sí mismo conmigo, y sospeché que en cualquier momento estiraría una mano para comprobar si yo era sólido o espíritu.

-Entonces te vas a ver en problemas-dije-. Porque Barton no va a morir. Y si pese a todo consigues matarlo, estaré aquí de vuelta antes de una hora. No importa los problemas en que te veas metido por tu fracaso en matarlo, simplemente recuerda que serán menos malos que los que te caerán encima si realmente lo matas. Ahora disfruta de la mañana-y me deslicé a tiempo rápido, previa pausa para derramarle un tintero sobre la cabeza antes de marcharme.

Corrí rápidamente por las calles, y pronto descubrí de nuevo la carreta de ejecuciones. Si me hubiera fijado un poco más antes habría podido reconocer las ropas de Barton... Iba

vestido del mismo modo que el otro día en la casa del acantilado. Trepé a la carreta, luego frené a tiempo normal el rato suficiente como para decirle:

-No os preocupéis, Barton. Estoy con vos.

Y volví inmediatamente a tiempo rápido y salté de la carreta. El conductor no se dio cuenta de mi presencia, y si algún transeúnte me vio, simplemente habrá parpadeado y se habrá preguntado si el alcohol ingerido la noche anterior seguiría aún en su sangre.

Llegué a la plaza de ejecuciones y aguardé oculto entre los montones de paja. La carreta necesitó media hora para llegar, y luego se reprodujo la rutina del día anterior... Los arqueros se alinearon, muy a su aire, y su jefe, no el capitán de la puerta, levantó su brazo. Me deslicé a tiempo rápido y salí al espacio entre Barton y los arqueros. Empecé a moverme arriba y abajo (me volvía visible si permanecía demasiado tiempo en el mismo lugar) hasta que el jefe bajó su brazo y los arqueros soltaron sus flechas. Entonces atrapé las flechas a mitad de su vuelo, tomé suavemente la capucha de la cabeza de Barton, y clavé las flechas en la paja a través de la capucha directamente detrás del pecho de Barton. Luego regresé a mi oculto punto de observación y observé.

Pasó un segundo de tiempo real antes de que los arqueros se dieran cuenta de que la capucha de Barton no estaba sobre su cabeza y ninguna flecha se había clavado en su pecho. Entonces, furiosamente, el jefe de los arqueros les dijo que fueran a recoger sus flechas... Su irritación porque todos habían fallado era evidente. Sin embargo, cuando descubrieron las flechas clavadas en la paja a través de la capucha, incluso el jefe se mostró un poco menos jactancioso. No era natural que aquellas flechas hubieran ido a parar de esa forma a aquel lugar.

Barton sonreía.

-No sé qué clase de trucos estás haciendo-dijo el jefe con furia (aunque también con un poco de miedo)-, pero será mejor que no lo intentes de nuevo.

Barton se encogió de hombros, y el jefe formó de nuevo a sus arqueros para un segundo intento. Pasé en tiempo rápido y, a fin de terminar rápidamente con aquello, tomé las flechas a mitad de su vuelo y esta vez las clavé en el puño que tiraba de la cuerda de cada uno de los arqueros. Para rematar el asunto, tomé unas cuantas flechas más del carcaj de uno de los arqueros y empalé la mano del jefe, clavándola finalmente a su muslo, tras lo cual hice lo mismo a tres hombres que haraganeaban en las cercanías, curioseando. Luego regresé a mi puesto de observación y pasé a tiempo real.

Un aullido de dolor surgido al unísono de una docena de gargantas me dijo que mi trabajo había sido efectivo. Los arqueros soltaron sus arcos y tiraron de las flechas clavadas en sus muñecas. El dolor no era tan intenso como la sorpresa. Uno no se encuentra cada día con que lanza una flecha que da media vuelta y viene a clavarse en la propia muñeca.

La presencia de ánimo de Barton era sorprendente. Dijo con altanería:

-Este es el segundo aviso. No habrá un tercero.

-¿Qué ocurre aquí?-gritó el jefe.

-¿No me conoces? Soy el padre del emperador. Soy Lord Barton de Britton. Y es un crimen para la gente común verter sangre real.

-¡Lo siento! -grito el jefe; varios de los arqueros le hicieron coro..., la mayoría intentaba restañar sus hemorragias.

-Si lo sientes realmente, vuelve con tus hombres a tu cuartel y no me causes más problemas hoy.

Realmente lo sentían. Regresaron a sus cuarteles y no causaron más problemas aquel día. Tan pronto como se fueron, miró a su alrededor y me encontró recostado contra un montón de paja, riéndome. Acudió a mí con aspecto ligeramente irritado.

-¿Tuviste que esperar a último momento para intervenir? -Os dije que no os preocuparais.

-¿Crees que uno puede no preocuparse con una docena de flechas que le apuntan al corazón?

Pedí profusamente disculpas. Me perdonó, y nos encaminamos hacia la ciudad, alejándonos de la plaza de ejecuciones.

-Lo único que no esperan que hagamos es volver a la ciudad después de haber intentado matarnos a ambos-dijo, y luego se echó a reír-. Ha sido divertido. No me gustaría ser el soldado que tenga que informar de esto a mi querido hijo Percy. ¿Qué eres tú, después de todo? -preguntó.

-El Hombre-del-Viento-respondí.

-Ya no sé lo que está ocurriendo en el mundo -dijo-. Todo parecía tan razonable y científico hasta que descubrí que mi hijo era un fraude con la habilidad de hacer que me ocultara mis propios recuerdos. Y ahora apareces tú. El capitán de la puerta me dijo que habías sido ejecutado y enterrado ayer...

-¿Os habló? No me dijo nada de eso-murmuré.

-Estoy acusándote de violar las leyes de la naturaleza -dijo irritado por mi evasiva para no responderle.

-La virtud de la naturaleza está intacta-lo tranquilicé-. Simplemente conozco algunas leyes distintas-y entonces llegamos a la puerta de los desperdicios.

Los guardias no eran excesivamente brillantes y aún no se había dado ninguna alarma, lo cual no era de sorprenderse. De todos modos, resultábamos llamativos. Barton luciendo ropas caras y yo vestido como un Humper, lo cual significaba que mi aspecto era más bien rústico, incluso en los barrios más pobres de Gill. Tenía que mantenerlo alejado de las calles mientras llevaba a cabo mi intención original de hacerle una visita a Percy. Así que lo conduje a un prostíbulo que había visto en mi anterior paso por la calle.

El encargado era un rudo viejo que parecía más bien un poco irritado por ser molestado a aquella hora de la mañana.

-No abrimos hasta el mediodía-dijo-. Después del mediodía.

Barton tenía dinero..., bastante. Me sorprendió que los ejecutores no se lo hubieran quitado. Quizá pensaban hacerlo cuando fuera cadáver, para que así él no supiera que estaba

siendo robado. Era un toque de delicadeza que no hubiera sospechado en ellos... El dinero, desparramado sobre la mesa, sirvió para abrir los negocios de la casa un poco antes de lo habitual.

- ¿Servicio completo? -preguntó el encargado.

-Tan solo una cama y silencio-dije, pero Barton me miró furiosamente.

-Me siento como un jovencito de treinta años, ¿y esperas que duerma todo el día en un lugar como este? Quiero la más joven de tus chicas que no tenga ninguna sucia enfermedad -dijo, y después de reflexionar añadió-: Pero, por supuesto, que tenga la edad...

El encargado pareció haber quedado pensando cuál sería la edad indicada.

-Más de catorce años-dije, para ayudar.

-Dieciséis-dijo Barton, horrorizado-. ¿Las ofreces realmente tan jóvenes?

El encargado alzó sus ojos al cielo y se llevó a Barton. Tan pronto como estuvieron fuera de la recepción, pasé a tiempo rápido y me encaminé al palacio.

Tuve suerte. Cuando llegué, alguien estaba precisamente cruzando la puerta. Había poco espacio para mí, pero me metí como pude y estuve dentro del palacio. Seguí el camino que iba señalando la presencia de los guardias y pronto me hallé en el impresionante salón del trono. Entonces me encaminé hacia un rincón tranquilo y observé. Intenté examinar cuidadosamente todos los rostros que había en el salón, de modo que si alguno cambiaba me diera cuenta de ello. Y luego me deslicé a tiempo real.

La vieja mujer que estaba sentada en el trono se convirtió en un hombre joven con un notable parecido a Barton. La mayoría de los oficiales que la/lo rodeaban no cambió, pero reconocí a Dul entre la multitud. Había sido un hombre joven con una sencilla túnica marrón. Unos cuantos rostros más cambiaron también. Pasé varias veces de tiempo real a tiempo rápido para asegurarme de que los había localizado a todos. Eran ocho en total.

Había acudido allí con la intención de matarlos después de averiguar de dónde procedían. Ahora me preguntaba cómo lo conseguiría. No podía hablarles en tiempo rápido, pues significaría exponerme a los peligros de una confrontación en tiempo real. ¿Y cómo podía matarlos sin atraer la atención de todos los demás simuladores? Una vez prevenidos contra mí, serían capaces de defenderse.

Finalmente me di cuenta de que podía conseguirlo pasando cada vez de tiempo real a tiempo rápido y retrocediendo de nuevo. Pero matarlos en tiempo rápido..., no sería fácil. Oh, por supuesto, la acción en sí iba a ser bastante fácil de realizar. Pero clavar un cuchillo a un hombre desprevenido iba a ser .para mí algo muy distinto a los pequeños trucos que hasta ahora había estado realizando en tiempo rápido. Yo estaba entrenado para la batalla: había luchado y matado antes. Pero siempre mi enemigo había tenido su oportunidad de alcanzarme a mí antes de que yo lo alcanzara a él. No tenía estómago para golpear cuando una persona estaba totalmente indefensa.

Había visto a los Ku Kuei matar animales golpeándolos en la cabeza en tiempo rápido. Y yo había condenado su modo de actuar. Pero ellos tenían razón... Nunca te cortarás un pie en el momento de iniciar una carrera. Tenía que eliminar a los simuladores si no quería que se apoderaran del mundo. No había posibilidad alguna de acuerdo con ellos... Habían

demostrado ya su determinación de obtener y conservar el poder a cualquier precio, incluso el precio de la sangre. La justicia no se sentiría ofendida por sus muertes. Y si la única forma de acabar con ellos era reptar como un cobarde...

Aquella era una línea de pensamiento que no conducía a nada, y además Dul estaba apartándose de la multitud reunida en el salón del trono. Aquella era una buena ocasión. Aguardé hasta comprobar a qué puerta se dirigía, luego me introduje en tiempo rápido y crucé aquella misma puerta antes que él. No pensaba en asesinato..., tan solo en información. Mientras cruzaba la puerta, me situé de nuevo en tiempo real, me detuve y lo sujeté por el brazo.

-Dul-dije-, qué alegría verte.

Se detuvo y me miró, y su rostro apenas registró una ligera sorpresa.

-Creía que aún estabas en Barton-dijo, y luego, aunque podía ver claramente que mantenía ambas manos a sus costa- dos, sentí un cuchillo hundirse profusamente en mi pecho. Mi pobre corazón tendrá que regenerarse de nuevo, me dije. Y me dije también que iba a ser problemático enfrentarse a los simuladores cara a cara. Un hombre que puede matar sin que su víctima se dé cuenta de que el asesino mueve sus manos es un peligroso oponente.

Un salto a tiempo rápido, por supuesto, y lo vi en el momento en que retiraba su mano del mango del cuchillo clavado en mi pecho. Extraje el cuchillo, di un paso atrás, y aguardé mientras mi corazón sanaba de nuevo. No podía exigirle demasiado..., había límites a lo que podía hacer mi corazón sin rebelarse e insistir en pasar varios días metido en cama. Finalmente, pensé que ya estaba suficientemente restablecido, y me adelanté de nuevo hacia Dul, que había echado su mano hacia atrás y ahora mostraba su sorpresa ante mi desaparición. Tomé el cuchillo y, a fin de convencerle de que hablaba en serio respecto a la necesidad de su colaboración, clavé su hoja (¡hierro de manufactura Mueller!) profundamente en su brazo. Luego regresé a tiempo real, observando cómo se transformaba en el último momento, del joven al que había apuñalado al taciturno sirviente. Su taciturnidad, sin embargo, no duró mucho. Pareció asombrado, se agarró el brazo, y en aquel momento la ilusión fluctuó, se desvaneció, se fue y vino ante mis ojos, hasta reducirse finalmente a su verdadera apariencia, la del joven.

Saltó hacia mí y me derribó. Se había arrancado el cuchillo del brazo, lo estaba apuntando hacia mi garganta. Lo detuve, y forcejeamos para conseguir el control. Era fuerte y joven... Pero yo era más joven y mucho más fuerte. Además, él no tenía casi práctica en el manejo del cuchillo. Probablemente nunca había tenido que usarlo contra un enemigo que viera la amenaza.

Lo tenía aplastado contra el suelo y le exigía que me dijera de dónde procedía antes de matarlo, cuando oí un ruido en la puerta. Miré y no vi a nadie..., pero la puerta seguía abriéndose. Si los simuladores eran capaces de lograr las ilusiones que yo había experimentado ya, era probable que pudiera conseguir que yo no viera a nadie: estaba seguro de que había alguien más en la habitación. El interrogatorio iba a ser imposible con una mayor concurrencia de simuladores, y ahora estaban advertidos. Había tenido una posibilidad, no muy buena, de averiguar de dónde procedían. Pero la estaba perdiendo.

Me lancé a tiempo rápido y me levanté, dejando a mi anterior oponente tendido en el suelo. No uno, sino tres simuladores avanzaban hacia mí con los cuchillos dispuestos. Era algo inútil, pero les arranqué los cuchillos de las manos y los llevé conmigo al salón del trono, donde la vieja dama que simulaba ser Percy Barton estaba sentada en el trono con expresión

de aburrimiento. Coloqué los cuchillos en su falda, con las hojas apuntando hacia ella, y luego salí del palacio. El mensaje era claro: habría podido matarla. Pero era solamente un mensaje, apenas un "podría haber sido", y no sabía qué hacer a continuación.

¿Matarlos a todos? Absolutamente inútil si no conseguía averiguar de dónde procedían. Simplemente serían reemplazados por otros simuladores, y el complot no se vería frustrado, tan solo ligeramente retrasado... Disponía de algo de tiempo para planear mi próximo movimiento, en tiempo rápido, por supuesto. Se necesitaría una semana antes de que cualquier jinete pudiera llegar a cualquier otra capital, de la importancia que fuera, partiendo desde Gill. Y en una semana en tiempo rápido yo podía realizar una gran cantidad de cosas.

Abandoné el palacio. Era inútil pensar que en algún lugar hubiera algún documento que dijera: "Los impostores que ocupan este palacio proceden de la siguiente Familia:" Solamente la razón podía permitirme determinar su origen. Y cuando se hablaba de razonar, había que tener en cuenta a Lord Barton.

-No has estado afuera mucho tiempo-dijo, una vez que despedí a la chica de la habitación-. Abusas de nuestra amistad.

-Necesito vuestro consejo.

-Y yo necesito soledad. O dualidad... ¿Te das cuenta de que estaba al borde de lograr algo que no había conseguido en treinta años? Y dos veces consecutivas. Dos veces en diez minutos.

-Tendréis otras oportunidades. Escuchad, Barton. He estado en el palacio. He visto a vuestro hijo. Es una mujer, algunos años más vieja que vos, y está rodeada por otros simuladores, incluido vuestro antiguo sirviente. Pero no he podido sacar nada en claro de ellos. De hecho, están un poco alarmados. Saben que yo los he descubierto; han tenido una muestra de lo que yo puedo hacer. En una semana estarán en situación de comunicarlo a todos los demás, y ya nunca seré capaz de ir por delante de ellos. ¿Comprende la situación?

-Lo has estropeado todo.

-Corrí un riesgo y perdí. Así que ahora, puesto que vos fuisteis tan estúpido como para venir aquí después de prometerme que os quedaríais en Humping...

-Humping-murmuró nostálgicamente.

-Haríais bien en ser útil en algo. Necesito saber de dónde provienen. Necesito saber su país de origen. Ya que, a menos que los golpeemos allí, antes y duro, nunca podremos detenerlos...

Se calmó un poco.

-Bueno, Lanik. Resulta evidente que no podemos echarlo simplemente a suertes. Hay ochenta familias... Pueden ser de cualquiera de ellas.

-Hay formas de reducir ese número. Tengo una teoría, creo que buena, acerca de lo que están haciendo las Familias. En Nkumai descubrí una historia de los orígenes; relacionaba en qué se especializaban los fundadores de las Familias. Nkumai, por ejemplo, fue fundada por un físico. Su producto de exportación son las teorías físicas y astronómicas. En Mueller

exportábamos el producto de la investigación genética... El primer Mueller era un genético. ¿Entiende?

-¿Es eso una constante?

-No he visitado los suficientes países para informarme qué era lo que exportaban. Pero sigue siendo cierto para Ku Kuei y Schwartz.

-Un filósofo y un geólogo.

Debí de mostrarme sorprendido.

-No sé por qué debía sorprenderte esta información. Britton fue fundado por un historiador. No es un campo muy propicio a convertirse en un producto viable de exportación, pero somos unos fanáticos en conservar archivos. La lista de los ochenta traidores originales es memorizada por todos los escolares, de Anderson a Wynn, así como sus ocupaciones y sus biografías resumidas. Puedo recitar también mi genealogía desde el propio Britton hasta el presente. No lo he hecho porque tú no me lo has pedido.

-Nunca lo haré. Sois un hombre de hierro, Barton.

-La cuestión es: ¿qué ocupaciones puede haber dado como resultado simuladores? Los psicólogos tendrían que ser los más obvios, ¿no? ¿Quién era un psicólogo? Drew, por supuesto, pero viven en sus chozas del norte y sueñan en matar a sus padres y acostarse con sus madres.

-Podría ser una ilusión-dije.

-El año pasado atacaron Anen cruzando las montañas, y fueron humillantemente derrotados. ¿Suena eso como propio de nuestros enemigos?

Me encogí de hombros. ¿Qué sería lo que se podría decir acerca de los simuladores?

-Además nunca han mantenido secreto lo que estaban haciendo, a lo largo de los siglos. La gente que buscamos ha debido, en algún momento de su historia, aprender a guardar el secreto, ¿no crees? Otro psicólogo, el único otro, era Hanks. No sé nada acerca de ellos excepto que se rebelaron contra la Alianza del Este hace dos años, y mi amado hijo los invadió con su ejército y quemó y arrasó todo el territorio. Las historias dicen que solamente una de cada tres personas sobrevivió, y que se mantienen en las fronteras y viven de la caridad de Leishman y Parker y Underwood. No hay caridad en Gill. Tampoco parece ser un buen lugar de origen de los simuladores.

De nuevo tenía razón.

-¿No hay más psicólogos?

-No.

¿Qué otras profesiones, entonces?

-Quizá sean una excepción a tu teoría, Lanik. Quizás hayan elaborado algo enteramente nuevo.

-Repasemos la lista. Tenemos que intentar encontrar las probabilidades más probables.

Así que repasamos la lista. Era tedioso, pero fue relacionándola con una hermosa letra que me hizo respetar aún más su educación, aunque me costaba leer lo que escribía. Nuestras conjeturas se inclinaban hacia las estirpes amplias. Tellerman era un actor, pero aquella familia era bien conocida por tener amplias pretensiones literarias. El Embajador había rechazado todos los libros y obras de teatro y poemas que le habían ofrecido a lo largo de mil años. Su persistencia era notable. No había magos entre el grupo, por supuesto... La rebelión en sí había sido una revolución de la elite contra la explotación por parte de la tiranía democrática de las masas. Con unas pocas excepciones, los exiliados en Traición eran la crema de la crema, los principales intelectos de la República. Lo cual significaba que excepto los psicólogos y algunos pocos otros periféricos, la mayoría de los rebeldes eran expertos en el campo científico.

Y cuando llevábamos más de una hora agotando todas las posibilidades, la respuesta apareció repentinamente de una forma tan obvia que no pude creer que hasta entonces la hubiéramos pasado por alto.

-Anderson-dije.

-Ni siquiera sabemos lo que hacía-dijo Barton.

-Como profesión no lo sabemos. Pero sin embargo era el cabecilla de la rebelión, ¿no?

-De todos los traidores, el peor-entonó Barton.

-Líder de los intelectuales, y sin embargo no era un intelectual.

-Sí. Uno de los hechos inescrutables de la historia.

-Como político-dije-, un demagogo que se hizo elegir para el Consejo de la República, y sin embargo el mismo hombre que fue capaz de vencer al conjunto de las mentes más prominentes de la República. ¿No es eso una contradicción?

Barton sonrió.

-Aquí tenemos algo concreto. Por supuesto, no poseía ninguna de las habilidades de nuestros actuales enemigos. Pero era capaz de hacer que la gente creyera que era quien deseaba que pensaran que era. Y, excepto que son mucho mejores en ello, ¿no es eso lo que están haciendo ahora los simuladores?

Me incliné en mi asiento.

-¿Entonces admitís finalmente que sería plausible?

-Plausible, no probable. Pero ninguno de los demás son ni siquiera posibles. por lo que se puede ver. Lo cual hace de Anderson la mejor apuesta, al menos para intentarla en primer lugar.

Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta.

-¿No te precipitas un poco? ¿Acaso no piensas invitarme a que te acompañe?

-Sólo estaré fuera un par de días-dije.

-Anderson está a dos semanas a caballo a través del accidentado terreno de Israel, y luego deberás tomar un bote para cruzar la peor extensión de agua del mundo: el mar Tembloroso... A menos que seas tan estúpido como para intentar el Embudo. Y eso representa al menos un mes de ausencia.

-Creedme. ¿Acaso os he decepcionado alguna vez?

-Solo cuando enviaste a esa jovencita fuera de la habitación. No te preocupes, de todos modos. No intentaré seguirte. Si dices dos días, aguardaré dos días, o quizás incluso más. Un hombre que puede hacer que las flechas den media vuelta a mitad de su curso puede volar hasta las lunas, si lo desea.

Se me ocurrió otro pensamiento.

-Quizá sería mejor que esperarais en algún otro lugar-dije.

-Tonterías. Es más arriesgado salir a la calle. Además, tengo un asunto pendiente aquí. Deseo establecer una marca personal. Tres veces en una hora. Mándamela de vuelta.

Se la envié de vuelta después de salir.

Me sentía furioso de llegar antes cuando recorría la distancia a pie en tiempo rápido que cuando cabalgaba en tiempo real... Y todo por no haber aprendido más en Ku Kuei. Me tomó nueve largos días de caminata llegar a Anderson en el tiempo más rápido que jamás hubiera intentado desde que abandonara Ku Kuei; era enervante pensar que había terminado el viaje antes de que el día en que salí hubiera llegado a su ocaso.

Estaba cansado hasta los huesos cuando alcancé el promontorio de Israel que dominaba el Embudo, el angosto estrecho que separaba Anderson del continente. Las olas del mar estaban congeladas, por supuesto, en mitad de su furiosa embestida hacia el norte para verterse en el mar Tembloroso, cuyo nivel era ligeramente más bajo. Las crestas de las olas alcanzaban casi la altura del promontorio donde yo me hallaba, como colinas que se elevaban por la acción de algún cataclismo en la tierra.

Había pocas cosas que yo no hubiera hecho en tiempo rápido, pero nadar en un mar en tiempo real era una de ellas. En Ku Kuei, cuando nadaba en tiempo rápido, lo hacía siempre en compañía de alguien cuyo flujo temporal fuera tan intenso como para arrastrar consigo una porción del lago, sin incluirme a mí.

Penetré cautelosamente en el agua. Mientras que el aire no me ofrecía ninguna resistencia, el agua era más lenta y sostenía mi peso mucho mejor que en tiempo real. De hecho, mi paso a través del Embudo no fue realmente a nado, en absoluto. Tras un cierto entrenamiento, me arrastraba por la ladera de una ola como si fuera una lodosa colina tras una lluvia intensa, y luego me dejaba deslizar fácilmente por el otro lado. Tras cierto tiempo se convirtió en algo divertido, aunque fatigoso. Y era aún plena tarde cuando alcancé el otro lado y salí del mar para alcanzar la orilla rocosa de la isla de Anderson.

Una vez fuera del alcance del oleaje, miré a mi alrededor. El paisaje era herboso, aunque salpicado de rocas, y las ovejas pastaban aquí y allá... La región estaba habitada. Pero era calurosa y seca y desolada. La hierba no era abundante, y cada oveja que se movía levantaba una nubecilla de polvo a su alrededor.

Seguí la cresta del promontorio para alejarme de la rocosa costa, y me preguntaba cómo haría para descubrir si ese era realmente el hogar de los simuladores. No podía parar a alguien simplemente y decirle: "Buenas tardes, ¿es de aquí de donde proceden los bastardos que están intentando apoderarse del mundo?" Tenía que encontrar alguna razón más aceptable de mi presencia allí. Recordando el mar que acababa de cruzar, un naufragio parecía una posibilidad aceptable. Todo lo que tenía que hacer era asegurarme de aparecer en la orilla suficientemente cerca de la casa de algún pastor. Desde ese punto, esperaba, podría ir improvisando...

Cuando llegué a una casa situada a unos pocos metros apenas de donde empezaba el rocoso litoral, regresé por entre las rocas hasta el mar. Calculando lo altas que eran realmente las rocas y su violencia en tiempo real, trepé prudentemente hasta la cresta de la ola más cercana a la orilla. Y luego me deslicé a tiempo real.

Habría sido mejor quedarse sobre las rocas y dejar que las olas me empaparan.

12

ANDERSON

La ola no me dio tiempo para nada. De inmediato fui proyectado contundentemente contra las rocas de la costa, y una nueva ola vino detrás y me aplastó con brutalidad. Golpeé las rocas con un desagradable crujir de huesos, y luego fui levantado de nuevo para ser aplastado otra vez más.

El dolor en mi astillada pierna derecha era insoportable. Por primera vez en mucho tiempo me enfrentaba con una fuerza de la naturaleza a la que no podía dominar, y temí por mi vida. Mi padre había muerto rompiéndose la columna vertebral en el agua, y mientras descendía contra las rocas por segunda vez, mis ansias por sobrevivir pudieron superar la situación y entonces me arrastré en el agua hacia la orilla, me agarré a una roca, pero la ola que me había golpeado me arrastró de nuevo hacia atrás, lo cual me hizo perder mi presa.

La tercera vez fui capaz de sujetarme con la fuerza suficiente, y arrastrarme lejos de las olas. Las salpicaduras me empapaban de nuevo cada vez que una ola llegaba a la orilla-lo que se estaba produciendo al parecer a cada segundo, o dos-, pero estaba relativamente a salvo. Aguardé durante varios minutos a que mi pierna empezara a sanar tanto como para que, si era necesario, pudiera apoyarme en ella para andar. Y cuando comprobé que podía soportar mi peso, empecé a gritar.

-¡Socorro! -aullé por encima del estrépito de las olas. Inútil. Nadie podía oírme. Tenía que acercarme a la cabaña y alejarme del mar. Trepé no muy ágilmente entre las rocas. Fue entonces cuando la vi, una chica que no podía tener más de veinte años. vestida con unas ropas sencillas que le llegaban solamente hasta las rodillas. Era graciosamente hermosa, y la ligera brisa agitaba su negro cabello. No era el momento más adecuado para enamorarme, pero inmediatamente me sentí atraído hacia ella. Atraído por primera vez por una mujer desde que había dejado a Saranna en Ku Kuei.

Grité de nuevo, y ella descendió delicadamente entre las rocas hasta llegar a mi lado. Sonrió; le devolví la sonrisa, pero dejé que el dolor que sentía fuera claramente apreciado. Tropecé-no me fue muy difícil-, y ella me condujo hasta arriba. Y mientras me llevaba hasta su casa balbuceé una historia acerca de haber sido atrapado por la corriente del Embudo, mientras mi padre y yo pescábamos en un bote; añadí que estaba seguro de que mi padre se había ahogado, puesto que el palo del bote se había roto y lo había golpeado en la cabeza. Ella me dijo a su vez que el mar le había arrebatado también a su viejo padre de las rocas no hacía aún tres años, y que ella seguía luchando para mantener su rebaño de ovejas y preservar su independencia.

-Seguro que no habrán de faltarte proposiciones de matrimonio-dije.

-No-respondió cautamente-. Pero estoy esperando.

-¿...qué?-pregunté .

-Al hombre adecuado, por supuesto-dijo festivamente, y luego me condujo hasta la casa.

Desde lejos, cuando vi por primera vez su casa, no me di cuenta de las flores que crecían por todas las paredes. Formaban un agradable contraste en aquel lugar desolado, y sentí que la muchacha me gustaba cada vez más. Me ofreció comida, mostrándome un guiso frío que podía calentar rápidamente.

Antes de que pudiera decir nada la tierra empezó a estremecerse y fui derribado al suelo. Había oído lo suficiente sobre temblores de tierra como para saber que el interior de una casa no era un buen lugar para guarecerse durante uno de ellos...

Así que gateé hacia la puerta y me puse a contemplar cómo la tierra se elevaba de manera evidente y en el suelo se abría una grieta, a no más de diez metros de distancia...

Era amplia.

La tierra rugió constantemente mientras se abría y cerraba una y otra vez.

Y luego el temblor pasó, y me puse en pie, avergonzado, y me sacudí las ropas. Estaban aún mojadas del agua del mar... El barro se había pegado a ellas.

-Lo siento-dijo la muchacha, y me di cuenta de que parecía más contrariada que asustada por el temblor-. El tiempo es tan malo aquí..., entre la tierra, el cielo y el mar -y como para corroborar su opinión, el cielo, que hasta hacía un momento había permanecido sin nubes, empezó bruscamente a dejar caer una lluvia torrencial mientras las nubes rodaban sobre nuestras cabezas de horizonte a horizonte.

Las flores estuvieron rápidamente empapadas, y parecieron erguirse un poco más.

-Tus ropas-dijo-. Puedo lavar todo este barro, si quieres quitártelas. Y también la sal del mar.

Supongo que mi rubor fue convincente... De todos modos, estaba convencido. Ella parecía tan inocente y tímida que era imposible no acompañarla en su timidez.

-No llevo nada debajo-admití.

-Entonces ven al dormitorio... Tengo dos habitaciones, ya sabes... Y pásame las ropas. Las lavaré mientras se calienta el guiso.

No me hice de rogar. Me saqué los pantalones y la camisa, recuerdos de Glain y Vran y Humping, y se los alcancé, luego me eché en la cama (que era sorprendentemente blanda... ¡Un lujo como en Mueller, aquí, en un país de pastores!), desnudo, brazos y piernas abiertos, para secarme y relajarme. Me sentí bien, tras un mes de constante viajar y las agotadoras últimas horas con el mar.

Y me dormí.

No estoy seguro de qué fue lo que me despertó. No podía haber dormido mucho... El cielo apenas había cambiado, y seguía negro por las nubes, aunque no era de noche. El olor del guiso invadía fuertemente la casa. Y entonces se abrió la puerta.

Ella se detuvo en el umbral, desnuda. Su cuerpo era joven; dolorosamente me recordó el cuerpo de Saranna cuando ambos éramos jóvenes en nuestros quince años, antes de que abandonara Mueller, hacía tanto... Deseé a aquella muchacha. Y por su sonrisa, supe que ella deseaba que yo la deseara.

Deseaba que yo la deseara. ¿Era la timidez de la muchacha lo que me había hecho enrojecer?

Algo no encajaba. Muchas cosas no encajaban. Mientras entraba en mi habitación y se arrodillaba en la cama, me di cuenta de lo terriblemente improbable que era que una criatura tal pudiera vivir sin ser molestada en un aislamiento como aquel, tan cerca de la costa. Me di cuenta de lo extraño que resultaba que las nubes y la lluvia surgieran de la nada, que no la hubiera asustado un temblor de tierras que casi estuvo a punto de derribar la casa, y que siendo dulce y tímida estuviera ahora arrodillada a horcajadas sobre mi cuerpo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Salté rápido a tiempo. El cuchillo estaba sólo a un palmo de mi garganta. Y la muchacha desnuda era ahora un viejo feo y horrible, con quizá la expresión más depravada y llena de odio que hubiera visto jamás en un rostro humano. Sus ojos eran hundidos y acuosos, su rostro demacrado por la pobreza. No había ninguna duda acerca de lo que estaba buscando. Su esquelético cuerpo gritaba pidiendo carne. En comparación con él, yo estaba gordo.

La cama donde estaba tendido no era blanda tampoco... Era una tabla, y tan dura e incómoda que cuando me deslicé torpemente por entre sus piernas ni siquiera se agitó. Y luego me detuve allá en pie por un momento, preguntándome qué hacer. La puerta de la cocina seguía abierta. Fui hacia ella y descubrí que el cazo, en lugar de estar lleno con un guiso caliente, estaba en realidad vacío y oxidado por la falta de uso. Ninguno de los detalles interiores que habían hecho que aquel lugar pareciera acogedor era real... Las paredes estaban construidas con bastante hierba y fango, el suelo estaba sucio, y había inmundicias por todas partes.

La suciedad, de hecho, era indescriptible. Era como si, debido a que el hombre podía elegir vivir en una ilusión, no le preocupara hacer que su entorno real fuera ni siquiera tolerable. ¿Realmente lo engañaban sus ilusiones incluso a él? Quizá. Entonces me di cuenta de que llevaba puestas mis ropas, y no pude encontrar rastro alguno de las suyas. ¿Había estado desnudo antes? Su pobreza era consternadora. Nunca había visto a un ser humano que viviera en salvajismo relativo tal, fuera de Schwartz. Y allá la pobreza tenía dignidad, puesto que realmente los Schwartz poseían toda la tierra.

Afuera, incluso las flores se habían convertido en zarzas y hierba gris y polvorienta. Y la choza estaba completamente ladeada, como a punto de caer. No había huella de ninguna grieta en la tierra, y la lluvia, como el terremoto, habían sido una ilusión.

No quedaba pues ninguna duda de que Anderson era el lugar que estaba buscando. Y no había duda de que mi decisión era correcta. Si había un lugar opuesto a lo que el mundo debía ser, ese era Anderson: todo allí parecía hermoso, cuando en realidad era deplorable y escuálido y mortal.

Regresé a la casa, de vuelta al minúsculo cobertizo que en la ilusión era un dormitorio, y retiré el cuchillo de la mano del viejo. Luego me deslicé a tiempo real. Se convirtió de nuevo en una muchacha, pero repentinamente se envaró y se sujetó una mano con la otra debido al dolor que le había producido al arrancarle tan rápidamente el cuchillo. Miró hacia donde estaba yo, y su rostro registró la sorpresa. Le lancé una firme patada en la ingle, y repentinamente la muchacha fue un hombre viejo que se retorcía en el suelo.

-¿Quién eres?-preguntó-. ¿De qué sueño sales?

-Del tuyo-dije.

Después de recuperarse algo del dolor, dijo aviesamente:

-Prefiero los sueños que tengo mientras duermo. Pensé que eras real, por la forma como te asustó el terremoto.

Me incliné con el cuchillo de madera en la mano y golpeé su garganta con la punta. Y entonces, repentinamente, sus manos rodearon mi cuello por detrás. Me maldije a mí mismo por mi estupidez y me lancé a tiempo rápido. El hombre desapareció del suelo frente a mí y ahora estaba inclinado sobre mi espalda, intentando estrangularme. Rompí su presa, luego me situé a mi vez tras él. Tan pronto como estuve de nuevo en tiempo real, lo sujeté fuertemente y lo empujé fuera del dormitorio en dirección a la cocina. Gritó durante todo el trayecto..., le había roto todos los dedos al soltarme de su presa en tiempo rápido.

Pero las ilusiones se extendían incluso al sentido del tacto, y de pronto estuvo de nuevo tras de mí, esta vez con el cuchillo, esta vez clavándomelo por detrás en los riñones. Pero ya estaba cansado de dolor, de modo que en vez de intentar luchar con él eché a correr fuera de la casa. Instantáneamente se produjo un temblor de tierra. Necesité de una tremenda fuerza de voluntad para avanzar directamente hacia la grieta que se abría frente a mí, pero la crucé. Era tierra sólida. Y entonces, apenas a una docena de metros de la casa, me dejé caer al suelo, y tan rápidamente como pude forcé un temblor de tierra que se tragó la casa en un enorme derrumbe.

Permanecí tendido en la superficie de !a tierra, que se sacudió debajo. Pero no era el temblor que pasaba a través de mí como un rastrillo a través de un fino suelo. Era el grito de la muerte; no el grito de un hombre muerto por un arma en la batalla, no el grito de los incontables hombres y mujeres y niños arrebatados por la enfermedad o el hambre o el fuego o la inundación. Era el grito de alguien muerto por la tierra, contra la voluntad de ella... Y el grito fue amplificado un millar de veces hasta llenarme por completo, y entonces yo también grité.

Grité hasta que mi voz ya no pudo llenar mis oídos. El dolor no era físico. Cuando terminó, no había ningún sufrimiento residual en mis músculos ni ninguna tensión que no

pudiera relajar. El dolor era en aquella parte de mí que había estado en comunión con la tierra, y mientras me desgarraba me pregunté, brevemente, si podría llegar a morir a causa de él.

No morí a causa de él. Pero cuando mi propio grito se hundió en el silencio y miré y vi que la tierra se había cerrado de nuevo, sin dejar ningún rastro de la casa y sus tristes e inexistentes flores, no deseé hacerla resurgir, hacer resurgir a aquel horrible hombre viejo; deseé que su vida continuara aunque su yo no pudiera seguir viviendo. Merecía morir aunque nada merece la muerte, y podría haberme vuelto loco en aquel momento, necesitando que la casa y el hombre y la vida regresaran y sabiendo que habían tenido que ser destruidos, excepto que por alguna razón pensé en mi padre hinchado por el agua del lago; pensé en los miles de soldados y civiles de la llanura del río Rebelde asesinados o dejados sin hogar cuando los de Nkumai, conducidos por un simulador de Anderson habían devastado y saqueado su camino a través de la tierra. Pensé en el millón de muertos que habían causado y que podían aún causar, y aquel equilibrio, aquel sentimiento de la suprema razón de la destrucción de Anderson, preservó mi cordura y me permitió levantarme del suelo y echar a andar, débil y vacilante, hacia las rocas que descendían hasta el mar.

Pero las preguntas no habían sido tan fácilmente contestadas. Había oído el grito de la tierra al verse obligada a ser cómplice de una muerte, aunque fuese una muerte justa. Aquello iba a desgarrar para siempre la estructura de mi alma. Jamás hasta entonces había creído que tuviera un alma, y ahora que

la había visto desnuda me dolía más profundamente que cualquier otra parte de mí.

Y conocí la aflicción durante todo el camino cruzando el agua; durante todo el camino en tiempo rápido de regreso a Gill; durante todo el camino hasta que llegué al prostíbulo y subí las escaleras, y descubrí el cuerpo de Lord Barton cortado en docenas de trozos pequeños, casi pudriéndose ya en el calor que penetraba por la ventana orientada al sur.

13

TRAICION

Ignoraba cómo lo habían descubierto, pero no debió de ser demasiado difícil. La integridad del encargado era, como mínimo, sospechosa. Las historias de nuestra extraña llegada antes del mediodía pudieron haber circulado a través de la cadena simbiótica de criminales y policía hasta despertar la atención de alguien que hubiese sabido de la extraña salvación de Barton de la ejecución. La mutilación de su cuerpo probablemente se debía a que, habiéndome visto de nuevo después de que fui muerto, los simuladores y sus involuntarios ayudantes deseaban asegurarse de que no hubiera ninguna posibilidad de error.

Estaba todavía en tiempo rápido mientras contemplaba la destrucción de mi amigo. Había sido para mí un mes desde que abandoné Anderson, dos meses desde que dejara a Barton. En tiempo real, era la primera hora del anochecer de aquel mismo día. Y no pude

impedirme pensar si habría podido salvar a Barton regresando un poco antes, o yéndome un poco más tarde.

Sin embargo, con respecto a un punto, no había ninguna confusión en mi mente. Su muerte no me ocasionaba ningún sentimiento de culpabilidad. Sentía culpabilidad por el grito de la tierra en Anderson; y la culpabilidad por la muerte de Anderson correspondía, no a mí, sino a los simuladores. Hacía demasiado tiempo que había abandonado Mueller como para sentir la necesidad de ofrecerle mi aflicción a nuestro viejo estilo. Le ofrecería otra clase de aflicción.

Con Barton muerto, no había ninguna razón para retardar la siguiente etapa de mi viaje; todo me incitaba a apresurarme. Ninguno de los simuladores debía escapar. No importaba el tiempo que me tomara, Traición debería quedar libre de ellos una vez que hubiera terminado. Y no tenía ninguna duda acerca de la rectitud de mis proyectadas muertes. Estaba más allá de todo pensamiento, y mi única intención era llevar a cabo la decisión que tan reluctantemente había tomado, y que ahora me sentía sombríamente contento de ejecutar.

Había un asunto de prioridades. Antes de actuar contra los Anderson que estaban gobernando las cosas en otras Familias, debía conseguir que su isla natal quedara despoblada. Ningún reemplazo, ningún ejército furioso e ilusorio e irresistible procedente de Anderson debía ser capaz de rescatar a los dirigentes. Y la población de Anderson debía ser como mucho de un millón de personas; seguramente no era menor de cien mil. Lo cual significaba un largo y agotador trabajo en tiempo rápido, conmigo armado apenas con mi cuchillo de hierro y obligado a ir de persona a persona. Podría pasarme toda la vida antes de que llegara a la mitad.

Necesitaba ayuda, y tan solo existía un lugar donde pudiera obtenerla. Pero, ¿cómo persuadir a las gentes de Schwartz a matar, aunque esas muertes pudieran salvar otras vidas..., y tal vez más importante aún, hacer que millones de vidas vivieran más plenamente? No había lugar para los juicios de valor en el pensamiento de los Schwartz, lo sabía muy bien. La vida era la vida. La muerte era la muerte. Y yo, que los había abandonado siendo aún inocente, regresaba ahora a ellos con sangre en mis manos, a pedirles que me ayudaran a seguir matando.

Durante semanas había vivido enteramente solo en tiempo rápido, sin comer ni beber, ni hablar ni oír ninguna otra voz humana, excepto la de la hermosa muchacha de Anderson. Y durante otros treinta días atravesé toda la parte sur del continente, de Wood a Huss.

Los árboles dejaron paso a las exuberantes praderas herbosas. La hierba dejó paso a los matojos que podían sobrevivir con escasa lluvia. Y finalmente los matojos dejaron paso a la interminable arena y a las rocas abiertas por el sol.

Me detuve, en tiempo rápido, junto al último matojo que pude ver, y entonces me deslicé a tiempo real. No podía descubrir a los Schwartz. Serían ellos quienes me descubrirían a mí. Y sabía que me descubrirían cuando quisieran.

Durante un momento acaricié la idea de dar media vuelta. Mi reunión con ellos no iba a ser precisamente alegre. Matarme no podrían, pero cuando viví con ellos había descubierto la clase de amor que ofrecían. Había dependido de ellos. Ahora no estarían aquí para recibirme.

Llevaba andado todo un día cuando el primer Schwartz empezó a mostrarse paralelamente a mi camino, visible de tanto en tanto a unas pocas dunas de distancia, o en la

cresta de otro montón de rocas. A la segunda mañana había tres más, y al atardecer, cuando me detuve a la sombra de una roca saliente, tenía casi un centenar a mi alrededor; más de los que había visto nunca a la vez cuando viví entre ellos.

Permanecían silenciosos, todos observándome. No comí, por supuesto, pero me senté ante ellos y con mi mente hurgué en la arena, encontré el agua muy abajo, y la aspiré hasta la superficie. Brilló a la luz reflejada por las rocas que aún captaban el sol. Me incliné para beber. El agua se filtró de nuevo en la arena, me rehuyó.

Entonces me puse en pie y hablé a los Schwartz.

-Necesito vuestra ayuda.

-No obtendrás nada de Schwartz-dijo un hombre viejo.

-El mundo necesita de vuestra ayuda.

-La tierra no necesita nada excepto vida.

Y alguien murmuró:

-Asesino.

-¡No he dicho la tierra! -respondí secamente-. He dicho el mundo. Los hombres. Sabéis lo que son los hombres... Son esos que aún necesitan comer para vivir, esos a quienes aún les preocupa morir.

-Esos que aún temen a los asesinos-dijo el hombre viejo-. Hemos oído los débiles ecos de ese grito, Lanik Mueller. Tú realizaste el acto, así que solamente tú lo oíste con claridad, pero sabemos lo que hiciste. Te enseñamos, y tú utilizaste ese conocimiento para matar. Tú obligaste a la propia tierra a ser tu espada. Si alguna vez sintiéramos el deseo de matar, tú serías aquel cuya muerte buscaríamos. ¿Puedo decirlo clara- mente? Déjanos. Vete. No recibirás nada de Schwartz.

-¿Helmut? -pregunté, reconociéndolo, aunque sin saber cómo.

-Sí-respondió el hombre viejo.

-Creí que deseabas ser joven para siempre.

-Un amigo me traicionó, y me volví viejo.

Entonces se volvió de espaldas a mi, y lo mismo hicieron los otros. Pero ninguno de ellos se fue.

Y vino la oscuridad, rápidamente, como viene en el desierto cuando se pone el sol, pero pronto Disidencia pasó cruzando el cielo, arrojando poca luz pero al menos proporcionando un punto de referencia de modo que el vértigo de las tinieblas profundas no me venciera. El silencio no fue roto, sin embargo, hasta que finalmente ya no pude resistirlo más. Mis recuerdos de los meses pasados entre los Schwartz eran demasiado agudos. Me despojé de mis ropas y me tendí en la arena, y lloré.

Lloré por mí mismo. que había traicionado la confianza de la roca y había matado. Lloré por Barton, cuya inteligencia y valor en confiar en un extraño habían abierto la posibilidad de salvar al mundo. Lloré por los miles de personas por cuyo lado había pasado en mi viaje hasta aquí, ninguna de las cuales había sospechado siquiera que su destino cruzaba por su lado, que su futuro estaría muy pronto en un lado de la balanza.

Y lloré porque sabía que al final, todo aquello sería completamente fútil. Incluso cuando los Anderson hubieran desaparecido, si conseguía destruirlos, ¿cuánta libertad llegaría a haber en Traición? Los Mueller fabricarían de nuevo espadas de hierro y atacarían a sus vecinos; los Nkumai descenderían de nuevo de los árboles y avasallarían a aquellos que solamente luchaban con madera y vidrio. Matar a los Anderson abriría un nuevo fluir de muertes sobre la tierra. Aun privado de libertad como estaba el mundo, la gente no lo sabía realmente, y se sentía en paz.

¿Quién era yo para pensar que esta paz era peor que la guerra?

El auténtico enemigo no era Anderson. El auténtico enemigo era el hierro; no el hierro para las naves estelares para escapar de Traición y regresar al resto de la raza humana. Hierro para derramar la sangre de los soldados y hacerlos morir... Eso era lo que nos estaba destruyendo. Porque, ¿qué otra elección teníamos? Si tenía algo, cualquier cosa que pudiera vender a los Embajadores a cambio de hierro, entonces una Familia se situaba en una posición de ventaja sobre todas las demás. Y por eso era necesario a cada familia proteger su independencia aplastando a todas las demás Familias que pudieran desarrollar o hubieran desarrollado algo que los Embajadores pudieran comprar.

Mientras permanecía tendido en la arena, con la cabeza apoyada sobre mis brazos, me di cuenta de que matando a los Anderson no conseguiría nada, a menos que matara también a los Embajadores. Mientras el hierro muerto pudiera ser enviado desde otros mundos para causar sangre en este, las muertes seguirían.

-Vosotros me enseñasteis que hay hierro aquí en la tierra -dije.

No me respondieron, ni siquiera se volvieron cuando yo lloré, suponiendo probablemente que derramaba las lágrimas de la culpabilidad y de los condenados.

-¿Por qué no hay nada de este hierro en la superficie?

-Ninguna respuesta.

-Había algo de hierro en la superficie, ¿verdad? Es por eso por lo que los primeros Schwartz vinieron aquí, ¿no? La exploración geológica era suficiente para mostrar que no había aquí ningún depósito de hierro fácilmente accesible. Pero había hierro aquí, ¿verdad?

-Nadie descubrirá nunca hierro en Schwartz-dijo Helmut.

-Pero estaba aquí, ¿no? Estaba aquí, y vosotros sabíais, o vuestros antepasados sabían, lo que podía hacer el hierro, ¿verdad? Sabían que el hierro mataría. Sabían que en la lucha por la supremacía sería vertida tanta sangre que cualquier victoria carecería de sentido. ¡Es así, ¿verdad?!

Helmut se volvió hacia mi, con una extraña y retorcida expresión en el rostro.

-Nadie ha abandonado nunca Schwartz creyendo esto.

-¡Vosotros teníais el hierro! ¡Y decidisteis no utilizarlo! ¡Fue así!

Helmut se puso en pie, colérico.

-¿Así que no sabes nada? ¿No has mirado las montañas? ¿Por qué crees que nunca dejamos que llueva aquí? ¡Si dejáramos que la lluvia cayera sobre Schwartz, el óxido en las rocas sería visible a kilómetros de distancia! ¡No habría paz, ni aquí ni en ningún otro lugar del mundo! ¡Hemos mantenido oculto el hierro, y tú no traerás aquí al resto del mundo para tomarlo y matar con él!

Otros me estaban haciendo frente ahora, y ellos también parecían coléricos.

-No comprendéis. No tengo intención de decirle nada a nadie sobre eso. Deseo terminar el trabajo que empezaron vuestros padres. Vosotros vivís aquí en Schwartz protegiendo a la humanidad del hierro, pero fuera de aquí el hierro sigue derramando sangre, de todos modos. ¿Acaso no lo sabéis?

-Por supuesto que lo sabemos -dijo Helmut-. Pero no somos responsables. No es culpa nuestra.

-Vuestras manos están limpias, ¿verdad? Aquí donde el sol se mantiene siempre puro. ¡Pero vosotros no sois puros! Porque si podéis detener el sufrimiento y la muerte, y no lo detenéis, entonces, sois culpables. Es culpa vuestra.

-No podemos impedir que los hombres se maten entre ellos. Nosotros simplemente nos negamos a ayudarles.

Pero yo tenía el hilo de una argumentación, y lo seguí.

-Si vosotros me ayudáis, puedo detener la afluencia del hierro aquí. Puedo detener completamente el flujo de hierro de la República, y puedo terminar con el miedo mutuo y la competición que ha sido la causa de todas esas guerras. Pero no puedo hacerlo sin vuestra ayuda.

-Tú eres un asesino.

- ¡Y vosotros también!

Los ojos de Helmut se abrieron mucho. Presioné sobre ese punto-. En Hanks, centenares de miles de personas murieron a punta de espada o por hambre cuando el país fue arrasado por los ejércitos de Gill. En la llanura del río Rebelde, centenares de miles murieron cuando los ejércitos de Nkumai destruyeron toda cosa viva que hallaron a su paso. ¿Había hecho un ejército algo así antes? ¿Lo había hecho alguna vez?

No, admitieron. Nunca.

-Y el sonido de todo ello era terrible-dijo Helmut débilmente.

-La razón de que fuera emprendida ese tipo de guerra fue el hierro. Fue debido a que Nkumai y Mueller estaban, ambos, recibiendo hierro, y parecía inevitable que uno de ellos consiguiera la supremacía entre las Familias. Pero había otra Familia, una que poseía un producto que nunca podría exportar. El Embajador nunca les daría hierro por él. Pero lo que

ellos podían hacer, lo que hicieron, fue salir y tomar el hierro que habían recibido las otras Familias.

-¿Por qué debemos preocuparnos de lo que ocurre en Mueller o Nkumai?-preguntó Helmut desdeñosamente.

-Por nada en absoluto. Pero deberíais preocuparos de lo que le ocurre a la humanidad, por el bien de la roca sino por otra razón. Porque esta Familia es Anderson, y su poder es mentir... Pero no simplemente decirle a alguien algo que no es cierto, sino hacer que ese alguien lo crea, contra su propia voluntad, hasta que se sienta seguro de que la mentira es tan cierta que nunca se le ocurriría cuestionarla -y le conté de Dinte, de Mwabao Mawa, y de Percy Barton.

Helmut pareció finalmente preocupado.

-¿Y esa es la gente que está matando a tantos?

-Esa es.

-¿Y qué es lo que pretendes hacer? ¿Pretendes matarlos a todos?

Mi pausa fue una respuesta suficiente. La expresión de Helmut cambió a repugnancia.

-Y pretendes que nosotros te ayudemos... Tú nunca fuiste mi amigo; nunca, si es que puedes creer que seríamos capaces de hacerlo...

-¡Escuchadme! -grité, como si dando todo el volumen a mi voz pudiera hacer que sus mentes se abrieran-. Los Anderson son irresistibles. Ningún hombre puede luchar contra ellos. Esta vez han aparecido sutilmente, insinuándose en los gobiernos y mandando a gente que no se entera de que es mandada por ellos. Pero si se sienten descubiertos, pueden venir de su isla en gran número, y ningún ejército podría resistírseles, porque pueden venir con la apariencia de terribles monstruos, o invisibles en la noche, o luchar abiertamente, y mientras un hombre los ataque su enemigo puede que ya no esté donde parece que está, y cada soldado puede ser asesinado antes de que consiga hacer uso siquiera de su espada.

-Sé lo que es la guerra-dijo Helmut despectivamente-, y la rechazo.

-Claro que la rechazas. ¿Quién puede matarte a ti? Tú nunca mueres. Pero fuera de aquí hay millones que pueden morir, y cuando alguien va hacia ellos con una espada en la mano y dice: "Obedéceme o te mataré a ti y a tu esposa y a tus hijos", qué crees que hará? Obedecer. Incluso si es un héroe, obedecerá, pues sabe que nadie que tenga el poder de matar y esté dispuesto a utilizarlo vencerá a sus enemigos a menos que sienta el deseo de matar. El poder de quitar la vida es el poder último en este mundo, y ante tal poder cualquier otro hombre se encuentra indefenso.

-Nosotros no somos indefensos.

-Vosotros no sois hombres. Los hombres son mortales. Tú puedes reírte de un soldado y edificar entre tú y él una pared de roca que lo mantenga alejado de ti para siempre. Tú puedes ponerte de pie sobre esta pared y contemplar cómo él y sus hijos y los hijos de sus hijos crecen, envejecen y mueren, y no comprender nunca por qué siempre están asustados. Están asustados porque la lluvia puede no caer y de esa forma, él puede morirse de hambre; porque las inundaciones o los terremotos pueden arrebatarles sus vidas sin previo aviso; pero

sobre todo porque en la noche otro hombre puede llegar y blandir una espada y separarlo completamente de este mundo. ¡Están asustados de la muerte! ¿Puedes al menos imaginar lo que eso significa?

-Nosotros también nos asustamos ante la muerte -dijo Helmut.

-No, Helmut. Vosotros sentís la muerte. Vosotros lamentáis la muerte. Pero en lo que respecta a vuestras propias vidas, sabéis perfectamente bien que nadie puede amenazarlas en absoluto. La muerte es algo que le ocurre a los demás.

-¿Y debido a eso deseas que nosotros matemos gente? ¿Quieres que nosotros hagamos lo mismo?

-No, no lo quiero. Lo único que deseo es que me ayudéis a impedir que cualquiera de este planeta consiga el poder de ser irresistible. Deseo destruir a los Embajadores para que ninguna Familia sea capaz nunca más de construir armas de hierro para enfrentar a otras que tengan armas de madera. Y deseo destruir a los Anderson porque ellos, como el hierro, matan insensiblemente y no pueden ser detenidos.

-¿Y cómo seremos diferentes de ellos si matamos a aquellos cuyas acciones no nos gustan?

-¡No lo sé! Quizás haya en alguna parte del universo algún sistema de medida con el que sean juzgados los actos de los hombres, y aquellos que matan para obtener el poder sean juzgados más severamente que aquellos que matan a esos hombres hambrientos de poder en nombre de la libertad. Pero si no hay ningún lugar en el universo donde un hombre se resista a las violaciones de la libertad y pueda seguir llamándose un hombre de bien, entonces no creo que existan el bien y el mal en el universo, y todo esto no significa nada, ¡y eso es algo que no puedo admitir!

No había ninguna forma de convencerlos. Lo comprendí entonces. Me observaban impasibles, y me desesperé.

-De acuerdo. No puedo obligaros. Nadie puede obligaros a hacer nada-y amargamente empecé a insultarlos-. Guardáis la libertad como un bien precioso, y está en vuestras manos ayudar a los demás a ser libres, pero sois demasiado condenadamente egoístas como para tenderles una mano y hacerlos libres también a ellos. Conservad vuestra libertad, conservad vuestra inmortalidad, pero espero que llegue un momento en el que os preguntéis para qué vivís eternamente. Qué noble propósito esperáis conseguir. Porque no sois buenos para nada aquí, ni siquiera para vosotros mismos.

Y me volví y eché a andar, de regreso por donde había venido, hacia Huss y la civilización y la desesperanza. Caminé durante horas, y luego me di cuenta de que había alguien muy cerca de mí. Era Helmut, y parecía distinto. Necesité un momento para darme cuenta del porqué; era debido a que sus cabellos ya no eran blancos por la edad.

-Lanik-dijo, y su voz era más joven-. Lanik, debo hablarte.

-¿Para qué?-pregunté, sin atreverme a creer que mis palabras pudieran haber hecho efecto sobre él.

-Porque tú me quieres. Y oyéndote hablar como lo has hecho, me he dado cuenta de que yo también te quiero. Pese a todo.

Así que me detuve y me senté en la arena, y él hizo lo mismo.

-Lanik, tienes que comprender algo. No somos sordos a los demás hombres. Os oímos. Os comprendemos. Y deseamos que consigas lo que pretendes. Deseamos destruir a los Embajadores. Odiamos a los Anderson y sus asesinos y sus engaños tanto como tú... Nada es peor para nosotros que aquellos que matan, no por cólera o por ofensa o por venganza o porque creen que es su deber, sino por provecho mezquino. ¿Puedes entender esto? Odiamos lo mismo que tú odias. Y rogamos por su destrucción.

»Pero, Lanik, no podemos hacerlo. ¿Pensaste que nuestro odio a matar era solamente una opinión, tan solo una emoción o un deseo de que no se produzcan más sufrimientos? No podemos matar. Es así de simple. Sufrimos a causa de la canción de muerte entre las rocas incluso ahora. Pero tú oíste el grito de la tierra cuando tú hiciste que la tierra matara a aquel hombre de Anderson. Tú lo oíste... ¿A qué se parecía?

-Era lo peor del mundo-respondí honestamente.

-Bien, Lanik. Tú posees una habilidad mayor con la tierra que cualquiera de nosotros. Te lo dijimos hace años, antes de que te fueras. Y así oíste ese grito mucho más claramente que cualquiera de nosotros haya podido oírlo nunca.

»Pero si nosotros acudiéramos a destruir Anderson, deberíamos hacer que la isla fuera tragada por el mar y por la tierra, borrarla completamente de la superficie, y sabes tan bien como yo que esto es algo que ninguno de nosotros, solo, puede hacer.

Asentí.

-Esperaba que el consejo...

-Ese es el problema, Lanik. El consejo es una colección de individualidades. Todas débiles, como yo. Juntas, podemos retorcer y darle la vuelta a la tierra de una forma que ni siquiera podrías imaginas. Podemos hundir Anderson en el mar en un momento. Podemos erigir una cadena de montañas que vayan de un extremo a otro del mundo en una hora. Podemos, si fuera necesario, tomar todo este planeta y separarlo de su órbita hasta que fuera más frío o más cálido, hasta que estuviera más lejos o más cerca del sol.

»Pero si tuviéramos que matar a todos los Anderson hundiendo la isla bajo el mar, el grito que oíste de un solo hombre se oiría multiplicado cientos de miles de veces. ¿Puedes imaginar lo que eso representa? Y esos cientos de miles de gritos tendrían que ser soportados por apenas trescientos o cuatrocientos de nosotros. Cada uno debería soportar un grito centenares de veces más terrible del que tú oíste. Y peor aún; debido a que estaríamos unidos, tendríamos que haber penetrado más profundamente en el corazón de la tierra de lo que tú nunca has horadado, y pese a todo seguiríamos siendo individuos, y allá donde la voz de la roca es más fuerte, seríamos individualmente menos capaces de resistirlo. El grito penetraría en nosotros mucho más profundamente, y seríamos ahogados por él tan seguramente como el mar ahogaría al pueblo de Anderson.

»¿Comprendes, Lanik? Hacer eso podría destruirnos. ¿Y quien controlaría entonces la cólera de la tierra? ¿Quién absorbería el odio de las rocas? ¿Quién lo controlaría? Nadie. Podríamos destruir la tierra debido a que ya no seríamos capaces de contener su furor. Es por eso que no podemos aceptar lo que propones.

No había pensado en aquello. No había comprendido el precio que pudieran haber tenido que pagar.

-De acuerdo. Haré todo lo que pueda sin vuestra ayuda. Me puse en pie para irme. Helmut se puso en pie también, y tras mirarlo directamente a los ojos durante un momento, le di la espalda.

-Lanik-dijo.

-¿Sí?

-Ellos me pidieron que te dijera el medio.

-¿El medio de qué?

-El medio de conseguir lo que deseas.

Me volví y lo miré fijamente.

-Acabas de decir que es imposible...

Sacudió la cabeza, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

-Dije que era imposible para nosotros. Pero hay otro medio y no deseo comunicártelo, Lanik, por miedo a que puedas aceptarlo, porque puede destruirte. Y te quiero, y no deseo que resultes destruido.

-Si hay un medio, Helmut, lo emplearé, aunque me destruya. Dios sabe que cualquier otra alternativa me destruirá igualmente.

-¿Tan poco amor sientes hacia tu propia vida?

-Helmut, tú no puedes saber, tú nunca has estado solo como lo he estado yo, pero en mi soledad he descubierto algo. Que estoy pasando invisible por el mundo. Incluso cuando la gente me ve o me habla, es como si yo no existiera, es como si yo no tuviera derecho a existir. He pasado una y otra vez por sus tierras y no me han visto. He actuado y actuado y actuado y nada señala ninguna diferencia en el mundo. Pero ellos me tocan. Hay una familia en las colinas de la parte más pobre de Britton, y ellos me necesitaron, y su extrema necesidad se convirtió en la cosa más importante de mi vida. Hay una mujer congelada en el tiempo junto a un lago en Ku Kuei, y ella me necesita, pero tuvimos que separarnos, y si pudiera hacer algo para arrancarla de la muerte eterna a la que se ha abandonado lo haría. Y un hombre que no era tan viejo como para morir se dejó morir en Ku Kuei, y cuando murió me di cuenta de que la mitad de él era yo, y esa mitad murió con él, y la otra mitad de mí nunca dejará de lamentarse. Es por eso que lo haré, Helmut.

En otros tiempos y en otros días, tanto antes como después, no habría podido pronunciar esas palabras. Héroes y víctimas son con mucho el producto del estado de ánimo en que se encuentran cuando se presenta la oportunidad o cuando las circunstancias han alcanzado su peor nivel, y si no hubiese andado tres mil solitarios kilómetros sólo para encontrarme con el rechazo y la desesperación, no sé si habría podido decirlo tan fácilmente. Pero lo dije, convencido de lo que decía:

-Es por eso que lo haré, Helmut.

Helmut me abrazó y me explicó:

-Cuando actuamos juntos, no vamos todos al interior de la tierra. Podemos enviar a uno, solamente. El permanece tendido entre las rocas y canta todas nuestras canciones con su voz, y oye todas las canciones de la tierra con su corazón. Puede ser algo muy gozoso, y honramos a nuestros más grandes hombres enviándolos por nosotros en tales ocasiones. Puede ser doloroso, y también enviamos a nuestros más grandes hombres para demostrar nuestra confianza en ellos a través del dolor que reciben por todos nosotros. Pero no hay ningún hombre entre nosotros que pudiera soportar esto. De modo que no podemos enviar a ninguno de nosotros dentro de la tierra. Tú, en cambio, eres más fuerte que cualquiera de nosotros. No sabemos cuánto más fuerte. Pero si tú entras en la tierra por nosotros, podemos esperar que sobrevivas. Y si tú mueres, y la furia de la tierra continúa, nosotros seguiremos vivos para contenerla y para mantener a salvo al mundo.

Permanecimos tendidos juntos en la arena, todos con los brazos abiertos; yo permanecía en el centro, hecho un ovillo, y mientras me hundía en la arena los sentí unidos a mi, uno a uno, hasta que todas sus canciones estuvieron resonando en mi mente, y la arena me tragó y me llevó hacia abajo.

Siempre hasta entonces me había detenido en el lecho de roca. Pero ahora simplemente la roca se ablandó y onduló a mi alrededor, como un barro frío, para cerrarse de nuevo sobre mi rostro. Y cuanto más descendía más cálida era la roca y más rápido parecía caer, hasta que el calor fue tanto como el que podía soportar, en incluso cuando me detuve la roca burbujeó y se retorció a mi alrededor.

Con el conocimiento de los centenares de Schwartz sobre mí, encontré fácilmente la isla Anderson, esta vez no la aberración de la superficie sino el borde emergido de una plataforma de roca que flotaba en un mar de granito fundido. El flujo era increíblemente lento, pero una vez encontrada la isla empecé a drenar el magma de debajo de ella.

El efecto fue lento allí donde yo estaba trabajando, por supuesto, pero el daño en la superficie surgió al primer instante. La roca se hundió bruscamente, y cada edificio y cosa viva sobre la isla se derrumbó al suelo. Y entonces, mientras la roca seguía cayendo, el mar se precipitó desde ambos lados y se unió en una gran ola en mitad de la isla, a lo largo de su eje norte-sur.

Y debido a la interrupción de la plataforma de la roca, el ardiente magma brotó a la superficie, golpeando el océano y saltando hacia arriba hasta surgir al aire libre, arrojando cenizas ardientes y vapor y lava fuera del océano. El agua hirvió, y cualquier cosa viva en aquella parte del mar resultó muerta mientras miles de hectáreas de mar se convertían en vapor.

Todo aquello ocurrió debido a que yo, con la fuerza de todos los Schwartz que me sostenían, había obligado a la tierra a actuar. Y la tierra, ignorante del tiempo y por ello de las consecuencias, obedeció. No fue hasta que los gritos de muerte empezaron que la tierra se rebeló, y en aquel momento los Schwartz me abandonaron. Ahora tenían que trabajar para impedir que la tierra se desgarrara, para impedir que la corteza de la tierra se desembarazara de aquella irritante vida que tanta agonía y tan poca alegría le había ocasionado. Tenían que dominar la marea de roca fundida que amenazaba con abrirse camino hasta la superficie en todos los lugares que habían experimentado el temblor cuando la isla cayó.

Pero yo no sabía nada de su trabajo. Tenía otros asuntos entre manos, porque la tierra estaba gritando ante la muerte de medio millón de hombres, y yo era el único oyente.

Indudablemente, muchos de aquellos que habían muerto eran inocentes. Esos eran los que iban a atormentarme a partir de entonces... Los pescadores que pescaban inocentemente en la bahía de Britton cuando la enorme ola golpeó la orilla; la gente en los altos edificios en Hess y Gill e Israel que resultaron muertos cuando las estructuras no pudieron soportar la onda de choque procedente de Anderson; y la gente en el propio Anderson que, aunque fueran simuladores, no eran asesinos y deseaban solo el bien de los demás.

Y para la tierra, además, no había distinción entre inocentes o culpables, entre aquellos cuyas muertes no tenían ninguna finalidad y aquellos otros que tenían que morir si la humanidad en Traición debía alcanzar algún significado. Todas las muertes eran iguales, y las rocas rugieron horriblemente como diciendo: "¡Creímos en ti, te dimos poder, te obedecimos, y tú nos usaste para matar!" Las rocas parecían gritar: "¡Traidor!", mientras el calor barría mi cuerpo arriba y abajo. Y en un momento perdí todas las amarras, todas las conexiones con la realidad, todo el sentido del tiempo, y mientras que el grito del hombre al que maté en Anderson repercutió durante apenas unos segundos, esta vez el grito de la tierra duró eternamente.

No tenía fin porque no existía tiempo, y durante una infinidad sentí una agonía de infinita magnitud y deseé tan sólo una cosa. No morir, porque la muerte solo habría añadido un grito más a la piedra, sino más bien ser aniquilado, no haber existido nunca porque mi vida había alcanzado aquel punto, y aquel punto era inalcanzable, insoportable, imposible.

-Traición-gritó la tierra eternamente.

-Perdóname-imploré .

Y cuando aquella infinitud terminó, la roca me escupió, la arena me vomitó hacia arriba, y me vi proyectado al aire y lanzado a las estrellas.

Ascendí, y luego la ascensión se detuvo, y empecé a caer hacia la tierra, y era la misma sensación que había tenido cuando franqueé el precipicio en la oscuridad antes de que saliera Disidencia, y me pregunté si la arena me recibiría después de todo o si esta vez golpearía la superficie y simplemente se detendría, esparciendo mi sangre para que empapara la arena y dejando que el sol secara mi carne y la convirtiera en un pellejo y luego en polvo.

Y mientras aún estaba en el aire, exulté. Aunque muriera ahora, había realizado el primer y más importante trabajo, y había sobrevivido a él, aunque fuera solamente por poco tiempo; había oído el más terrible grito de la tierra, y había sobrevivido .

Pero mientras caía escuché y me di cuenta de que el grito no había terminado. Podía seguir oyéndolo. Lo oiría para siempre. Lo oiría ahora. Nunca terminaría.

Alcancé la arena, que cedió bajo mi peso, me recibió y me hundió lentamente en ella, y finalmente quedé tendido de nuevo en la superficie de la tierra, en reposo, aunque nunca volvería ya a estar en paz. La tierra nunca me perdonaría (la roca nunca podría perdonarme) por haber traicionado su confianza. Pero aunque no me perdonara, aún podía seguir soportándome. Podía soportar mi vida. Tanto tiempo como deseara mantenerme con vida, la tierra me permitiría vivir.

Los Schwartz estaban tendidos a mi alrededor. Tras un largo tiempo me di cuenta de que estaban llorando. Y entonces, extrañamente, recordé a Mwabao Mawa cantando la canción de la mañana desde su alta percha en Nkumai. La melodía resonaba interminablemente en mi cabeza. Y por primera vez comprendí la inquietante belleza de la canción. Era la canción de un asesino que desea morir. Era la canción de la justicia por la que se aspira pero que aún no se ha cumplido.

Y la enorme nube de vapor que había brotado del mar en dirección al cielo tras el hundimiento de Anderson llegó sobre Schwartz, y por primera vez en un milenio llovió, y el agua tocó las montañas ricas en hierro, y el agua cayó sobre la arena y la enfrió, y el agua se mezcló con las lágrimas en los rostros de la gente de Schwartz y borró y lavó su llanto, y Helmut se puso en pie y caminó hacia mí entre la lluvia y dijo:

-Lanik, has sobrevivido.

-Sí -dije, porque lo cierto era que él decía: "Lanik, te quiero y aún estás con vida", y yo estaba realmente diciendo: "Helmut, te quiero y aún estoy con vida".

-Hemos hecho lo que hicimos-dijo Helmut-, y no lo lamentamos porque era necesario aunque no fuera bueno. Pero incluso así, te pedimos que te vayas. No te echaremos porque sin ti pudieron haber ocurrido cosas peores, pero por favor, Lanik: déjanos y no vuelvas nunca.

-Aún tengo trabajo que hacer.

-Lo sé. Espero que algún día puedas lavar la sangre de tus manos.

-Guardad vuestro hierro. Que permanezca seguro. No lo dejéis oxidarse.

Sonrió (una horrible sonrisa en aquel momento, y sin embargo tan sorprendente y refrescante como la lluvia), y me abrazó y dijo:

-Pensaba que me habías traicionado cuando te fuiste la otra vez. Simplemente no comprendí, Lanik. Pensaba que si yo confiaba en ti, eso significaba que tú siempre actuarías de la forma en que yo deseaba que lo hicieras. Creo que quizá volveré a ser joven después de todo, y dejaré que algún otro sea el portavoz. Ya he tenido suficiente responsabilidad para toda una vida.

-Y yo para diez -respondí, y él me besó y me abrazó y luego me dijo adiós.

Caminé hacia el este, hacia Huss, y en algún lugar a lo largo del camino encontré mis ropas, cuidadosamente dobladas y colocadas de modo que las encontrara, y sobre ellas mi cuchillo. Era la bendición de los Schwartz, la absolución por anticipado de todas las muertes que aún tenía que cometer, y me vestí con las ropas y sujeté el cuchillo de hierro en mi mano, y penetré en tiempo rápido, y durante los siguientes tres días de mi propio tiempo no hablé con nadie ni oí la voz de nadie, y pasé mi tiempo caminando entre asesinos, escuchando el grito de los agonizantes y los muertos y escuchando el grito de la tierra y sabiendo que algún día los encontraría a todos, y estarían todos muertos, y entonces no tendría que volver a matar nunca más.

Maté a Percy Barton de buen grado, porque aquella vieja mujer había engañado y asesinado a mi amigo. Pero su voz sigue atormentando mi alma tan fuertemente como la de Mwabao Mawa, que, aunque ella (no, él, un hombre blanco calvo que gobernaba una nación de orgullosos e ignorantes negros) hubiera sido una ilusión, había cantado la maravillosa

canción de la mañana. No había ninguna distinción. Los odiados y los amados morían igual, y en último término mi cuchillo no penetraba más fácilmente en la garganta de Percy Barton que en la de Mwabao Mawa.

Terminar con los Embajadores era más fácil, ya que la tierra no elevaba protesta alguna por esas muertes. Eran máquinas. Ya muertas. Y todo lo que tenía que hacer era romper el sello donde decía: "Atención, cualquier intento de manipulación dará como resultado la destrucción de esta máquina y la muerte de cualquiera que se encuentre a 500 metros a la redonda", y luego alejarme en tiempo rápido antes de que se produjera la explosión.

Ejecuté mi labor siguiendo un camino radial a partir de las ruinas de los territorios que bordeaban Anderson, visitando cada capital de cada Familia para asegurarme de que descubría a todos los Anderson y terminaba con todos ellos, y para asegurarme de que no sobrevivía ningún Embajador. Puesto que trabajaba en el más acelerado tiempo rápido que podía conseguir, todo eso me tomó una semana de tiempo real. Estaba por delante de cualquier mensajero. Por lo que llegaron a saber los habitantes del mundo, un azote repentino extirpó a todos los gobernantes de su mundo, y también a los Embajadores. Me pregunté qué pensaría la gente, cuando hallara el cadáver de una vieja mujer en el trono de Percy Barton. ¿Establecerían alguna conexión? ¿O siempre se preguntarían quién era aquella a la que habían encontrado, mientras jamás llegarían a saber por qué o dónde había desaparecido su rey?

No tenía ninguna utilidad llevar un calendario durante mi largo viaje de asesinato. A su término, una semana después de empezarlo, tenía, por lo que podía calcular, unos veinticuatro años de edad. Cuando mi padre tenía veinticuatro años yo ya vivía, y él había jugado conmigo por la mañana, y por la tarde se había ido y había conducido a sus hombres a la batalla. Yo no tenía ningún hijo, pero tampoco podía llevar el peso de mis muertes en mi alma tan ligeramente como lo había hecho mi padre. El no conocía nada mejor, y creo que el matar hizo de él un buen rey. Yo ni siquiera había gozado de un asomo de los atributos reales, y sabía exactamente lo mucho que pesaba una muerte. Tenía veinticuatro años en edad, pero mi corazón estaba insoportablemente viejo, y mi cuerpo estaba agotado por tanto peso.

Había un lugar, sin embargo, donde aún no había ido, y cuando todos los demás Anderson y todos los demás Embajadores estuvieron muertos, quedaba todavía alguien a quien matar: el que había sido mi hermano Dinte; el que había destruido a mi padre; el que me había robado la herencia; el hombre al que había odiado y con el que había rivalizado y por el que había sido ofendido durante todos nuestros años juntos; el que, inexplicablemente, seguía siendo mi hermano pese a que sabía muy bien que realmente no lo era. ¿Podría realmente Lord Barton haber matado al hombre que antes había creído que era su hijo? ¿Podría yo realmente matar a Dinte? Había tenido la oportunidad una vez antes, en la puerta junto a la muralla cuando me atacó, y en vez de matarlo simplemente le abrí la garganta, sabiendo que su herida curaría rápido.

Esta vez, sin embargo, no lo vería bajo la forma de mi hermano. Esta vez vería a un extraño, y podría matar al extraño. Desearía matar. Y así llegué finalmente a Mueller-sobre-el-Río, y por primera vez en años entré en una ciudad abiertamente, no oculto en tiempo rápido. Yo era Lanik Mueller, y aquel lugar había sido mi hogar, y fuera o no bien recibido allí, deseaba entrar abierta y orgullosamente y declarar al fin, ahora que todos los demás estaban muertos, el trabajo que estaba haciendo y el que había hecho. El mundo había pensado que Lanik Mueller había sido un monstruo cuando realmente aún no lo era. Pero ahora que sí, lo era, deseaba que todos lo supieran. Incluso aquellos considerados como malvados desean que sus hazañas sean conocidas.

Penetré en la corte donde Dinte se sentaba en el trono y avancé firmemente hasta el centro del salón, y aunque muchos no me reconocieron, pues incluso aquellos que me habían conocido me habían visto por última vez como un muchacho de quince años), supieron quién era cuando el susurro "Lanik Mueller" corrió por toda la estancia y todos los ojos se clavaron en mí, y por un momento nadie se atrevió a actuar.

Mi hermano Dinte se puso en pie en el trono y tendió rígidamente los brazos, y con una voz anormalmente fuerte dijo:

-Bien, hermano. ¿Has venido finalmente a tomar tu trono? -y se apartó a un lado para dejarme sentar donde por derecho debía sentarme, y ordenó a la gente reunida allí que se arrodillara mientras yo subía al estrado. Se arrodillaron. Y Dinte aguardó, sonriendo, dándome la bienvenida.

14

LANIK EN MUELLER

De todas las posibles versiones de aquella escena que yo había llegado a imaginar, esa nunca se me había ocurrido. Sin embargo, por un largo momento, pareció exactamente correcta. El hermano usurpador que enfrenta al vagabundo, finalmente de regreso a casa, y se aparta voluntariamente dándole paso para que el heredero legítimo ocupe el lugar que le corresponde.

Yo había planeado llegar, acusar a Dinte de traidor y asesino, y frente a todos en la corte apuñalarlo hasta la muerte. Nada secreto: no sería Bebelagos, el Hombre-del-Viento, o el Hombre Desnudo que se hace justicia ante un simulador Anderson. Sería Lanik Mueller cumpliendo con un acto del Destino sobre su hermano Dinte, el usurpador que había obligado a su padre a refugiarse en el bosque de Ku Kuei, donde había muerto.

Ahora Dinte me privaba de esto. Actuando tan cooperativamente (aunque yo sabía que era mentira) al apartarse y dejarme su sitio, si yo lo mataba ahora, abiertamente, lo único que conseguiría sería añadir a la leyenda de Lanik Mueller lo mismo que a la de Andrew Apwiter, vuelto a la vida para recrear el caos y terminar con el mundo. Así que, reluctantemente, antes de que el Anderson que se ocultaba tras el rostro de Dinte pudiera matarme mientras yo estaba desprevenido, me deslicé a tiempo rápido y di unos pasos hacia adelante, lo cual significaba para todos los presentes que había desaparecido.

Pero Dinte no se convirtió en el Anderson que yo había esperado, el rudo hombre o mujer de mediana edad que había supuesto me estaría aguardando en tiempo rápido. En vez de eso, se convirtió en una criatura con cuatro brazos y cinco piernas; dos juegos de genitales masculinos contrastaban absurdamente con los tres senos que colgaban con la flaccidez de la edad mediana. Si lo hubiera visto en los corrales, no me habría sentido asombrado en absoluto. Pero había estado esperando a un Anderson, y en lugar de eso me enfrento a un increíble monstruo o a un regenerativo radical de Mueller. ¿Y quién de Mueller podía haberse convertido en un simulador?

Entonces miré al rostro de la criatura, congelado, mirando hacia el lugar donde había estado yo hacía un momento. Y reconocí al monstruo, y todo cambió.

El rostro era el mío. La cabeza de Lanik Mueller remataba el extraño surtido de miembros y protuberancias. Era yo quien permanecía de pie junto al trono, pero por una increíble crueldad no era el Lanik Mueller que había sido curado en Schwartz. Era el Lanik Mueller regenerativo radical, el niño-monstruo.

Era mi doble, nacido en el bosque de Ku Kuei.

¡Imposible!, aulló mi mente. Aquella criatura no existió hasta después de que Dinte viviera años enteros con nosotros. No era posible que aquella criatura fuese Dinte.

Al primer momento intenté convencerme a mí mismo de que se trataba obviamente de una ilusión secundaria; aquel Anderson había encontrado una forma de engañarme también en tiempo rápido. Pero aquello era absurdo... Si un Anderson podía engañarme, cualquier otro habría podido hacerlo igualmente mucho antes.

De modo que caminé en tiempo rápido hacia el trono, me senté y me deslicé de vuelta a tiempo real. El efecto fue algo que muy pocas veces había conseguido mostrar antes: desaparecer repentinamente en un lugar y aparecer en otro. El murmullo de la multitud fue frenético. Pero Dinte, entonces con el número normal de brazos y piernas, como siempre había conocido al pequeño bastardo, no pareció sorprendido.

-Dinte-dije-. Toda esta gente está sorprendida de verme sentado aquí, pero tú y yo sabemos que Lanik Mueller ha permanecido sentado en este trono por años...

Me miró por un momento, luego asintió ligeramente con la caheza

-De modo que desearía hablar contigo, Dinte..., privadamente. En la habitación donde conservaba mi colección de caracolas cuando tenía cinco años -me propulsé de nuevo a tiempo rápido, y abandoné el salón del trono.

Había conservado mi colección de caracolas en una buhardilla no utilizada desde hacía mucho tiempo en una de las partes más viejas del palacio, un lugar que nunca estaba cerrado pero que, puesto que solo era accesible a través de una escalera y una serie de sinuosos corredores, nunca era visitado. Me dirigí hacia allá en tiempo rápido, luego reduje el flujo hasta casi el tiempo real, y aguardé. Conservé tan sólo el margen suficiente de velocidad temporal para el caso de que Lanik/Dinte intentara algún ataque, de modo que yo pudiera reaccionar más rápidamente que él.

Y si era un impostor, no sabría a qué habitación me había referido.

Aguardé quince minutos, y luego llegó por el polvoriento corredor que conducía a la buhardilla y se sentó ante mí en el suelo. Le costaba andar, con su amasijo de brazos y piernas, y sentado resultaba ridículo, pero no me reí. Recordé mis forcejeos para subir una pendiente no demasiado difícil en Schwartz, tras ser abandonado por el buque esclavista de Singer. Y nuevamente en tiempo real, hablé con suavidad:

-Hola Lanik.

-Hola, Lanik-respondió, sonriendo pesarosamente.

-La última vez que nos vimos, intenté matarte-dije.

-Muchas veces desde entonces he deseado que lo hubieras conseguido.

Y luego permanecimos sentados en silencio durante unos breves instantes. ¿De qué se puede hablar cuando uno se encuentra consigo mismo después de muchos años?

-¿Cómo llegaste hasta aquí?-pregunté-. ¿Cómo aprendiste a ser un simulador?-Aunque imaginaba ya buena parte de la historia.

Me lo contó. Cómo había yacido medio muerto mientras su cuerpo aún débil trataba de regenerar el cráneo y la piel e impedir que el tejido cerebral degenerara. Cómo había sido descubierto por el numeroso grupo de rastreo que los nkumaios habían enviado tras de mi.

-Si no me hubieran encontrado-dijo-, seguramente habrían seguido buscando hasta encontrarte a ti. Cuando se dieron cuenta de lo que había sucedido e intentaron seguirte de nuevo, rastrearon tu pista hasta la costa. No habrías podido escapar.

Luego me habló de los días y semanas con Mwabao Mawa en su casa de la cima de los árboles. El cuerpo que constituí en él estaba dotado también de todos mis recuerdos. Mwabao necesitó de cierto tiempo para darse cuenta de que él era solamente un duplicado mío.

-Y por entonces sabia ya lo suficiente como para estar convencida de que yo procedía de Mueller... Había mencionado los nombres de Dinte y Padre en mi delirio, y sus colegas de Anderson estaban ya aquí, como sabes, al parecer.

Ella aprovechó inmediatamente la oportunidad que representaba mi doble y alentó su odio hacia mí. sus sentimientos de inutilidad debido a que él sería siempre el monstruo, el horrible, la criatura que no tenía derecho a existir. Y así él consintió en conducir a los ejércitos de Nkumai y a sus aliados a la batalla contra Mueller.

Sin embargo, había existido un precio que solamente Mwabao estaba dispuesta a pagar. Pidió que fuera adiestrado en el engaño Anderson, y Mwabao Mawa lo adiestró. Mientras yo estaba en Schwartz aprendiendo a controlar la tierra, él estaba aprendiendo a controlar las mentes de los hombres.

-Las creencias de la gente no existen en el aislamiento-explicó-. Las creencias firmemente ancladas en cada cual ejercen una enorme presión sobre todos los demás. Las opiniones, no, por supuesto... Las creencias. Nosotros..., ellos..., podían conseguir que cualquiera creyera que el sol era azul y había sido siempre azul. Pero, por supuesto, cuanto más te alejas del lugar donde los demás creen intensamente en el engaño, menos fuerte es la influencia. A menos que el trabajo ya haya sido realizado. Una vez que alguien llega a creer

honestamente en algo como si fuera real, nunca dudará de él sin una evidencia convincente -por lo cual Lord Barton había sido capaz de aprender la verdad cuando se halló separado más de mil kilómetros de Britton, pero tenía que luchar y forcejear por recordarlo cuando regresaba a su casa.

No había consentido, me dijo, en la devastación llevada a cabo por el ejército de Nkumai a su paso por la llanura del río Rebelde. Yo nunca habría hecho algo así... Y él tampoco podía hacerlo.

-Y entonces reapareciste tú -dijo-, y no supimos qué hacer... Hasta que, por supuesto, tú y Padre escapasteis a Ku Kuei. Entonces resultó claro que yo debía desaparecer para que el monstruo que había hecho de mi tiñera la percepción que los demás hombres tenían de ti, invalidando cualquier cosa que tú pudieras hacer. Y por aquel entonces, Lanik, me alegré de ello. No puedes llegar a saber cuánto te odiaba. Pues tú me odiabas a mí, no por quien yo era, sino simplemente porque era.

Al principio no supieron qué hacer con él, ya que Lanik Mueller estaba oficialmente exiliado en Ku Kuei.

-Hasta que nos llegó la noticia de que Dinte había desaparecido. Mwabao Mawa se sintió presa del pánico. ¿Cómo había podido alguien saber quién era Dinte y haberlo matado, y pese a ello no gritarle al mundo lo que era realmente? Quien lo hubiera matado habría visto seguramente cómo cambiaba ante sus ojos, del joven heredero a un hombre mucho más viejo.

Y entonces me di cuenta de lo que habría tenido que ser obvio para mi mucho antes.

-Fui yo quien mató a Dinte-dije a mi doble-. Le partí la garganta cuando abandoné el palacio. Supuse que regeneraría.

Me sonrió.

-Así que cumpliste con tus deseos, ¿eh? Mataste a Dinte, y con ello salvaste mi vida. Porque yo era el único que conocía a Dinte lo suficiente como para ocupar su lugar sin despertar sospechas. Lo hice, y empecé a representar el papel que no he dejado de representar desde entonces.

Su voz se hizo más suave (como la mía cuando temía dar muestras de miedo o piedad o dolor) y dijo:

-El papel que no he dejado de representar desde entonces. Tú sabes... Tú sabes cuánto he odiado a Dinte. Y a pesar de eso tuve que ser él, y hablar con su cohorte de traidores que planearon tu muerte y la muerte de Padre y... Bueno, Lanik, no sé cómo he sobrevivido todo este tiempo. Pero no he dejado de decirme ni un momento: "Yo soy Lanik Mueller, no ese bastardo", y he resistido a los sicofantes y a los traidores y a los mezquinos criminales y a Ruva y a todos los demás. Porque era del dominio público que tú habías desaparecido con Padre en las profundidades de Ku Kuei y jamás regresarías. Padre estaba muerto, ya sabes, y yo lo amaba, y la mayoría de la gente de aquí en Mueller insultaba su memoria y la tuya, y además yo me sentía libre para identificarme contigo, para convertirme en ti en lo más profundo de mi corazón. Dejé de odiarte hace ya mucho tiempo. Solamente deseaba que regresaras y me libraras de todo esto.

»Lanik-dijo-, cada dos o tres meses voy a un doctor y hago que me extirpe mis brazos y piernas. Ahora debo hacerlo ya. El doctor nunca sabe quién soy, nunca recuerda que efectúa

esas operaciones hasta que llega el momento de la próxima. Pero tú... Tú estás completo. Eres normal. No has vivido ese horrible engaño durante tantos largos meses, durante todos esos años. Volvamos al salón del trono. Apareceré bajo mi verdadera forma y les diré que tú no eres el monstruo que creían que eras. Puedes ocupar tu lugar, y yo me veré libre.

-¿Y qué harás entonces?

-Te suplicaré que me mates. He vivido durante años como un regenerativo radical. Eso no puede ser considerado vida... Si no me matas, me ahogaré.

Incliné la cabeza.

-Vine aquí a matarte.

-¿A mí? ¿Entonces sabias quién era?

-No, no entonces. Vine a matar al Anderson que controlaba Mueller, el que pretendía ser Dinte.

Se sorprendió.

-¿Entonces lo sabias antes de venir? ¿El secreto de los Anderson ha sido develado?

-Los Anderson están muertos-dije-. Una fuerte lluvia os alcanzó (tanteé buscando las coordenadas en tiempo real) hace unos pocos días. Una lluvia terrible. Y el cielo sigue aún oscurecido-asintió-. Esa lluvia fue causada hace una semana, cuando Anderson se hundió en el mar.

Su sorpresa aumentó.

-¿Simplemente así? ¿Se hundió en el mar?

Oí el grito que resonaba en mi interior.

-No simplemente así. Pero han desaparecido de la tierra. Y no tan solo la isla. Todos los demás también, en cada Familia. Tú eres el último que conoce la técnica. Tú y los que han trabajado contigo aquí.

-¿Cómo lo has conseguido?

-El cómo no importa. Lo que importa es el porqué -y se lo expliqué.

-Así que los Embajadores también han desaparecido. No más hierro-dijo-. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Me eché a reír.

-Tuve una buena idea.

-Nosotros... ¡Los Anderson conocían todos los secretos del mundo, Lanik! ¿Te das cuenta de lo que se había conseguido en este mundo? Cosas increíbles. ¡Cosas para sentirnos orgullosos de ser habitantes de este miserable planeta-prisión! Y tú lo has interrumpido todo. Sin los Embajadores, ¿crees que se mantendrá el nivel de invención?

Me encogí de hombros.

-Puede mantenerse. Los Anderson no conocían todos los secretos del mundo.

-¡Estúpido! Cegato y estúpido y...

-¡Escucha, Lanik!-grité, y el acto de utilizar mi propio nombre refiriéndome a otra persona me sorprendió-. Sí, Lanik. Tú eres yo, ¿no? Yo, como debí de haber sido. Yo, capturado por los Nkumai e inducido a aprender los trucos de Mwabao Mawa... Y los habría aprendido, como lo hiciste tú. Habría dejado que me convirtieran en su juguete, hasta cierto punto; y ahora estaría sentado donde tú estás, ocupando tú lugar, un monstruo en un cuerpo atrapado dentro de una ilusión aún más monstruosa. No, Lanik; tú no eres el más adecuado para considerarme cegato o estúpido. Y yo no soy el más adecuado para juzgarte a ti. Has llamado miserable a este planeta, pero estás equivocado. Hace miles de años, la República decidió convertirse en Dios. Decidieron exiliar a las mentes más esclarecidas del universo en un mundo sin recursos, sin hierro, y luego les colocaron enfrente una recompensa... La primera Familia que construyera una nave estelar y saliera al espacio recibiría riquezas y poder y prestigio sin precedentes. Durante tres mil años hemos vivido bajo este engaño, y hemos malgastado nuestros esfuerzos trabajando para conseguirlo... Para proporcionarles a los bastardos que nos mantienen aquí lo mejor de nuestros desarrollos. ¡Nuestra propia carne! ¡Los más elaborados productos de nuestras mentes! ¿Y qué hemos obtenido a cambio? Unas pocas toneladas de un metal que es barato en todas partes menos aquí. ¿Podemos construir con ello una nave estelar?

»Nunca construiremos una nave estelar con el hierro de la República, nunca. Y aunque lo hiciéramos, ¿crees que nos dejarían salir de aquí y tomar parte en la vida humana? ¿No te das cuenta del milagro que es este planeta? Si ellos se dieran cuenta de lo que realmente está ocurriendo aquí... Si pudieran pasar algunos días en Ku Kuei, o una semana en Schwartz... Si comprendieran dónde reside realmente nuestro potencial. Lanik, estarían aquí inmediatamente, bombardearían este planeta hasta aniquilarlo, lo borrarían de la faz del universo. Esta es la única esperanza y la única promesa que tenemos de ellos.

»¿Y qué hariamos nosotros si nos uniéramos a ellos? ¿Persuadirlos para que se mostraran clementes? Si realmente lo fueran, no mantendrían a la centésima generación de unos grandes hombres prisionera en un planeta sin esperanzas como este. Y si así lo hicieran, ¿volveríamos nosotros a hacer lo que hicieron nuestros antepasados, y disentiríamos del rumbo que está tomando la raza humana?

-No-dijo-. No. Y lo sé. He pensado también a menudo acerca de la inevitabilidad de todo esto, Lanik. La disidencia no conduce a nada. Es algo que le dije a un joven que había sido arrestado por protestar contra la ley. Lo llevé a la orilla del río por la noche, sin sus guardias, y le planteé algunos hechos concretos. Que si mantenía su boca callada, la ley lo dejaría solo y podría ser libre. "No deseo ser libre mientras esta ley exista", dijo. "Disentiré hasta que sea abolida". "No", le dije, "disentirás hasta que mueras en prisión, ¿y qué habrás conseguido?"

-Es como las lunas-dije-. ¿Has observado cómo Disidencia se mueve rápida y brillante? Es la cosa más espectacular del cielo. Pero es espectacular porque está tan cerca de Traición, y es tan pequeña... Libertad es una luna mucho más grande, y mucho más lejana. No tiene nada de espectacular. Pero es Libertad la que levanta las mareas-dije-. Es Libertad la que hace que el mar se eleve y baje.

Me sentía invadido por un extraño sentimiento: identificación. El hombre pensaba como yo; y aunque esto era algo puramente lógico, no dejaba de sorprenderme. Nunca me había encontrado con un hombre que pensara exactamente como yo lo hacía, no normalmente. Pero ahora era como si pudiera decir sus palabras (mis palabras) al mismo tiempo que él.

-Con Anderson desaparecido, y también los Embajadores -dijo (dije)-, quedamos separados de la República. Somos libres. Y cuando el universo vuelva a oír hablar de nosotros, seremos nosotros quienes provocaremos las mareas.

Silencio. Y me di cuenta de que había sido yo quien había dicho las últimas palabras, no él. Me sonrió. Nos comprendíamos mutuamente- no en todo, pero pensé que la forma de pensar resultaba clara para los dos, y sentí afecto hacia él. Si la habilidad de comunicarse correctamente tenía algo que ver con el amor, no hay nadie mejor que uno mismo a quien amar.

-Lanik-dijimos al unísono, rompiendo a la vez el silencio. Y luego nos echamos a reír-. Tú primero-le dije.

-Lanik, por favor, hazte cargo del trono. Si me conoces, sabes lo que siento en este cuerpo. Por lo que te he dicho sabes que he hecho cosas intolerables. Libérame.

Cosas intolerables. No le dije, no intenté explicarle las cosas intolerables que yo había hecho, no intenté comunicarle el grito que subyacía en cada uno de mis pensamientos. En vez de eso, cerré los ojos y empecé a hacer por él lo que los Schwartz habían hecho por mí.

Había sido necesario tan solo un puñado de Schwartz para cambiarme, para curar mi regeneración radical, así que esperaba poder conseguirlo solo. No tenía nada parecido a su conocimiento de las cadenas de carbono, pero podía sentirlas y comparar. Cualquier diferencia entre su ADN y el mío fue cambiada hasta igualarlos a la perfección. Aquello significaba que no solo su regeneración quedaría curada, sino que también obtendría el don de no volver a tener nunca más hambre ni sed, de verse libre de la necesidad de respirar, de poder tomar su energia directamente del sol.

Pero no podía traspasarle las habilidades que había aprendido, y no lo habría hecho aunque hubiese podido. El era el auténtico Lanik Mueller, no yo. El era el Lanik Mueller que debió haber sido, gobernando en Mueller, y gobernando bien solo, pero viviendo allá donde debía vivir. Y ahora, sin la maldición de la regeneración radical, se vería libre para conseguir un grado de felicidad que siempre estaría más allá de mí.

Me tomó horas. Cuando hube terminado, yacía dormido en el suelo de la buhardilla, con su cuerpo normal y correcto y sano. Estaba desnudo... No había sastres que pudieran vestir los deformados cuerpos de los regenerativos radicales. Y miré su cuerpo como nunca había sido capaz de mirar al mío propio. La piel era joven y suave-porque él era más joven que yo-, y los músculos eran buenos y el cuerpo bien proporcionado. Por un momento me vi a mi mismo como Saranna había debido verme, y aunque nunca me había sentido atraído hacia los demás hombres comprendí por qué ella me había dicho tantas veces que mi cuerpo era dulce. Aquello me había irritado... Un cuerpo de adolescente no debe evidenciar dulzura. Pero tenía razón.

Era el rostro lo que me causaba una tristeza interna. El pensamiento de que había conocido el dolor, y lo había sufrido, a un grado mucho más intenso que la mayoría de los hombres. Su rostro exhibía una madurez que iba más allá de sus años, y bondad, y compasión. Pero había visto mi propio rostro en espejos, había estudiado lo que el tiempo y mis propios

actos habían hecho de mí, y mi rostro no era ni bondadoso ni compasivo. Había visto demasiado. Había matado demasiado a menudo. Y así no quedaba ninguna dulzura en mí, nada apreciable, y deseé ser tan relativamente inocente como él.

Imposible, me recordé a mi mismo. Aquella elección había sido hecha hacía años, en la arena al borde de Schwartz. Y empecé a sospechar que el sacrificio último no era la muerte después de todo; el sacrificio último es soportar voluntariamente todo el castigo de las propias acciones. Y yo lo había soportado, y no podía esperar no tener las cicatrices evidentes en mi rostro y en mi cuerpo.

Se despertó y me miró, y sonrió. Luego se dio cuenta de lo que le había pasado a su cuerpo, y se tocó, incrédulo, y lloró y me preguntó:

-No es una ilusión, ¿verdad? Es real, ¿verdad?

Sí, era real, le dije.

-Y cuando haya destruido al Embajador, ya no habrá más necesidad de mantener a los rads como animales. Así que haz esto por mí. Promulga una ley para que los rads sean enviados a Schwartz, todos ellos, tan pronto como sean identificados. Que se adentren en Schwartz y, cuando la gente del desierto vaya a ellos, que les digan que están ahí por orden de Lanik Mueller. Los Schwartz sabrán qué hacer a continuación. Los enviarán de vuelta a casa, sanos. Y si no desean volver a casa, será porque habrán elegido libremente quedarse allá.

-¿Y tú?-preguntó Lanik.

-Yo no existo-respondí-. En el bosque de Nkumai no fuiste tú quien se convirtió en el Lanik extra, sino yo. Tú eres el real. Durante esos próximos años, Lanik, cambia la ilusión. Haz que gradualmente el rostro de Dinte se convierta en el tuyo propio hasta que puedas cesar el engaño. Tú lo deseas, lo sé. Termina con la mentira, excepto con el nombre, y vive y gobierna con tu propio rostro.

-¿Y tú?

-Encontraré algún otro lugar donde vivir.

Y entonces me deslicé a tiempo rápido y lo dejé en la buhardilla y regresé a la corte, donde algunas personas estaban aún hormigueando por allí, charlando acerca de lo que había ocurrido. Necesité apenas unos minutos para descubrir a los Anderson entre ellos, los últimos sobrevivientes de esa Familia. Había dejado a Lanik sintiéndose triste y sin embargo mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Pero aquello no me impidió matar a los Anderson y abrirme camino hasta el Embajador y hacerlo saltar.

Había planeado, antes de encontrarme con el otro Lanik, que cuando el último Embajador estallara yo me quedaría allí en tiempo real para morir con él. Pero ahora sabía que el auténtico yo era aún un muchacho de dulce cuerpo que sería un buen rey, y pensé que no era el-hombre-que-yo-soy, sino el-hombre-que-yo-debía-ser. Y gané un poco de respeto hacia mi mismo, y ya no deseé morir.

Pero, ¿a dónde podía ir? Mi vida ya no tenía ninguna finalidad. Lo único que me había quedado era el poder de vivir como eligiera.

Y mientras caminaba por los campos al este de Mueller-sobre-el-Río, supe adónde debía ir. En una isla en mitad de un lago en Ku Kuei, Saranna había dicho: "Vuelve pronto. Vuelve cuando aún seas tan joven como para desearme. Porque yo voy a ser joven para siempre".

Yo ya no era joven, al menos según las clásicas definiciones del término. Pero la deseaba. Quizá solamente deseara la inocencia de los niños haciendo el amor junto al río, inconscientes del dolor que seguramente caería sobre ellos. Pero la deseaba más de lo que había deseado cualquier otra cosa en el mundo no porque mi pasión fuera tan abrumadora, sino porque todas las otras cosas que había deseado se habían realizado muy dolorosamente o eran tan imposibles que había tenido que renunciar a ellas. Solo quedaba ella. Ella y un extraño y tranquilo país de gente pobre pero bondadosa que criaba ovejas entre las rocas junto al mar de Humping.

15

HUMPING

Llegué a Ku Kuei en tiempo real, y me divertí un poco cuando algunos de los jóvenes, ignorantes de quién era yo, intentaron algunas trastadas en tiempo rápido. Resistí fácilmente sus flujos temporales y permanecí en tiempo real pese a todo lo que hicieron. Entonces debieron de preocuparse, y llamaron a alguien mayor y más experto. Fue así como Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe vino a darme la bienvenida.

-Bebelagos -rugió cuando me vio, riendo y abrazándome-. ¡El que se había ido para siempre! Mi peor estudiante, el ejemplo más malo que cito a todos los niños que acuden a que les enseñe. Has estado fuera bastante tiempo, aunque no sé cuánto... ¿Quién sigue el hilo del tiempo? Pero ha sido mucho tiempo, viejo bastardo, así que entra, entra, entra, aprisa.

Nos apresuramos; el gordo de Ku Kuei abriendo enérgicamente el camino, y yo respirando a pleno pulmón el aire del bosque. Un bosque que no es el tipo de lugar que yo pueda llamar mi hogar..., pero que era el cementerio de mi padre y el último lugar donde había estado en el que alguien me amaba como hijo, y aún como amante.

-Saranna-dije, y Hombre-Que-Todo-Lo-Sabe pareció desconcertado-. Muñón-le recordé, y se echó a reír.

-Oh, ella. Ella, vaya cosa increíble. Una buena estudiante, para ser alguien de fuera, y sin embargo ya no la llamamos Muñón. Ahora es Piedra, la Dama de Piedra, pues permanece en el tiempo más condenadamente lento que nadie haya conseguido jamás. ¿Deseas verla?

¿...que si deseaba verla? No sabía cuánto hasta que me detuve ante ella y pude darme cuenta de que permanecía exactamente igual a como estaba cuando la dejé, seis años subjetivos y tres años reales antes. Sus manos aún seguían tendidas hacia mí. Sus labios aún estaban abiertos con sus últimas palabras. Las lágrimas habían brotado de sus ojos, y sin embargo las primeras gotas aún no habían alcanzado su barbilla.

La miré, y los últimos seis años desaparecieron, y había sido tan solo un momento antes cuando le había dicho adiós; y retardé mi tiempo, lo retardé mas allá de todo lo que había experimentado antes, lo retardé hasta que incluso los árboles parecieron apenas una mancha, y entonces, finalmente, sus lágrimas empezaron a moverse, y sus ojos me vieron, y su expresión cambió a esperanza, y dijo:

-Lanik, he cambiado de opinión. No quiero ser joven para siempre. Llévame contigo-me abrazó y yo la abracé, y besé su mejilla mientras aún estaba húmeda.

-He estado fuera seis años -dije.

-Calla-dijo.

-He hecho cosas terribles.

-No necesito saberlas.

-No soy una buena persona-insistí.

Simplemente me besó y susurró:

-Lo suficientemente buena para mí-y sonrió, y yo sonreí, y gradualmente nos deslizamos fuera del tiempo lento y el mundo dejó de ser una mancha y nos encontramos de nuevo en Ku Kuei. Había centenares de personas reunidas alrededor de nosotros. Pero no reconocí a nadie.

-¿Por qué nos estáis observando? -pregunté.

-Porque todo el mundo decía que los Amantes de Piedra estaban acelerando a tiempo real-dijo un hombre gordo-, y teníamos que venir y ver.

-¿Los Amantes de Piedra?

-La gente ha nacido, crecido, envejecido y muerto, y sólo han visto que os habéis movido un centímetros o dos, o sonreír, o pronunciar lo que parecía ser una sola palabra. Parecíais tan concentrados... Dijerais lo que dijerais, parecíais sentirlo realmente, y no era en absoluto divertido. Iniciasteis una verdadera moda. La gente está buscando una meta ahora. Lo habéis complicado todo.

-¿Cuánto tiempo?-pregunté.

-Doscientos, trescientos años, imagino -dijo-. Pero ahora espero que simplemente os comportéis como gente normal.

-Yo también lo espero-dije, y Saranna sonrió.

Abandonamos el bosque y viajamos hacia el este hasta que finalmente alcanzamos Britton, y en la parte más oriental de la península este de Britton, llegamos a Humping. Nada había cambiado en los últimos dos siglos. Un nuevo lord gobernaba desde la casa del acantilado, pero se hacía llamar por el

nombre hereditario de Barton. La casa de Glain y Vran era ahora un jardín, y otra casa se levantaba ahora a unos pocos metros de distancia, pero la casa estaba llena de niños y nada

parecía haber cambiado. La gente seguía siendo pobre, seguía siendo taciturna, seguía teniendo buen corazón.

Saranna y yo edificamos una casa de tierra y hierba cerca del mar, y a las pocas semanas un pastor vino a ver qué estábamos haciendo allí, y curé su bocio y curé a una de las ovejas que estaba enferma, y entonces él supo quién era yo. "El Hombre-del-Viento", me llamó, y Saranna se convirtió en la Dama-del-Viento, y aunque la gente de Humping nos quería, jamás pudieron llegar a querernos como nosotros los queríamos a ellos. La leyenda del Hombre-del-Viento era bien conocida; cómo había llegado de ningún lugar y había vivido con Glain y Vran, curando y haciendo el bien a todo el mundo, hasta que el lord en la casa del acantilado supo de él, y el Hombre-del-Viento se fue y nunca más regresó. Esta vez, hacían votos, sería diferente. Y en todos los años que vivimos allí, el lord de la casa del acantilado nunca nos mandó buscar.

Los Humpers no se sorprendían de que mientras ellos envejecían y morían, nosotros no envejeciéramos. Hemos vivido para curar las enfermedades de los niños a cuyos abuelos habíamos curado ya sus piernas rotas. Es una vida tranquila pero agradable, y para pronto Saranna y yo planeábamos tener niños. Cuando tengamos niños, sin embargo, dejaremos de modificamos, y envejeceremos y moriremos mientras nuestros nietos crecen, como todos los demás. Los niños no necesitan que sus padres vivan eternamente.

Pero aún no estábamos preparados para esto. La vida sigue siendo lo suficientemente agradable para nosotros sin niños, aunque miro a Saranna y veo que esto no va a tardar mucho; y me miro a mi mismo y veo que estoy casi preparado para esto. Y eso también será bueno. Incluso la muerte será buena, pienso, no porque termine con las viejas amarguras, sino porque creo que llegará como el último de los muchos desagradables sabores que me han ido indicando que aún seguía vivo.

Por debajo de todas las cosas sigo oyendo el grito de la tierra, pero ya no afecta a las cosas que veo y hago. Por el contrario, realza mis placeres, y el amanecer es más brillante debido al lugar oscuro que hay dentro de mí, y la sonrisa de Saranna es más afectuosa debido a la crueldad que he conocido, y curar a los animales y a los niños y a los adultos que acuden a mí es más dulce debido a que en una ocasión, en contra de mis propios instintos pero a causa de mi propio sentido de lo que estaba bien y lo que estaba mal, maté.

Si Traición es ahora un lugar mejor para vivir es algo que yo no puedo juzgar.

Ignoro si estamos progresando tanto como lo hacíamos antes de que los Embajadores fueran destruidos. No soy yo quien debe evaluar en qué medida hemos aprovechado nuestra oportunidad. Mi tarea era tan solo crear esa oportunidad.

Y algunas veces me maravillo de que lo hubiese conseguido.

-Tú no existes -me dice a menudo Saranna, después de hacer el amor-, no puedes ser real.

Sé lo que quiere decir, pero yo lo veo de otro modo, pues, por todos los planes e intenciones que tracé antes de actuar, sé que he sido moldeado más por las circunstancias que por mi propia voluntad. Y a veces me pregunto si no seré, después de todo, una pieza en el juego de algún otro jugador, que sigue ciegamente los grandes designios de éste sin ser consciente de que mi paso por el tablero es tan solo una finta, mientras que los asuntos importantes son jugados en otro lugar por otros jugadores.

Pero me importa muy poco la posibilidad de la existencia de algún otro designio más grande. Mi única esperanza era esta: ver lo que se podía hacer, y creer que se podía hacer, y luego hacerlo; y conseguí llegar hasta el final, sin que importara el precio.

Y cuando una vida termina como la mía habrá de terminar, nadie puede persuadirme de que el coste no ha sido más bajo de lo que finalmente he obtenido a cambio.